

MEMORIAS DEL MAESTRE DE CAMPO DE LOS TERCIOS

JULIÁN  ROMERO



SAN
QUINTÍN

JOSÉ JAVIER ESPARZA



Mi nombre es Julián Romero de Ibarrola y soy maestro de campo de los tercios del rey nuestro señor. Sirvo hoy con don Felipe II como ayer serví con su augusto padre, el César Carlos. Queréis que os cuente mi historia y yo os diré que mi único mérito es haber salvado la piel donde otros dieron la vida.

Constato en vuestras miradas que no sabéis lo que pasó en San Quintín. Avergonzaos, ganapanes, porque pocas páginas han escrito nuestras armas más gloriosas que aquella victoria, en la que este vuestro servidor cayó herido cuando una bala de mosquete me perforó una pierna y desde entonces me cuelga así, como dormida. Aún tengo que dar gracias a Santiago de que no hubiera que cortarla, según se solía hacer, para que la gangrena no me comiera el cuerpo.

Y ahora, si queréis saber más, prestad oído...

José Javier Esparza

San Quintín

Memorias del maestro de campo de los tercios Julián Romero



Título original: *San Quintín*
José Javier Esparza, 2019

Revisión: 1.0
24/10/2019

Para Alfredo.

1

De quién es este soldado, Julián Romero, y por qué me hallaba yo en Bruselas en el verano de mil y quinientos y cincuenta y siete años

Mi nombre es Julián Romero de Ibarrola y soy maestro de campo de los tercios del rey nuestro señor. Sirvo hoy con don Felipe II como ayer serví con su augusto padre, el César Carlos. Queréis que os cuente mi historia y yo os diré que mi único mérito es haber salvado la piel donde otros dieron la vida. Si algo deseáis saber de mis peripecias, tomadlo como homenaje a nuestros muertos.

Veo que miráis con fijeza esta pierna que me cuelga como sin vida. Bien, no os azoréis: todo el mundo la mira. Tenéis que saber que no me la dejé en un cepo de caza ni en el quicio de la puerta de un burdel, sino en la batalla de San Quintín. Aquella fue la primera gran victoria de nuestro rey Felipe II, y también la última vez que el susodicho pisó un campo de batalla. Porque aunque el rey no estuvo en la pelea, sí que se acercó a saludar a los vencedores y después gobernó el asedio de la plaza, y así descubrió lo que es la guerra. El hedor a sangre, entrañas y heces, así como la música inclemente de los heridos, aconsejaron al buen monarca no volver a entrar en harina. Y bien que hizo don Felipe, porque su carácter prudente y templado se acompasa mal con los rigores extremos de la guerra a pie de obra.

Constato en vuestras miradas que no sabéis lo que pasó en San Quintín. Avergonzaos, ganapanes, porque pocas páginas han escrito nuestras armas más gloriosas que aquella victoria. Os resumiré. Cuando empezó aquello, éramos 40.000 imperiales, entre ellos 6.000 españoles, contra 30.000 franceses. Cuando acabó, el francés había perdido la friolera de 12.000 almas, más 2.000 heridos, 6.000 prisioneros, 50 banderas y otros estandartes, amén de 18 cañones, mientras que a nosotros no nos faltaban más que 300 valientes y algunos centenares más de heridos. Entre estos últimos, vuestro servidor, porque una bala de mosquete me perforó una pierna y desde entonces me cuelga así, como dormida. Y aún tengo que dar gracias a Santiago de que no hubiera que cortarla, según se solía hacer, para que la gangrena no me comiera el cuerpo. Y ahora, si

queréis saber más, prestad oído.

Aquella batalla se libró en tierras de la Francia, pero sabed que el verdadero campo de batalla no estaba allí, sino en Italia. ¿Por qué? Porque su santidad el papa Paulo IV jugaba a dos, tres y hasta cuatro barajas al mismo tiempo para garantizarse el control de la península italiana y, en uno de estos lances, españoles y franceses vinieron a las manos. No era, quede claro, el cuidado de las almas lo que movía al romano pontífice, sino la codicia de su propia bolsa. Dios hizo a la Iglesia santa y a los hombres pecadores, y por eso hay tanto perillán entre clérigos y purpurados. Y los papas, los que más, según me enseñó la experiencia. No se lo reprochéis: él velaba por lo suyo como vosotros por lo vuestro. Ningún papa quiso allí nunca extranjeros, o sea «bárbaros», como nos llamaban. Ora se apoyaban en los españoles para echar a los franceses, ora en los franceses para echar a los españoles. Y así, en aquel baile, se vertió más sangre de católicos que en las persecuciones del Imperio Romano.

Pero no he cogido la pluma para hacer filosofías, sino para contaros mi vida y las cosas que me han acontecido. Y por eso he de hablaros de la batalla de San Quintín.

En aquel verano de 1557 estaba yo en Bruselas, donde me había instalado desde algún tiempo antes con todos los beneplácitos de la autoridad. Después de pelear seis años al servicio de Inglaterra, aliada de nuestra corona, y otros seis en Francia y Flandes, había hecho algún dinero y me podía permitir aquella vida de discreto señor. No fue empresa fácil, porque ciertos señorones flamencos muy principales me declararon persona non grata y pidieron a nuestro rey que me mantuviera alejado de aquel suelo; a mí y a otro capitán de nombre Pedro de Mendoza. Para mí tengo que aquellos señores tan principales querían conspirar contra España y por eso buscaron mandarnos lejos al Mendoza y a mí. Pero era tiempo de paces en el imperio y no parecía muy elegante vetar a los capitanes del emperador. Por otra parte, así como algunos flamencos nos querían mal, otros nos querían bien, pues los españoles éramos el brazo que les defendía de los franceses. No en vano había estado yo a las órdenes del mismísimo Guillermo de Orange, por entonces aliado fidelísimo del emperador, y para él defendí con bravura Gante cuando las tropas de Francia quisieron devorarla. Así que a Mendoza lo mandaron a Génova, pero a mí me dejaron en Bruselas. Y por sus calles paseaba yo mirando sin pudor a los que tan mal me querían, devolviéndoles con los ojos el desprecio que me infligieron con las lenguas. Que el que ríe el último, ríe mejor.

Os hablaré de Bruselas. Que ya supongo que se os dará una higa saber cómo era la Bruselas de aquel o de cualquier otro tiempo, pero fuerza es que lo conozcáis, pues por más de un concepto era aquella la capital de los dineros de nuestros reyes, y además era donde yo vivía, y también escenario de algún lance que será crucial en este relato, lo cual es razón más que sobrada para daros detalle del sitio. Así que os diré que esta ciudad es un pentágono amurallado que ha crecido en las márgenes del río que aquí llaman Zenne o Senne o Sena de Bruselas, de aguas navegables hasta el mar. Lo primero fue el castillo de nombre Coudenberg, elevado sobre una tachuela del terreno que las gentes de este lugar, por lo atrozmente llano del paisaje, agigantan hasta verlo como colina, que ya se sabe que el mundo es así o asá según los ojos que lo miran, y por eso un flamenco ve como montaña lo que un castellano solo ve como montón. A partir del Coudenberg se desplegó la ciudad cubriendo de casas las dos márgenes del río, apareció la Plaza Mayor con su consistorio, que los llaman Grand Place a la una y Stadhuis al otro, y el viejo castillo se convirtió en palacio, y un dédalo de calles y callejuelas recubrió el suelo pantanoso, y al mismo tiempo el

río abría puerto y con el puerto, mercado, y con el mercado, la acostumbrada legión de mercaderes, buhoneros, usureros, putas, ricohombres, taberneros, maleantes, estibadores y curas en busca de un rebaño que pastorear. Precisamente en una de esas callejuelas descubrí, en estos días que os narro, a un par de sujetos embozados que me seguía con ademán poco amistoso y como provocándome al acero. Pero esto os lo contaré después. Ahora sigo con Bruselas y mi circunstancia.

Desde que el César Carlos puso aquí capital, la villa ganó por la mano a sus rivales como Malinas y Amberes y empezó a poblarse de una densísima humanidad que colmó de rostros las calles y sembró de mierda el río. Las gentes con posibles buscaban poner casa en las calles que descienden desde el Coudenberg hasta la Plaza Mayor y por el norte, hasta la iglesia de Santa Gúdula, que no por azar es la zona menos húmeda de este cenagal hecho ciudad. Ahora os diré cómo son esas casas: altas, porque hay poco suelo para repartir y de techos puntiagudos, porque llueve en abundancia, y los que pueden gastar se llenan las paredes de ventanas para que entre el sol, que aquí es tacaño como bolsa de usurero. Suele emplearse la planta baja para cocinas y recibir, la del medio para dormir y estar, y la de arriba para la servidumbre, porque es la más fría en invierno, la más calurosa en verano y la más húmeda siempre. Yo llegué aquí con dinero, como ya ha quedado dicho, así que me instalé en una digna residencia de tres piezas en la calle del Hospital, que recibe ese nombre por estar junto al Hospital de San Juan. Más cerca de la Plaza Mayor y de la lonja de trigo que del palacio de Coudenberg, y más lejos del río y del puerto que de la gente principal de la ciudad. O sea que ni mucho ni poco. Un lugar, en fin, discreto y decente, conforme a la condición de un capitán del rey de España.

De Gante, donde di batalla para nuestro rey, me había traído yo un tesoro que se llamaba Constance. Servía en una taberna cuando le eché encima el ojo. La dicha Constance era bien garrida hembra: alta y de hechuras tan fibrosas que más parecía nacida para la infantería que para las cocinas. Tenía la piel muy blanca y los cabellos rojos como la madera de ese árbol que llaman Palo Brasil y que en tantas cantidades traen hoy nuestros barcos de las Indias. A modo de ojos. Constance lucía dos faros verdes que se achicaban o agrandaban y bailaban o echaban fuego según el corazón le latiera, que era siempre mucho y muy fuerte. Sé lo que vuestra sucia mente está pensando, pero no: nunca fue puta. Lo sé porque a uno que se le acercó con tales pretensiones le arreó tal bofetón que lo sentó en el suelo. Yo estaba delante, así que doy fe de lo que digo. El rufián se levantó dispuesto a seguir asediando la plaza, pero entonces ya estaba yo en medio, con el acero en la mano y cara de muy pocos amigos. El tipo se marchó mascullando juramentos y Constance me agradeció el gesto con un escueto; «Gracias, pero sé valerme sola». Me llenó de vino la jarra y desde entonces, y ya va para cinco años, no ha dejado de llenarme con muchas cosas más.

De Constance os añadiré que me la llevé a vivir a Bruselas con aquellos dineros que la corona inglesa me dio como recompensa a mis servicios.

—Mi señora —le dije un día mientras fregaba ella una mesa en su taberna de Gante—, me haríais un hombre feliz si abandonarais esta vida que lleváis y os dignarais acompañarme en mi residencia. Os ofrezco una casa limpia, un amor sincero y un sueldo decente. Y no tendréis que fregar más.

—No eres el primero que me viene con esos cuentos. Romero —me contestó ella meneando las caderas lo justo para que me hirvieran las entrañas—. ¿Por qué habría de fiarme de ti cuando

no me fie de los demás?

—Porque soy un caballero español, señora Constance —le respondí muy tieso—. Y aún no ha nacido hijo de mujer que pueda decir que Julián Romero no cumple su palabra.

—Vuelve mañana a esta hora —cerró Constance después de hacer como que lo pensaba—, y te diré si es que sí o es que no.

Fue que sí. Volví a la hora convenida y me la encontré vestida de viaje y con dos arcones listos para la mudanza. Esa misma noche estábamos ya en mi casa de la calle del Hospital, haciendo los honores al tálamo de Cupido. Desde ese día vive Constance conmigo en Bruselas. Aquí, y mientras yo iba y venía a Dinant y a otras plazas, incluido algún viaje en discreta empresa a Londres, alumbró Constance a nuestra primera hija, Juliana, y después a nuestro hijo Guzmán, y puedo decir que no había en Flandes niña más hermosa que Juliana ni rapaz más resuelto que Guzmán, ni tampoco madre más devota que Constance.

Como yo quería darle a Constance vida de gran señora, al menos dentro de mis austeros posibles, metí en casa también a un criado que yo traía. Mauricio, se llamaba. O, por mejor decir, Mauricio le bauticé yo, porque su verdadero nombre nunca hubo cristiano que lo entendiera. Mauricio era moro, y por eso le llamé así. Os contaré su historia. Fue cuando la jornada de Carlos V a Túnez, allá por 1535. El pirata Barbarroja había tomado esa plaza para los otomanos y desde allí lanzaba sus correrías contra las costas españolas. El emperador resolvió recuperar la ciudad y su bahía. Yo aún no contaba los veinte años, pero me batía en filas dentro de los tercios traídos de Italia, gloriosa empresa que otro día os he de narrar. Fue el caso que, al liberar la Alcazaba de Túnez, aparecieron miles de cautivos cristianos allí encerrados, y junto a ellos descubrimos también esclavos de todo tipo y condición, y niños muchos de ellos. Todos enflaquecidos y llagados, cubiertos de moscas y envueltos en inmundicia. Sigo:

Al liberar a una de estas cuerdas de presos, que nos abrazaban llorando como se abraza a un redentor, surgió de no sé dónde un anciano de buen atuendo, pero aspecto repugnante, y se me aferró a un brazo.

—¡Esos niños son míos! ¡Esos niños son míos! —gritaba como un poseso en un castellano aprendido en los mercados de carne humana.

Pensé que el viejo quería decir que eran sus hijos, pero no: decía que eran sus esclavos y reclamaba que le respetáramos la mercancía. No es que aquello me sublevara el alma, que esclavos ya había visto yo en todas partes y de toda nación, pero bastaba mirar los ojos de aquellos chiquillos para adivinar el terror que el viejo les metía en el cuerpo solo con verlo. Se me calentó la sangre, que en aquella edad la tenía yo siempre hirviendo, y corté el cuello del tratante de un solo tajo. Cayó mirándome con los ojos fuera de las órbitas y la boca abierta como esperando una explicación. No diré que me enorgullezco de haber matado a un anciano indefenso, por más cabrón que fuera el condenado, pero así son las cosas de la guerra, que cuando principias a darle alegría al hierro, ardua tarea es parar de bailar.

Los niños quedaron libres y dando muchas voces se dispersaron corriendo por entre las callejuelas de Túnez. Pero uno de ellos, que no tendría más de siete años, se quedó allí, mirándome pasmado. Le aventé con malas formas, por quitármelo de encima, pero se me pegó como una lapa.

—¡Fuera! —le grité—. ¡Corre con los demás!

—¡Amo *castilán* bueno! —contestó el rapaz en la lengua que habría aprendido en la ergástula,

y me miraba con dos ojos legañosos como si se le hubiera aparecido uno de esos genios que allí llaman *efrit*.

El chiquillo desapareció un momento, pero fue para volver enseguida con un collar que había saqueado sabe Dios dónde y que ahora me ofrecía a mí como trofeo. Mis compañeros se echaron a reír y me gritaban:

—¡Quédatelo, Romero, quédatelo! —y olía yo en aquel alboroto un hedor como de sucias insinuaciones.

Porfíe por alejar al muchacho, pero no hubo manera. En eso vino a verme el capitán de mi compañía para decirme que me nombraba cabo, que era mucha dignidad, por mi valor en el combate. Vio al niño a mi lado, soltó una carcajada y me dijo:

—¡Ya tienes criado. Romero!

Y así fueron las cosas; llevé al niño al capellán, lo bautizó como Mauricio, que según me enteré entonces quiere decir «moro» o «negro» en las lenguas de los antiguos, y en aquella Jornada de Túnez me convertí en el cabo más joven de mi compañía y en el único con criado. Y desde entonces, acá.

Mauricio es pequeño de cuerpo, sin duda por sus padecimientos, y renegrado por nación, pero es servicial y abnegado. Eso sí, nunca se ha visto criatura de Dios más cobarde que Mauricio. En todos los años que lleva conmigo, que son más de veinte, nunca ha dejado de temblar cada vez que oye el estruendo de los arcabuces, ni de poner pies en polvorosa cuando por fas o por nefas tengo que desnudar el acero. Pero en todas partes me ha servido bien y, después de todo, posee otras cualidades que compensan sus defectos. Zurce jubones y gregüescos, camisas y calzas, con tal industria que los deja como nuevos, lo cual es de mucho beneficio después de la batalla. En campaña, donde nunca sobra la comida, Mauricio siempre se las arregla para allegar un conejo o una gallina con artes que es mejor no revelar. Además, y como es listo, aprendió a leer y escribir en nuestro idioma y aun en otros extranjeros, y por su mano escribo mis cartas. Dicen las malas lenguas que es algo bujarrón, tacha que en filas se pena de manera severísima, pero aquí la norma rige para los soldados, no para los criados. Sobre este punto, en todo caso, yo no me meto, que bastante tiene cada cual con lo que Dios le da y le quita.

Y así era mi vida en Bruselas con mujer flamenca e hijos, buena casa, dinero en la faltriquera y criado moro. Una vida bastante llevadera, sí, y también considerablemente aburrida después de la Paz de Augsburgo de 1555, cuando se puso fin a la guerra con los herejes, y aún más cuando España y Francia firmaron el Tratado de Vaucelles el 5 de febrero de 1556. Viví aquellos meses en Bruselas como un respetable varón cualquiera, cuidando de Constance y de la prole, paseando mi ocio por el puerto y mi tedio por las tabernas de la Plaza Mayor, o sea la Grand Place. Aquí asistí, entre otras cosas, a la abdicación del emperador Carlos a favor de su hijo don Felipe en el palacio de Coudenberg, gran ocasión que al orbe entero tuvo en vilo. Tanta inactividad, fuerza es confesarlo, me hizo engordar un poco. Mentiré si oculto que indagué en busca de algún destino de armas, y mayormente contra el turco, que era para mí novedad, pues casi siempre me había batido en los campos de occidente y nunca en los de oriente. Pero entonces volvió la guerra. Por Francia, como suele suceder.

Fue en esta circunstancia cuando me aconteció lo de aquella pareja de embozados que antes os decía. Salía yo de una taberna cerca del puerto, donde había apurado algunas jarras con otros viejos soldados contándonos historias y echando algunos dados. Las historias siempre terminaban

bien, pues seguíamos vivos, y los dados siempre terminaban mal, pues nuestra bolsa disminuía a ojos vistas. Que me malicio yo que aquellos dados tenían alma, y además aviesa, porque de fijo corrían contra el postor, pero esto ya lo sabíamos todos antes de arrojarlos sobre la mesa, y de necios es fiar en la suerte, pues esta, cuando te sonríe en la cara, es para flagelarte en el culo. Y fue que salí del tugurio seguido por mi fiel Mauricio, con la cabeza un poco turbia por la cerveza del patrón, pero el ánimo reconfortado por aquella plática de soldados, cuando escuché tras de nosotros tintineo de metales y rumor de pasos. A mí, como ya os he dicho, me venían buscando las cosquillas algunos señorones de Flandes de los que conspiraban contra nuestro rey, así que tomé a la pareja por esbirros de los conspiradores. E hice como que no sentía ni veía, pero vi y sentí, y en un recodo de la callejuela despaché a Mauricio, porque no estorbara y porque es muy cobardón, y me aposté a oscuras. Y según llegaban los embozados los dejé pasar delante, ellos sin verme, y entonces salí, saqué el acero y les interpele de la siguiente manera:

—¿Qué me buscáis, perillanes?

Y no tuvieron mucho tiempo de contestar nada porque a uno lo derribé de un puñetazo, que fue a caer entre orines, y de inmediato desarmé al otro, que era más bien torpe con la ropera, y le apunté con el estoque en la garganta. Y a este le repetí la pregunta:

—¿Qué me buscáis, perillanes?

—¡Paz, mi señor capitán Romero —acertó a contestar el fulano con un hilillo de voz—, que no traemos malas intenciones!

Miré al fulano y a fe que no tenía cara de flamenco, sino de muy español, como muy españolas eran sus palabras. Vi que el otro embozado se levantaba, cambié la espada de mano, saqué la daga y dejé la primera apuntando al segundo y la segunda al primero. Y tengo que decir que también el segundo tenía cara de muy español.

—¿Qué diablo os trae? ¿Por qué me seguís? —les requerí.

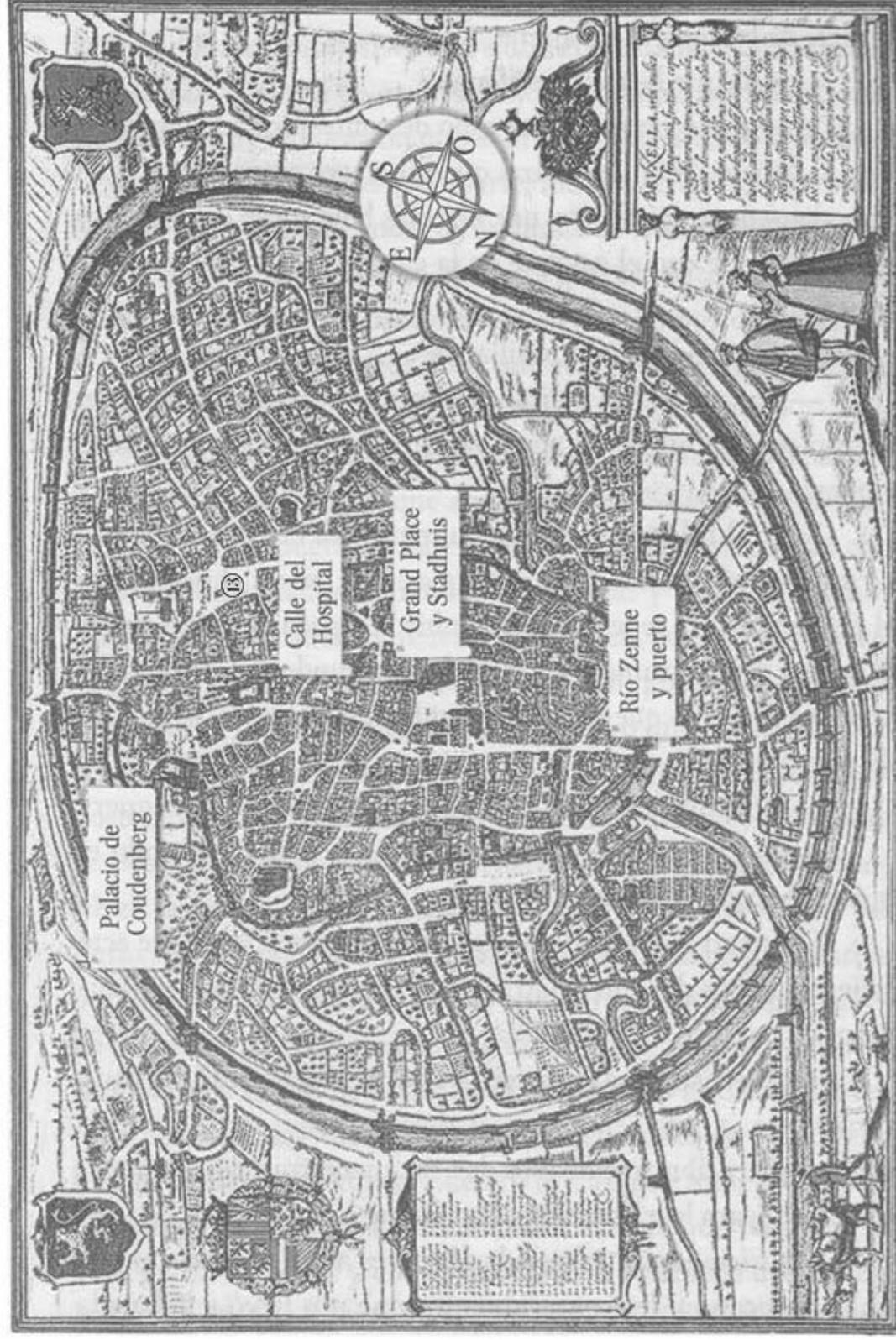
—¡Un mensaje. Romero! —contestó como roncando el que había caído al suelo.

El fulano me tendió un pergamino, lo tomé y en este acto salieron ambos dos corriendo a escape. Apareció entonces Mauricio.

—¿Necesitáis ayuda, mi señor? —preguntó el muy tunante.

—¡Para librarne de esos dos, no, mamarracho! —le espeté—. Pero para leer esto, sí, que ya se me cansa la vista.

Mauricio leyó. Y prestad oído, pues aquel mensaje anunciaba la sucesión de acontecimientos que nos llevó a la batalla de San Quintín.



Bruselas en el siglo XVI según el plano de Braun y Hogenberg. Se señalan los puntos cardinales reales y la localización de los lugares referidos en este relato.

Donde se explica por qué Francia y España entraron en guerra, y las muchas guerras del emperador Carlos y la conjura del cardenal de Guisa, según relato de don Antonio de Eguaras

A l caballero sir Julián Romero, capitán de la infantería española, en Bruselas:

Señor, por el intermedio de las dos personas que portan la presente, se os ruega os sirváis presentaros en mi casa de Bruselas, en la calle Alta junto a Notre Dame de la Chapelle, pues debo hablaros de asuntos de la mayor importancia concernientes a la salud del reino. Oraré a Dios para que os tenga en su santa guardia. Escrito en Bruselas este 20 de marzo de 1557.

Su muy buen amigo para servirle,

Antonio de Eguaras

Así rezaba aquel mensaje. «¡Acabáramos! —pensé—. ¡El viejo Eguaras!». Y algo debo decir de él, pues recibir un mensaje suyo era como sentir en la nuca el aliento de los secretos del poder. Era este Antonio de Eguaras súbdito de Navarra y con casa en Tarazona, pero con residencia fija en Londres, y hombre de muchos caudales y aún mayores influencias. Nadie sabe

cómo logró hacerse un sitio en la corte de Inglaterra. Llegó con una mano delante y otra detrás, como quien dice, aprovechando las escribanías abiertas allá por los aragoneses de la corte de doña Catalina, la desdichada esposa del rey Enrique VIII, y en ellas medró. Después, y tampoco nadie sabe cómo, se las arregló para que todo el mundo le debiera dinero, cosa portentosa siendo que llegó allí sin un maravedí. Y con influencias políticas en una alforja y dinero abundante en la otra, el Eguaras vino a controlar todo el comercio de las Españas con la Inglaterra, que no había paño ni bastimento de Castilla, Aragón o Navarra que no pasara por sus manos, y en ello le dejara su correspondiente beneficio.

De manera que el Antonio de Eguaras se convirtió en hombre muy principal de Londres e Inglaterra entera, y mucho servicio hizo en los negocios de la política al entrar en la corte de doña María la reina, todo por sus muchos dineros e influencias, lo cual vino en que hizo aún más influencias y dineros, y reclutó para su servicio gentes que ya no hacían solo negocios, sino otros menesteres de mayor secreto y riesgo. Y así le conocí yo cuando mis años ingleses, y es justo decir que siempre me quiso bien, a mí como a los otros compatriotas que allí vinimos a parar, y que habló por mí cierta vez que llamé hereje al rey de Inglaterra, lo cual fue verdad. Y fijaos si sería alta la influencia del Eguaras, que en aquel trance bastó su palabra para que se me exonerara de todo cargo, pues eran muchos y muy principales los que debían al navarro dineros o secretos o favores. Y yo devolví la merced al Eguaras con ciertos trabajos que tal vez otro día os cuente. Que os baste saber por el momento que el Eguaras y yo nos conocíamos de antiguo, y por eso al día siguiente acudí a su llamada.

Me recibió don Antonio en la casa antedicha, que no era sino uno de los innumerables cubiles que, secretamente, el gran lobo regentaba a lo largo de toda la Europa para sus negocios limpios o sucios. En la me Haute, o sea la calle Alta, junto a Notre Dame de La Chapelle, que era iglesia antigua, lo cual quedaba muy cerca del Mercado de Caballos, a dos pasos del palacio de Coudenberg, y lugar donde los ricohombres de Bruselas solían acudir a intimar con los notables y beber cerveza en jarras menos sucias que las de los chiscones del puerto. Precisamente el cubil de Eguaras, según supe entonces, estaba en la planta alta de una taberna muy distinguida. Tan secretos eran los trabajos del navarro, que ni siquiera yo sabía de la existencia de aquella oficina. Y allá me encaminé.

—Mirad, mi señor, de tener cuidado —rezongaba el siempre pusilánime Mauricio—, que bien podría esto ser una trampa de los flamencos.

—Si fuera negocio de flamencos felones —le respondí—, no me habrían mandado dos españoles para encelarme, ¿no crees? Y la firma del mensaje es sin duda la de don Antonio.

Y bien que conocía yo aquella firma, tan redonda e historiada como su autor. Era el Eguaras un hombre pequeño, que de joven fue nervudo y fuerte, pero que había engordado mucho por la vida de los negocios y la escribanía, que es generosa para el vientre y las posaderas. Se había quedado calvo y ocultaba las mallas de su rostro en unas barbas como selváticas, y nada en él podría anunciar al dragón que era. Pero sobre la nariz gruesa y chata bailaban dos ojos que eran clavos ardiendo, y cuando esos ojos se te clavaban, la quemazón menguaba al más pintado. Así lo encontré ahora en aquella taberna. Crucé por entre las mesas del establecimiento, llenas de flamencos lujosamente ataviados y de ricos negociantes de los que llenan sus bolsas en el puerto. Unos cuantos tipos me observaron sin moverse. Eran los esbirros del Eguaras. Entre ellos reconocí a los dos embozados de la noche anterior. Los saludé cortésmente con mi sombrero.

Busqué la escalera sin hacer preguntas y subí como quien entra en su casa. Y allí, ante una ancha mesa, sepultado entre montones de legajos y apenas iluminado por frágiles candiles de aceite, estaba él.

—¡Amigo Romero! —me gritó desde el fondo de sus legajos—. ¡Gracias por venir! ¡Acércate!

Lo hice. Él no se levantó. Jugeteaba con un lápiz de plomo en la mano, anotando sabe Dios qué cosas.

—¿Era preciso que apalearas a mi gente? —preguntó con una sonrisa que no quería ser amable—. ¡Solo querían darte un mensaje!

—Pusieron demasiado misterio en el empeño y los tomé por lo que no eran —me excusé—. Espero que no ocurriera nada irreparable.

—¡No, no! —movió Eguaras las manos gordezuelas—. ¡Les pago lo bastante como para que aguanten eso y más!

Antonio de Eguaras echó mano de una botella que sacó de no sé dónde y sirvió dos vasos de vino.

—Iré por derecho —me dijo dando un largo trago—. Te he hecho venir porque se avecina guerra. Y porque el rey en persona me ha dicho que quiere hablarte.

—Soy todo oídos —le contesté.

Y así fue orno don Antonio de Eguaras me puso en antecedentes de lo que se avecinaba, y ahora os lo relataré para que también vosotros conozcáis por dónde soplabla el viento en aquella hora. Por sacaros de vuestra ignorancia, os recordaré que durante todo el medio siglo anterior, si no más, España y Francia habían estado en guerra por la posesión del sur de Italia, o sea el reino de Nápoles, al que nuestros reyes consideraban suyo por herencia de la corona de Aragón. Esa guerra se complicó aún más cuando llegó al trono de España Carlos I, hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso, pues Carlos traía consigo la herencia de Flandes. Con media Italia y Flandes en manos españolas, Francia se veía rodeada por todos los lados, e incluso por el mar, pues poco tardaron los monarcas españoles en hacer migas con los ingleses, aunque estos tan pronto jugaban a una carta como a la contraria. Por si cabía más complicación, Carlos no solo heredó la corona de España, sino también el Sacro Imperio Romano Germánico, y así devino en Carlos I de España y V de Alemania.

Tanto poder despertó los celos no solo de los franceses, sino también de cualesquiera otros príncipes de numerosos países. Y cuando brotó la mala hierba de la herejía protestante, muchos de esos príncipes vieron en la doctrina de Lutero un arma preciosa para oponerse a la hegemonía imperial. De esta manera estallaron las guerras que llamaron «de religión» entre católicos y protestantes, mayormente en Alemania, pero también en Flandes. Como la mala hierba se multiplica, la herejía protestante prendió además en Francia y en Inglaterra, y así toda la Europa se convirtió en un polvorín. Y luego estaba la guerra con los turcos de oriente, cuyos barcos esquilaban las riberas mediterráneas hasta el mismo litoral de España. De modo tal que en aquel tiempo no hubo nación a la que se le ahorrara el suplicio del fuego, ni corazón animoso que no se entregara a la batalla.

En la enrevesada diplomacia de la guerra, más retorcida que los intestinos de Belcebú, vimos al papa católico de Roma pactar con el rey católico de Francia que a su vez pactaba con el sultán mahometano de los turcos y con los príncipes protestantes de Alemania, todos contra el rey católico de España, que a su vez pactaba con el rey heterodoxo de Inglaterra. El rey católico de

Francia perseguía a los protestantes de Francia, pero se aliaba con los protestantes de Alemania por menoscabar al emperador católico. Y cuando el emperador católico necesitaba concentrar sus esfuerzos contra la católica Francia, firmaba paces con los protestantes de Alemania. En uno de estos lances, como es bien sabido, las tropas del emperador romanísimo saquearon la ciudad de Roma, que fue gran estrago penado con excomuni6n. ¿Os escandalizáis? Pues sabed que, unos meses antes, quien saqueó Roma fue un católico cardenal de un estado italiano vecino. Si no lo entendéis, no turbaros: yo mismo tardé mucho en entenderlo. Y en realidad no lo precisaba para hacer lo que era menester, que no era sino pelear.

Todas aquellas guerras dejaron a Europa en la ruina. El pueblo pagaba impuestos que los reyes vendían a los banqueros de Italia o Alemania como garantía de préstamos que solo servían para pagar más guerras y exigir más impuestos. El rey de Francia llegó al punto de forzar un préstamo gigante a todos los banqueros que negociaban en Lyon, que era la capital del dinero en ese país. Por no hablar de las deudas descomunales de nuestro emperador Carlos. Hubo un momento, sin embargo, en que el paisaje amainó. Carlos, obligado a hacer frente a Francia, propuso la paz a los protestantes de Alemania. Eso fue la Paz de Augsburgo. Y después de la abdicaci6n de Carlos, su hijo Felipe, ya casado con la reina inglesa María Tudor, ofreció a los franceses la Paz de Vaucelles. Era febrero de 1556. Tiempo de engordar: ya os lo he dicho.

Pero se entenderá que, con tan agitado paisaje, la paz no podía durar mucho. Porque el hombre está hecho de tal manera que nunca le satisface lo que tiene y siempre ambiciona lo que no tiene, sobre todo si ve que lo tiene el vecino, de manera que no tardaron los franceses en ciscarse sobre la Paz de Vaucelles. En noviembre de 1556, Francisco de Lorena, duque de Guisa, penetró con un ejército francés en Italia para arrebatara España nuestras posesiones en Nápoles. Y lo hizo con la complicidad del propio papa, Paulo IV. Luego os diré cómo fue.

Si queréis que os señale un responsable, solo uno, por fútil que pueda resultar a veces imputar a un solo hombre cosas tan complejas, el mentado ha de ser este: don Carlos de Lorena-Guisa, cardenal de la Iglesia Católica, hermano segundón del duque Francisco de Guisa, obispo de Metz y arzobispo de Reims, consejero muy principal del papa Paulo IV y sombra prominente en la corte de Enrique II de Francia. Era seguramente el hombre más inteligente de Francia y también el más taimado. Fue este cardenal Carlos quien empujó a su hermano Francisco a ambicionar glorias dignas de Alejandro Magno, fue este cardenal Carlos quien movió al rey Enrique a romper la paz con España y fue este cardenal Carlos quien aprovechó la ojeriza que el papa nos tenía a los españoles para encauzarle hacia una guerra de incierto final. Y no hablo a humo de pajas, sino que sé todos estos extremos porque así me los estaba refiriendo don Antonio de Eguaras, cuyo manejo de los secretos del poder le había otorgado anchos conocimientos sobre todo cuanto se ventilaba en las cortes europeas, y tal cual me lo estuvo contando en aquella tarde de abundante vino en su guarida de Bruselas.

El susodicho cardenal Carlos de Guisa era un hombre joven que aún no había cumplido los cuarenta años, pero su ambici6n y su astucia lo elevaban muy por encima de cualesquiera otros magnates del reino. Delgado y anguloso, adornado con una barba rala que había dejado crecer en el ment6n formando dos largas guías que se abrían como las aguas del Mar Rojo, Carlos miraba el mundo con dos estrechos ojillos azules que brillaban como fuego de Lucifer mientras sus finos labios se contraían en una mueca que no era sonrisa ni dejaba de serlo. Si pensáis en una serpiente no os equivocaráis. Eso sí, una serpiente que, cuando abría la boca, paralizaba al adversario más

bragado por su elocuencia y convicción. Fue con esas armas como consiguió ganarse la voluntad de los nombres más poderosos de Francia y de Italia.

¿Qué quería el cardenal Carlos de Guisa?, os preguntaréis. Y yo os contestaré: todo. Lo quería todo. Quería que Francia hiciera honor a su título de hija primogénita de la Iglesia, que siempre se han ufano mucho de eso los franceses, y se convirtiera en la potencia mayor de Europa. Quería que el papado y Francia trenzaran una alianza política para llevar la voz cantante en la cristiandad. Quería que su hermano Francisco de Guisa fuera rey de Italia, por remotos derechos de sangre. Y Carlos quería incluso, os lo digo yo y no yerro, ser papa. ¿Cuál era el principal obstáculo para hacer a Francisco rey de Italia, para convertir a Francia en la potencia mayor de Europa y para consagrar la alianza política entre París y Roma? Ese obstáculo era España. Y con eso queda todo claro.

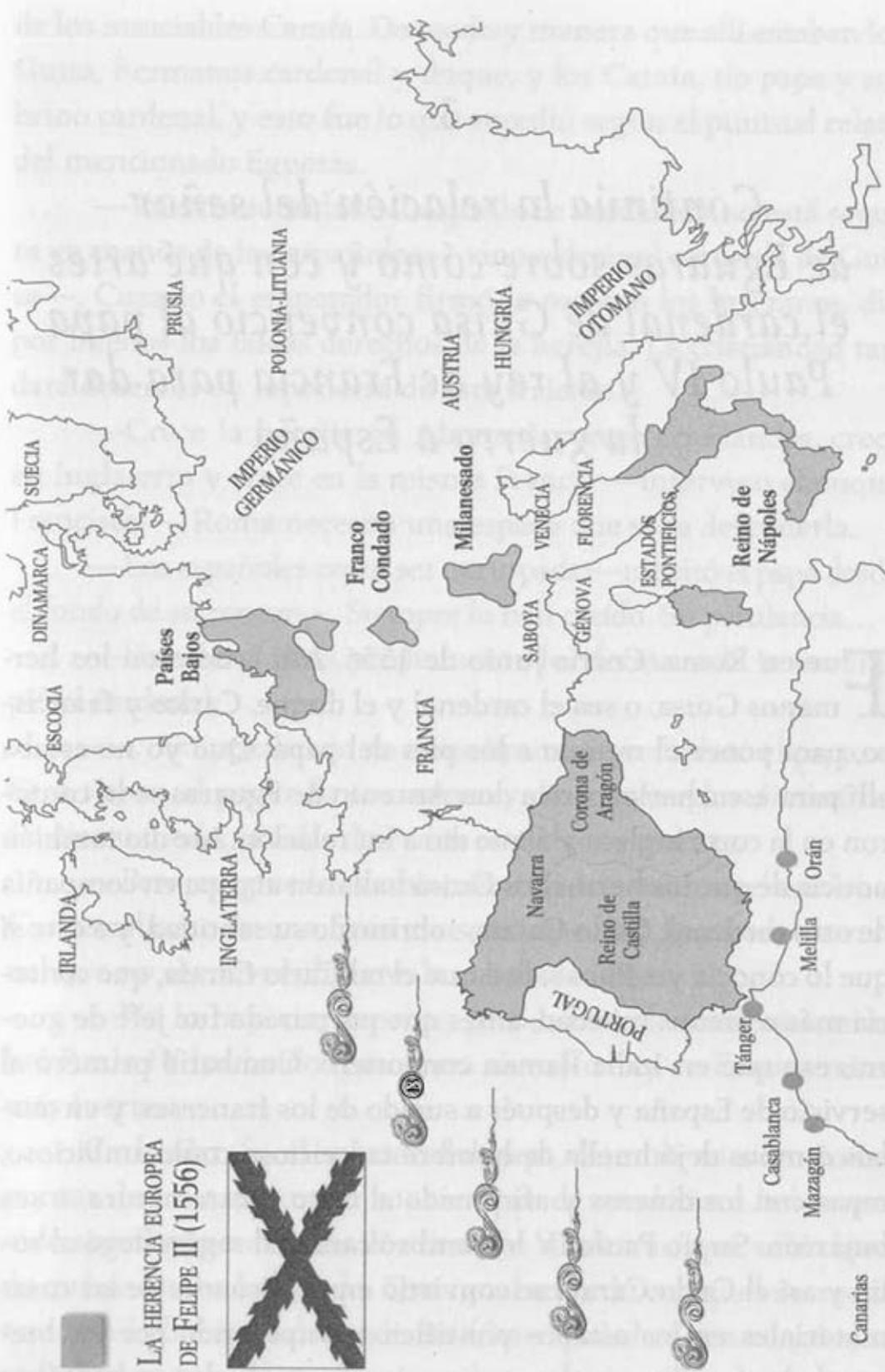
Las ambiciones del cardenal Carlos no sembraban en yermo. Desde mucho tiempo atrás había oídos en Francia que esperaban escuchar esas voces. Ahora bien, España no era la única traba que se interponía entre el cardenal y sus ambiciones. Había otra que no habitaba en España, sino en la propia Francia, y era el protestantismo que allí se llamaría «hugonote». Y todo por lo mismo, en realidad, pues los hombres se mueven siempre por las mismas causas. Tengo yo para mí que si la herejía de Lutero prendió tanto en Alemania, no fue porque los alemanes sean más impíos — aunque alguno hay—, sino porque había muchos príncipes hastiados de someterse al papa y al emperador. Por lo mismo, si Enrique VIII de Inglaterra se separó de la Iglesia de Roma no fue solo por la impaciencia de su bragueta, sino porque se quería soberano sin ataduras. Y también por lo mismo, en Francia, aparecieron en este tiempo dos corrientes que al cabo entrarían en querellas. Una, la de los galicanos, que eran católicos, pero reclamaban la autonomía de la Iglesia francesa respecto a Roma. La otra, la de los hugonotes, herejes de la cuerda de Calvino, que conspiraban para que Francia dejara de ser católica. El cardenal Carlos no era ni de unos ni de otros: era de sí mismo.

Si entro en tales harinas no es para asombraros con mis conocimientos, sino para que entendáis que allí se estaba jugando mucho más que una batalla, incluso mucho más que una guerra, y que la Francia entera se deslizaba sobre el filo de un cuchillo. Los reyes franceses habían perseguido al luteranismo con verdadera saña. El papa otorgó al Parlamento de París poderes de Inquisición y allá por 1525 se ejecutó una caza feroz con decenas de herejes torturados y quemados vivos. Os haréis una idea más cabal si os cuento que en 1535 el rey don Francisco I de Francia presidió una solemne procesión que culminó con la muerte en la hoguera de seis herejes. Poco más tarde, el Parlamento quemó vivos a otros dieciocho. El hereje Calvino huyó a Suiza y siguió con sus predicaciones, que fueron calando en ambientes muy conspicuos de la aristocracia francesa. ¿Y quién se convirtió entonces en el principal adalid de la lucha contra los protestantes en Francia?, os preguntaréis. El cardenal Carlos de Guisa, que dio rienda suelta a su fanatismo con una vehemencia asombrosa.

Tengo visto que todos los fanáticos suelen ser muy flacos. No delgados, no: flacos, es decir, consumidos por esa pasión que llevan dentro y que les roe las entrañas. El cardenal Carlos, flaco como era, encontró un alma gemela en otro flaco de mucho ringorrango: su santidad el papa Paulo IV, un anciano de ceño hosco y ojos hundidos que en estos años rondaba los ochenta inviernos. El papa Paulo, de nombre seglar Gian Pietro Carafa, de los ricos y poderosos Carafa de Nápoles, pasaba por ser un hombre santo, pues era frugal y austero y ajeno a las servidumbres de la carne,

pero era ese tipo de santo que quiere santificar a todo quisque a bastonazos. Reforzó la Inquisición romana, purgó a fondo la jerarquía eclesiástica en busca de supuestos herejes, quemó libros como si quisiera prender las calderas del Infierno, metió a todos los judíos de Roma en un gueto, ordenó investigar a los cristianos que quebrantaran el ayuno y expropió cuanto pudo a sus rivales de la curia pontificia. El cardenal Carlos y el papa Paulo compartían odios y obsesiones: los españoles y los protestantes. Eran tal para cual. No tardaron en entenderse. En su furia santificadora iban a desencadenar una guerra que proveería bien de almas tanto al cielo como al infierno.

Y ahora debo contaros cómo se fragó aquella conspiración. Que eso justamente es lo que quería contarme el misterioso Antonio de Eguaras.




 LA HERENCIA EUROPEA DE FELIPE II (1556)

*Continúa la relación del señor de Eguaras sobre
cómo y con qué artes el cardenal de Guisa
convenció al papa Paulo IV y al rey de Francia
para dar la guerra a España*

Fue en Roma. Corría junio de 1556. Allí acudieron los hermanos Guisa, o sea el cardenal y el duque, Carlos y Francisco, para poner el mundo a los pies del papa. Que yo no estaba allí para escucharlo, pero a don Antonio de Eguaras se lo contaron en la corte inglesa y él me dio a mí relación. Me dio también noticia de que los hermanos Guisa hallaron al papa en compañía de otro cardenal: Cario Carafa, sobrino de su santidad, y a este sí que lo conocía yo. Pues sabed que el tal Cario Carafa, que contaría más o menos mi edad, antes que purpurado fue jefe de guerra, eso que en Italia llaman condotiero. Combatió primero al servicio de España y después a sueldo de los franceses, y en ambos campos dejó huella de hombre tan vicioso como ambicioso, rapaz con los dineros y aficionado al coito contra natura, o sea bujarrón. Su tío Paulo IV le nombró cardenal según llegó al solio y así el Cario Carafa se convirtió en gobernante de las cosas materiales en los estados pontificios, empezando por los bienes de las familias rivales, que se vieron expoliadas en beneficio de los insaciables Carafa. De modo y manera que allí estaban los Guisa, hermanos cardenal y duque, y los Carafa, tío papa y sobrino cardenal, y esto fue lo que sucedió según el puntual relato del mencionado Eguaras.

—Vuestra santidad sabe que la Fe verdadera no está segura en manos de los españoles —vino a decir el cardenal de Guisa—. Cuando el emperador firmó la paz con los luteranos, dio por buenos los falsos derechos de la herejía. La cristiandad tardará decenios en reponerse de esta traición.

—Crece la herejía en Alemania, crece en Flandes, crece en Inglaterra y crece en la misma Francia —intervino el duque Francisco—. Roma necesita una espada que sepa defenderla.

—Los españoles creen ser esa espada —musitó el papa desde el fondo de su rencor—.

Siempre lo han creído. Su petulancia...

—Una petulancia propiamente luciferina —le interrumpió el cardenal.

—... Su petulancia no tiene límites —completó el papa—. Pero tienen el poder de sus armas y de sus arreglos dinásticos. En cierto modo, la Silla de Pedro está en sus manos.

—Pero eso puede cambiar, santidad —susurró el cardenal Carlos esbozando una finísima sonrisa—. No hay poder terrenal que no sea reversible con la ayuda de Dios.

—No lo hay, ciertamente, pero no veo la manera —evaluó Paulo IV hablando como para sí—. No hay en Europa reino más fuerte.

Carlo Carafa, el sobrino del papa, se miró en silencio las puntas de los zapatos: en sus tiempos de condotiero había servido sucesivamente a las dos coronas rivales, así que sabía bien de qué se estaba hablando. Que igual recordó en aquel momento cómo le habían echado de las filas españolas: con vergüenza y deshonor por sus muchos pecados.

—Con vuestra venia, santo padre —terció entonces el duque de Guisa, que había hecho reiteradas veces la guerra a España—: No es tan fuerte ni tan fiero el león como lo pintan.

—Un gigante con pies de barro, diría yo —confirmó su hermano el cardenal.

—Explicaos, os lo ruego —ordenó el papa con un oscuro brillo desde el fondo de sus ojos hundidos.

El duque se refugió en su hermano Carlos: él era el diplomático, luego a él le tocaba explicarse.

—El joven rey Felipe, que acaba de heredar a su padre, ha heredado también una deuda de... ¡veinte millones de ducados! —proclamó el purpurado con toda solemnidad.

—¡Veinte millones! —se asombró el papa.

—Todas las rentas de la corona están empeñadas —dijo Carlos de Guisa—. Incluidos sus ingresos futuros. Eso quiere decir que el rey Felipe tampoco podrá emitir más deuda. Se acabó el dinero. Y sin dinero, no hay víveres para los soldados ni pólvora para los arcabuces. España está muerta.

—Y la defensa de la cristiandad no puede entregarse a los brazos de un muerto —apuró su santidad el razonamiento del cardenal.

—Exactamente —ratificó Carlos—. Cuanto más se prolongue la agonía, mayor será el peligro, más crecerá la herejía y más amenazante se volverá el turco. Roma necesita otra espada.

El papa suspiró trabajosamente. Sus ancianos pulmones exhalaban algo parecido a un estertor. Miró con intensidad a los hermanos Guisa:

—Esa otra espada —dudó Paulo IV—... Habláis de Francia, supongo.

—Hablo de Francia —asintió el cardenal sin perder la solemnidad—. La primera corona de Europa que se convirtió al catolicismo en los tiempos bárbaros. La hija primogénita de la Iglesia.

—Sin embargo —objetó rápidamente el papa—, sé que vuestra corona tampoco anda muy boyante. La deuda que Enrique II heredó de su padre, Francisco I, todavía está viva, ¿o me equivoco?

—Siete millones de libras de plata. Pero se está pagando —se apresuró a excusar el duque—: El préstamo de Lyon, las nuevas tasas sobre toda actividad... Nada que ver con la ruina de España.

—Me congratula oír eso. Pero además —siguió Paulo IV con sus objeciones— está esa otra cuestión, tan dolorosa, del auge de la herejía en Francia. Sé que los hugonotes van ganando poder

cerca de la corte.

El duque miró incómodo al cardenal, su hermano. Era el duque Francisco de Guisa un hombre fuerte y bien parecido, uno de esos tipos que huelen a guerra y victoria, con toda la nobleza de semblante y ánimo que a su hermano le faltaba, pero sin su inteligencia: una hermosa bestia rubia de ojos claros que impresionaba tanto más cuanto menos hablaba. O sea que tenía que seguir hablando Carlos el cardenal.

—Es verdad —razonó Carlos, melifluo— que en la corte de París hay cierta corriente que se inclina a contemporizar con los herejes, no por flaqueza en la fe, sino por deseo de concordia. Está la reina, doña Catalina...

—Una Médici —gruñó el papa—. Los Médici siempre se han distinguido por su mucho dinero y sus pocos escrúpulos...

El cardenal sonrió: nunca le había gustado esa Catalina, hija de banqueros, sin rastro de sangre noble en sus venas, que Enrique había desposado cuando todavía era el segundón de la familia real. Nada permitía pensar entonces que Francisco, el primogénito, fuera a morir tan joven y Enrique se convirtiera en delfín, en heredero, después en rey... y esa Catalina, en reina.

—Los consejeros italianos de la reina, es cierto, no harían ascos a un arreglo pacífico con los herejes —sonrió cómplice el cardenal de Guisa—. Pero esa posición la comparten también otros grandes nombres de la corte como el condestable Anne de Montmorency.

—¿Montmorency? —se extrañó el condotiero cardenal.

—Líbreme el Señor —hizo aquí el cardenal un pío aspaviento— de que en mis palabras se perciba atisbo alguno de sospecha: estamos hablando de personas de irreprochable fe en la religión verdadera. Pero es cierto que la complejidad del problema empuja a ciertas almas ingenuas a una actitud de debilidad. Cosa distinta es esa gente que coquetea con la herejía, como el señor de Coligny. Pero es una minoría que se puede neutralizar.

El papa apretó los labios. Desde la altura de sus ochenta años no había finta ni giro que se le escapara. Es que tantos años escuchando pecados ajenos dan para mucha ciencia.

—Pues con vuestra corona en problemas financieros y con vuestra corte permeable a la herejía —suspiró su santidad—, Vuestra Eminencia sabrá decirme qué podemos esperar exactamente de Francia.

—La solución, santidad —repuso firme el cardenal—. No niego esos peligros que veis, al revés: pido vuestra ayuda para erradicar ese veneno. Y justamente por eso estamos aquí mi hermano el duque Francisco y yo.

—¿Y cómo podría este papa ayudar en semejante empresa? —levantó Paulo las manos—. Ya predicamos sin tregua contra la herejía. El número de sospechosos juzgados y condenados se cuenta por cientos, incluso entre los hombres de Iglesia. El de libros expurgados, por miles. No podemos hacer más.

—Si me permitís, santidad —juntó las manos Carlos como si fuera a rezar—, el plan que mi hermano y yo queremos exponeros apunta precisamente a descabezar a España y a los herejes a la vez.

El papa miró a su sobrino con una vaga expresión entre escéptica e interesada. Era este sobrino Cario Carafa, el condotiero cardenal, un tipo macizo de gesto quieto y piel curtida, como corresponde al que ha frecuentado los campos de batalla, pero había un algo delicado y hasta femenino en su rostro que delataba al vividor que llevaba dentro. El sobrino asintió suavemente,

como para aconsejar al papa que escuchara a los Guisa.

—Os escucho —dijo su santidad sin mucha convicción.

El cardenal Carlos de Lorena-Guisa se levantó ceremoniosamente. Cruzó las manos a la espalda. Dio algunos pasos en círculo. Juntó nuevamente las manos mientras inclinaba la cabeza ante el sumo pontífice como pidiendo la venia. Se atusó las largas guías de la barba.

—La clave es Nápoles. El Reino de Nápoles, santidad —clavó el cardenal los ojos en el papa—: Vuestra tierra.

—La clave siempre ha sido Nápoles —confirmó Paulo IV—. ¿Dónde está la novedad?

—En lo que vendrá después —sonrió mansamente el cardenal de Guisa sin acusar recibo de la interrupción—. Nuestro plan consiste en que los ejércitos de Francia, que en este momento son cuatro en la frontera italiana, aprovechen la debilidad extrema del Tesoro español, entren en Nápoles y expulsen a los españoles. Los ejércitos del rey Felipe, privados del apoyo de Nápoles y sin oro para reclutar mercenarios suizos o alemanes, no tardarán en doblegarse también en Milán. Así Nápoles y Milán serán ofrecidos a los hijos del rey de Francia como señorío, pero, por supuesto, bajo el control político de vuestra santidad. Con esas insuperables bazas en la mano, mi hermano el duque mostrará a nuestro rey Enrique quién es la mejor espada y nuestro partido se impondrá en la corte de Francia sobre los que querrían contemporizar con los herejes. La herejía será extirpada de Francia. ¡Aniquilada! París hará de la lucha contra los luteranos su bandera.

El cardenal Carlos de Guisa hizo un breve alto para examinar la reacción del papa. Este permanecía tan inmóvil como lo estaría la momia de San Pedro, si la hubiera. Carlos prosiguió:

—Sin guerra en Italia, todos nuestros ejércitos podrán concentrarse entonces en el problema de Flandes. Allí son cada vez más las voces que se levantan contra España: los flamencos han venido aceptando hasta hoy al emperador Carlos como su soberano, pero no quieren a su hijo Felipe. El rey de Francia se mostrará como el verdadero protector de los derechos de los flamencos. ¿Acaso no tiene hoy París el oro que a España le falta? Bruselas y Amberes no dudarán sobre quién es la mejor opción. El rey Felipe no tendrá más remedio que aceptar la paz que le impongamos. Y así, merced a la alianza de París y Roma, una poderosa muralla se elevará desde el Canal de La Mancha hasta Sicilia para salvaguardar la verdadera fe contra la herejía.

Carlos de Guisa sudaba. Las gruesas ropas talaras del cardenal no eran las más apropiadas para el mes de julio en Roma. Durante su exposición se había ido acalorando hasta ruborizarse con pasión de profeta. Trató de recobrar la compostura fijando los ojos en los zapatos rojos del papa. Este aguardaba, expectante.

—Para eso —concluyó el cardenal francés— solo se requiere una cosa: que vuestra santidad autorice el paso de las tropas de mi hermano el duque por vuestros estados para presentar batalla en Nápoles o, aún mejor, que los poderosos ejércitos de vuestra obediencia nos secunden en la campaña. Y eso es lo que humilde y respetuosamente nos ha traído hoy aquí, a mi hermano el señor duque y a mí, vuestro humilde servidor.

El papa calló, la mirada perdida en el vacío. Se acarició el mentón. Se pellizó la punta de la nariz. Fue a clavar los ojos en algún punto indeterminado de la fisonomía del cardenal Carlos de Guisa.

—Es una jugada razonable —evaluó su santidad—. Pero veo dos obstáculos mayores. El primero; Nápoles está en manos de los españoles. Y los napolitanos, sí, aspiran a la independencia, pero la historia demuestra que, puestos a elegir amo, el populacho de mi tierra

prefiere a los españoles antes que a los franceses. ¿Por qué ahora habría de ser diferente?

—Porque no estamos hablando del populacho, santidad reverendísima —terció ahora Francisco, el duque—, sino de los grandes nombres de ese reino, que apoyarán nuestra empresa a cambio de tener voz y voto en el gobierno de Nápoles y Sicilia. Ni que decir tiene que todos recuperaréis vuestros puestos en el Consejo Real de Nápoles.

—Es cosa ya hecha —aseveró solemne Carlos.

Carlos miró a su tocayo y par, el cardenal condotiero Cario Carafa, que hasta ese momento se había mantenido quieto como una estatua. También el papa miró a su sobrino con aire de interrogación.

—Es así —confirmó Cario Carafa—. Cuando las tropas de Francia entren en el país, los más importantes señores de Nápoles se levantarán contra los españoles... si vuestra santidad se lo pide. Por el contrario, las grandes familias que han apoyado a los españoles huirán. Sus bienes serán la recompensa de los que se muestren fieles a Roma.

El papa escrutó los ojos de su sobrino con aquella mirada que tanto terror inspiraba en tanta gente. Después miró a los ojos al cardenal de Guisa. Este percibió entonces un detalle revelador:

Paulo IV era indudablemente muy corto de vista, y esa escrutadora mirada suya no era sino consecuencia de su presbicia senil.

—Os hablaba de dos obstáculos —retomó el hilo su santidad—. El segundo es este otro: ¿Qué se opinará de esta empresa en la corte de Francia? Porque sé que el condestable Montmorency no cree posibles nuevas campañas. Y sé que los consejeros italianos de la reina Catalina tampoco saltarán de gozo al veros, duque Francisco —se dirigió el papa al de Guisa—, como hombre fuerte de la corte y con aspiraciones en Italia. Y si eso es lo que sé, aún más importante es lo que no sé: no sé qué pensará particularmente el rey Enrique. Y sobre todo, qué pensará esa especie de reina de Saba que tiene a su lado.

Diana. Diana de Poitiers. Esa era la «reina de Saba» a la que se refería el Santo Padre. La verdadera dueña de la corte de Francia. Viuda de un hombre cuarenta años mayor que ella y, ahora, amante de otro, el rey Enrique, veinte años más joven que ella. Gran Senescala de Normandía, duquesa de Valentinois y de Étampes, dotada por Dios con un talento supremo para multiplicar el poder y la riqueza. De Diana se rumoreaba que ingería oro líquido para mantener su belleza a salvo del paso del tiempo, y por eso adornaba su hermosura rubia con una exagerada palidez. Los Guisa odiaban a Diana. Sobre todo, el cardenal.

—La corte de Francia, Santo Padre... —empezó a decir Carlos de Guisa, pero el papa le interrumpió:

—Al grano. Eminencia: ¿Aprueba vuestro soberano Enrique II estos planes que me exponéis?

—Sí —afirmó tajantemente el cardenal para sorpresa de su hermano el duque, que giró la cabeza como si hubiera visto al mismísimo Judas redivivo.

Ya ha quedado dicho que el duque de Guisa era tan diestro en el campo de batalla como torpe en los juegos de palacio, y aquella ingenua reacción suya debió de haber alertado al sumo pontífice. Pero el papa Paulo o no lo vio, o no lo quiso ver.

—¿Sí? —insistió el papa Carafa.

—De otra manera no estaríamos aquí —se limitó a sentenciar el cardenal de Guisa, y esta vez el duque ratificó las palabras de su hermano con un marcial movimiento del mentón.

—Gracias por vuestra visita, hijos míos —susurró Paulo IV con su voz cascada—. Os

prometo una respuesta antes de mañana a la hora del Ángelus. Traslada a vuestro monarca, os lo ruego, mi bendición apostólica.

Despidió su santidad a tan principales visitantes, que fueron acompañados en su salida por el cardenal sobrino. Cario Carafa, y tengo para mí que en aquella plática postrera acordarían los Guisa y el reverendísimo condotiero algún tráfico de oro para mutuo beneficio, que nunca ha habido mejor sello que ese para firmar alianzas, tanto sagradas como profanas.

Esto fue, en fin, lo que se coció entre los Carafa y los Guisa, o sea entre el papado y Francia, y el plato llegó a la mesa del rey Enrique II en forma de exquisito manjar con aroma a incienso y gloria. Cumplimentada su embajada en Roma, acudieron los hermanos Guisa a ver al rey en su palacio del Louvre de París. Que yo allí tampoco estuve, pero me lo contó el dicho Eguaras. Hallaron los Guisa a la real persona en compañía no de su esposa Catalina de Médici, a la que el monarca había alejado de los negocios públicos por no fiarse de la corte italiana de la reina, sino de su amante y consejera Diana de Poitiers, a la que, como ya ha quedado escrito, tenía Enrique en más aprecio que a los más sabios de sus ministros. Y allí el cardenal Carlos de Guisa, después de explicar su propuesta en los términos que ya conocéis, cerró su parlamento diciendo:

—Es ahora o nunca, majestad. Nadie sabe si mañana el rey Felipe va a encontrar más oro en las Indias, o si Inglaterra va a consentir en hacer honor al pacto matrimonial y la reina María va a lanzar a sus tropas contra nuestras costas. Solo ahora tenemos la seguridad de que España está en la ruina. Tampoco nadie sabe si mañana el papa Paulo IV, ya tan anciano, va a recibir la última llamada del Señor y en su lugar veremos subir a la Silla de Pedro a cualquier amigo de esos españoles. Es ahora o nunca, majestad —repitió el cardenal.

Enrique miró a Diana. Esta miró a su vez al cardenal. Carlos de Guisa trató de sobreponerse al desprecio que le inspiraba aquella hembra, a la que consideraba una simple barragana de la peor especie, y amagó un conato de reverencia ante la doña. Diana volvió sus ojos a Enrique. Solo el rey pudo entender qué quiso decirle la mujer con esa mirada. Siguió un silencio denso como el oro que Diana ingería para preservar su belleza, y pálido como el cutis de aquella mujer extraordinaria.

—¿Aprueba el papa esta empresa? —preguntó al fin el monarca.

—Su santidad no solo aprueba estos planes y los respalda —contestó el cardenal de Guisa rápido como una serpiente—, sino que el cardenal Carafa, que manda en la política pontificia, pone a vuestra disposición las armas de sus ejércitos.

—Carafa... —musitó Diana como si fuera a decir algo. Pero no dijo nada.

—Hágase —resolvió el monarca—. Y que San Luis nos ayude.

Y por eso Francia hizo la guerra a España en aquel año de 1556. Y ahora debo contaros cómo nuestro rey hizo frente a la confabulación de nuestros enemigos, que también esto me lo contó en aquella sesión de Bruselas, vino arriba y vino abajo, el navarro don Antonio de Eguaras.



Enrique II, rey de Francia.



Diana de Poitiers, amante y consejera de Enrique II.

LA PENÍNSULA ITALIANA EN 1557



Concluye la narración del señor de Eguaras con el relato de cómo el duque de Alba frenó la invasión del duque de Guisa, sitió al papa y las cosas que de ello se siguieron

En el mes de julio de 1556, su santidad el papa desposeyó a Felipe II del título de rey de Nápoles y dictó sentencia de confiscación contra la corona de España en razón de ciertos tributos que el papa reclamaba por la posesión napolitana. Acto seguido, Paulo IV hostigó a los cardenales españoles en Roma con vejaciones y abusos. Y no contento con eso, mandó dar prisión a muy distinguidos señores de la representación española en aquella ciudad, incluido el propio embajador, don Garcilaso de la Vega, sobrino del que fue preclaro guerrero y poeta del mismo nombre. Las cañas de Vaucelles se tornaban lanzas y ya nadie dudaba de que habría guerra en breve plazo.

El acuerdo entre Roma y París se hizo carne en un ejército francés de 13.000 hombres con un tesoro de 35.000 ducados, prenda a la que el papa debía responder con otro ejército de dimensiones semejantes y una aportación de 150.000 ducados. Ignoro si el rey Felipe supo esto en aquel momento o si sus espías en Roma y París, que los había y muchos, le tenían ya al tanto de lo que tramaban los Guisa y los Carafa. El hecho es que, como primera providencia, don Felipe resolvió dar el mando de Nápoles y la capitanía general de nuestros ejércitos en Italia al gobernador de Milán. Y resulta que el gobernador de Milán era lo mejor que el reino tenía: el duque de Alba.

El duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, tercero de su título, era el espíritu de la guerra hecho hombre. Vio un combate por primera vez a la tierna edad de seis años, cuando su abuelo Fabrique lo llevó a la campaña de Navarra, y desde entonces no había dejado de servir en las armas. Siempre el primero, siempre el más bravo, siempre el más hábil, siempre el más abnegado. ¿Podéis imaginar un tempango de hielo que al mismo tiempo ardiera? Eso era el

duque de Alba.

Alto, enjuto, de piel tostada y aire grave, el tipo más austero del orbe, los ojos más fieros, con aquella nariz fina y recta, pero aplastada sobre la línea de la frente como a golpes, y aquella boca que se plegaba siempre en un rictus de alerta, envuelta en una barba hosca y negra como la fiera se envuelve en la maleza antes de atacar. Se ganó sus primeros galones a los diecisiete años, cuando escapó de su casa para marchar a la toma de Fuenterrabía. Combatió en el Rosellón, en Túnez — allí le vi yo por primera vez—, en Argel, en Mühlberg... Enseguida se convirtió en ese género de jefe al que sigues con los ojos cerrados y sin hacer preguntas porque sabes que nunca te ordenará nada que no sea capaz de hacer él mismo, y eso era casi todo. Criado entre guerreros, sus hombres le adoraban y él les devolvía tal consideración dirigiéndose siempre a ellos como «señores soldados». Que te llame «señor soldado» un aristócrata del mayor rango, con grandeza de España y Toisón de Oro, es mucho llamar. Ahora el III duque de Alba se acercaba al medio siglo de existencia y a su dorado palmarés militar había añadido el laurel de las empresas políticas, pues el emperador Carlos le nombró mayordomo mayor de su Casa y miembro de sus Consejos de guerra y de gobierno, y Felipe le había confirmado en esos puestos y dignidades. Acompañó a Felipe en su boda con María Tudor de Inglaterra, que en aquellos negocios ingleses me volví a topar yo con él. Acabó en Milán, dicen que por intriga de la corte para alejarle de España, pero eso yo no sé si es verdad o chismorreos de mentidero. El hecho es que ahora, ante la doble traición del francés y el papa. Alba estaba en el centro mismo del huracán.

Como César, Alba llegó, vio y venció. Primero, nobleza obliga, mandó emisarios al papa en orden a buscar la paz. Como quiera que su mensaje no obtuvo ni siquiera respuesta y, aún peor, cobrando noticia de que el papa empezaba a reclutar mercenarios alemanes, el duque de Alba se trasladó a Nápoles y alineó a su ejército. El 1 de septiembre de 1556 salía el duque de la capital napolitana con una tropa de 12.000 infantes, un cuarto de ellos españoles y los demás italianos, a más de 800 hombres de armas, que era como se llamaba a la caballería española del rey, y 1.500 caballos ligeros. Que no era un gran ejército por sus dimensiones, pero sí por su ánimo y magisterio en el arte de la guerra. De justicia es señalar los nombres de quienes mandaban aquel contingente. Fabrique Álvarez de Toledo, marqués de Villafranca, pariente de Alba, mandaba la infantería española. La italiana obedecía a Vespasiano Gonzaga, sobrino del rey Felipe y genio sin igual que en aquellos mismos años estaba levantando una ciudad nueva, Sabbioneta, que quiere decir «Arenosa» por alzarse en los arenales del Po, y que ambicionaba reunir las más nuevas reglas de las artes. Al frente de la caballería estaban el gran Marco Antonio Colonna, del ancestral linaje de los Colonna de Roma, y el conde José Cantelmo de Pepoli, que era sobrino del papa. Y la artillería quedaba al cuidado de don Bernardino Aldana, con justa fama de ser el mejor artillero de su tiempo. Y ahora os contaré por lo breve las hazañas que estos hicieron.

Lo primero que mandó Alba fue que Villafranca cogiera a la infantería española y ocupara plazas importantes en la frontera entre Nápoles y los Estados Pontificios. Cayó Frosolone primero y luego cayeron todas las demás. De los almacenes de estas ciudades salieron los víveres que iban a avituallar al ejército, con lo cual Alba ganó al mismo tiempo territorio, dinero y tiempo. Llegó entonces la noticia de que Cario Carafa, el cardenal condotiero, se aproximaba a Roma con 3.000 soldados de Francia. ¿Y qué hizo Alba? Dar un paso hacia Roma: dividió a su ejército en unidades más pequeñas y las dirigió contra las ciudades de Baucio, Ferentino, Veroli, Alatri, que tomó todas al mismo tiempo. Y sin dar un respiro a Dios ni al Diablo, reunió nuevamente a las

tropas y puso sitio a Anagni, ya a un paso de Roma. El asedio de Anagni duró solo tres días porque el alcalde de allá, que se llamaba Torcuato Conti, puso pies en polvorosa con la guarnición de la ciudad, dejando a los vecinos al albur de los conquistadores.

En Roma cundió el pánico, pues los lugareños recordaban el saqueo de 1527, así que mandaron los vecinos una delegación al papa para pedirle que firmara la paz con los españoles. Pero Cario Carafa, fiado en que el socorro francés habría de llegar, despachó a los romanos con cajas destempladas. Y entonces Alba mandó a su ejército al este de Roma, a la ciudad que se llama Tívoli, y la tomó porque la guarnición huyó despavorida, y después se dirigió hacia el oeste para tomar Ostia, que es el puerto de Roma, y lo tomó tras once días de áspera lucha. Y así las cosas fue el propio Cario Carafa, el cardenal condotiero, quien se avino a parlamentar con el duque de Alba, no por deseo de paz, sino porque el pueblo de Roma estaba al borde del motín. Terminaba entonces noviembre del año 1556. Y esto que sigue es lo que Alba y Carafa platicaron según cumplida cuenta de don Antonio de Eguaras:

—Mi señor duque... —principió Carafa con muchos miramientos.

—General Carafa... —se limitó a contestar Alba desde una distancia infinita.

—¿Ya no se estilan en España los títulos de nobleza que acompañan a un cardenal de la Iglesia? —preguntó Carafa entre irónico y fanfarrón, esperando sin duda que el duque le tratara de Eminencia Reverendísima o como quiera que haya que dirigirse a los príncipes de la Iglesia.

—Al cardenal le debo obediencia como católico —razonó Alba, frío como una noche de invierno en Soria—, pero aquí solo sois el general de un ejército enemigo. Que no es poca cosa: en otras circunstancias, os habría hecho colgar. Por traidor.

Os digo que yo he visto a asesinos de la peor especie, lo mismo rufianes de taberna que señorones de corte, temblar como niños ante una sola mirada del duque de Alba. Imaginad, pues, lo que debió de pasar entonces por el ánimo de Cario Carafa, así acusado de traición en sus propias narices.

—Me ofendéis, duque —acertó a contestar el cardenal sobrino y condotiero cuando se hubo repuesto del sopapo.

—Mayor ofensa ha recibido la buena fe de mi soberano, señor general, burlada por vuestro tío el papa Paulo con esos acuerdos con Francia. La palabra traición no es exagerada.

—Señor duque —se rebotó Carafa—, en nombre de vuestra obediencia a la fe católica, única verdadera, os conmino a retirar vuestras tropas. Vuestra actitud dice muy poco de la lealtad de vuestro soberano a la autoridad de Roma.

—Habláis muy ligeramente de lealtad, señor general —silabeó despacio Alba, poniendo pólvora en cada palabra y acero en cada acento—. Porque fue muy poco leal que su santidad y el rey de Francia rompieran el tratado que ambos habían suscrito con el rey de España en Vaucelles. Y quiero recordaros que fue el propio papa quien promovió aquel concierto.

Parlamentaban Alba y Carafa de pie y a campo abierto, secundado cada cual por un corto séquito y con las picas de ambas infanterías bien a la vista. No era una reunión de amigos.

—Eso que vos llamáis paz —sonrió cínico Carafa— no era sino una tregua que, por su propia condición, estaba llamada a expirar, como toda tregua. No hay aquí deslealtad alguna.

—La hay, mi señor —porfió el jefe español—, desde el momento en que abristeis la puerta de Italia a los ejércitos del rey francés. Mi rey no ha hecho sino defender su territorio.

—¿Es defender vuestro territorio acometer contra las tropas de su santidad? —preguntó

retórico el cardenal.

—Lo es —respondió el duque— cuando las tropas de su santidad se alinean con las del rey de Francia. Os hago notar, mi señor, que los ejércitos que me cabe el honor de mandar se han abstenido de penetrar en Roma y se han limitado a tomar bajo su control unas cuantas posiciones.

—¡Ja! —exclamó Carafa, teatral—. ¿Y por qué no habéis pasado a la ofensiva contra Roma? Yo os lo diré: ¡porque no podéis! Porque no tenéis oro para pagar a vuestros soldados. Solo sois un león sin dientes

—Un león sin dientes —habló Alba muy despacio— puede matar con las garras, mi señor general Carafa.

Yo no lo vi, pero me figuro que a Carafa le pasaría en aquel momento un ciempiés por las espaldas causándole el estremecimiento que solo Alba sabía causar en hombres de toda índole y condición.

—¡Basta de charla! —zanjó el cardenal condotiero—. Vengo a exigirlos, en nombre de su santidad el papa, que vuestras tropas abandonen sus posiciones en los territorios pontificios. Y también a advertiros de que cualquier intento de sitiar Roma será penado con la excomunión para vos y para vuestro monarca.

—A lo primero —respondió Alba muy firme— os responderé, general Carafa, que mis tropas abandonarán sus posiciones cuando nuestro rey nos lo ordene. Y a lo segundo os contestaré que haré llegar vuestra amenaza a mi señor el rey don Felipe. Yo, mientras tanto, cumpliré sus órdenes, sean estas cuales fueren.

Carafa tendió a Alba un papel. Eran las condiciones del papa para la paz. Tan exageradas y desmedidas que Alba no podía siquiera negociarlas. Pero eran palabra del papa, de manera que el duque tampoco podía dejar caer aquello en saco roto.

—Debo enviar esto al rey don Felipe —se limitó a decir el duque.

—Es vuestro servicio —masculló el cardenal.

—En tanto llega la respuesta —continuó Alba— y dado que la petición de paz es formal, tenéis derecho a una tregua. Lo sabéis, ¿no es así, señor general Carafa?

—Lo sé.

—Cuarenta días —fijó el jefe español—. Es lo que tardará el mensaje en ir y volver desde aquí a la corte.

—Cuarenta días —cerró Carafa.

Y el cardenal condotiero y su séquito se marcharon por donde habían venido dejando a Alba, a lo que a mí me parece, con ese amargor que te queda cuando has estado a punto de cazar una buena pieza y de repente se te escapa.

A la naturaleza del escorpión corresponde que no puede dejar de clavar su venenosa aguja, y así Cario Carafa aprovechó aquella tregua de cuarenta días, cedida por España, para abrir de par en par las puertas de Italia al francés. Y mucho tuvo que abrirlas, porque por aquella puerta pasaron con el duque de Guisa 4.000 infantes franceses, 2.200 hombres de armas de la caballería de Francia y 6.000 mercenarios suizos hasta completar la suma de 14.200 hombres, más 2.000 caballos ligeros y doce piezas de artillería. A lo cual se sumaron en Parma otros 6.000 infantes que reclutó Hércules de Ferrara, suegro del de Guisa. Tengo que contaros quiénes eran los lugartenientes de aquel ejército: el hermano pequeño de los Guisa (porque había, sí, otro hermano), Claudio, duque de Aumale, casado con una hija de Diana de Poitiers, mandaba la

caballería, y Jacobo de Saboya, duque de Nemours, fiel de la casa Guisa, mandaba la infantería. Y con eso afrontó el jefe francés la tarea de recuperar lo perdido en el Milanesado, que no le costó mucho, porque allí nuestras armas eran pocas, y acto seguido se dirigió a Roma, donde el papa Paulo IV, aliviado por la llegada de su socio, lo intituló «Libertador de la Iglesia, Protector de la Santa Sede y Capitán Enviado del Cielo». Y envuelto en tan excelsos títulos, Francisco de Guisa se lanzó a invadir el Reino de Nápoles a principios del año 1557.

Habéis de saber, porque son asuntos importantes entre gentes de guerra, que Guisa y Alba tenían una cuenta pendiente. Y es que, años atrás, Alba asedió Metz y Guisa la defendió, y tan acertado fue el desempeño del francés que el español se quedó con un palmo de narices. Ahora cambiaban las tornas y el que atacaba era Guisa, y Alba el que defendía, y veréis que aquí el español saldó la deuda, porque tan férrea fue su defensa que el francés no pudo pasar. Empezó Alba por guarnecer los pasos de los Abruzos, que son las montañas del centro de Italia, y fortificar las ciudades que hacían frontera. No solo las fortificó, sino que además reclutó 30.000 peones de entre los varones del Reino para cubrir el territorio. Hablo de varones, pero de justicia será incluir también a las mujeres, porque fueron ellas las que, llegado el francés al asedio de Civitella, defendieron la plaza con tal denuedo que Guisa hubo de retirarse. Y así, una plaza tras otra, el duque de Guisa vio desbaratado su sueño napolitano. Y aunque Francisco de Guisa era hombre valiente y resuelto, capaz de aguantar a pie firme los reveses del batallar, se encontró con que todo le salía a siniestras, porque a los italianos se les acabó el dinero, el papa no daba ni un maravedí ni un soldado más, la soldadesca italiana desertaba en masa y hasta su suegro Hércules de Ferrara le retiraba las tropas auxiliares, porque los intereses del dicho suegro estaban en Milán y todo aquello de Nápoles se le daba una higa. Y así, menos de un mes después de su triunfal recibimiento en Roma, Francisco de Guisa tenía que volver grupas. Y el duque de Alba lo dejó marchar.

Fue en esta tesitura cuando el duque de Guisa, viendo que todo se había malbaratado, pidió venia al rey de Francia para volver a la patria, pues en Italia nada había ya que rascar. Lo hizo a través de su hermano el cardenal Carlos. Pero el cardenal Carlos, que jugaba sus propias cartas, una vez llegado a París cambió el sentido de la demanda, o sea que traicionó a su propio hermano. No me preguntéis por qué, pues yo no lo sé, pero sí puedo contaros lo que a mí me llegó de la conversación que el cardenal Carlos de Guisa tuvo con el rey Enrique de Francia, y que fue la razón por la que tantos ejércitos del francés se quedaron en tierra italiana. Y fue de esta manera:

—¿Y bien, cardenal? —preguntó el rey Enrique a Carlos de Guisa—. Hace tres meses que vuestro hermano el duque comenzó la campaña italiana, y bien poca cosa hemos conseguido al margen de tres o cuatro plazas sin importancia.

—Con permiso, majestad —susurró el cardenal de Guisa— yo no diría que no tienen importancia.

—¿Bien poca si se comparan con el objetivo principal, que era el Reino de Nápoles! —refunfuñó Enrique—. ¿Qué ha pasado?

—Muy principalmente, majestad, que el papa no ha estado a la altura de sus compromisos.

—¿No nos ha abierto las puertas? —preguntó con gesto malévolo Diana de Poitiers, que estaba en aquella asamblea como en todas las que el rey convocaba.

—Sí —aceptó el cardenal—, pero no ha sido capaz de alinear las tropas prometidas, ni de guardar sus plazas fuertes ni de ganar la adhesión de las grandes casas italianas.

—Sorprendente torpeza, ¿no es cierto? —dijo el rey levantando una ceja indolente, que esa de la indolencia era la nota mayor de su natura.

—Más que torpeza papal, todo sea dicho, ha sido habilidad de Felipe de España —reconoció Carlos de Guisa—. Primero, mandó a Italia al duque de Alba, hombre que inspira terror con su sola presencia. Con esa baza en la mano, ha negociado con Génova, ha ganado el apoyo de los Médici en la Toscana y de los Farnesio en Parma, y se ha garantizado la neutralidad de Venecia...

—¿Los Médici? —interrumpió muy intencionadamente Diana de Poitiers.

—El duque Cosme de Médici, de Florencia —aclaró el cardenal dirigiéndose al rey—. La familia de vuestra esposa, majestad.

—¿No nos queda ningún aliado en Italia? —bufó Enrique, cada vez más molesto.

—El duque Hércules de Ferrara...

—El suegro de Guisa —volvió a interrumpir Diana.

—... Y solo para actuar en Milán —completó el cardenal.

—Eso, en todo caso —meneó Enrique II la cabeza—, no explica la impericia de su santidad para alinear las tropas prometidas.

—También ha sido obra de Felipe, mi señor —prosiguió el cardenal Carlos—. Esos españoles han suspendido las letras de cambio de Roma contra la corona de Castilla. Han dejado al papa sin dinero. Y sin dinero...

—Ya, ya sé: sin dinero no hay tropas. ¿Por eso han desertado en masa los italianos? Bonito paisaje...

Enrique II compuso un gesto de aburrimiento infinito. Apoyó la cabeza en las manos. Miró por la ventana. Diana de Poitiers vino a ponerse a su vera y le acarició los cabellos con gesto de madre. El cardenal Carlos de Guisa vio llegado el momento de jugar su última carta.

—Con vuestro permiso, majestad —carraspeó el cardenal— es cierto que las cosas no han salido como estaba previsto, pero el panorama general sigue igual que antes: España está en quiebra y el papa está de nuestra parte.

—Bien —casi bostezó el rey de Francia—, pero ¿qué hacemos?

Y aquí es cuando Carlos de Guisa, cambiando el sentido de lo que su hermano le había pedido, jugó su carta más arriesgada.

—Ahora termina el invierno —razonaba lentamente el cardenal, calculando las palabras—. Pronto el clima se hará propicio para la guerra. Los españoles atacarán. Alba está en Italia. Es su mejor general. Parece claro que Italia será el campo de batalla.

—¿Y esas noticias de que el rey Felipe está acantonando tropas en Flandes? —preguntó Diana.

—Sin duda teme dejar desguarnecido ese frente —lucubró el cardenal— y que nuestras tropas, aprovechando el conflicto en Italia, entren en tierras flamencas. Pero dudo que trame una ofensiva por ese frente.

—Parece juicioso eso que decís —murmuró Enrique.

—Insisto —repitió Carlos de Guisa— en que el indicio más claro de lo que Felipe se propone es la presencia del duque de Alba en Italia. Sería estúpido abrir una guerra y dejar al mejor general al margen. Luego entonces, la guerra será en Italia.

—También eso que decís parece juicioso —volvió a murmurar el rey.

—Tenemos cuatro ejércitos en Italia, ¿no es así? —preguntó Diana de Poitiers.

—Así es —confirmó Enrique.

—Y en el norte, ¿dos? —siguió la dama.

—El de Montmorency y el de Coligny —enumeró Enrique.

—Eso debería ser suficiente para prevenir cualquier eventualidad por ese flanco —se apresuró a decir el cardenal, que veía que se estaba saliendo con la suya.

—Y si la guerra en Italia se prolonga —se cesaba el rey— siempre podremos echar mano de ellos para reforzar al duque de Guisa.

—Será una hábil maniobra, sire —cumplimentó Carlos de Guisa, adulador.

—Bien —resolvió Enrique II de Francia—. Mantengamos la presión sobre suelo italiano. Por brillantes que hayan sido los movimientos del rey Felipe, el tiempo sigue corriendo en su contra: no tiene dinero. Y sin dinero...

—Correré a dar las órdenes pertinentes a mi hermano —zanjó el cardenal.

Y por eso Francia mantuvo a buena parte de su ejército en Italia en aquellos primeros meses de 1557. Y Felipe II lo supo y sacó las oportunas conclusiones.

En esto terminó la relación que me hizo don Antonio de Eguaras en su secreto despacho de aquella taberna de Bruselas. Habían pasado varias horas y con ellas, un par de botellas de vino. El navarro guardó un largo silencio. Lo acompañó con un no menos largo trago. Luego me miró muy serio con aquellos ojos suyos, los clavos ardiendo.

—El rey te llamará en breve, amigo Romero. Va a venir a Bruselas y quiere hablarte. Me ha ordenado que te lo anuncie, por si se te hubiera ocurrido ausentarte.

—Aquí estaré, amigo Eguaras —me puse en pie.

—Bien. Ve con Dios. No necesito decirte que yo nunca he estado aquí.

Marché de aquel lugar con la intriga en el pecho. Aguardé durante varios días repasando mentalmente todas esas cosas que Eguaras me había confiado. Y así estaban las cosas cuando el rey Felipe, en efecto, llegó a Bruselas y me mandó llamar. Lo hizo enviando a mi casa a un muy peripuesto lacayo del servicio real.

—¡Hay en la puerta un noble! —me dijo Mauricio con el miedo pintado en el rostro al ver al mensajero.

—¿Te has metido en algún lío? —me inquirió Constance con suspicacia, que nunca había tenido ella muy claro de dónde salían las monedas que nos dejaban vivir.

Acudí a ver al lacayo. Me hizo una reverencia. Me tendió un papel enrollado con sello de su majestad el rey Felipe. Allí mismo lo leí. El mensaje me anunciaba que nuestro señor el rey Felipe II venía a la capital y me cursaba orden de presentarme ante su regia persona. Y ahora os contaré lo que el rey me dijo en aquella circunstancia.

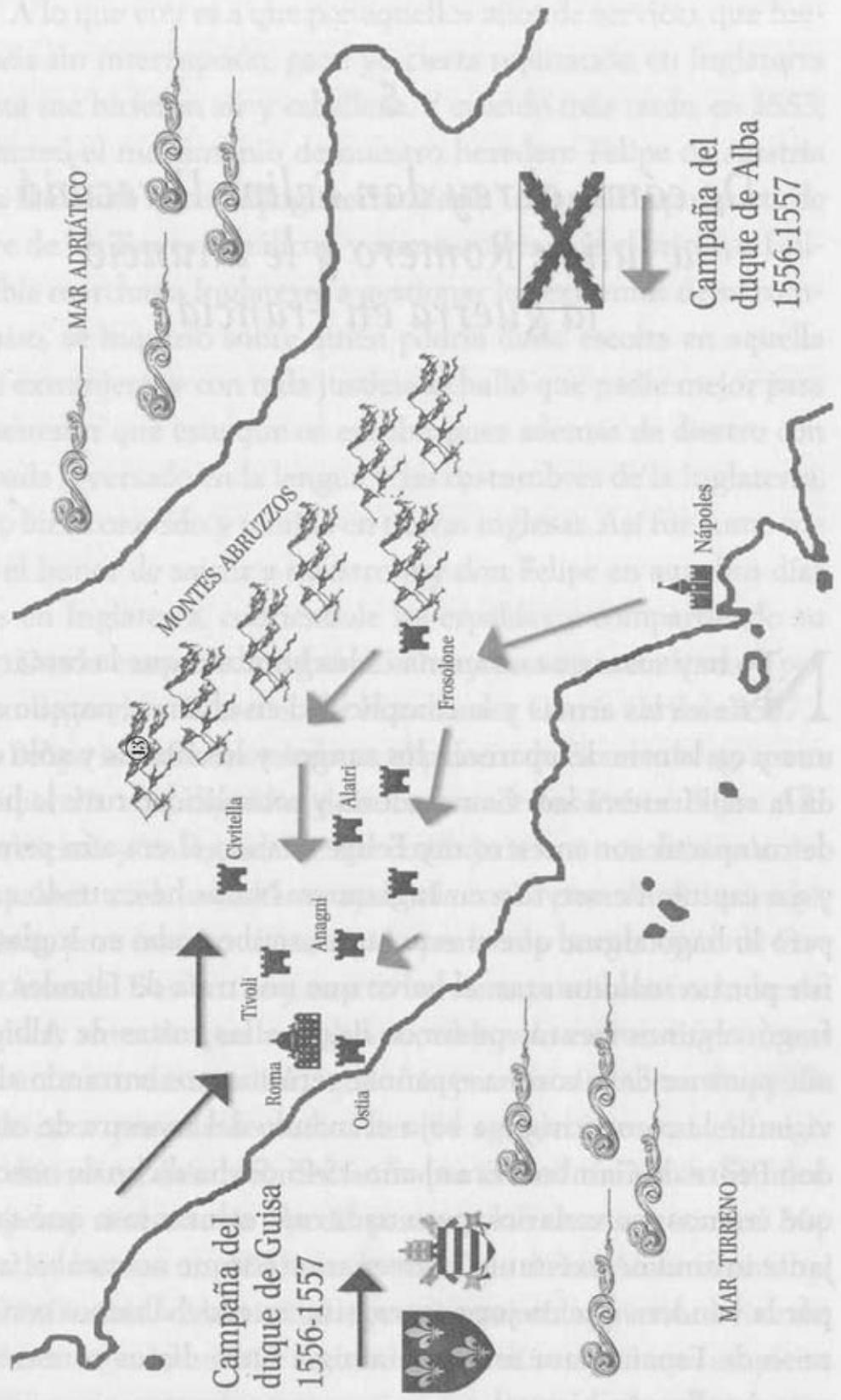


Paulo IV, papa entre 1555 y 1559.



Carlo Carafa, condottiero y cardenal.

TEATRO DE OPERACIONES EN ITALIA, 1556-1557



Campana del duque de Guisa 1556-1557

Campana del duque de Alba 1556-1557

MAR ADRIÁTICO

MAR TIRRENO

MONTES ABRUZZOS

Civitella

Tivoli

Roma

Ostia

Anagni

Alatri

Frosolone

Nápoles

*De como el rey don Felipe II recibió a Julián
Romero y le anunció la guerra en Francia*

No hay cosas que unan más a los hombres que la camaradería en las armas y la complicidad en el amor, porque en la una y en la otra desaparecen los rangos y los títulos y solo queda la viril fraternidad. Camaradería y complicidad tuve la honra de compartir con nuestro rey Felipe cuando él era aún príncipe y yo capitán de servicio en Inglaterra. No os he contado antes, pero lo hago ahora, que si este que suscribe acabó en Inglaterra fue por un maldito azar: el barco que nos traía de Flandes naufragó, algunos cientos pudimos llegar a las costas de Albión y allí, por mor de la corona española, terminamos entrando al servicio de la corona inglesa bajo el mando del maestre de campo don Pedro de Gamboa. Era el año 1545. Se ha dicho de nosotros que éramos mercenarios, pero nada más calumnioso que semejante infundio: no éramos mercenarios porque no combatíamos por la bandera que mejor pagara, sino que luchábamos con permiso de España para un reino amigo. Otro día os contaré con más detalle esta historia.

A lo que voy es a que por aquellos años de servicio, que fueron seis sin interrupción, gané yo cierta reputación en Inglaterra y hasta me hicieron *sir* y caballero. Y cuando más tarde, en 1553, se planteó el matrimonio de nuestro heredero Felipe de Austria con la flamante reina de Inglaterra María Tudor, nieta por parte de madre de los Reyes Católicos, y como quiera que el príncipe Felipe debía marchar a Inglaterra a gestionar los extremos de su compromiso, se inquirió sobre quién podría darle escolta en aquella tierra extranjera, y con toda justicia se halló que nadie mejor para tal menester que este que os escribe, pues además de diestro con la espada y versado en la lengua y las costumbres de la Inglaterra, era yo bien conocido y temido en tierras inglesas. Así fue como me cupo el honor de asistir a nuestro rey don Felipe en aquellos días suyos en Inglaterra, cubriéndole las espaldas y compartiendo su mesa. Desde entonces me guardó el rey una estima cierta, y por eso, en llegando a Bruselas, me hizo llamar. Corría abril de 1557.

Felipe se había instalado en el palacio de Coudenberg, como correspondía a su dignidad de soberano de los Países Bajos. Allí me presenté y enseguida se me condujo a una recoleta sala del gran palacio real, lo bastante apartada como para eludir miradas discretas, pero no inmune al

rígido protocolo borgoñón de la Casa de Austria. Dos y tres y cuatro barreras protocolarias hube de franquear antes de quedar, solitario, en la sala en cuestión: un espacio un tanto destartado, que más parecía aliviadero de pabellón de caza que sala de audiencias. Se agradecía, eso sí, el fuego de la chimenea, más reconfortante que ese sol tímido de Flandes que apenas si se atrevía a pedir paso por los altos ventanales. Me vino a los huesos un débil eco de nostalgia de mi Alcarria natal y su sol inflexible. «Mala señal», pensé, pues si la juventud vive de sueños, la vejez lo hace de recuerdos, y el día en que uno empieza a abrigar más recuerdos que sueños, ese día es que la vejez anuncia su llegada. Pero, de momento, el que anunció su llegada fue el rey. Entró por la puerta con dos pajes y dos alabarderos, como en una ceremonia de palacio, pues todo en Felipe era ceremonia. Los pajes se inclinaron, los alabarderos se cuadraron, Felipe los despidió con un gesto casi imperceptible y el rey quedó solo... conmigo.

—*Sir Julián...* —me saludó con una sonrisa de acento pícaro, como esas que se dispensan a un compañero de juveniles francachelas, mientras se situaba ante el gran ventanal de la estancia, quizá buscando que el sol apocado de Flandes calentara sus huesos.

—Mi señor... —recordaba yo bien que al rey le disgustaba que se le llamará «majestad» cuando estaba en ambiente íntimo.

—Me enteré de lo tuyo en Dinant —me soltó a bocajarro, siempre con esa media sonrisa que ahora quería ser aguijón, y tomó asiento en una aparatosa butaca.

—Culpa mía —agaché la cabeza—. Me dejé engañar como un chiquillo.

—Viejo zorro, ese Montmorency —me clavó el rey sus ojos claros mientras su sonrisita irónica seguía llamándome «pardillo».

—Y valientes cabrones, si me lo permitís —me irrité—, esos flamencos que tenía a mis órdenes y que me traicionaron.

Porque eso era lo que había pasado en Dinant apenas tres años antes de este encuentro. El condestable de Francia, Montmorency, me tenía sitiado. Mi guarnición, hecha en un tercio de españoles y en dos de flamencos, resistía. Pero los flamencos no son gente hecha a sufrir y Montmorency lo sabía. Así que el «viejo zorro», como le llamaba Felipe, se las arregló para entrar secretamente en tratos con mis flamencos mientras me convocaba a mí a su campamento con el pretexto de negociar. Yo acudí ingenuo como una doncella y allí me prendieron los franceses con la connivencia de esos flamencos que Dios confunda. Dinant acabó en manos de Montmorency y yo en una mazmorra de Fontainebleau. Costó 2.000 libras sacarme de allí. Aunque él nunca me lo dijo, sé que fue Felipe quien las puso. Quiere esto decir que si alguien tenía derecho a chotearse de mí por aquel episodio, ese era el rey. Y nadie más que él. Aguanté el chaparrón lo mejor que pude.

—Te he echado de menos en Londres —relajó Felipe el tono, levantándose de su asiento y acercándose de nuevo al ventanal—. Muchos te han echado de menos.

—Gracias, mi señor. ¿Cómo se encuentra vuestra augusta esposa la reina doña María?

—Amantísima, como siempre, y loca por darme un hijo —comentó Felipe al aire, como quien habla de un asunto lejano—. Pero no está de Dios.

—Ese niño cambiaría la historia del mundo —observé.

—La cambiaría, en efecto —aceptó el rey, más bien frío—. Pero, de momento, hay lo que hay.

—¿Aflojaron la bolsa los ingleses? —me atreví a preguntar.

—La aflojarán. Solo falta que lo apruebe el Parlamento, pero es cosa hecha. Siete mil libras,

de momento. A mi esposa la reina de Inglaterra se lo debo. Y alrededor de 8.000 infantes y caballos que embarcarán para Bruselas. Los mandará lord Pembroke. Le conocéis bien, según creo.

—Le conozco, sí —no creí prudente explicar al rey por qué le conocía tan bien y tampoco os lo explicaré ahora a vosotros.

—Todo eso —siguió Felipe—, más otros 7.000 ducados que me ha sacado de no sé dónde Rui Gómez de Silva, príncipe de Éboli. Hombre de recursos, ese portugués.

—Oí que se acaba de casar con doña Ana de Mendoza —comenté al aire, imprudente—. La del parche en el ojo.

Felipe perdió la mirada en algún lugar secreto, uno de esos lugares donde ningún otro hombre puede entrar jamás. Callé mientras pasaba el ángel, aunque no sé si esta es la expresión adecuada tratándose de la mujer de quien se trataba.

—Bien —atajó Felipe súbitamente—. Basta de nimiedades. Te estarás preguntando por qué te he mandado llamar. Te hablo, *sir* Julián —no esperó el rey a que le contestara—, no como a un capitán más de mis ejércitos, sino como al fiel servidor que me acompañó en tantos lances en Inglaterra y compartió conmigo tantas jarras de cerveza.

—Sabéis que vivo para vuestro servicio —incliné la cabeza—, como viví antes para el de vuestro augusto padre.

—¡Mi augusto padre...! —suspiró Felipe—. Mi augusto padre construyó el mayor imperio del mundo, más grande que el de las águilas de Roma, pero a cambio me ha dejado las arcas más vacías y la deuda más onerosa de la historia. Ahora el César Carlos, bien lo sé porque así me lo ha dicho él mismo, querría que lanzáramos todas nuestras fuerzas contra Francia. Y tiene razón, seguramente. Pero cuando le pregunto con qué voy a pagar todo eso, solo sabe contestarme: «Dios proveerá». Y con eso no se pagan los ejércitos. ¡Si lo sabré yo, que he pasado los últimos años de mi vida buscándole dinero a mi padre para pagar su corona!

—Entré al servicio de vuestro padre cuando contaba yo dieciséis años —traté de contemporizar—, y ya llevábamos largo tiempo en guerra con la Francia. Cuento más de veinte años de servicio bajo nuestras banderas, y en todo este tiempo prácticamente nunca hemos dejado de estar en guerra con la Francia.

—Exactamente —cerró Felipe un puño en el aire—. Y esa guerra, sumada a todas las demás, nos ha llevado a la bancarrota. Todos mis acreedores y banqueros me han hecho saber que no habrá un maravedí más hasta que satisfaga las deudas de la corona. Y son veinte millones de ducados. ¡Veinte millones! Y dime, Romero: ¿Cómo se hace eso? Para obtener beneficios necesito ganar guerras, pero no puedo ganar guerras si no tengo dinero, y no puedo tener dinero si no obtengo beneficios. ¡No puedo gastar lo que no tengo! Es así de simple.

Espinoso asunto, es verdad, aquel de las deudas. Los tercios españoles teníamos a gala combatir aun sin cobrar, que ya arreglaríamos cuentas después con la victoria en la mano, pero los españoles solo éramos una parte, y no la mayor, de los ejércitos del rey. La gran masa de maniobra de la tropa eran mercenarios alemanes, y eso tanto en nuestras filas como en las del enemigo. Quise desviar la conversación hacia el campo del adversario;

—Con permiso, mi señor —carraspeé—: He oído que el rey de Francia, Enrique II, está en igual o peor situación.

—Sí, el Valois está en apuros —rio amargamente Felipe—. ¡Las guerras de su padre don

Francisco con España también dejaron el tesoro de Francia temblando! La ruina de los hijos es el precio que hay que pagar por la gloria de los padres...

—Supongo —aventuré— que por eso el rey Enrique hizo ese movimiento de atacar en Italia...

—Supones bien. En realidad Enrique no quería hacerlo, porque es tan consciente como yo de que se acabó el dinero para pagar ejércitos y sus acreedores son tan inflexibles como los míos. De hecho, frecuentemente son los mismos.

—¿Los mismos? —esto me dejó desconcertado.

—¡Por supuesto, Julián! —esbozó el rey una mueca casi divertida—. Los banqueros italianos o alemanes que fian el dinero a las casas que me compran la deuda de Castilla son los mismos que mueven sus créditos en Lyon. Las mismas casas prestan su dinero a Enrique y a mí para que nos matemos entre nosotros, y así se aseguran de que siempre saldrán ganando, sea por el uno o sea por el otro.

—Valientes rufianes, si me lo permitís —di rienda suelta a la indignación que me han suscitado siempre los usureros.

—Te lo permito —rio quedo el rey—. Y te digo, Romero, que llegará el día en que el mundo será suyo, y la firma de un banquero pesará más que el trono de un rey. Pero te estaba diciendo que el rey Enrique no quería atacar en Italia.

—Y sin embargo, ha atacado.

—Porque el duque de Guisa y el papa Paulo le convencieron de que la empresa era hacedera —explicó Felipe fríamente, sin rencor, como quien hablara de un juego de niños—. Guisa quiere gloria, y Enrique sabe bien que Nápoles es un granero infinito y que el control de sus costas le da la llave de toda esta parte del Mediterráneo. Mucho oro, ¿comprendes?

—Pero Nápoles es vuestro, mi señor —objeté con ingenuidad de doncella.

—Claro, y aquí es donde entró el papa, Paulo IV, ese fanático de Carafa, que nos odia a muerte desde que fue Nuncio en Madrid —seguía hablando Felipe sin pasión alguna, con indiferencia soberana—. De consuno con el cardenal de Guisa, el hermano del duque, otro fanático. El papa les dijo a los Guisa que les abriría las puertas de Italia. Los Guisa le fueron con el cuento al rey Enrique. Y Enrique, que necesitaba dinero tan desesperadamente como yo, vio aquí un negocio que podía resolver todos sus problemas de un plumazo. Esa fue toda la historia.

—Pero Alba ha parado a los franceses.

—Alba siempre cumple —se apretó el rey las manos—. El resto ha sido política y dinero. Muchos señores italianos han sido sensibles a nuestras promesas de nuevas prebendas. Y el papa se ha quedado sin crédito...

—Más maniobras de banqueros —apunté.

—Sí, ¡pero esta vez el banquero he sido yo! —soltó Felipe una inusual carcajada—. La deuda es un arma de doble filo. Te pone en manos de tus acreedores, por supuesto, pero, a su vez, ellos están en tus manos, porque su fortuna depende de que tú puedas pagar. Aprendí estas cosas cuando recorría Europa buscando financiación para las guerras de mi padre. El Tesoro del papa bebe en buena medida de letras de cambio giradas contra el Tesoro de Castilla. Ha bastado suspender el valor de esas letras de cambio y ordenar a los financieros castellanos que abandonen Roma, para que el Santo Padre se vea de repente privado de financiación.

—¿Por eso os ha excomulgado? —pregunté fingiendo inquietud.

—Sí, pero no es grave —sonrió Felipe—. También excomulgaron en su día a mi padre el rey

Carlos, y también al rey Francisco de Francia, y también... Mira, Romero —me clavó los ojos el rey con un brillo cómplice—: Mal rey es aquel que no se ve excomulgado alguna vez por el papa; eso significaría que no está cumpliendo bien su deber.

Yo en aquellos días sabía muy poco de política y menos aún de finanzas. Todo lo que el rey estaba contando me superaba por completo. Y me preguntaba por qué me había escogido precisamente a mí para vaciar su alma de tan complejas cuestiones.

—No sé lo que vuestra majestad ha decidido —hablé para escapar del aprieto—, ni soy yo hombre de consejo de gobierno, pero sabéis que mi espada está a vuestro servicio.

—Lo sé —atajó Felipe—. Y por eso quiero contarte qué haces aquí antes de que empiece la asamblea de mis jefes de guerra. Vamos a atacar. Pero no en Italia, que es donde nos espera el francés, sino en Francia.

Traté de sostener la mirada del rey. Felipe era un hermoso ejemplar. No en vano salió del vientre de la reina más hermosa de todos los tiempos, aquella Isabel de Portugal que tantas voluntades doblegaba. La belleza de su madre había corregido en Felipe el característico belfo de los Austrias, y eso, unido a una juventud ejercitada en la caballería y la caza, había convertido al rey Felipe en un varón de traza admirable. No era extraño que María de Inglaterra bebiera los vientos por él con semejante vehemencia. Es verdad que, en los últimos años, era como si el mundo hubiera caído sobre sus espaldas, y también su carácter se había hecho más taciturno. El peso de la corona, sin duda. Pero seguía siendo una hermosa estatua regia.

—Disculpadme, mi señor —quise entrar al juego—, pero hace un instante me decíais que no tenemos dinero para hacer una guerra, contra Francia...

—Y así es —ratificó el rey—. No podemos sostener una campaña para invadir Francia, tomar París y ocupar su trono. Pero sí podemos atacar, en territorio francés, golpear a sus ejércitos y obligar a Enrique a aceptar una paz que nos sea ventajosa. Y tú me dirás: «Pero Enrique ha roto ya una paz cuando orinó en los acuerdos de Vaucelles». Y yo te contestaré: ahora quedará tan quebrado que no podrá repetir su desdén. Al menos, durante unos años.

Felipe me miró como esperando una respuesta. Yo era incapaz de darla.

—Todas estas cosas me sobrepasan, mi señor —murmuré.

—Amigo Romero —sonrió afable Felipe—, cuando hubo que arriesgar la vida en el palenque para enfrentarse al campeón de los franceses, aquel Antonio de Mora que Satanás confunda, tú fuiste el único que dio un paso adelante, peleaste y venciste. Mereces saber por qué combates y conocer la entraña de las cosas.

—Me honráis.

—Es más que eso —ensombreció el rey su gesto—. Necesito que sepas por qué combatimos. Lo necesito porque nos estamos jugando mucho. Quiero que sepas que, si ahora salimos derrotados, empezará una larga guerra que dejará devastada Europa. Para empezar, los herejes de Alemania y Flandes pactarán con Francia para sacudirse el yugo español y nos declararán la guerra. Después, el partido protestante de Inglaterra se levantará contra mi esposa la reina. No mucho más tarde, con toda probabilidad, los franceses atacarán suelo español en el Rosellón y Fuenterrabía. Así nos veremos envueltos en una guerra en varios frentes que los turcos aprovecharán para atacar no solo Italia, sino las propias costas españolas desde sus bases en la Berbería. Y si todo eso pasa, entonces no habrá suficiente oro en el mundo, ni aunque nos llegaran de golpe todos los tesoros de las Indias, para mantener en pie la herencia de mi padre. Todo eso

va a depender de que ahora ganemos. Quiero que lo sepas. Mereces saberlo. Debes saberlo. Porque no podemos permitirnos el lujo de perder.

Una vez, en una refriega callejera durante mis tiempos italianos, cuando era joven y aceptaba toda pendencia que me saliera al paso, recibí un puñetazo que me dejó tirado en el suelo y sin saber mi nombre ni mi nación. Así me dejó ahora el parlamento del rey Felipe. Después de un silencio cargado de plomo, el monarca me preguntó:

—¿Te acuerdas de Betsy?

—¿La rubia de Dover? —hice memoria, descolocado.

—Esa.

Sí, claro que me acordaba de Betsy. ¿Cómo no acordarse de Betsy? Fue en una de las primeras visitas de Felipe, aún príncipe, a Inglaterra. Yo le daba escolta, como tantas veces. Felipe no contaba aún treinta años y sufría las mismas urgencias de cualquier varón de su edad. Me preguntó si conocía algún lugar discreto donde encontrar compañía femenina guardando el anonimato. Pensé en Betsy porque era guapa, limpia, discretísima y no carecía de modales. A Felipe le gustó la primera vez que allí hicimos posada, de manera que se convirtió en asiduo, siempre so capa de ser nada más que un distinguido visitante extranjero. Dejamos de frecuentar aquella notabilísima casa por un incidente que quizá haya llegado a vuestros oídos. Fue que, al salir después de una larga velada de amena conversación y buena música —¿o qué estabais pensando?— nos topamos Felipe y yo con cinco maleantes, cinco, que nos cortaron el paso. Feo trance, porque no hay como el crimen para romper el anonimato. Aquellos cinco, típicos especímenes ingleses de la peor ralea, traían tres estoques, dos cuchillos y alguna porra. Lo suficiente como para que el buen juicio aconsejara entregarles la bolsa y zanjar el asunto en paz. Eso les dije, «os daremos nuestro oro y os largáis de aquí», cuando Felipe, muy digno él, y quizá por los perniciosos efectos de la cerveza de Betsy, gritó en español:

—¡No ha nacido hierro inglés que doblegue a una espada castellana!

—Mirad, mi señor —quise razonarle—, que solo son cinco patanes buscavidas.

Pero entonces Felipe desenvainó el acero, los maleantes echaron mano también de sus estoques y a aquello ya no había quien le diera la vuelta. Resignado a mi suerte, desperté la espada y avivé la vizcaína, rezando a todos los santos para que nada le pasara a mi augusto acompañante, pues en ese caso ni San Jorge me libraría de terminar mis días en galeras. Así que allí estaban esos cinco ingleses, hierro en mano, sonriendo con sus bocas sucias y desdentadas. Y a mi lado, Felipe componiendo posturas de academia. Yo, os diré, era entonces un temerario rajabroqueles dado a duelos y pendencias. Llevaba manejando la espada desde los catorce años. Mi esgrima no era la de los caballeros, sino la de los soldados, así que no conocía solo las buenas artes, sino también todas las malas. Y esas fueron las que empleé para librarme de aquellos cinco desdichados. A uno le rajé el cuello según saqué la tizona. Quedaban cuatro. A otro, el único que no se quedó de piedra con el primer degüello, le paré sin dificultad un golpe bastante torpe y le clavé la daga bajo el mismísimo esternón. Quedaban tres. De estos, dos se me abalanzaron mientras el otro, para mi horror, se enzarzaba a espada con Felipe. Como me entró la urgencia, a mis dos adversarios los ventilé de la siguiente manera: a uno le eché encima mi capa para cubrirle la cabeza, que ya he dicho que también las malas artes conozco, mientras al otro le rajaba una pierna, primero, y el vientre después, con lo cual me quedé libre para ensartar al patán cubierto, que murió sin poder ver de dónde le venía el golpe. Corrí entonces a socorrer a Felipe,

pero ya estaba el príncipe desplegando su destreza y picando al villano con una estocada que le dejó mirando al cielo negro de Inglaterra.

—¿Los ultimamos? —preguntó Felipe con gesto de euforia en el rostro.

—¡No! —repuse más pálido que las manos de Diana de Poitiers—. ¡Nos vamos de aquí antes de que vengan los alguaciles y prendan por asesinato al heredero de los reinos de España!

Tal vez haya llegado hasta vosotros la fábula de que Julián Romero, vuestro seguro servidor, mató a cinco maleantes en defensa del rey Felipe. Pues bien: no fueron cinco, sino cuatro; al quinto lo mató Felipe mismo. Pero esto nadie más lo debe saber. Así que, en efecto, ¿cómo no iba a acordarme de Betsy?

—Claro que me acuerdo —respondí tratando de alejar recuerdos—. La última vez salisteis muy taciturno de su alcoba.

—Aquella mujer —evocó Felipe— no sabía quién era yo: solo un caballero extranjero. Pero después de tomarla, me miró muy fijamente con aquellos ojos azules suyos y, como si fuera una bruja, me dijo: «Vas a ser el hombre más poderoso del mundo, pero también vas a sufrir más que ninguno». Pues bien. Romero: ese sufrimiento ha empezado ya.

Y por eso, y por otros soberanos que he conocido, siempre he pensado yo que los padecimientos del soldado, con ser muchos y ásperos, no son peores que los del monarca, porque los del soldado, por norma, terminan con la victoria o la derrota, pero los del monarca duran para siempre jamás y no le abandonan ni en el sueño.

—Poco puedo hacer yo —me excusé, casi compadecido— salvo repetiros que tenéis mi espada a vuestros pies.

—Eso es precisamente lo que necesito —me dijo el rey mirándome a los ojos—: Tu espada. Y no la quiero a mis pies, sino en tus manos. Ya te he dicho lo que nos jugamos en esta empresa. Solo vale ganar.

—Ganaremos —dije con la infantil esperanza de que aquello aliviara el ánimo del rey.

—Y ahora, *sir* Julián —cerró el rey dándome la espalda y volviendo al butacón—, marcha en paz. Pero sé discreto al salir. No quiero que piensen que tengo confianzas con tal o cual capitán.

Estaba ya abandonando aquella sala del palacio de Coudenberg cuando el rey aún quiso decirme algo más.

—Por cierto, Julián. Me han dicho que has puesto casa con mujer. ¿Cuál es su nombre? Margarita, ¿no es eso?

—Constance, mi señor.

—Ah... Ponme a sus pies.

Crucé el palacio y jardines de Coudenberg con la discreción que el rey me había pedido, gané la villa y descendí por la calle del Hospital hasta mi casa. Constance me esperaba expectante.

—Y bien —me asaltó sin preámbulos—. ¿Qué te ha dicho el rey?

—Que vamos a la guerra, mujer.

—Ah...

—Y que le ponga a tus pies —añadí.

Constance se miró las puntas de los zapatos y soltó una carcajada.



María Tudor, reina de Inglaterra, esposa de Felipe II.



Felipe II, rey de España.

De como y por qué colegí yo que era de buen juicio dar la batalla en San Quintín, y cómo acudí a la convocatoria del rey de España

Pasaron más de tres meses desde aquella visita de Felipe II a Bruselas. En ese tiempo el rey fue a Londres, cogió el dinero de su señora esposa y al cabo volvió a la capital de Flandes, ya con el pájaro en la mano, dispuesto a llevar a cabo su plan. El acostumbrado lacayo real me entregó una carta que me citaba de nuevo en el palacio de Coudenberg. Esta vez no me cogió de sorpresa, porque la llegada del monarca a la ciudad era cosa sabida por todos, amén de que tampoco ignoraba yo el negocio que se iba a ventilar. Lo que sí me sorprendió fue saber qué nómina acompañaba a mi convocatoria: los más altos jefes de guerra del rey, la crema de las armas de la corona.

En estos meses de espera, como podéis imaginar, mi mente no había hecho otra cosa que darle vueltas a lo que el rey me había dicho: atacar por Francia. Pero ¿dónde? En aquel momento Francia tenía cuatro ejércitos en el frente italiano, otro en la frontera con los estados alemanes y uno más en el norte, entre Champaña, Picardía y la linde de Flandes. El objetivo del rey, según él mismo me había confiado, no era sostener una guerra de invasión en Francia, sino golpear con la mayor contundencia posible para mover a Enrique II a buscar una paz aceptable. Bien: ¿dónde golpear? Tenía que ser un lugar fácil, para que la victoria fuera incontestable. Tenía que ser también un lugar relevante, que metiera el miedo en la corte de París. Y tenía que ser un lugar cercano a los acantonamientos de nuestros ejércitos, para que la campaña fuera rápida y el golpe certero. Y después de dedicar días a la materia, hallé la respuesta.

En efecto, cuanto más miraba yo el terreno, más me convencía de que la clave de todo estaba en San Quintín, a mitad de camino entre Bruselas y París: rico centro comercial, lugar de peregrinación para muchos franceses por el culto de su santo y llave de la cuenca del Somme, que es el río que por allí pasa y corta el noreste de Francia como la hoz al trigo. Os estaréis preguntando cómo era San Quintín. Lo mejor que se me ocurre es decir que era como una isla.

Una isla de tierra en medio de la tierra. La ciudad había crecido en la margen derecha del poderoso río Somme, en zona de aguas y pantanos por doquier. Por el este y el sur de la villa, el Somme. En el sur y hacia el oeste, un enorme lago tan hondo que nadie podría cruzarlo a pie. Al oeste y el norte, tierras tan jugosas que en época de lluvias más parecen ciénaga, pero que cuando llega la bonanza arrojan frutos sin cesar. Seis leguas de campos y pantanos rodean la ciudad.

Hay tres puentes para vadear el Somme y entrar en San Quintín, pero la entrada principal y más concurrida es la del lago, en el lado sur. Ocurre que aquí, a favor de las lenguas de tierra que cruzan el gran pantano, han ido acumulándose las casas de los campesinos en los flancos del camino, y así ha crecido extramuros de la urbe el Arrabal de San Quintín, que llaman también de la Isla. El camino del Arrabal entra derecho en la ciudad, pero no sin salvar antes un puente levadizo sobre un foso hondo y a veces seco, y después viene la muralla con sus grandes puertas. También el resto de la ciudad está amurallado: altos lienzos musculados con numerosas torres, sobre todo en la parte este, y a sus pies, o bien agua o bien terraplenes que elevan los muros sobre grandes fosos. Muros, cierto es, pensados para la guerra antigua, que no para la de estos tiempos. Un dato más a favor de atacar aquí.

¿Y qué hay dentro, os preguntaréis, para que sea preciso guardarlo con tanto celo? Lo que estáis pensando: oro. Mucho oro. Ocho mil habitantes y, entre ellos, una buena porción de ricos. San Quintín está llena de mercaderes de los más ricos de Flandes y de Francia, su catedral no tiene nada que envidiar a las más espléndidas de Italia, y su Consistorio, que ellos llaman Stadhuis según se estila en aquellas tierras, podría pasar por el más fino palacio de un gran rey. Baste decir que San Quintín es más grande que Madrid con sus arrabales, y con eso ya está dicho todo.

Por eso colegí yo que el lugar que debía proponer al rey Felipe era San Quintín. Y cuanto más miraba San Quintín, más veía que la llave de la ciudad era el bastión del Arrabal, que era el único paso por el sur y que dejaba a la ciudad aislada a poco que se consiguiera taponar el vado por los otros puentes. No era poca cosa, aquel bastión: un paso estrecho en medio del lago, torres con sendos cañones y, a su sombra, decenas si no centenares de casas campesinas. Entrar ahí era meterse en una ratonera. Pero un golpe en ese punto dejaría a los franceses sin aliento.

Con esa idea entre ceja y ceja acudí al cuartel general del rey nuestro señor cuando su majestad convocó a sus jefes de guerra en el palacio de Coudenberg. Era el seis de julio de 1557. Marché diligente y esta vez con mi criado Mauricio tras de mí, pues quería la etiqueta que cada cual compareciera con su servidumbre, por exigua que fuera, para dar mayor brillo a la jornada.

—Así pues, mi señor, ¿vamos de nuevo a la guerra? —había preguntado Mauricio, más taciturno que de costumbre.

—Eso parece —le contesté.

—Mala cosa, la guerra. Solo trae muerte y dolor —rompió a filosofar mi criado.

—De no ser por la guerra, Mauricio, tú aún serías esclavo en aquel agujero de Túnez. ¡Y eso en el caso de que siguieras vivo, que lo dudo con esa lengua tan larga que tienes!

—Una guerra fue lo que me llevó a ser esclavo, mi señor —objetó el moro—. Me vendieron como premio al vencedor.

—Una guerra te metió en las mazmorras y otra guerra te sacó —reconvine a Mauricio—. Y ahora estás aquí, vestido como un príncipe y comiendo caliente.

—Verdad es, mi señor, y siempre os estaré agradecido. Pero... ¿no os cansáis del olor a

muerto?

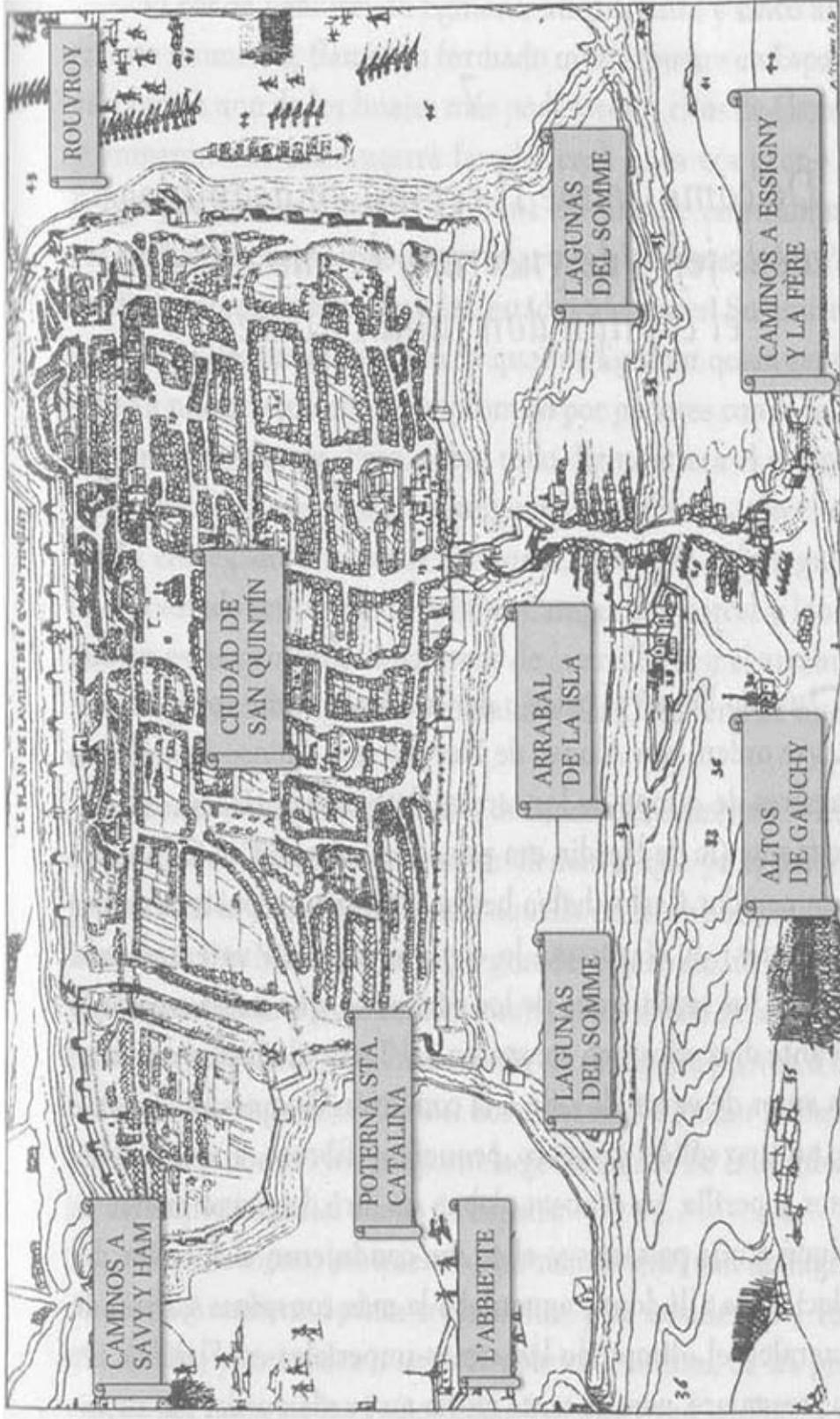
—¡Todos acabaremos oliendo así un día u otro! —reí—. Y por cierto: tú olías peor cuando te saqué de aquel agujero.

Una apretada multitud colmaba las calles, sin duda en espera de ver pasar a su majestad católica. Causaba impresión encontrar a tanta humanidad apiñada en las calles, los más con flores y guirnaldas para arrojarlas al paso del rey. No se atrevió mi paje a pronunciar palabra durante el trayecto, pero bien sabía yo que iba contento, pues se pavoneaba por el empedrado de Bruselas como si fuera el almirante de la Mar Océana. Llegados a palacio, dejé a Mauricio en la puerta principal, donde aguardaría la servidumbre, y yo me dirigí hasta el lugar prescrito para los convocados.

Felipe II, treinta años recién cumplidos y solo año y medio en el trono, era todavía un varón animoso y jovial, lejos de ese carácter taciturno que el tiempo esculpiría después en su alma. Había que verlo allí, en Bruselas, al frente de un ejército de hombres, rodeado de su pompa marcial, bello y rubio como un Marte de sangre alemana y portuguesa, perforando con sus ojos azules a todo el que se le acercaba. Y esos que se le acercaban tampoco eran poca cosa, como enseguida veréis.



Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III duque de Alba.



Plano del asedio de San Quintín según el célebre grabado que se conserva en la colección Lallemand de Betz. Se han añadido los lugares fundamentales del episodio.

*De cómo Felipe II reunió en asamblea a sus jefes
de guerra, y lo que allí dijo el capitán don Julián
Romero*

Cuando llegué al palacio de Coudenberg me topé, por este orden, con Alonso de Navarrete y Alonso de Cáceres, maestros de campo de los tercios de Sicilia y Hesdin respectivamente (lo de Hesdin era por aquella ciudad de Calais que el emperador Carlos había hecho arrasar y reconstruir pocos años atrás). A Navarrete lo conocía bien: un veterano más cerca de los sesenta que de los cincuenta, que había mandado durante diez años una compañía del Tercio de Sicilia en Flandes antes de verse elevado a la condición de maestro de campo; un tipo sólido y seguro, pequeño y fibroso, al que sus bigotes y perilla, ya canosos, daban un aire de asceta guerrero. Saludé a mis paisanos y ellos me condujeron al interior del palacio. Era allí donde aguardaba la más conspicua galería de generales, el olimpo de las armas imperiales en Flandes. Os los presentaré, porque tanta gloria no puede quedar sin retrato, a más de que todos ellos iban a inscribir su nombre en la gloriosa jornada:

El conde Lamoral de Egmont, unos treinta y cinco años en este momento, flamenco formado militarmente en España, vástago de uno de los linajes más poderosos y ricos de Flandes y emparentado con nuestra familia real, pues era primo de Felipe por parte de madre. Egmont era uno de esos flamencos que veían en nuestras armas la principal defensa de los Países Bajos frente a Francia y los estados alemanes. Su amistad con Felipe llegaba al extremo de que fue Egmont quien representó a nuestro rey en el compromiso por poderes con la reina María de Inglaterra. Pero, sobre todo, Egmont era el espíritu de la caballería andante: arrojado, noble y valeroso, con el corazón entregado al sentido del honor, y mucho más a gusto habría estado en la hueste del Cid Campeador, corcel y lanza, que en estas ruindades hodiernas de la artillería y el arcabuz. En esta guerra iba Egmont a comandar a la Caballería de nuestras tropas.

Luego estaba Pedro Ernesto de Mansfeld, cuarentón y macizo, sajón de Turingia, gran señor alemán al que yo vi por vez primera en la jornada de Túnez, aquella en la que se me pegó

Mauricio. Era Mansfeld un tipo grande y barbado, de esos linajes que podrían haber ceñido corona si los dados de la sangre hubieran corrido de otra manera. Sirvió desde muy joven a las órdenes del emperador Carlos. Los Austrias le tenían por alfil fidelísimo y por eso le otorgaron la gobernación de Luxemburgo, territorio imperial aliado de España.

Otro flamenco en nuestro alto mando era Juan de Ligne, conde de Arenberg, apenas treinta años y ya caballero del Toisón de Oro y estatúder, o sea jefe político y militar, de las provincias del norte de los Países Bajos. Arenberg era también, como Mansfeld, uno de los nombres más cercanos al emperador Carlos, y ahora volcaba su devoción en nuestro rey don Felipe.

En esta guerra le encomendó su majestad el oficio de maestre de campo general, es decir, segundo en el mando y, sobre el terreno, jefe de toda la infantería.

La artillería se le encomendó a otro flamenco, el señor de Glageon, e igualmente flamenco era el comisario general del ejército, Carlos de Berlaymont. ¿Y los españoles?, os preguntaréis. Españoles de nación éramos apenas seis millares en aquel ejército de más de 40.000 hombres. Pero los asistentes de los jefes de armas, es decir, los que iban a llevar la voz cantante una vez entrados en harina, sí eran españoles, como Guzmán y como Acuña. Y es que quería la regla de aquel tiempo que el mando se le otorgara no al más capaz, sino al más linajudo o al que más conviniera por causa política, y así el rey Felipe llenó el ejército de mandos locales, supongo yo que para, después, poder pasarles la cuenta de los gastos.

Luego estaban los alemanes, y a estos hay que echarles de comer aparte, porque lo mismo podían estar en nuestro campo que en el contrario. Os diré los tres nombres de sus jefes en esta asamblea: el conde de Doverstein y don Conrado Pemelberch y don Jorge Van Hol. Alemania es tierra de buena siembra para cosechar soldados, porque da muchos y muy dispuestos por razón del hambre que el pueblo pasa allá, pero son desordenados y poco de fiar, tan fanfarrones en la victoria como serviles en la derrota, y a las primeras de cambio se rinden, salvo que teman más a sus jefes que al enemigo. ¿Y por qué contrata nadie a una hueste así?, preguntaréis. Yo os lo diré: porque en ningún otro lugar de Europa puedes levantar 20.000 hombres de una vez a golpe de oro. Y nadie en su sano juicio, cierto es, entregaría a unos alemanes la custodia de un puente o de un castillo, porque de seguro entrarían en tratos con el enemigo para vendérselo, pero para hacer bulto en el campo son de lo más efectivo.

Con estos alemanes altos, que así se los llamaba no por su estatura, sino por su región de origen, había otros que venían no por la soldada, sino porque la jefe debía fidelidad al emperador Carlos y ahora pagaba la deuda con Felipe su hijo. El más notable de ellos era Enrique de Brunswick, quinto duque de su nombre, un feroz anciano que llevaba ya cuarenta años como jefe de su casa sin dejar de combatir jamás, que había visto morir en batalla a su padre y a dos hijos, y que seguía ahora envuelto en mil querellas por hacerse con unas minas aquí y unos sembrados allá. Este Enrique de Brunswick remontaba su linaje a los célebres güelfos de tiempos pasados y tenía a gala ser soberano de sí mismo, y nunca cejó en tal timbre por más que en sus ya casi setenta años de existencia se sucedieran las derrotas y los encarcelamientos. ¿Sabéis qué traía Brunswick al campo de batalla? Reitres, o sea lo que en alemán llaman «*reiter*», que quiere decir «jinete» en nuestra lengua, y que eran soldados de caballería pesada armados con dos pistolones. Estos reitres daban en aparecer con armaduras negras y banderas negras, de donde se las llamaba «compañías negras», y era gozo verlos cargar envueltos en el estrépito de sus grandes caballos y el estruendo de sus pistolas.

Ahora debo hablaros de un tipo un tanto misterioso que por allí apareció y que ninguno sabíamos bien a santo de qué, aunque traía consigo un regimiento de alemanes. Se llamaba Lázaro von Schwendi, era alsaciano y había sido uno de los habituales agentes del César Carlos en la frontera oriental del imperio, en tierras de Hungría y contra los turcos otomanos. El tal Schwendi llamaba la atención porque era más ancho que alto, y miraba el mundo con dos enormes ojos que cabalgaban una gigantesca y larga nariz que venía casi a sepultarse entre los bigotes más frondosos que jamás vio mortal alguno.

A más de esto, olía siempre a vino y de él se decía que gastaba sus horas en probar nuevos caldos, y que de una región de Hungría llamada Tokai se había traído uvas nuevas para sus tierras alsacianas, y que el vino que daban las tales uvas era sublime, pero de esto no puedo sino daros noticia de terceros, pues yo jamás lo probé. Con Schwendi venía otro alemán al que llamaban Owerfsen y que era hechura de su señor, pues pintaba también pequeño y forzado y barbado, y tal se diría que no eran hombres, sino habilidosos enanos de las leyendas antiguas.

¿Qué me falta después de enumerar a españoles, flamencos y alemanes? Los ingleses. Allí estaba William Herbert, lord Pembroke, fiero y colérico, nervioso y noble como un caballo puro sangre, que aún no había traído las tropas prometidas por Londres, pero sí una buena cantidad de oro que estaba sirviendo para contratar a los mencionados mercenarios alemanes. Ya he dicho antes que a Pembroke le conocía bien, y que no os contaré por qué. Con lord Pembroke, ya cincuentón, venían su hijo Henry y otros viejos conocidos míos: los lores Grey y Clinton.

Y ahora es el momento de hablar del hombre que iba a mandar a este conglomerado de tantas naciones: Manuel Filiberto de Saboya, escogido por el rey Felipe como capitán general para tan delicada empresa. A Manuel Filiberto le llamaban «Cabeza de Hierro» por lo tozudo, y la fuerza que movía su voluntad era la más poderosa de cuantas animan al ser humano, pues no era otra que la venganza cuando se viste con la limpia armadura de la justicia. Ocurrió que Manuel Filiberto debía haber heredado el ducado de Saboya, a caballo entre Francia e Italia, territorio independiente aunque integrado en el Sacro Imperio Romano Germánico. Era su derecho tras el fallecimiento, en Madrid por cierto, de su hermano mayor. Pero he aquí que Francia lo invadió en 1536, siendo Filiberto aún niño, y el joven se quedó sin la corona ducal. Expulsado de su patria, pasó al servicio directo del emperador Carlos V y desde entonces permaneció vinculado a nuestras reales personas, primero Carlos y Felipe después, y en razón de esa proximidad se le había dado el mando de los ejércitos de Flandes.

Pero no penséis que hablo de un advenedizo en las artes de la guerra. Cabeza de Hierro era el más joven de cuantos allí comparecíamos —cumplía veintinueve años esa misma semana—, pero acumulaba un historial impresionante: comandante de la guardia imperial de Carlos V y de la caballería flamenca durante la guerra de Esmalcalda contra los herejes entre 1546 y 1547, jefe de la retaguardia imperial en la batalla de Mühlberg, jefe de la caballería imperial en la guerra del Piamonte de 1552, jefe de la caballería flamenca bajo las órdenes del duque de Alba en el asedio de Metz, comandante de las tropas imperiales en el asedio de Hesdin de 1553 y en la defensa de Flandes de 1554... De él se contaba que, para endurecerse, dio en dormir treinta días seguidos con la armadura puesta. Como fue educado para el servicio eclesiástico antes que para el de las armas, en razón de su condición de segundo de su casa, Manuel Filiberto tenía ciencia y latín. Como después fue heredero, se le crio para ser jefe de guerra. Y como además tuvo que administrar los bienes y tierras y villas de su señor padre el duque Carlos, enseguida cobró

además conocimientos de gobierno. De tal forma y manera que Manuel Filiberto de Saboya era al mismo tiempo un joven sabio, de recto juicio y con los mejores maestros en la ciencia militar.

Esta era la muy digna asamblea de los jefes de guerra del rey Felipe II, más otros nombres que no es menester detallar.

Allí era yo el de menor rango, pero a casi todos conocía de haberlos visto en distintas circunstancias, y también a Manuel Filiberto, porque su mando en Flandes coincidió con mi retorno a estas tierras. Así que, todavía cohibido por tanto título y tanto blasón, ocupé mi puesto entre la distinguida concurrencia. Y no cualquier puesto, no, sino un lugar muy concreto que me fue asignado por los maestros de ceremonias. La liturgia consistía en colocarnos a todos en dos hileras paralelas ante la puerta de la sala donde iba a celebrarse la reunión, como un pasillo de honor para su majestad. Más cercanos a la puerta se situaron los jefes más relevantes; más lejanos se nos colocó a los que menos éramos. Nadie entraría en la sala hasta que el rey llegara. A mí me tocó casi en un extremo, o sea bien lejos de la puerta, pero no del todo, porque, aun siendo solo un capitán, tenía por mis servicios en Inglaterra los títulos de *sir* y *banneret*, o sea caballero, como creo haber dicho en otro sitio de esta relación. Frente a mí, en la hilera contraria, estaban Navarrete y Cáceres. Y en mis flancos, el alemán Jorge Van-Hal y el flamenco Glageon, el artillero. Algo os diré sobre este último: no es cosa de hombres preocuparse por cómo huele el prójimo, salvo que el prójimo sea hembra, y por otro lado ya podéis suponer que, después de veinte años de combatir sin tregua, mi nariz se había hecho a los peores hedores, pero jamás en mi vida había tenido que soportar peor peste que la que despedía el amigo Glageon, al que quizá el abuso de la pólvora le había hecho de azufre los intestinos. Dicho quede para hacer justicia.

Llegó el rey. Llegó con el boato del monarca más poderoso del mundo, que tal era ya Felipe. Precedido y seguido por un rebaño de ministros, consejeros, pajes, asistentes y demás personal de corte que mataría —y alguno, tenedlo por seguro, habría matado ya— para hacerse un hueco en el regio séquito. Felipe era muy exigente con el protocolo porque tenía para sí que un rey no solo debe serlo, sino también parecerlo, y que el pueblo se siente tanto más importante cuanto más magno es el halo de su monarca. Y así apareció su majestad en el palacio de Coudenberg, rodeado de solemne pompa y aparatoso ceremonial, volando más alto que las águilas de Augusto.

Llegados a nuestra altura, el séquito se detuvo y Felipe avanzó hacia el pasillo humano que nosotros formábamos. Incluso en este trance no venía el rey solo, sino que traía tras de sí, a un pulcro paso de distancia, al jefe de su ejército de reserva, que para la ocasión era ni más ni menos que el jovencísimo Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, noble alemán de principado francés cuya casa era uno de los más sólidos baluartes del imperio. Por su linaje y la influencia de su blasón, y siendo un joven despejado y prudente, desde muy temprano mandó regimientos y formó en el Consejo de Estado de Flandes. Yo le conocí cuando él solo era un crío de dos años y volví a encontrármelo, sirviendo a sus órdenes, cuando mi retorno a Flandes. Era mi amigo, sí. Y fue de los que con más fuerza defendió mi causa cuando los conspiradores de Bruselas trataron de vetarme la permanencia en tierras flamencas. Os lo he contado ya.

Con el rey venía también un tipo que olía a sal y a guerra: se llamaba Pedro Menéndez, era de Avilés y no había cristiano que no lo conociera, pues había escrito su propia leyenda persiguiendo a los corsarios del rey de Francia por todos los caminos de la mar. Le hacíamos todos en las Indias, pues el rey le había nombrado capitán general de la Flota de allá, pero en esta tesitura, obligado como estaba Felipe a controlar las aguas del Canal de La Mancha, se requirieron los

servicios del gran Pedro Menéndez de Avilés para avituallar a las tropas de Flandes desde las costas de Inglaterra.

Cerraba el cortejo del rey otra leyenda de la mar: don Bernardino de Mendoza, marqués de Mondéjar, capitán general que fue de las galeras de España, miembro del Consejo de Estado y contador mayor de Castilla, amén de virrey de Nápoles, que tal cargo venía de ejercer. Al mentado Bernardino lo conocí yo en la jornada de Túnez, donde él mandaba galeras y yo, como ha quedado dicho, era simple soldado. Ahora estaba el Mondéjar viejo y gastado, pero al que nació para martillo, del cielo le caen los clavos, de modo que el veterano se había apresurado a pedirle al rey que le liberara de cargos de palacio y le dejara pisar suelo de guerra en Flandes encargándose de las fortificaciones y las trincheras. Y el rey le dijo que sí, pues ningún seso más astuto y avisado que el de Bernardino de Mendoza para convertir una cuneta en foso, un terraplén en baluarte y un cerro en torreón.

Pasaron Felipe y Guillermo y Pedro y Bernardino entre el pasillo humano de los jefes de guerra como quien desfila ante columnas mudas. Se llegó el rey a la puerta de la sala, un lacayo la abrió, penetró el rey en el recinto, tras él Guillermo y, después, todos y cada uno de nosotros. En la sala no había más que una anchísima mesa con un amplio mapa y una silla por si el rey quería sentarse. En torno a la mesa del mapa nos desplegamos, dejando al rey en el centro con Manuel Filiberto a su diestra y Guillermo a su siniestra. El lacayo cerró la puerta. Quedamos solos con el rey sus hombres de armas. Y comenzó la reunión.

¿De verdad queréis que os cuente cómo era una de aquellas reuniones? Os lo resumiré así: tan impresionantes como tediosas. Impresionantes porque a nadie deja impávido el alinearse junto a personas tan principales. Y tediosas porque, al cabo, siempre se termina hablando de dinero. El rey Felipe estaba enojadísimo porque le habían subido el precio de los alemanes altos, que ya ha quedado dicho que así se llamaba a las bandas de lansquenets del interior de Alemania, y que ahora los contratistas le estaban cobrando mucho más caro que a su padre el César Carlos. También echaba chispas por los ojos cada vez que le pasaban las cuentas de la artillería, porque este rey, a diferencia de otros, estudiaba los números, y para mí que su majestad sospechó que alguien estaba sacando sucia tajada con el negocio. Y así pasó el tiempo, entre suspicacias y excusas y miradas de reojo, e incómodos silencios y tímidas protestas de lealtad.

Tardó el rey en entrar en la materia, que no era sino el plan de atacar por Francia, y lo expuso de manera mucho más escueta que como lo hizo conmigo cuando me recibió a solas. Siguió a sus palabras un murmullo de sorpresa, primero, y de aprobación después. Y ya todos porfiaban por encontrar una plaza donde abrir la empresa.

—¿Rocroi? —sugirió Guillermo de Nassau—. Rocroi es una ciudad asequible.

—No lo es —rectificó Manuel Filiberto—. Está bien fortificada, tiene artillería y al menos cinco banderas dentro. Necesitaríamos más de una semana para tomarla. Todos los ejércitos de Francia se nos echarán encima.

El rey me miró. Intensamente. Entendí que deseaba que yo apurara los argumentos que él, por conveniencia política, no iba a exponer. Nunca he sido yo hombre de mucha retórica, de manera que decidí ir por derecho.

—Con permiso, mi señor —intervine.

—Habla, *sir* Julián —ordenó el rey.

—San Quintín, mi señor —dije poniendo el dedo sobre el punto que esta ciudad ocupaba en el

mapa—. La batalla hay que darla en San Quintín.

—¿San Quintín? —se sorprendió el conde Egmont—. ¿Una ciudad entre aguas?

—Una ciudad que está a mitad de camino entre Bruselas y París —precisé yo—. Justo donde los franceses no nos esperan.

—Explícate —ordenó el rey y en su expresión advertí que quería hacerme portavoz de sus pensamientos.

—Los franceses han llevado la guerra a Italia —razoné—. Esperaban que contestáramos allí.

—Alba lo ha hecho —dijo el rey—. Según mis órdenes.

—Alba ha parado a los franceses, ha detenido la invasión y ha puesto al papa en un brete —confirmé—. Y se ha puesto a la defensiva. Ahora los franceses esperan que respondamos en Italia, que es el terreno de juego. O que actuemos en las plazas flamencas de Lens y Douai, donde ellos han atacado. O incluso en Metz. Lo que no esperan es que ataquemos en Francia por este camino.

—Es mucho atacar Francia —objetó el hediondo artillero Glageon—: Nos veríamos enseguida rodeados de enemigos.

—Montmorency tiene un ejército en la zona de Metz —informó Navarrete—. Coligny otro en los alrededores de París.

—Cierto —convine—, pero esos enemigos están lejos. Sobrado tiempo tendremos de hacer daño en suelo francés. Cuando lleguen, ya habrán recibido un enorme castigo. Y tomando San Quintín —me dirigí al rey— estaréis a dos pasos de amenazar París.

—Precisamente por eso no tendrán otro remedio que levantar el campo en Italia —observó el anciano duque de Brunswick arrastrando un horrisono acento alemán—. Y entonces lanzarán todas sus tropas contra nosotros. ¡Todas!

—Primero tendrán que llegar —razonó Manuel Filiberto, ganado para la causa, que creo yo que ya sabía lo que Felipe tenía en mente—. Están lejos. Y cuando lleguen se encontrarán con una daga amenazando a su propio corazón. No les será fácil decidir cómo desplegarse.

Se hizo un silencio. No sé si los señores jefes pensaban en lo hacedero de la propuesta o más bien en cómo complacer al rey Felipe, tratando de adivinar sus pensamientos. Pero el rey permanecía con la vista puesta en el mapa, quieto como una estatua de bronce, y nadie sabría decir si estaba a favor o en contra. Nadie salvo yo, que lo sabía de antemano y guardé muy para mí aquella ventaja.

—San Quintín es una ciudad muy bien protegida —titubeó Mansfeld—. El río... El lago... Las tierras pantanosas... ¡Y qué murallas!

—Murallas de los tiempos de las justas y los torneos —corrigió Navarrete—. Planas como pecho de niña. Sin ángulos para batir fuegos cruzados. Es fácil acercarse.

Quizás aquí necesitéis una explicación, vosotros que sois legos en el arte de la guerra. Las murallas de tiempos antiguos, que se llaman muros de cortina, eran fábricas pensadas para la defensa, con gruesos lienzos y troneras y aspilleras para disuadir al que se acercara. Pero los ingenios nuevos de la artillería hicieron muy frágiles estas fortalezas, que se deshacían como terrones bajo el fuego de lombardas y culebrinas. Así que las murallas de estos tiempos nuestros se han concebido como fábricas de ataque, con puntos avanzados que se llaman bastiones y revellines y que tienen forma de rombo o triángulo o trapecio, de manera tal que desde cualquier punto permiten cubrir un largo trecho con fuego de mosquete o de artillería, infligiendo gran estrago en el invasor y manteniéndole a distancia. Estas murallas hodiernas se llaman de traza

italiana, porque fue en Italia donde se inventaron. Y no debe extrañaros que el primer ingeniero de esta traza fuera un monje franciscano. Fray Juan Giocondo, se llamó. Pues bien, es la cuestión que los muros de San Quintín eran de cortina, o sea de los viejos, y aunque los lugareños habían plagado alguna de sus caras de torreones y excavado terraplenes alrededor para entorpecer al fuego de artillería, la ciudad era vulnerable como huerto sin tapia.

—¿Tienen mucha guarnición? —preguntó el rey.

—Menos de mil hombres, mi señor —contesté.

Felipe levantó la mirada del mapa y la paseó por los asistentes. Nadie se atrevía a hablar. Lo hizo el propio rey para exponer argumentos en contra.

—Aun así... Es una plaza difícil. No me agrada la idea de atascarme en un asedio entre tierras pantanosas —rascó su mentón el Rey Prudente—. Puede hacerse eterno. Y nos deja muy expuestos si los franceses traen al grueso de sus ejércitos.

—Bien lo sé, mi señor —acepté—. Pero también sé que San Quintín tiene un punto débil.

—¿Cuál? —preguntó el maestre Navarrete.

—El bastión del Arrabal —llevaba yo bien aprendida la lección—. Si lo tomamos, la ciudad solo podrá recibir refuerzos por los pequeños puentes de los otros lados.

—Tienen cañones ahí —advirtió Egmont.

—Lo sé. Pero mirad —extendí sobre la mesa un mapa del sitio—: Si tomamos el Arrabal, cerraremos esa puerta y amenazaremos la ciudad por el sur. Los cañones que protegen el bastión nos servirán entonces para rechazar al enemigo y a la vez bombardear San Quintín si es menester. Los franceses, cuando lleguen, tendrán que vadear necesariamente el río. Entrarán en una zona muy expuesta, que no podrán cruzar sin riesgo.

—Esa batalla se puede ganar —murmuró como para sí Manuel Filiberto de Saboya.

Felipe perdió la mirada en el mapa de San Quintín que yo mismo había dibujado con trazos más bien torpes.

—Hay que procurar que los franceses no se enteren de lo que tramamos —musitó.

—De eso me encargo yo —intervino Manuel Filiberto—. Con vuestro permiso, me moveré hacia el sur y mandaré avanzadillas a sitiar Guisa. Eso engañará a Montmorency.

—Buena jugada —sonrió Egmont.

—Y mientras tanto, el grueso de la fuerza marchará sobre San Quintín. Pero, Romero —me miró muy fijo el rey—, hay que tomar el Arrabal en una sola maniobra. Si no, perderemos un tiempo precioso.

—Os doy mi palabra, majestad —proclamé muy solemne—, de que el Arrabal caerá en una noche.

Todos rieron, incrédulos. Todos menos Egmont, Navarrete y Pembroke, que me conocían bien. Tampoco el rey Felipe rio.

—Una noche, *sir* Julián —me emplazó el rey muy despacio, clavándome sus ojos azules, ante la sorpresa de los incrédulos—. Ni una hora más.

Asentí sin palabras.

—Bien —cerró el rey—. Daremos la batalla en San Quintín. Saboya —se dirigió a Manuel Filiberto— preparadlo todo para marchar.

Y fue así como se preparó la Batalla de San Quintín.



Julián Romero.

*De cómo mi señora Constance dio en sumarse a
los ejércitos de Flandes, y de cómo eran las
mujeres de los tercios*

La asamblea se disolvió con el correspondiente protocolo. Los que allí estuvimos nos demoramos aún unos minutos examinando mapas e intercambiando recuerdos y también examinándonos unos a otros, que conviene saber bien con quién te subes a un barco cuando amenaza temporal. Y, al fin, cada mochuelo retornó a su olivo.

Mi olivo era la casa de la calle del Hospital, donde Constance y los niños me aguardaban. Constance me asaltó, expectante, apenas puse un pie en el umbral:

—¿Qué? —me preguntó sin más.

—Que va a ser ya —le dije—. El ejército saldrá de inmediato. Hacia tierras de Francia. Prepárame ropa, mujer. Ya se encarga Mauricio de lo demás.

—Preparo la tuya y preparo la mía —me respondió ella muy resuelta—. Esta vez voy contigo.

A Constance siempre había querido yo ahorrarle las penalidades de la guerra, y por eso nunca me la llevé ni a Dinantni a ninguna otra parte. Esta vez, sin embargo, ella se obstinó en acudir a la campaña de San Quintín, como otras muchas mujeres que en los tercios formaban.

—Esta vez voy contigo —insistió—. ¡No vas a dejarme sola como cuando caíste preso! Casi medio año sin saber de ti, nada más que esas cartas rácanas que mandabas.

—Mujer, estabas encinta —me excusé como pude—. ¿Cómo te iba a llevar?

—Ahora no lo estoy.

—¿Y quién va a cuidar de los niños? —objeté—. ¿O te los quieres traer también?

—Ya he encontrado a quien se los quede —respondió sin pestañear; sin duda llevaba semanas tramando esta jugada—. Un aya de las mejores de Flandes.

—¿Puedo saber quién?

—Mi señora madre.

A la señora madre de Constance, viuda de un arrabal de Gante, la habíamos sacado del

muladar donde vivía para instalarla en una casa de buen tono en la misma ciudad. Allí montó un taller de paños y era verdad que, puestos a dejar a Juliana y Guzmán con alguien, no había mejor opción que ella. Y así fue como Constance vino a la campaña de San Quintín.

Porque, no, la guerra nunca ha sido solo cosa de hombres, al menos bajo nuestras banderas. El reglamento decía y dice que el soldado que sienta plaza en filas debe ser soltero. Ahora bien, el español es muy dado a ceder a la carne, y las mozas de Nápoles o Flandes, qué queréis que os diga, tampoco hacen ascos al galán de los tercios. Así que, entre unas cosas y otras, raro es el soldado que no termina con una o más amantes a su alrededor. Y así podríamos vivir todos muy felices de no ser porque en los ejércitos de su majestad católica forma un número no menor de capellanes dispuestos a velar por la integridad moral de la tropa, y en cuanto un capellán descubre que Fulano o Mengano ha entrado en relaciones, allá que va el cura para tratar de que la cosa se resuelva en matrimonio o, por lo menos, en compromiso de tal. De manera que las hembras en cuestión terminan casi siempre en condición de mujer de tal o cual soldado, y es común que, cuando la tropa se mueve para ir a batallar o para cambiar de acantonamiento, todas esas mujeres acompañen al tercio. Bendita presencia la suya, porque la soldadera es generalmente mujer de muchas habilidades: te cose las heridas con el mismo tino que zurce las calzas, se basta con dos repollos para cocinar un festín y las hay que, además, bruñen el acero y hasta cargan de pólvora los apóstoles. Constance es de estas últimas. Y sé bien que, de dejarla, no dudaría en arrojarla contra el enemigo pica en mano.

A estas mujeres nuestras las llamamos «mujeres privadas» para diferenciarlas de las otras, las «públicas», que son la inevitable cohorte de prostitutas que desde el principio de los tiempos adorna el paso de los ejércitos. En nuestras filas se organizó muy metódicamente el asunto, y no me preguntéis quién lo hizo, porque no lo sé, pero sí os puedo decir que la cuota de rameras se da a razón de una por cada ocho hombres sin pareja. A los capellanes se les vuelan las sotanas cuando se cruzan con estas escuadras de mujeres pintadas y vestidas con colores chillones, pero han terminado entendiendo que es un mal menor: a nadie en los tercios se le consiente que fuerce a una mujer, y al que viola a una hembra o a un mancebo se le castiga con la muerte, así que más vale mantener la cuota de rameras para sosegar los viriles furores.

Por supuesto, las mujeres públicas y las privadas no van juntas ni siquiera en la marcha. Unas y otras atienden cada cual a su propio negocio. Entre otras cosas porque, además, no es inusual que en la tropa vengan los hijos de los soldados, y a los niños hay que mantenerlos al margen del lenocinio. Los niños, sí: que son también de mucho beneficio a la hora de despojar a los muertos después del combate, porque así la tropa no se distrae de las órdenes del mando. Pero de esto ya os daré más detalle después.

—Supongo que nada de cuanto diga te hará cambiar de idea —rezongué.

—Nada en absoluto —zanjó mi dulce flamenca.

Teníais que ver a Constance, ahí parada en medio de la sala, con los brazos cruzados y la mirada fija en el hueco vacío de la chimenea. Era como un bloque de granito: lanzarte contra ella solo serviría para abrirte la cabeza. Mauricio, adivino de cualquier tempestad como buen cobardón que era, se había retirado a un rincón de la cocina y allí aguardaba, sentado y muy quieto, lo más lejos posible de la tormenta. Yo he acometido a pecho descubierto contra una línea de piqueros suizos, yo he aguantado a pie firme la carga a caballo de Antonio de Mora, yo me he abierto paso entre el fuego de las espingardas berberiscas, yo he derribado a escoceses que me

doblaban en peso y fuerza y yo he llamado hereje en sus propias barbas al rey de la Inglaterra. Pero nada de todo eso puede compararse con sostener la mirada de Constance cuando mi amada se atraviesa. Un hombre tiene que saber qué batallas puede librar y cuáles no. Mirad que digo «librar» y no «ganar», porque hay batallas que, aunque las ganes, te dejan más perjuicio que beneficio, como dicen que le aconteció al griego Pirro frente a los romanos. Y como me habría acontecido a mí de no ceder en la presente circunstancia, pues todo hombre es siempre Pirro ante su mujer. He dicho.

Fui a darle a Mauricio las instrucciones precisas, pero ya estaba el muy perillán liando el petate, que nadie como el buen siervo entiende mejor quién es el verdadero amo. Lo que yo no podía saber en aquel momento era cuán provechosos resultarían a la postre para las armas de España mi criado Mauricio y mi señora Constance.

PAÍSES BAJOS ESPAÑOLES EN 1557



*De como se puso en marcha el ejército de Manuel
Filiberto de Saboya y con qué mañas engañó a los
franceses*

A pesar de vuestra torpeza, ya habréis entendido que lo más decisivo en la batalla de San Quintín era la sorpresa: golpear donde los franceses menos lo esperaran. Para echar sal a este huevo había que planificar muy bien las cosas y, sobre todo, tratar de guardar el secreto. Tanto se guardó, y por tantos y con tanto aparato de mañas y artimañas, artificios y enredos y fingimientos, que a más de un sabio he oído yo decir después que los ejércitos del rey Felipe salieron en aquella jornada sin meta clara y que anduvieron dando tumbos por el país como pollo sin cabeza en busca de ciudad que asediar, y que si se llegó a San Quintín fue más por el azar y por la fuerza de las circunstancias que por determinación preconcebida del mando, como si nuestra corona pudiera meter en territorio enemigo un ejército de más de 40.000 hombres a tontas y a locas.

Podéis creer lo que gustéis, pero yo os digo que el plan era precisamente confundir al enemigo sembrando de pistas falsas el camino para llenar su corazón de incertidumbre, que el engaño es arte de villanos cuando se combate hombre a hombre, pero ciencia sublime cuando se oponen dos ejércitos. Y eso fue lo que hizo nuestro general Manuel Filiberto de Saboya: engañar a los franceses como engañó Aníbal a los romanos con los bueyes de Campania. Pues debéis saber que el joven Filiberto pasaba horas y horas leyendo libros sobre guerras de antaño, siempre entre césares y alejandros y escipiones, y no había maniobra de la que no guardara memoria su mente febril. Os diré lo que en verdad pasó.

El ejército que nuestro rey don Felipe acumuló en los alrededores de Bruselas llenaba una nómina de más de 60.000 almas. Os resumiré por lo breve que allí habría, además de 6.000 españoles de infantería y otros 500 compatriotas de caballería, infantes valones en número de 4.500, ingleses hasta 8.000, otros 20.000 infantes que eran los mentados alemanes altos, a más de 4.500 gastadores, también alemanes, de los que marchan por delante con pico y pala para allanar

el terreno a las tropas, y a eso sumadle 4.300 jinetes alemanes de los de la susodicha banda negra, con muchos reitres de pistolas, y otros 12.000 de caballería flamenca, alemana y borgoñona. Un gran ejército, en suma.

Toda esa gente no estaba junta desde la partida, sino que de los ingleses, por ejemplo, apenas habían llegado unos cientos, y los alemanes se iban sumando a medida que las bolsas de los contratistas se iban llenando. A estos que se iban incorporando se los guardaba para sí el rey bajo su mando directo, de manera tal que Cabeza de Hierro, el día de empezar la marcha, contaría con alrededor de 40.000 hombres. Fueron estos los que emprendieron el camino que terminaría en San Quintín mientras el rey, por su parte, se movía hacia Cambrai con las gentes que iban llegando.

Los que sí estaban en la marcha, todos y desde el primer momento, eran los vivanderos, que yo no sé cuántos miles de almas habría allí entre buhoneros, mercaderes, taberneros, armeros, guarnicioneros, herreros, cocineros, rameras, servidumbre y chiquillería. Menos los cirujanos y los curas, que solían caminar cerca del ejército por la naturaleza urgente de sus servicios, todo lo que no era tropa marchaba con los vivanderos. Incluidos los carros con pelotas de arcabuz, barriles de pólvora, hierros de todo género y lo que los artilleros llaman tren de batir, que es todo el material preciso para reducir a polvo cualquier plaza. Y todo aquel pueblo errante marchaba tras la tropa como los hebreos tras Moisés, de manera que a cada jornada era como si una ciudad se moviera de un sitio y desapareciera para volver a aparecer al día siguiente en otro lugar.

Ahora os explicaré cómo se las ingenió nuestro general para confundir a los franceses en esa marcha, en apariencia errática, que muchos creen azar cuando de cierto fue necesidad. Mediado julio avanzó el ejército desde Bruselas a Namur y de ahí a Givet, entre los poderosos meandros del río Mosa, en la cabecera de los densos bosques de las Ardenas. Allí se dibujaba la frontera entre Francia y Flandes, y por tanto el frente de batalla. Tomando los caminos más llanos, bordeando las Ardenas por el oeste, se aproximó la fuerza española hasta la ciudad de Rocroi, ya en territorio enemigo, haciendo gran alarde de banderas y tambores. Era el 25 de julio. Pensaron los franceses que Manuel Filiberto sitiaria Rocroi, pero no: después de pasearse bajo los muros de la ciudad, nuestro ejército volvió otra vez hacia el norte para tomar el camino de la cercana Chimay, que distará como siete leguas de Rocroi.

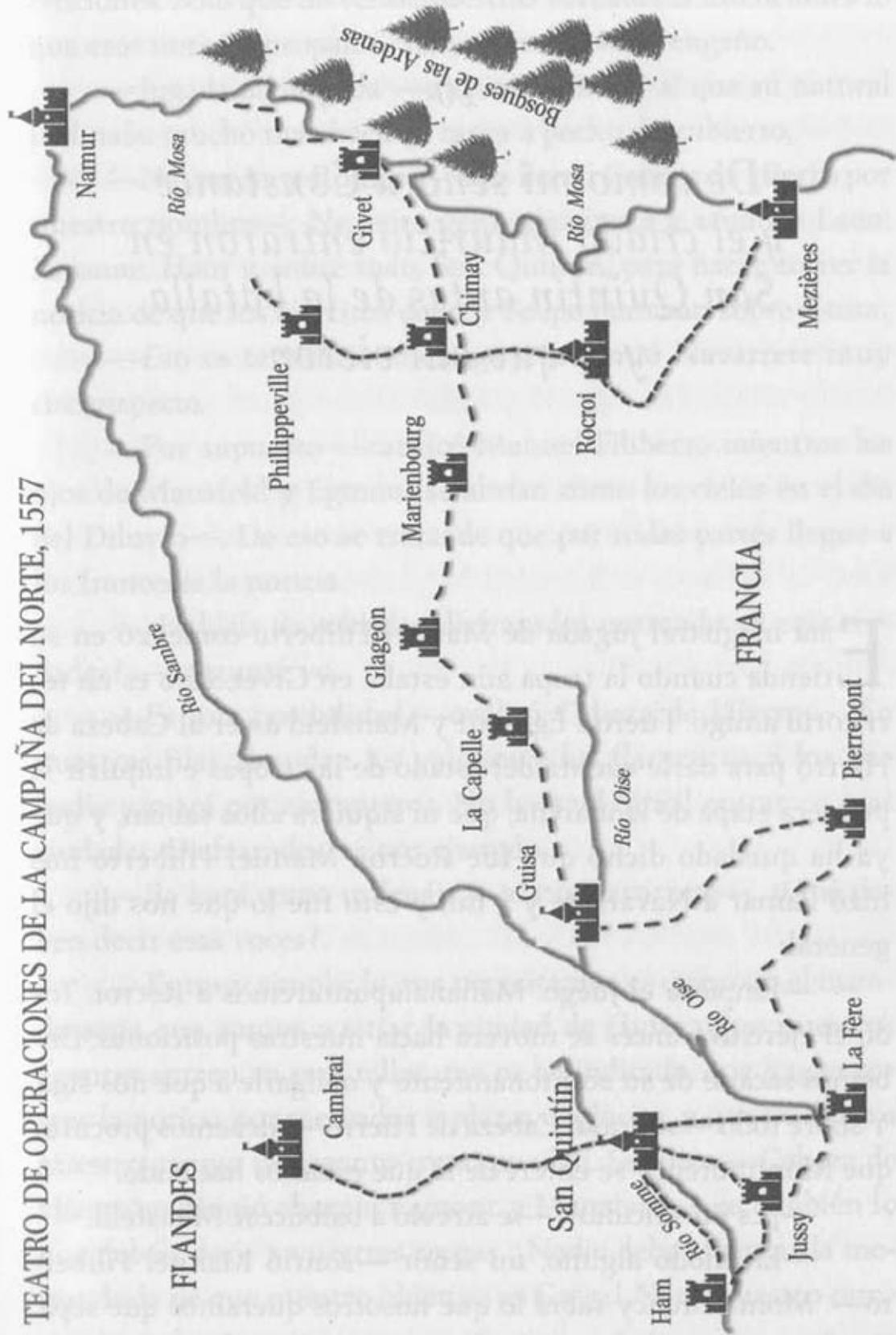
Desde Chimay marchó el contingente hacia el oeste, primero, para llegar a Glageon, burgo tan hediondo como el artillero del mismo nombre, y luego al suroeste hasta situarse entre La Capelle y Vervins, y veréis que el itinerario nada tiene de casual, porque así pasábamos nosotros de la cuenca del río Mosa a la del río Oise, tránsito que a nosotros, que nos hallábamos en las cabeceras, nos costaba poco, pero que a los franceses, emplazados mucho más al sur, les resultaba mucho más trabajoso tanto por la distancia como porque los vados eran más difíciles río abajo. De ahí hasta Guisa, ciudad bien fortificada, no había más de cinco leguas, y hacia allá marchó entonces Manuel Filiberto con el ejército detrás. Guisa, sí, que era el solar originario de los duques del mismo nombre y enemigos de España. A la ciudad de Guisa la riega el Oise por todas partes entre meandros y lagunas, y por eso es plaza que requiere de mucha faena para el asedio. Nuestro general ordenó el despliegue en torno a la villa. Sería ya el 28 de julio.

Mientras Manuel Filiberto movía nuestras tropas en la dirección descrita, todo el ejército francés se iba desplazando en paralelo, seis o siete o más leguas al sur de nuestro camino, hasta concentrarse en Pierrepont, que es zona de humedales infinitos y ricas praderas, entre el Oise y el Aisne, en la región que allá llaman Thiérache. Convencido de que íbamos a sitiar Guisa, mi viejo

conocido el condestable Anne de Montmorency, que era el jefe de la tropa francesa, desplegó allí a sus huestes. Y ahora veréis que con eso se demuestra la astucia de Manuel Filiberto, porque en aquella tesitura a nosotros nos bastaba media legua para franquear el Oise hacia el oeste, pero a los franceses les llevaría más de seis leguas y por peor camino. Guardad la circunstancia en la memoria, porque iba a ser decisiva. Y es que en aquel momento, después de cuatro días de fingir el asedio de Guisa y mientras Montmorency formaba a sus tropas para correr en auxilio de la plaza, Manuel Filiberto de Saboya ordenó a nuestra caballería cruzar el Oise para llegarse a la muy cercana ciudad de San Quintín. Era el 1 de agosto. Y al día siguiente, para pasmo de Montmorency, el propio Cabeza de Hierro levantaba el sitio de Guisa y acudía con el grueso del ejército a San Quintín, seis leguas de camino llano que nuestras banderas cubrieron en un santiamén, quedando los franceses como quien comparece a su boda y la novia se le escapa.

Y ahora os preguntaréis, tal vez, cómo fue que el señor de Montmorency y el resto de los mandos franceses creyeron a pies juntillas que daríamos la batalla en Guisa, y cómo fueron tan ignorantes de nuestros movimientos e intenciones, pues aquel era su territorio y por todas partes había quien pudiera informar de ellos. Para responder a esas preguntas debo contaros algo que no hallaréis en ningún libro ni crónica ni correspondencia oficial, pero que es verdad tan cabal como que el sol sale por levante y se acuesta por poniente. Y fue que, al tiempo que el ejército español se movía, una legión de anónimos valientes cruzaba las más notables ciudades de la Picardía llevando al enemigo voces de confusión y engaño. De estos valientes nadie hablará, pues el secreto comporta el mayor de los sacrificios, que es el silencio. Pero tened por cierto que a ellos se debió buena parte del éxito en San Quintín. Y este que os escribe bien lo sabe, porque una de aquellas heroínas anónimas fue mi amada Constance, y con ella participó en la aventura mi criado Mauricio. Ahora os explicaré cómo fue.

TEATRO DE OPERACIONES DE LA CAMPAÑA DEL NORTE, 1557



*De cómo mi señora Constance y el criado
Mauricio entraron en San Quintín antes de la
batalla, y lo que allí vieron*

Esta magistral jugada de Manuel Filiberto comenzó en su tienda cuando la tropa aún estaba en Givet, esto es en territorio amigo. Fueron Egmont y Mansfeld a ver al Cabeza de Hierro para darle cuenta del estado de las tropas e inquirir la primera etapa de la marcha, que ni siquiera ellos sabían, y que ya ha quedado dicho que fue Rocroi. Manuel Filiberto nos hizo llamar a Navarrete y a mí, y esto fue lo que nos dijo el general:

—Empieza el juego. Mañana apuntaremos a Rocroi. Todo el ejército francés se moverá hacia nuestras posiciones. Debemos sacarle de su acantonamiento y obligarle a que nos siga. Y sobre todo —subrayó Cabeza de Hierro—, debemos procurar que Montmorency se entere de lo que estamos haciendo.

—¡Es un suicidio! —se atrevió a balbucear Mansfeld.

—En modo alguno, mi señor —sonrió Manuel Filiberto—. Montmorency sabrá lo que nosotros queramos que sepa. Sembraremos toda la región de noticias acerca de nuestras intenciones. Solo que no serán nuestras verdaderas intenciones lo que esas noticias propalen, sino un mayúsculo engaño.

—Jugada arriesgada —musitó Egmont, al que su natural inclinaba mucho más hacia la carga a pecho descubierto.

—Navarrete y Romero —nos llamó Cabeza de Hierro por nuestro nombre—. Necesito gente dispuesta a acudir a Laon, Peronne, Ham y, sobre todo, San Quintín, para hacer correr la noticia de que los ejércitos del rey Felipe marchan sobre Guisa.

—Eso es territorio enemigo —observó Navarrete muy circunspecto.

—Por supuesto —ratificó Manuel Filiberto mientras los ojos de Mansfeld y Egmont se abrían como los cielos en el día del Diluvio—. De eso se trata: de que por todas partes llegue a los franceses la noticia.

—¿Habláis de soldados disfrazados entrando en esas ciudades? —pregunté yo.

—Es una posibilidad —evaluó Cabeza de Hierro—. En nuestras filas abundan los valones y los flamencos, a los que nadie tomará por extranjeros. No les será difícil entrar en esas ciudades. Disfrazados, sí, por ejemplo.

—Se hará como ordenáis —acató Navarrete—. ¿Qué deben decir esas voces?

—Es muy simple: lo que necesitamos es que todo el mundo sepa que vamos a sitiar la ciudad de Guisa. Que nuestros agentes entren en esas villas que os he indicado, que hagan correr la noticia por mercados y plazas e iglesias, y que vuelvan a nuestro campo tan pronto como puedan. Señores —Cabeza de Hierro se dirigió ahora a Egmont y Mansfeld—, es también lo que debéis decir a vuestras tropas. ¡Nadie debe albergar la menor duda de que nuestro objetivo es Guisa! Ni en nuestro campo ni en el contrario.

—¿Cuándo? —preguntó escueto Navarrete.

—Ya —respondió Manuel Filiberto no menos escueto.

Salimos de allí Navarrete y yo más escamados que otra cosa, porque de nuestros valones nos fiábamos lo justo y de nuestros flamencos nada en absoluto, y tampoco era aquella una misión que pudiéramos dejar en manos españolas, porque para un infante de Tomelloso no es fácil pasearse por la Picardía sin despertar sospechas, a más de que al soldado español, una vez metido en la boca del lobo, la sangre tiende a calentársele y sus dedos buscan el cuchillo como el ganado el buen pasto. Luego estaba, además, que la ocurrencia de Manuel Filiberto nos venía al pelo, porque el tipo que entrara en San Quintín para pregonar lo de Guisa podría además proporcionarnos informaciones preciosas sobre las defensas de la ciudad. Lo peor era que había que resolver la cuestión de inmediato, y Cabeza de Hierro lo había dejado muy claro: «Ya».

Envuelto en estas cavilaciones me despedí del maestro Navarrete y llegué a la tienda que Constance y Mauricio habían levantado a modo de vivienda mientras durara el nomadeo de la campaña: gruesos lienzos de lona bien sujetos al cuerpo de un carro, unos a modo de techo y otros como paredes; a un lado del carro dormiría Mauricio y en el otro, donde ardía el fuego, mi dueña y yo. Había que ver a Constance en funciones de jefa de intendencia: organizaba nuestra carpa y fas de los demás, marcaba las distancias entre unas y otras para que no se corriera el fuego si alguna ardía, señalaba los lugares que tendrían que servir de letrinas para evitar pestilencias, se ocupaba de colocar a las rameras bien lejos —sospecho que por no fiar mucho en mi continencia—, prescribía el emplazamiento de la lavandería junto al río y organizaba los turnos de limpieza... ¡Qué sé yo!: solo le faltaba poner al rey Felipe a hervir repollos.

—Muy pensativo te veo —me dijo según me acerqué al zafarrancho que aquella mujer había organizado.

—Te contaré —le murmuré en voz baja mientras hacía una seña a Mauricio para que ahuecara el ala—. Voy a entrar en San Quintín disfrazado.

—¡Estás loco de atar! —bramó mi bella.

—Siempre dices lo mismo —contesté más aburrido que malhumorado.

—¿Pero de verdad —porfiaba mi dueña— quieres meterte tú solo en la boca del lobo para ver qué hay dentro de San Quintín?

—No conozco a nadie mejor para hacerlo —razoné—. Hablo francés. Puedo mezclarme entre la multitud. Así examinaré las defensas de la ciudad mientras cumplo cierta misión que el Cabeza de Hierro nos ha encomendado. Además, no iré solo.

—¡Eso! —soltó una risotada—. ¡Mete más personal para que os descubran mejor! ¡Romero! ¡Estás loco! ¿Pero no te das cuenta de que no hay capitán francés que no te haya visto alguna vez? ¡Si hasta Montmorency te conoce! No vas a durar ni cinco minutos vivo, ¡ni aunque te disfraces de lechera flamenca!

—No te digo que no —repuse casi flemático—, pero alguien tiene que hacer el trabajo de entrar en la ciudad, estudiar las defensas, ver qué guarnición hay, tomar nota de lo que vamos a encontrarnos en el Arrabal...

—Todo eso —dijo ella— puedo hacerlo yo.

No, no bromeaba. Constance hablaba completamente en serio.

—¡Has perdido el juicio! —exclamé.

—No me parece —casi sonreía, la muy canalla—. Míralo de este modo: si alguien puede entrar en San Quintín sin levantar sospechas, esa es una campesina flamenca. O sea, yo. Si alguien puede acercarse a los guardias, darles conversación, sonsacarles tal o cual cosa, esa soy yo. Si alguien puede pasearse bajo las murallas o por el bastión del Arrabal sin despertar alarma, esa soy yo. Si alguien sabe exactamente qué es lo que tú quieres averiguar, esa soy yo. Y si tú confías en alguien, también esa soy yo. ¿O no confías en mí?

—No es cuestión de confianza —rezongué—. ¿Tú crees que te voy a dejar sola en medio de la soldadesca francesa?

—Te recuerdo, mi señor esposo —se puso Constance en jarras—, que he estado muchos años en medio de la soldadesca española y siempre me he sabido valer sola. Y además, no pienso ir sola.

—Ah, ¿no? ¿Y a quién te piensas llevar de escolta? —repuse un tanto mosca.

—A Mauricio —declaró Constance muy digna.

—¡Ja! —reí sin ganas—. ¿De verdad crees que ese gallina te va proteger si te ves en apuros?

—No quiero que me proteja. Quiero que pase tan desapercibido como yo. Y para eso, nada mejor que este maula. Para eso, y para llevarme el carro.

—¿Qué carro? —pregunté cada vez más confundido.

—El carro de las hortalizas que voy a vender en San Quintín —respondió Constance como si hablara de la cosa más natural del mundo.

El problema era que tenía razón. De siempre mujeres y niños han sido los espías más eficaces en los ejércitos, pues el varón, normalmente necio, teme al varón y no a la hembra, y qué decir del niño, al que ni hembras ni varones temen. Era verdad también que mi jeta la conocían hasta en el palacio del Louvre, como verdad era que difícilmente íbamos a pasar desapercibidos cualquier otro soldado y yo en una ciudadela enemiga. Se me abrían las carnes de imaginar a Constance metida en semejante fregado, tanto por cabal temor como porque me había ganado por la mano. Pero, sí, el problema era que tenía razón. Y bien lo sabía ella ahora, mirándome desafiante con aquellos faros verdes, con una inequívoca expresión de triunfo en el rostro.

—Díselo a Navarrete —me empujó—. Dile que tienes un par de espías para San Quintín.

Y así lo hice. Acudí a ver al maestre Navarrete, le conté que la entrada en San Quintín era «cosa de mi gente», porque tampoco quise dar más explicaciones, y acto seguido le di a Constance instrucciones precisas: entrar en la ciudad, contar por todas partes que el ejército español marchaba sobre Guisa y, de paso, tomar buena nota de las defensas de la villa, a saber, piezas de artillería, gentes de armas y, muy particularmente, la guardia del Arrabal. Constance atendía a las

órdenes con extrema atención, como el buen soldado que realmente era. Otra cosa fue la reacción de Mauricio cuando se enteró de lo que se cocía, porque, moreno como era, se le volvió la tez cetrina primero y cerúlea después, para hacerse de nieve antes de recobrar su color original.

—¡Todo el mundo me mirará! —protestaba Mauricio—. ¿Un moro en Francia? ¡Todo el mundo me mirará!

—Sí, pero nadie sospecha de quien llama tanto la atención —le corregía Constance—. El mejor espía es el que no parece un espía. Y además, nuestra misión no es solo mirar, sino también hablar con la gente para contarle eso de Guisa. Cuanta más gente se nos acerque, mejor.

Mauricio no parecía muy convencido, pero temía más a Constance que a los franceses, de manera que obedeció. Y así, a la mañana siguiente, antes de la amanecida. Constance cogió el camino de San Quintín como quien va a visitar a la familia. Tras ella marchaba Mauricio tirando del carro con berzas, coles, nabos y otras hortalizas de puchero. Dos campesinos que iban a vender sus productos en la ciudad, como tantos otros. Los espías de Felipe II en San Quintín.

Llegaron ambos a la aldehuela crecida en la orilla del Somme, esa que llaman el Arrabal. La cruzaron saludando a los paisanos, y aún se detuvieron en una iglesia que allí se eleva para rezar al santo del día. Al cura debieron de llevárselo los demonios al ver pasar a mi ángel de cabellos rojos. Con parsimonia pisaron Constance y Mauricio el puente que cruza el Somme. No has terminado de pasar puente y río cuando los lados del camino vuelven a poblarse de casas y más casas. Esta es la parte que llaman «la isla», por hallarse sobre una lengua de tierra rodeada de agua. Porque avanzas unos pasos y de nuevo aparece el agua, esta vez la gran laguna que rodea San Quintín por el sur y el suroeste. Aquí termina el Arrabal de la Isla y aquí han plantado los franceses un bastión con defensas. Y debió de ser digna de verse la estampa de aquella hembra al pasar ante la soldadesca del bastión, contoneándose brazos en jarras, voceando la mercancía, sonriendo y enseñando aquellos dientes que mantenían a raya a los hombres, porque siempre temían que les fueran a morder.

Pasaron Constance y Mauricio por entre medias del bastión. Ni un «alto», ni un «quién va», ni un «*bonjour*» ni nada de nada: allí entraba y salía todo el mundo sin la menor sospecha de la que se avecinaba. La mujer y el criado recorrieron tranquilamente la lengua de madera que cabalga las aguas de la laguna y lleva a la puerta de la ciudad; junto a ellos, otros muchos campesinos que iban y venían. Pasaron bajo el gran portalón de la villa. Mis espías caminaron sin precaución por las callejuelas que conducen a la plaza, entre las lujosas fachadas de las casas burguesas y los montones de porquería que la gente arrojaba a la vía pública y que ahora se pudría, hedionda, bajo el sol de julio.

La ciudad de San Quintín está llena de iglesias. La principal, que es catedral, es donde se venera al santo, que allí se guardan sus restos, y de toda Francia y aun de Flandes vienen las gentes a rezarle, pues es muy milagroso. El mártir San Quintín es el patrón de los cerrajeros, y yo me malicio que es por la cantidad de oro y joyas que guardan sus casas, llenas de riquezas y provisiones. Como la tierra es muy feraz, el mercado siempre está abarrotado y centenares de personas acuden a dejarse aquí los dineros, y esos dineros se guardan en las cavas de las iglesias, y esto es fama en toda la región de la Picardía, y no hay maleante que no sueñe con penetrar algún día en cualquier galería de San Quintín para darse baños de oro. Y como la ciudad es rica, y es mucha y muy principal la gente que allí mora, y todos van por las calles luciendo sus riquezas y compitiendo por mostrar quién es más, la guarnición siempre está alerta, y no faltan nunca rateros

en las picotas ni asesinos en las horcas, pues donde hay oro, hay codicia, y donde hay codicia, hay mal.

Constance y Mauricio se plantaron en una esquina de la gran plaza, ante la mismísima puerta de la Casa de Gobierno de San Quintín, que aquí llaman también Stadhuis, con sus ricas vidrieras y sus imponentes arcos. Allí volvieron a anunciar su carga de hortalizas para regalar los oídos de los señores y señoras que paseaban sus lujosas vestimentas. Vocearon mucho. Vendieron algo. Sobre todo, miraron; miraron sin parar. E hicieron algo más.

—¡Comprad! ¡Comprad ahora que los españoles están lejos! —gritaba Constance en la puerta de la Stadhuis—. ¡Aprovechad que los españoles marchan hacia Guisa!

Tanto insistió mi dueña en aquella matraca de los españoles y Guisa, que algunos burgueses que salían del palacio consistorial se acercaron a pedirle más detalles.

—¿Qué estás diciendo mujer? —le preguntó uno muy gordo y colorado.

—Las mejores hortalizas del Somme —respondió Constance esgrimando una enorme berza con su sonrisa letal.

—No —la rectificó otro de los burgueses— eso de los españoles...

—¿No queréis esta berza? —porfió mi hembra.

El burgués hurgó en la faltriquera y sacó unas monedas antes de insistir:

—¿Por qué dices eso de que los españoles están lejos?

—Los vimos marchar hacia el este —comentó Constance al aire, como quien habla del tiempo—. Un gran ejército. Hará dos días de eso.

Los burgueses cruzaron entre sí miradas de inteligencia. Se llevaron algunas hortalizas y desaparecieron. Pero al cabo volvieron, y traían compañía: dos oficiales franceses. Mauricio se echó a temblar. Constance pensó: «¡Tierra, trágame!», y disimuladamente echó mano del cuchillo que siempre llevaba consigo. Iba a vender cara su piel.

—*Monsieur* de Brueil, *monsieur* de Teligny: esta es la mujer que dice que los españoles marchan hacia Guisa —habló pomposo uno de los burgueses mostrando a mi bella. Un oficial se acercó sonriendo.

—¿Y qué sabes tú de los españoles? —preguntó el francés.

—Mala gente. Muy mala, señor general —tartamudeó Mauricio.

—¡No te pregunto a ti, ganapán! —escupió el oficial, que recuperó la sonrisa para volver a dirigirse a Constance—. ¿Cuándo los habéis visto?

Constance clavó la mirada en el oficial y cogió en las manos unos cuantos nabos:

—Los vimos al recoger hortalizas, hará ya de esto un par de días —explicó la flamenca—. Pasó una avanzadilla. En la taberna del pueblo contaron que se dirigían hacia Guisa. Y que iban muchos miles. ¿Unos nabos, mi señor?

El oficial sacó unas monedas y se llevó los nabos. Después, ante la mirada inquieta de los burgueses y los oídos atentos de Constance, explicó:

—Esto confirma nuestros informes. El ejército del rey Felipe está marchando desde Bruselas hacia Guisa.

—¿No será una trampa? —torció el gesto uno de los burgueses.

—Todo puede ser —contemporizó el oficial—, pero no es la primera voz que canta esa historia. También nuestros exploradores han visto tropas españolas marchando hacia allá, y de Guisa vienen noticias de que se preparan para el asedio.

Constance, a todo esto, no había dejado ni de vocear sus hortalizas ni de mantener bien cerca el cuchillo, por lo que pudiera pasar. Sin prestar mayor atención a la mujer, los burgueses y los oficiales siguieron caminando bajo los arcos de la Stadhuis. Constance miró alrededor, sorprendida de pronto: Mauricio no estaba. Buscó en vano con la mirada por toda la plaza. Solo al rato apareció la figura cojitranca y medrosa de mi criado.

—¿Dónde estabas, perillán? —le reprendió mi dueña.

Mauricio enrojeció. Se había cagado.

Antes de caer la tarde, Constance y Mauricio salieron de San Quintín con su carro casi vacío y una bolsa de monedas nada desdeñable. A esas mismas horas, otras muchas mujeres, otros muchos criados, otros muchos mercaderes y otros muchos campesinos estaban esparciendo por Picardía, Champaña y Flandes la misma noticia: los ejércitos de Felipe II marchaban hacia Guisa al mando de Manuel Filiberto de Saboya. Los espías franceses en Flandes confirmaban la noticia: Cabeza de Hierro había tomado dirección sur. Más aún: dos columnas de jinetes alemanes y españoles, que sin duda eran la vanguardia de aquel ejército, se estaban dejando ver en el camino. La noticia llegó rápidamente a oídos de Anne de Montmorency, condestable de Francia. No podía caber duda: Felipe II iba a atacar por Guisa. Y mientras todo eso pasaba, Manuel Filiberto de Saboya, «Cabeza de Hierro», ordenaba al grueso de su ejército dirigirse hacia el oeste: a San Quintín.



Manuel Filiberto de Saboya, jefe del ejército de Felipe II en la campaña de San Quintín

De cómo fueron mi señora Constance y mi criado Mauricio quienes proveyeron el plan de ataque al Arrabal de San Quintín

Al caer la tarde de aquel 31 de julio de 1557, que tal era la fecha, regresaron Constance y Mauricio. Habíamos concertado encontrarnos en cierta astrosa granja de un paraje llamado Fresnoy, a mitad de camino entre Guisa y San Quintín, cerca de lo que llaman las Fuentes del Somme, porque ese río nace por allí. En la granja había un bruto con cara de hombre y un hombre con cara de bruto. Al bruto, que era un mulo de buenas hechuras, me lo quedé yo, y al hombre, que era un lugareño grande como un oso y un tanto menguado de entendederas, le enseñé un poco el acero y no necesité más para maniatarle y encerrarlo en un zaguán que allí había. Digo que era menguado porque el muy mentecato, en que me vio aparecer, me tiró un puño con tal fuerza y tan poco acierto que, al esquivarlo yo, cayó de bruces por su propio impulso y dio con las narices en tierra, y ahí fue cuando cacé al oso, le até las manos y lo amarré bien a un poste de los que servían de vigas del chamizo aquel. El menguado gruñía sin parar enseñando los dientes por encima de la mordaza, y seguía gruñendo cuando, ya en la raya del ocaso, mi dueña y mi criado aparecieron en lontananza. Venía Constance al frente, canturreando no sé qué cosa en su jerigonza flamenca, y detrás Mauricio tirando del carro ya vacío. Salí a su encuentro.

—¡Sanos y salvos! —exclamó Constance—. ¡Y con dinero! —añadió mostrándome la bolsa.

Corrí a abrazarla. No sé si por amor, por alivio de verla ilesa o por premio a su infiltración en las líneas enemigas, la agarré por la cintura y le estampé un beso tan elocuente que mi bella enrojeció, Mauricio se escabulló por vergüenza y hasta la mula del menguado volvió la mirada por no molestar.

Recuperados ella del sofoco, yo de la urgencia y Mauricio de la vergüenza ajena, pasamos los tres al interior de la granja. Mauricio, después de servir tres generosas raciones de vino, se quedó junto al menguado y empezó a hablarle en su lengua berebere. No me preguntéis qué le dijo, porque no entendí ni una palabra, pero el hecho es que el oso dejó de gruñir. Constance dio un

largo trago de la jarra, que era un vino alemán de esos que llaman del Rheingau y que es dulce como piel de doncella, y que Mauricio, creo yo, habría robado en cualquier mesnada alemana de las que componían nuestro ejército. No os detallaré, por no turbaros, la belleza del cuello de mi dueña al trasegar el jugo del Rheingau. Nos sentamos a una tosca mesa. Dibujé con mi lapicero de plomo un plano de la ciudad. Sobre él me fue señalando Constance sus observaciones.

—En el Arrabal habrá un centenar de casas —explicó—. Casi todas pobres. Algunas, limpias. Todas de madera y con techumbres de paja. Alrededor, árboles. Alguna pared de adobe y un par de cercas de piedra.

—Podrán servir como parapeto —apunté yo.

—Sí, pero el resto es todo leña. Hace semanas que no llueve. Como alguien tire una tea, aquello va a arder como yesca. Dentro vive mucha gente. Si cuentas quinientas almas, aún te quedarás corto. Campesinos todos, y de los menesterosos. Hay también mucho chiquillo.

—¿Perros? —pregunté, pues más de una vez un ladrido inoportuno ha desbaratado una operación.

—Varios vi. Difícil acercarte sin que ladren. Pero —bufó Constance— buen rufián eres si te preocupan los perros y no los chiquillos...

—No es por eso, mujer. Solo quiero saber qué podemos hacer ahí dentro. ¿Las baterías de los franceses están donde siempre?

—Sí, donde me dijiste: al otro lado de las casas, cerca ya de la puerta de la ciudad, cerrando el paso. Eso no ha cambiado.

—¿Pudiste contarlos?

—Sí. Cruzas el puente —seguía Constance con los dedos el trazo de mi plano— y te encuentras dos cañones. Sigues caminando, terminan las casas de los campesinos, llegas a la lengua de tierra sobre el lago y ahí están los bastiones.

—¿Los han fortificado?

—Apenas: dos montones de tierra y piedra como de la altura de un hombre, uno a cada lado del camino, y un cañón encastrado en cada uno de ellos. Ahí se han hecho barracones los soldados, que habrá dos docenas de ellos y poco más. Y luego, flanqueando el camino, como a diez pasos de la puerta de la muralla, otro par de piezas pequeñas en cada lado. Ocho cañones en total.

—Para tirar lo mismo largo que corto —observé.

—Y abrasarte vivo —sentenció ella apurando otro trago del Rheingau.

—Y en la muralla habrá guardia, claro.

—Claro. Diez o doce puestos en torno a la puerta. Ballesteros y arcabuces.

—Ballesteros... —repetí evocando las muchas veces que he visto cuerpos ensartados por flechas de ballesta; pero, en la oscuridad, las flechas sirven de bien poco—. ¿Viste algo que te dijera qué guardia tiene el bastión por la noche?

—Vi un par de cobertizos pequeños, vacíos, a mitad del camino del Arrabal, antes de llegar al bastión —los marcaba Constance con delicadeza sobre el plano—. Y otro un poco más adelante, sobre el puente.

—Eso debe de ser para la guardia —aventuré—. No parece mucho...

—Basta para dar la voz de alarma.

—Guardias a mitad del camino... —recapitulé—. Otros en el puente... La guardia del

bastión... Ocho piezas de artillería...

—Y el puente levadizo sobre el foso —añadió Constance trazando una nueva muesca en el plano—, justo antes de la puerta de la ciudad.

—¿Llevaba agua el foso? —quise saber.

—Sí. La luna está llena.

—¿Y ese puente levadizo...?

—Bajado —contestó Constance antes de que acabara la pregunta—. Siempre bajado. Nunca lo vi subido, ni parece que lo suban de noche, porque ha crecido hierba sobre los tablones.

—Claro —razoné—: No van a dejar a su gente fuera, en el bastión.

—Lo que debe bajar y subir con frecuencia es la reja que refuerza la puerta —completó mi espía—. Me fijé en las cadenas y estaban limpias y engrasadas.

—Buena observación —me admiré de lo detallado del informe de Constance—. ¿Qué viste dentro?

—A los jefes del francés.

—¿Que me aspen! —¿tendré que negar que me puse rojo de ira mientras una corriente de fuego me subía por las entrañas?

—¡Sí! —rio aquella temeraria—. Cuando vendía hortalizas en la puerta de la Stadhuis se me acercaron algunos señorones envueltos en capas riquísimas, que una de esas quiero quedarme yo cuando todo acabe. Les dije que los españoles estaban lejos. Entonces los señorones se acercaron, entramos en conversación y al poco aparecieron con los jefes de la guarnición.

—¿Estás como un cencerro! —meneé la cabeza.

—¡Mira quién fue a hablar...! —seguía riendo Constance—. Brueil y Taligny se llaman, por si lo quieres saber. El primero es un capitán que ejerce de gobernador y el otro es un teniente que manda la guardia. Y muy guapo, además.

—¿Solo un capitán y un teniente? —fingí ignorar el aguijón.

—Doscientos hombres habrá dentro, de guarnición. No creo que más. Por las calles apenas si se los veía, y en los torreones solo había unos cuantos.

—¿Viste sus blasones o estandartes?

—Sí: cuatro cuarteles, dos azules y dos amarillos, espadas en los primeros y peces en los segundos —enumeró Constance como si se estuviera examinando en la Universidad de Alcalá.

—¡Peces...! —exclamé—. Son delfines. Es la Compañía del Delfin.

—¿Quién es el delfin? —preguntó la mujer un poco suspicaz, pensando quizá que bromeaba.

—Así llaman los franceses al heredero de su corona —le aclaré—: el Delfin.

—Pues eso es lo que hay. El resto, sí, mucho hombre armado, pero es la milicia de la villa: tenderos y escribientes metidos a soldado, con una lanza que empuñan como el pastor su cayado y un arco que les cuelga como si fuera una mandolina.

—Por eso hay una guardia tan corta en el Arrabal —cavilé rascándome la barba sobre el mentón—. Porque son muy pocos.

—Pocos, sí, pero me fijé en los muros —advirtió Constance—. Y en los almacenes. Y en los fosos. Si se encierran ahí, podrían aguantar durante años sin morir de hambre.

Constance y yo hablábamos en un francés trufado de giros flamencos y palabras españolas, y ya comprenderéis que entre nosotros la comunicación solo era enteramente fluida en aquella circunstancia en la que el varón y la mujer se entienden de natura porque Dios así lo quiso. Con el

tiempo habíamos ido creando nuestro propio idioma, que no era fácil de entender para el resto de los mortales, pero lo suficientemente inteligible como para que ahora mirara yo con suspicacia al menguado granjero que, atado en su poste, siempre los dientes sobre la mordaza, escuchaba pacientemente la plática de Mauricio, que no había dejado de hablar en todo ese tiempo. Temía que el granjero hubiera entendido lo que nos traíamos entre manos.

—¿Qué le estás contando a ese desgraciado? —pregunté a mi fiel moro.

—Mi vida, amo Julián —repuso Mauricio con toda naturalidad.

—¡Pero se la estás contando en tu lengua de cabra del Rif! —observé, atónito.

—Eso da igual —ratificó Mauricio—. Yo le hablo al oído y así él no puede escuchar lo que la señora Constance y vos habéis tratado.

—¿Estás seguro de que no ha escuchado nada? —mostré dos dedos de la daga y pude ver cómo al granjero se le salían los ojos de las órbitas.

—¡Ya me extrañaría —rio mi criado— que haya entendido una sola palabra, entre lo raro que es el dialecto que la señora y vos habláis, y además mi plática encima de sus oídos!

Rei con ganas. Mauricio había salvado la vida de aquel hombre.

—Yo no sé mucho de estas cosas —intervino de pronto Constance, que seguía en la mesa con sus faros verdes perdidos en el dibujo del plano de San Quintín—, pero si no golpeas fuerte a la primera, o si vas demasiado lento, puedes verte metido en un infierno. Imagínate que se incendian las casas a tu espalda y te topas con los cañones de frente, y además tienes a los arcabuces disparándote desde los muros. Es una ratonera.

Me situé tras Constance, de pie, y puse mis manos sobre sus hombros. Mi bella había pasado todo el día recorriendo caminos, pero sus cabellos seguían oliendo a heno.

—¿De verdad vas a ir? —preguntó ella sin levantar la vista del plano.

—Le he dado mi palabra al rey —sentencié.

Constance se levantó muy despacio. Giró sobre sí misma. Me miró fijamente. Habló silabeando:

—Quiero ir contigo.

Vosotros, que me leéis, no daréis crédito. Yo, que conocía a Constance, sí.

—¡Eso sí que no! —bramé.

—¿Vas a dejarme sola con el maula de Mauricio? —rugió.

—A Mauricio sí me lo quería llevar... —apunté.

—¿Te vas a llevar a ese y me vas a abandonar a mí? —disparó.

—Mujer... —quise decir.

—¡Y un rábano! —estalló—. ¡Yo voy!

—Pero...

—Si vas a meterte entre las casas de esa gente —amenazó Constance más que razonó—, alguien tendrá que preocuparse de sacarlos de allí, ¿no? ¿O es que quieres que esos inocentes se asen vivos?

—La guerra es... —iba a decir que «la guerra es la guerra», pero yo mismo me di cuenta de la fragilidad del argumento.

—¡No me vengas con cuentos! —atajó la luz de mis días—. Tú ataca lo que tengas que atacar, y a mí déjame que me encargue de esos miserables.

Reflexioné unos segundos. Después de todo, ¿por qué no? Cuanta menos gente hubiera en el

Arrabal entorpeciendo el paso, más fácil sería tomarlo primero y defenderlo después. Aquellas casuchas del Arrabal no eran la mejor trinchera del mundo, pero buen avío podrían hacer cuando empezara el fuego para protegernos tanto de los que defendían San Quintín como de los refuerzos que pudieran recibir los franceses. Vaciar las casuchas era mejor que degollar a sus inquilinos: más práctico y más rápido, amén de más cristiano. A los jefes les gustaría.

—Tendré que advertírselo a Navarrete... —rezongué—. El maestre de campo.

—¿Y qué? Mejor aún: dile a ese Navarrete —bullía Constance— que en la tropa, en cuanto esté el Arrabal tomado, vamos a ir unas cuantas mujeres para evacuar a los campesinos. Ya me encargo yo de avisar a las otras. Mal caballero serías, Julián —clavó mi bella su agujón—, si no protegieras a los menesterosos.

—Sea. Ven —ordené al modo de quien transmuta su derrota en victoria—. Tú y las que tú reclutes. Pero una cosa te advierto: cuando empiece la jarana, ninguna podréis salir de allí.

Tendréis que aguantar con nosotros, en la posición, hasta que todo termine, sea vivos o sea muertos.

—Cuando me lie contigo —casi rio Constance—, ya sabía qué vida iba a llevar. Si me asustara la guerra, me habría buscado un contable o un mercader de lanas.

No se podía decir mejor.



Alonso de Navarrete, maestre de campo del Tercio de Sicilia.

*De cómo el señor condestable Anne de
Montmorency, cegado por la soberbia, cayó en la
trampa de Manuel Filiberto*

Fue así como se tramó la gran operación de San Quintín, con aquel audaz movimiento de Manuel Filiberto para engañar a los franceses y con la no menos valiosa infiltración de Constance y Mauricio en la propia ciudad. ¿Y qué hacían mientras tanto los franceses?, os preguntaréis. Vender la piel del oso antes de cazarlo.

Veréis. El pecado del español es estar siempre querelloso con el hermano, y el pecado del francés es creer a pies juntillas que no hay en el mundo nadie ya no superior, sino igual al hijo de la Francia. Tengo para mí que es por el clima; allí llueve mucho, la tierra es mayormente llana y los campos siempre están verdes, de manera que se produce todo cuanto hace falta para vivir, comer y folgar, sin las sequedades y asperezas que flagelan a otras naciones, verbigracia la nuestra. Y así el francés cree que esas cualidades no son regalo de la naturaleza, sino mérito propio, y tal convicción la llevan a todas partes, lo mismo a las letras que al campo de batalla. Fue la cosa que, por esta o por otras razones, el señor de Montmorency dio en pensar que tenía la batalla ganada por el mero hecho de ser francés, y así se llevó la mano de sopapos que se llevó. Yo no estaba allí, evidentemente, pero por un oficial que asistía a Montmorency pude saber después cuanto se coció en el campo del francés en vísperas de la batalla. Os lo voy a contar.

El ejército de los franceses se había dividido en dos grupos. Uno, acantonado al sur, en Pierrepont como ha quedado dicho, lo llevaba Montmorency con su sobrino Andelot, y el otro lo dirigía Coligny. Todos estos eran también familia, como los Guisa, porque Andelot y Coligny eran hermanos y Montmorency era tío de ambos, que al parecer así se reparten las jefaturas entre los nobles hijos de la Francia. Fuerza es decir algo de estos nobles señores para que entendáis cabalmente lo que pasó.

De Montmorency ya tenéis noticia, pues él fue quien me hizo preso en Dinant con aquella añagaza que he contado páginas atrás. Se llamaba de nombre de pila Anne, que quiere decir Ana y

es nombre de mujer, porque su madrina en el bautismo fue nada menos que la duquesa Ana de Bretaña, reina consorte de Francia. Montmorency, grueso y entrado en años, que no menos de sesenta contaría cuando lo de San Quintín, era una reliquia de las armas francesas; con decirnos que cayó preso junto a su rey en la batalla de Pavía, en 1525, ya os habré dicho bastante. Nunca fue lo que se dice una inteligencia excepcionalmente aguda, pero era un gran señor lleno de títulos y honores, íntimo de los reyes de Francia y, según dicen, amante tanto de las armas como de las artes. Lucía un escudo de armas muy aparatoso con una gran cruz de gules, o sea roja, sobre fondo oro, o sea amarillo, ornado con pájaros de azur, o sea azules, tantos como victorias se atribuía su Casa, y enroscado en las espadas que flanqueaban su emblema venía el lema «Aplanos», que en griego significa «firme» o «recto». Sé bien esto porque en el camino de Dinant a Fontainebleau, cautivo como me hallé, tuve ante los ojos durante días el maldito escudo que Dios confunda, y tanto lo vi que podría pintarlo con los ojos cerrados. Y eso era el condestable Anne de Montmorency: un blasón andante.

De segundo de Montmorency ejercía en aquella ocasión su sobrino Francisco de Andelot y Coligny, un bravo soldado al que yo conocía porque me medí con él en Escocia, cuando los españoles peleábamos para Inglaterra y los de Francia para los escoceses. Me caía bien, Andelot: un tipo tranquilo y valiente, bienquisto de sus hombres; ese tipo de adversario con el que sangrar te enorgullece. Al bueno de Andelot le había nombrado el rey Enrique coronel general de las Bandas de Francia, que es como allí llaman a las tropas permanentes de la corona. Decían las malas lenguas que en los últimos meses Andelot estaba coqueteando con la herejía protestante, y el tiempo demostraría que las malas lenguas tenían razón.

El tercer mando en el campo francés era Gaspar de Coligny, el hermano mayor de Andelot. Otro buen guerrero, pero con un talante muy distinto: audaz hasta lo temerario, duro e inflexible. Lo sé porque escribió un código militar que todos leímos en su momento y que asombraba por el rigor de sus disposiciones. Coligny era un tigre. Ciertamente para los franceses era muy necesaria tanta mano dura, pues con frecuencia sus huestes ponían más interés en el pillaje que en la victoria. A Coligny le nombraron almirante de Francia y gobernador de la Picardía, y todas esas cosas era el día de la batalla de San Quintín. Y ahora os contaré lo que pasó entre estos tres caballeros según me refirió después el mentado asistente del condestable Montmorency.

—Sobrinos míos, caballeros —principió tan pomposo como paternal el veterano Montmorency—, he aquí que los españoles sitian Guisa y con ello firman su sentencia de muerte. Ese joven e inexperto Saboya se ha metido en una ratonera. Cabeza de Hierro, le llaman. ¡Cabeza de Chorlito, le llamaría yo! —y reía Montmorency como un poseso.

—Muy pronto despacháis la pieza, mi señor tío y condestable —le contestó Coligny—. Si el Saboya de verdad quisiera asediar Guisa, habría acudido a ella desde el principio en vez de trazar esa trayectoria tan extraña que hemos visto. ¿A cuento de qué acudir a Rocroi, pasar de largo, volver a su terreno y reaparecer ahora aquí?

—¡Es evidente! —exclamó Montmorency—: Disuadido por nuestras defensas, busca un lugar más fácil para golpear.

—Con vuestro permiso, lo dudo —insistió Coligny—. Lleva tras de sí un ejército demasiado numeroso como para acobardarse ante Rocroi. Sospecho que trama otra cosa.

—¡Paparruchas! —escupió Montmorency desde lo alto de su edad y su experiencia, que a veces las alturas deforman la correcta visión de las cosas—. Ese Manuel Filiberto es un

jovenzuelo bisoño que solo busca vengarse de Francia. Necesita una victoria fácil para ganar fama ante su nuevo rey, Felipe, y cree que en Guisa la va a encontrar.

—Todos hemos sido bisoños alguna vez —murmuró Andelot—, y la sangre y la pólvora nos hacen dejar de serlo muy rápidamente.

—¿Dais la razón a vuestro hermano Gaspar, Andelot? —gruñó Montmorency.

—Ni doy ni quito —repuso Andelot—. Lo que digo es que hay tantas razones para atacar a los españoles en Guisa como para desconfiar de sus intenciones.

—No moveré mis tropas de aquí —proclamó muy firme el veterano condestable— ni dispersaré mi fuerza. Tres días lleva ya ante Guisa el español. Nadie gasta tres días en un simple amago.

—Salvo que intente hacernos creer precisamente eso —masculló Coligny—: Que no es un amago.

—Mi señor sobrino y almirante —se puso Montmorency muy tieso—, creáis incertidumbre, pero no me dais respuestas. Pongamos que el Cabeza de Chorlito está tendiéndonos una trampa. Y bien: ¿Qué deberíamos hacer entonces? ¿Atacarle ahora? ¿Aguardar a ver sus próximos movimientos? ¿Enviarle una embajada? —zanjó con la irritación de un anciano exasperado.

—No lo sé, tío —descendió Coligny al trato más familiar, por suavizar aristas—. Lo que sé es que, si el Saboya cruzara de repente hacia la cuenca del Somme, estaría a un paso de París.

—Lo que no entiendo —contemporizó Andelot— es qué hace el duque de Guisa en Italia. Con una tercera parte de sus fuerzas ya habríamos machacado al Saboya.

Enojoso asunto, aquel: la rivalidad entre los Guisa y los Coligny, clan este último al que también Montmorency pertenecía, era la comidilla de toda la corte de Francia. Que ahora estuvieran los unos en Italia y los otros en la frontera de Flandes abría una rivalidad añadida: quien perdiera ante los españoles, vería disminuir su influencia política a ojos vistas.

—Sobrinos míos —recuperó Montmorency la serenidad, que no la inteligencia—, llevo cuarenta y cinco años en los campos de batalla e innumerables veces he combatido a los españoles. Creo que estáis concediendo a Manuel Filiberto unas habilidades que no tiene. En mi larga vida he visto a muchos como él: generales con más rabia que talento y con más lecturas que armas, con demasiada prisa por ceñir el laurel y, a la postre, emisarios de la ruina para sus banderas. No moveré a mis tropas por ese petimetre.

—Con todos los respetos, mi señor condestable —repuso Coligny muy serio: ya ha quedado dicho que era un tigre—: Nada se pierde por ser precavido. Así que, si me lo permitís, cogeré unas cuantas compañías y me moveré hacia Ham, para cubrir el camino a París.

—Sois almirante de Francia —contestó Montmorency definitivamente harto de su sobrino—: Haced lo que os plazca. Pero mirad de no debilitar nuestra posición aquí, que es donde realmente está el español.

Así acabó aquella conferencia entre los tres jefes franceses. El venerable Anne de Montmorency, cegado por su petulancia y su veteranía, permaneció en su acantonamiento de Pierrepont, y con él se quedaron Andelot y la inmensa mayoría del ejército francés. El tigre Coligny, mientras tanto, marchaba hacia Ham, al otro lado del Somme, con unos pocos miles de hombres. Eso en el mismo momento en que Manuel Filiberto de Saboya daba a su caballería la orden de cabalgar hacia San Quintín.



Catalina de Medici, reina de Francia.

De cómo la vanguardia de Julián Romero tomó el Arrabal de San Quintín

El 11 de agosto de 1557 se puso en marcha la caballería española rumbo a San Quintín. A esas mismas horas, que sería media mañana, platicaba yo con Navarrete sobre a quién llevarme para la operación que desde semanas atrás tenía entre ceja y ceja: tomar el Arrabal y cerrar por esa puerta la entrada de la ciudad. Porque esta no era faena que pudiera obrarse con cualquiera. Necesitaba gente templada y seria, fría lo mismo para sajar en seco un cuello que para callar suavemente la boca de una doncella, hecha a trabajos de este corte, con mucha noche y mucha hambre, y capaz de moverse por cuenta propia si fallaba la voz de mando, o sea, si caía yo.

Cabeza de Hierro había dado su aprobación al plan, pero con sus propias condiciones. Primera, que el mando fuera español, porque nosotros estábamos más hechos a este tipo de operaciones. Segunda, que lleváramos por lo menos quinientos hombres, que a mí me parecían demasiada tropa para un golpe de sorpresa, pero aquí Filiberto fue inflexible porque —decía— no se trataba solo de tornar el bastión, sino de mantenerlo después. Tercera, que una vez tomado el bastión aguantáramos allí hasta el último hombre, pasara lo que pasara, porque necesitaba ese punto cubierto para cuando llegaran los franceses, que sin duda llegarían. Así se haría. Solo me faltaba la tropa.

Los quinientos hombres que Manuel Filiberto pedía salieron del Tercio de Sicilia, o sea el de Navarrete, y de mi propia compañía. Yo puse dos centenares de ingleses y españoles que me parecían de fiar. El maestre Navarrete sacó de su tercio al resto, sobre todo españoles, que no hay nación más diestra en el uso del arcabuz. Y detrás, como Constance había amenazado, una docena de mujeres más fieras que el más avezado lansquenete.

Paseé entre los españoles del Tercio de Sicilia. Trasegué algunas cervezas con los pocos ingleses que habían llegado de avanzadilla con Pembroke, de los que conocía yo a los más veteranos. No creáis que nuestros soldados sabían que iban a librar algo llamado «batalla de San Quintín». La inmensa mayoría de nosotros acudía a pelear porque el rey lo mandaba, y punto. Se llega al sitio de la fiesta, se carga, se gana o se pierde, y eso es todo. Solo después llegan los

cronistas y ponen nombre a las batallas. Sé de veteranos que, cuando te topas con ellos y les cuentas en qué batallas han servido, te miran incrédulos, como si les estuvieras hablando de Libros de Caballerías. Y eso que entre nosotros, españoles, los oficiales mirábamos de explicar a la tropa la importancia de los envites, así que imaginaos a los otros, alemanes o valones, que van a la pelea con el mismo ánimo que si fueran a asaltar el mercado de su pueblo. Entre los oficiales es otra cosa, claro está; aunque solo sea por oír hablar a los generales, alguna idea tenemos de lo que se juega. Y así era en San Quintín, porque no hacían falta muchas luces para entender que ese puñetero pueblo, con más fortificaciones que mujeres, era la llave del camino de París.

—Haz que esas gallinas se callen —le gruñí a Constance, porque las voluntarias de la compañía parloteaban como si fueran de fiesta.

—Están nerviosas —las disculpó ella.

—Pues aquí no quiero nervio ninguno —volví a gruñir—, que tenemos que acercarnos silenciosos como fantasmas.

Era la madrugada del 2 de agosto de 1557. Cielo despejado y luna en cuarto creciente: lo justo para moverse en medio de la oscuridad sin exponerse demasiado a ojos enemigos. La hueste, que a mí seguía pareciéndome demasiado numerosa, se había puesto en marcha antes de caer la noche. Desde las Fuentes del Somme, que brotan anárquicas y como perezosas en mil afloramientos, caminamos rumbo sur, paralelos al río, por el camino que llaman Fosa de los Perros, una trinchera natural cuyos taludes nos protegían de la vista de la ciudad. La Fosa termina en un paraje de marismas y molinos que llaman Homblieres. A medida que avanzábamos, las voces se iban callando y las almas entraban en vigilia, pues el hombre, como el animal, huele el peligro y la guerra, y los rostros que antes reían, ahora se crispaban sombríos, y las gargantas que hace solo un momento hablaban, ahora callaban yermas como desfiladero de secarral.

Nos acercamos en absoluto silencio a la entrada del Arrabal. Era maravilla ver a tantos hombres, con su impedimenta, moverse como sombras en la noche sin el menor ruido. Desprovistos de metal para evitar tintineos, cubiertos solo con corazas de cuero, embetunadas las armas para acallar su brillo... Caminamos agazapados un buen trecho, sombras entre las sombras. Pronto se dibujó en la noche la silueta del Arrabal, sus casuchas, sus árboles, y enseguida la muralla de San Quintín con sus fuertes torres. Si nunca habéis sentido miedo antes de entrar en combate, es que sois unos necios. Si nunca habéis conseguido dominar ese miedo y convertirlo en fuerza, es que sois unos cobardes.

La información que Constance me había dado era exacta: unos pocos guardias en el camino del Arrabal hasta la ciudad, sobre el puente, y otros más junto al bastión. No habían encendido fuego alguno, ni tampoco linterna ni ninguna otra fuente de luz. Solo el resplandor tímido de la luna sobre el metal de los cañones, de las corazas, de los cascos... Tampoco brillaban luces más arriba, en la muralla que se erguía colosal sobre el puente. No estaban desprevenidos, los franceses. No podían estarlo. La maniobra de nuestro general al fingir marchar sobre el sur para de inmediato dirigirse a San Quintín había desconcertado al grueso del ejército francés, pero no podía haber pasado desapercibida para esa Compañía del Delfín que guardaba la ciudad. Alguien tenía que haberles avisado. ¿Acaso no contaban con espías, con observadores, con exploradores? Y sin embargo, todo allí parecía enteramente quieto y dormido. Quizá demasiado quieto.

—¿Y si es una trampa? —me susurró Navarrete.

—Si es una trampa, caeremos en ella —fue lo único que se me ocurrió decirle.

A mi lado venía Mauricio. Sí, el timorato Mauricio. No había sido fácil convencerle. De entrada, no quería venir. Pero en el campamento no se podía quedar, así que la alternativa era formar con Constance y las otras mujeres en su misión en las casuchas del Arrabal.

—Ven con nosotras si quieres —le había espetado Constance con su habitual talante—, pero asegúrate de soltar antes el vientre, no vaya a ser que nos delates.

Aquello era demasiado incluso para el patán de Mauricio, de manera que finalmente se pegó a mí y así, pegado, le tuve toda la noche. ¿Y para qué sirve un cobarde en filas?, os preguntaréis. Y yo os contestaré que un cobarde siempre es de mucha utilidad, porque el cobarde tiene una percepción muy acentuada del peligro, y con frecuencia ve cosas que al hombre arrojado se le escapan. Así fue como Mauricio, en ese coloquio que teníamos Navarrete y yo, terció diciendo:

—Mi señor capitán, es la primera vez que me encuentro con una guardia que no desea ser vista.

Y era verdad, voto a tal. La guardia del bastión de San Quintín actuaba como si quisiera pasar desapercibida. Esa ausencia de luces, esa ausencia de ruidos, esa ausencia de todo... Estaban ahí, de eso no podía haber duda. Pero no se comportaban como defensores, sino como atacantes al acecho. De donde yo colegí que nos estaban esperando.

—Mauricio tiene razón, mi señor maestro —le dije a Navarrete—. Se agazapan como esperando a descubrirnos.

—¿Y qué hacemos? —me inquirió el maestro con la indiferencia de quien ya había jugado los últimos dados.

—Quieren sorprendernos —razoné—. Así que nosotros les sorprenderemos a ellos.

—¿Qué os proponéis, Julián?

—Lo mismo que hice una vez en Flandes, señor maestro. Dejadme escoger diez hombres y esperad a mi señal. Cuando oigáis que grito «¡Santiago!», avanzad con todas las compañías y que los arcabuces disparen a todo lo que se mueva. Si Santiago nos ayuda, cuando crucéis el Arrabal los cañones serán nuestros.

Navarrete asintió en silencio. No era la primera vez que cosechaba esas olivas. Mauricio me miró aterrado: temía que lo llevara conmigo. Pero no, para este menester Mauricio me sobraba. Al que necesitaba era a Francisco Díaz, un zamorano de Toro, ya veterano, que era el tipo más templado que me he echado nunca a los ojos. Francisco peinaba canas y se había dejado varios dientes en distintos campos de batalla, así que cuando decía su nombre pronunciaba «fanfisco». Pero era capaz de aguantar a pie firme una andana de arcabuces enemigos sin pestañear. Francisco Díaz, pues. Y con él, otros ocho de mi confianza... y que supieran nadar. No les hizo ninguna gracia tal selección a los ingleses que venían conmigo, que todos querían lanzarse al asalto para ser «mejores que los españoles». Pero yo a estos ingleses los conocía muy bien y, precisamente porque los conocía, los mantuve al margen, que el inglés teme más al agua que a su mujer, y de la una y de la otra quiere siempre escapar abandonándose al aguardiente.

—Vamos a meternos ahí, por entre las aguas —les cuchicheé señalando el pantano que lamía los muros de la ciudad—, y vamos a salir donde los franceses tienen el bastión. No quiero ni una voz. Solo acuchillar. Nos están esperando, así que no será fácil, pero lo que no esperan es que les ganemos la espalda. En cuanto oigáis que grito «Santiago», os ponéis a cubierto, porque los nuestros van a disparar. Y si yo caigo, que el grito lo dé Francisco Díaz.

—«Fi» —acató la orden el zamorano.

—¡Andando!

Despacio, silenciosos como culebras, nos sumergimos en la gran laguna. El suelo era blando de limo y el agua negra de suciedad. Sin un ruido nos deslizamos bajo el puente que enlaza el Arrabal con la villa. De vez en cuando miraba yo a la muralla, no fueran a descubrirnos, y otras veces, hasta donde me llegaba la vista, al bastión, por ver si había movimiento, pero todo permanecía tan quieto como si la batalla se hubiera librado ya y allí no quedara más que carne muerta. Al fin toqué uno de los gruesos postes que sostenían el puente. Me quedé muy quieto. Los míos iban llegando también, uno detrás de otro, en completo silencio. Permanecí así unos segundos, ganando resuello y estudiando el paisaje.

Estábamos al otro lado del bastión, a espaldas de los guardias. Las aguas llegaban muy altas, como a dos codos del puente. Este apenas tenía pretil. No sería difícil trepar por los postes y saltar sobre el puente. Lo que nos faltaba era saber dónde estaban los franceses. Constance me había hablado de unos barracones junto al bastión. En la noche podía distinguir, sí, las siluetas de dos construcciones y también un par de sombras compactas que sin duda serían el bastión del demonio. Sabía que allí había cañones. Por tanto, los soldados no podían estar muy lejos. ¿Pero dónde? ¿En los barracones? ¿Diseminados a lo largo del Arrabal? Eran muy pocos los de la guardia, me había dicho Constance. Si eran muy pocos, lo más probable sería que estuvieran todos juntos, o en dos grupos como mucho, uno delante y otro detrás para cubrir al primero. Así, al menos, lo habría hecho yo.

Aposté. Nos dividiríamos en dos grupos, uno con Francisco Díaz y otro conmigo, y cada uno entraría en un barracón acuchillando a conciencia cuanto le saliera al paso. Por señas se lo indiqué a mis compañeros, todavía bajo el agua. Sería el momento de gritar «Santiago» —pensé yo para mis adentros—, porque fijo que desde la muralla descubrirían la maniobra.

Llegó la hora. Trepamos por los postes y saltamos al puente. Todo pasó en unos instantes. Como furias mudas cubrimos los pocos pasos que nos separaban de los barracones y penetramos en ellos, cada grupo en el suyo. Estaban despiertos, sí, los franceses. Despiertos y esperando. Lo que no esperaban era que el invitado entrara en su casa por la puerta de atrás. Fue una degollina sin miramientos. Ni siquiera me tomé el tiempo de contar los muertos. Cada cual hizo su faena. De noche como era, no pude ver qué hacían mis compañeros. Solo puedo contar lo que hice yo. En el barracón donde entré había cuatro franceses; de la Compañía del Delfín, con su pececito en el pecho. Era uno viejo y tres muy jóvenes. Sentados, adormilados en torno al fuego, que era la única iluminación de aquel antro. Me fui a por el viejo y lo descabellé de un tajo. Detrás de mí había entrado en el barracón otro que venía conmigo y que llaman Guzmán. Este se fue a por dos de los jóvenes mientras yo ensartaba al tercero. Los franceses ni se enteraron de lo que estaba pasando. Cuando vi que allí ya no se movía nadie, asomé la cabeza y grité «¡Santiago!». Y luego, a Francisco Díaz, que estaba sacando a su vez la cabeza por la puerta de su barracón: «¡A los cañones!». Y entonces se abrió la boca del infierno.

El silencio de la noche se transmutó en un estrépito atronador. Una andanada de arcabuces salió de las filas de Navarrete y sus balas se estrellaron contra los muros de San Quintín. Dio el maestre la orden y de inmediato los infantes se abalanzaron a la carrera sobre el Arrabal gritando «¡Santiago!», «¡A muerte!», «¡España!» y otras cosas en lengua española y de otras naciones, cosas algunas de las cuales no puedo escribir aquí por pudor. Detrás venían las mujeres, capitaneadas por la simpar Constance, entrando en las casuchas del Arrabal y sacando a viva

fuerza y vivo alarido a los campesinos que allí quedaban. Mientras, los míos y yo ultimábamos a todo francés que pillábamos entero, cambiábamos la dirección de los cañones para ponerlos apuntando a la muralla de la ciudad y nos parapetábamos en los muretes de tierra del bastión enemigo. Nueva carga de nuestros arcabuces, ahora desde más cerca. Ya veíamos a la vanguardia de los nuestros ganar a la carrera, casa a casa, el camino del Arrabal. Con estupor descubrí que mis ingleses iban los primeros, corriendo como gamos y voceando mi nombre, «¡Romero!», «¡Romero!», como grito de guerra. Querían estar con su capitán. Y de repente el cielo se cubrió de fuego.

Eran saetas. Saetas incendiarias. Salían por decenas, por cientos, de las aspilleras de los muros de San Quintín, acompañadas por sucesivas descargas de plomo de mosquete. La muralla había empezado a hablar. Las flechas cruzaban el aire con su carga de fuego e iban a clavarse en la techumbre de paja de las casuchas del Arrabal. Era como había previsto Constance: todo empezó a arder como una gigantesca hoguera. Y eso justo en el momento en que los ingleses de mi compañía, «¡Romero, Romero!», corriendo a pecho descubierto por medio del camino, llegaban hasta el bastión. Urgí a los míos a apremiarse con los cañones: de las ocho piezas del bastión, seis las teníamos ya en nuestras manos. Era preciso disparar sobre los muros, por ver de apocar un tanto a los defensores de San Quintín. Pero ya era demasiado tarde.

Cuando mis ingleses llegaron a mi posición, y antes de poder acogerse a nuestros parapetos, una lluvia de flechas se desplomó sobre ellos. Cayeron como chinches. Los hubo que murieron en el acto atravesados por aquellas lanzas de fuego. A uno que cayó a mi lado se le había clavado una flecha en un ojo, y de la cuenca reventada salía un hilillo de humo entre chispas. Otros ingleses se incendiaron literalmente al recibir el impacto de los proyectiles, y era asombroso ver cómo aquellos artefactos se inflamaban con semejante precisión y de forma tan certera. Aun otros cayeron bajo el fuego de mosquete que las murallas escupían, y así, al poco, había casi un centenar de ingleses muertos en el suelo, chamuscados la mayoría. Que por esto no quería llevarme yo ingleses para la toma de los barracones: porque se les nubla la mente en cuanto la sangre se les sube a la cabeza.

Más metódicos, prudentes e implacables, los españoles de Navarrete ya estaban tomando posiciones en los alrededores y se desplegaban eficazmente cubiertos por nuestros arcabuces. En su parte del bastión, Francisco Díaz había conseguido hacer hablar a un par de cañones de los que tomamos, y sus gruesos bolardos, junto con las balas de arcabuz que los nuestros no dejaban de regalar a los franceses, menguaron la locuacidad de las murallas. Yo seguía asombrado por la industria incendiaria del enemigo, que en un momento había convertido en puro fuego todo el Arrabal. Uno de los míos me pasó una de aquellas flechas que había quedado sin prender. La examiné atentamente: la saeta portaba en su cabeza una bolsita de papel llena de azufre molido y pólvora, todo atado con cabos cortos de cuerda de arcabuz. Estaba claro: aquella gente encendía las cuerdas de arcabuz y lanzaba la flecha; por el camino, la cuerda prendía la bolsa con su mezcla, y la saeta se clavaba como polvo de fuego inflamando cuanto tocara. Yo nunca había visto nada igual.

Miré hacia atrás. La mayor parte del Arrabal ardía como Troya. Pero los nuestros habían ocupado la posición, veía a la gente de Navarrete y a la de otro capitán llamado Carondelet bien parapetada en barricadas de fortuna, los arcabuceros estaban alineados con orden y seguían abriendo fuego de cobertura contra la muralla de San Quintín, mientras los cañones del bastión,

que ahora era mi bastión, vomitaban sus lisonjas sobre la Compañía del Delfín. Francisco Díaz, que ya he dicho que era templado como el mejor acero, aprovechaba los escasos momentos de silencio para recoger los cadáveres de mis ingleses y ponerlos en un montón.

—Es para hacer un parapeto —me dijo con su lengua sin dientes—. Y así luego será más fácil quemarlos, no vaya a ser que la carne podrida nos traiga la peste.

De paso, Francisco iba añadiendo los cuerpos sin vida de los franceses que guardaban el bastión, una docena de muertos conté, y que ahora se hermanarían con los ingleses en la inexorable hermandad de las cenizas.

—Que venga antes el capellán —le dije— para echarles una bendición.

El de Toro asintió, escueto. Y ya solo me quedaba saber una cosa: dónde estaba Constance.

Dejé a Díaz al mando del bastión, con instrucciones precisas de disparar a cada poco sobre los muros, y marché hacia retaguardia. Todo el Arrabal, a los lados del camino, permanecía en llamas. Era como atravesar el pasillo del infierno. Pero ya estaban los hombres sofocando el fuego con agua de la misma laguna, cubo a cubo, y con paladas de tierra. En pocas horas toda esa destrucción nos serviría para protegernos. Me llegué hasta donde estaba Navarrete y le di novedades: bastión tomado, cañones tomados y apuntando a las murallas, una docena de franceses muertos, ninguna baja en el grupo de vanguardia, pero casi un centenar entre los ingleses que corrieron al bastión. Navarrete asintió en silencio. Se estaba vendando en vinagre, circunspecto, una mano que se le había quemado en medio de la tormenta de fuego.

—Tiran flechas con bolsas de azufre y pólvora, prendidas con mecha de arcabuz —le informé.

—Ya —contestó él sin más requerimientos. Y luego añadió—: Aquí, ya lo veis: todo en orden. El Arrabal es nuestro. Ahora hay que conservarlo. Quiero que me traigáis cuatro de esos cañones que tenéis allá adelante. Vamos a poner cuatro contra los muros, para no dejar de castigarles, y otros cuatro aquí, en la entrada, para cuando vengan los franceses a socorrer la ciudad.

—Lo que mandéis —le contesté—. ¿Y los nuestros?

Navarrete miró al cielo. Clareaba. Su boca se contrajo en algo parecido a una sonrisa. Apuntó un dedo al cielo y cerró los ojos, como intentando escuchar.

—¿Lo podéis oír?

Lo oía, sí. Era el inconfundible rumor, que enseguida se hizo fragor, de un ejército en marcha. Manuel Filiberto de Saboya desplegaba su fuerza en torno a San Quintín. Todo según lo previsto.

—Querréis saber dónde están las mujeres —me apuntó Navarrete adivinando mis pensamientos—. Id un poco más allá, a la entrada del Arrabal. Están terminando de evacuar a esa chusma. Y decid a vuestra... mujer que se apresure y venga aquí cuanto antes con todas las demás, que tengo trabajo para ellas. Hay un par de casas que han quedado habitables. Pondremos ahí un hospital y el depósito de víveres. Esto no ha hecho más que empezar.

Corrí hacia donde me había indicado Navarrete, a la entrada del Arrabal, ya cruzado el Somme. Allí estaba, sí. Constance, con sus compañeras, poniendo en marcha a la columna de los expoliados. Pude ver al rebaño de esos corderos que acababan de escapar del matadero: niños sucios como carboneros, mujeres desgreñadas que parecían salidas de sus tumbas, viejos de rostro entumecido y mirada vegetal... Apenas había hombres jóvenes. Nada raro: casi todos habrían huido para escapar a la leva, según ese raro raciocinio del campesino que le dicta que es mejor morir de hambre o ahorcado que echar las tripas en el campo de batalla. Temblaban; aquellas mujeres, niños y viejos temblaban con el miedo esculpido a puñetazos en sus caras de

tierra.

Asombrosamente, y a pesar de que la guarnición de San Quintín esperaba el asalto, nadie había avisado a aquella gente de lo que se les venía encima. La mayoría estaba en sus chabolas, durmiendo entre chinches y piojos, cuando empezó la fiesta. De no haber sido por Constance, todos esos pobres diablos habrían ardidido con sus cabañas. Me detuve para observar a mi compañera: ¡Qué buen sargento haría! Solo le faltaba la alabarda. Allí estaba ella, negra de hollín, pero ordenándose el pelo y recomponiéndose las vestiduras, para no perder la figura; poniendo en fila a los desdichados, repartiendo ora voces, ora sonrisas, pendiente hasta del último detalle para asegurarse de poner a salvo a aquella gente. Me acerqué. Me vio. Echó a correr hacia mí. Se me colgó del cuello y me abrazó. Me estampó dos besos y rompió a abroncarme, quizá para disimular que lloraba:

—¡Como un cencerro. Romero! ¡Estás como un cencerro! Y eso lo decía la misma mujer que se había metido en medio del fuego para sacar de sus chabolas a una cuadrilla de campesinos que a nadie le habían importado un bledo. A nadie salvo a ella. Entonces apareció Mauricio. Venía empapado de agua.

—¿Te caíste a la laguna? —pregunté yo.

—Se tiró para no chamuscarse —le delató Constance. Mauricio bajó la cabeza. Hizo ademán de alisarse la ropa y peinarse los cabellos. Carraspeó y dijo muy serio:

—Ya os decía yo que era muy raro eso de que la guardia no quisiera ser vista.

Pensé en darle un puntapié. Luego pensé en soltar una carcajada. Al final no hice nada. Besé a Constance, le transmití las órdenes de Navarrete, cogí a Mauricio por el cuello de la camisa, aún chorreando, y lo llevé conmigo. Había mucho trabajo que hacer.

De cómo el ejército de Felipe II puso sitio a San Quintín, y con qué criterio Manuel Filiberto distribuyó a sus tropas

La defensa del Arrabal quedó montada en un santiamén. Ante el Somme, en la entrada del puente que llaman de la Isla, una cuerda de arcabuceros excavó una trinchera y se apostó para abrir fuego en cuanto un francés se acercara. Al otro lado del puente, dos cañones de alcance corto respaldaban a los arcabuceros. Otros del Tercio de Sicilia montaron además sendas líneas de fuego a cada lado, sobre la tierra de la Isla. En lo que un día fueron casas del Arrabal y ahora no era sino escombros y leña, dispuso Navarrete una línea fortificada y parapetos con otras dos piezas de artillería de mayor alcance. Estas las colocamos de tal manera que podían girar con facilidad, y así lo mismo servían para castigar la muralla de San Quintín que para golpear a los franceses si se acercaban por el otro lado del Somme. Donde acababa la lengua de tierra y emergía la laguna, a la sombra del viejo bastión enemigo, quedaron destacados varios hombres con la única misión de bombardear la muralla con los dos cañones restantes y con fuego de mosquete. Por supuesto, mandé cortar los oxidados brazos de hierro del puente levadizo que abría la puerta de la villa, y que así se convirtió en puente fijo. En medio del Arrabal, sobre la lengua de tierra, allá donde algún milagro había dejado en pie un par de pabellones, se instalaron Constance y las demás mujeres, y también los criados, como Mauricio, para atender a los heridos y almacenar los víveres, pues, según pintaba el lance, de los primeros iba a haber muchos y de los segundos no podía haber pocos.

Cuando todo estuvo concluido, Navarrete me mandó llamar: Cabeza de Hierro había convocado asamblea de capitanes en su tienda. Que el de Saboya había desplegado a su ejército lo sabíamos, primero, porque al amanecer pudimos escuchar el sonido inconfundible de nuestros tambores, y segundo, porque al poco rato había venido un mensajero a darnos la nueva. Aún no habíamos terminado nosotros de montar la defensa del Arrabal cuando vimos, al otro lado del Somme, a un escuadrón de nuestra Caballería recorriendo el perímetro de la ciudad, tomando la

medida a un asedio que podía hacerse muy largo.

Para que os hagáis una idea del cuadro, os resumiré cómo estaban en aquel momento las posiciones. San Quintín había quedado rodeada por todas partes. En la puerta sur, que era nuestra posición del Arrabal, el bastión francés había caído y todo el trecho entre el Somme y la ciudad, que era la Isla con su laguna, estaba en manos españolas. En el norte y el oeste había desplegado Saboya a nuestras tropas, tomando como apoyo de sus flancos el propio cauce del río. En el este y el sureste, todo el suelo entre la ciudad y el Somme estaba igualmente bajo control de nuestras banderas a esta parte del río, en el puente que llaman de Rouvroy pues en la otra parte era donde se esperaba que llegara la gente de Montmorency.

Manuel Filiberto de Saboya había instalado su puesto de mando en el lado norte, en una gran carpa entre alabarderos y blasones y banderas y armerías. Desde allí, sobre una pequeña elevación del terreno, tenía a la vista todo el campo y podría dar órdenes con ventaja si llegaba el francés. Junto al Cabeza de Hierro estaban los demás: Mansfeld, Egmont, Brunswick y todos los que ya conocéis. Nos saludó calurosamente a Navarrete y a mí apenas nos vio entrar.

—Enhorabuena, señores, por la toma del Arrabal. Limpio y rápido como un golpe de estoque.

—Gracias, mi señor —se inclinó Navarrete.

—Ahora hace falta guardar la pieza —añadió Cabeza de Hierro—: Es vital que por ahí no pase nadie. La Isla tiene que convertirse en un muro para los franceses. Solo así podré forzar a Montmorency a buscar un vado por el este, en los otros puentes del río. El viejo condestable —se explayó Manuel Filiberto— no quería esta campaña. Marcha a regañadientes y por puro sentido del honor. Además, sé que me desprecia: me considera un muchacho inexperto, y tampoco tiene buena opinión de nuestro ejército, con tantas naciones mezcladas. Vamos a demostrarle que se equivoca.

Realmente aquel hombre parecía haber pensado todos los detalles de la batalla desde mucho tiempo atrás.

—Me ofrezco voluntario, mi señor general —hablé—, para sostener el puesto. Cerraremos el Arrabal venga quien venga.

—Te advierto de que no puedo darte más hombres. Romero —me miró ceñudo Manuel Filiberto—. Los necesito a todos en el asedio y para prevenir la llegada del enemigo, que seguro vendrá.

—No hacen falta más hombres, mi señor —le dije—. Solo más pólvora para defender la posición y más balas de cañón para seguir castigando la muralla. Y víveres para...

—Los tendrás —atajó el de Saboya—. ¿Algo más?

A mí había algo que me venía rondando en la cabeza desde hacía rato, así que resolví dejar a un lado la prudencia y planteé el asunto con claridad.

—Con permiso, mi señor. El maestre de campo Navarrete y yo hemos recorrido todo nuestro campo hasta llegar aquí. ¿No hay menos hombres de los que debería haber? ¿No falta caballería?

Cabeza de Hierro me miró fijo. Echaba fuego por los ojos. Yo le sostuve la mirada, que no hay nada peor en la vida que amilanarse ante el poderoso. Devolvió el jefe la vista al mapa y se limitó a musitar:

—Hay suficientes.

Yo me quedé sin respuesta, porque os juro que el ejército que vi en Bruselas y después en Guisa era más grande que el que ahora tenía ante mis ojos, pero, después de todo, el jefe era él, de

manera que poco más podría sacar en limpio de aquel misterio.

—Aguantaremos en el Arrabal hasta el último hombre —dije para cerrar el asunto.

—Eso es lo que quería oír —asintió Manuel Filiberto—. El plan de batalla, señores, es el siguiente. La caballería recorrerá el perímetro de San Quintín en previsión de ataques enemigos. La artillería bombardeará sin cesar los muros de la ciudad hasta que logremos abrir grietas en la piedra. Los gastadores de Pemelberch y Van Hol comenzarán de inmediato la tarea de excavar minas bajo los muros. Habrá mucha faena, porque esta tierra es muy húmeda y pantanosa, de manera que será menester achicar agua todo el tiempo. La infantería, mientras tanto, hará trincheras y parapetos y se preparará para el asalto. San Quintín tiene que caer.

Volví yo al bastión del Arrabal dejando a Navarrete en el campamento de Manuel Filiberto. No se me iba de la cabeza la mengua de efectivos que había visto en nuestras filas. Faltaba caballería, sí. Cavilé que tal vez esos escuadrones habrían vuelto a Cambrai para reforzar al ejército de reserva de Felipe II, que había plantado allí su campamento. Si así fuera, tal vez el rey estuviera tramando una nueva maniobra. En todo caso, yo tenía problemas más urgentes de los que ocuparme.

—¿Qué hace aquí esa chiquilla? —bramé en cuanto llegué al Arrabal.

Era cosa de Constance, por supuesto. En los pabellones habilitados para hospital e intendencia, donde estaban las mujeres, había aparecido de pronto una chiquilla que no llegaría a los diez años, rubia y sucia y medio llorosa, aferrada a las faldas de mi dueña.

—Estaba sola y no tenía con quién marchar —respondió Constance.

—¡Y tú, naturalmente, has decidido quedártela! —acusé malhumorado, porque Constance tenía la funesta costumbre de tomar bajo su protección a cualquier persona o animal que viera desamparado.

—Nos será de mucha ayuda para atender a los heridos y cocinar los víveres —mintió mi mujer con toda la boca.

—Será cosa tuya si muere o, aún peor, si le vuela un brazo —mascullé.

—Nosotras la cuidaremos —se limitó a contestar mi pelirroja mientras el resto de las mujeres le hacía coro.

Ya estaban rugiendo los cañones y cantando los mosquetes contra los muros de San Quintín. Manuel Filiberto había ordenado concentrar el fuego de la artillería en puntos concretos de la muralla, para demoler la piedra y abrir brecha. El asedio había comenzado y se anunciaba quizá no largo, pero sí severo. Sobre todo, era menester tomar previsión de la llegada de Montmorency. Estaba cantado que el primer lugar por donde intentarían entrar los refuerzos de los franceses sería precisamente nuestra posición del Arrabal, que daba al camino de Gauchy. No podíamos flaquear. En los caminos que se perdían hacia el sur y hacia el oeste surgían, desperdigados, varios molinos y granjas. Ordené ocuparlos para fijar allí puestos avanzados. La senda que venía hasta el Arrabal parecía hecha por Dios para excitar el ingenio de un soldado: montículos y terraplenes, hondonadas y estrecheces, lugares todos ellos idóneos para colocar trincheras y empalizadas, parapetos y mangas de arcabuces, y así guiar al visitante hacia el punto donde más cierta es la muerte. Cuando llegara el viejo condestable, encontraría una bienvenida de fuego. Mentiría si no os confesara que albergaba la esperanza de hacer preso a Montmorency. Sería mi venganza por la afrenta de Dinant.



Anne de Montmorency.

*De cómo el almirante Coligny recibió mensaje de
San Quintín, y lo que enseguida hizo*

Después de su conferencia con Montmorency y Andelot, el almirante Gaspar de Coligny había alineado a cerca de 4.000 hombres, que es todo lo que se pudo llevar, y había marchado hacia el norte de la Picardía, porque Coligny, que veía más claro que el viejo Montmorency, barruntaba que Manuel Filiberto tramaba alguna maniobra.

—Mi querido Francisco —le había dicho muy serio a su hermano Andelot en el momento de partir— temo que nuestro tío está completamente ofuscado.

—¿Quieres decir que ya no le rige la cabeza, Gaspar?

—Quiero decir que está equivocado. No debería menospreciar a Manuel Filiberto.

—Es verdad que es muy joven —contemporizó Andelot.

—Tiene veintinueve años. A su edad —apuntó Gaspar con el dedo a su hermano— tú eras inspector general de la infantería y yo ya era coronel general de las Bandas. A veces los viejos pierden la perspectiva...

—Montmorency es un general experto —dudó Francisco.

—Pero no ve con claridad lo que hace el enemigo. Y eso significa —volvió a esgrimir Gaspar su peligroso dedo— que tendrás que pensar tú por él.

—¡Difícil tarea! —bufó Andelot—. Nuestro tío el condestable no es hombre que acepte fácilmente las opiniones ajenas.

—¡Vas a tener que emplearte a fondo! —casi rio Gaspar, que tenía fama de no reír nunca—. Cuando empiece el combate, deberás tomar decisiones por él.

Con aquellas palabras desapareció el almirante Gaspar de Coligny del campamento de Pierrepont, y tal vez rondaban aún en su cabeza cuando, al caer la tarde del día 2 de agosto, un mensajero alcanzó a la vanguardia de la fuerza que Coligny mandaba. Fue llevado el mensajero en presencia del almirante, y a este debieron de arderle las entrañas cuando escuchó la noticia:

—Los españoles han sitiado San Quintín —jadeaba el mensajero—. Un gran ejército con las banderas de Manuel Filiberto de Saboya.

La bandera de los Saboya, por si no os lo he dicho, lucía una cruz blanca sobre fondo rojo, y en nuestros ejércitos marchaban junto con la enseña de nuestro rey, que era la cruz de San Andrés en rojo sobre fondo blanco. Fácil de ver y difícil de vencer. Coligny, frío, reaccionó con prontitud:

—Vamos al camino de Ham —ordenó—. Hay que socorrer San Quintín.

—Está cayendo la noche, mi señor —le dijo uno de sus oficiales.

—Tanto mejor —contestó gélido el almirante—. Así los españoles no nos verán.

Toda la noche, en efecto, anduvieron los cuatro millares de infantes de Coligny. En lo que se equivocaba Gaspar era en eso de que no les veríamos. Porque les vimos, sí. Después de varias horas de marcha en la noche, apretando el paso y con más prisa que cabeza, la fuerza de socorro francesa llegó descompuesta y cada cual por su vereda. La idea del almirante era entrar en San Quintín por el oeste, o sea por la propia Puerta de Ham, que en las murallas de la villa se abre protegida por una especie de bastión en forma de ciudadela y que es la única irregularidad en aquellas paredes perfectamente cuadrangulares. Pero, en la noche, una fuerza tan numerosa se desordena con facilidad si no se mide el paso, y así ocurrió que los franceses fueron apareciendo en pequeños grupos y por los puntos más distantes.

Al Arrabal llegó uno de aquellos grupos. Os diré cómo fue. No habría sonado aún el último relevo de guardia. Constance y yo dormitábamos en el chiscón que Mauricio había preparado con cuatro tablas al calor de una de las pocas tapias del Arrabal. A pocos pasos de nosotros, Mauricio roncaba y la niña rescatada por Constance, que se llamaba Claudia, soñaba inquieta. La noche la habíamos apurado entre unos trozos de tocino, la tensión de la vigilia y una de esas charlas que te suben a los labios cuando, por la cercanía de la muerte, dejan de importar las consecuencias de tus palabras.

—Mirad esta niña —decía melancólico Mauricio, que hervía unos cuantos nabos, observando cómo la huérfana Claudia hacía montoncitos con las balas de arcabuz—. Los grandes guerrear entre sí y los que mueren son los pequeños.

—¡Filosófico estás, ganapán! —le mascullé yo sin apartar la vista del cuero con el que me recosía los zapatos, que habían quedado un tanto deslucidos después del chapuzón.

—Si los pequeños se hicieran grandes —abundó Mauricio—, el mundo sería de otro color.

—Si los pequeños se hicieran grandes —le interrumpió Constance mientras rellenaba de pólvora una cuerda de apóstoles— entonces guerrearían entre sí por ver quién es más grande.

—¿Qué queréis pues, señora? —peroraba mi moro con sus nabos—. ¿Que todos seamos pequeños?

—Si todos fuéramos igual de pequeños, los hombres guerrearían también —sentenció mi dueña—. Por ver quién es menos pequeño.

—¿Y si no hubiera hombres? —insistía Mauricio en sus filosofías y en sus nabos.

—¡Entonces pelearíamos solo las mujeres! —rió Constance—, que tengo comprobado que, al fin y a la postre, así es la naturaleza humana. Pelearon nuestros abuelos y nuestros padres. Peleamos nosotros. Nuestros hijos también pelearán. Y quien piense lo contrario, se engaña.

—Nuestros padres y nuestros abuelos —tercié yo—, además de pelear, también dormían. Silencio y al catre. La noche puede durar poco.

Dije aquello de que la noche podía durar poco porque, de común, así es en campaña, que nunca faltan los sobresaltos y raro es el sueño que no queda interrumpido. Y fue cosa de

adivinación y sortilegio, porque a las pocas horas, en efecto, aparecieron los franceses por el camino del Arrabal, deshilachados y en bandas cual rebaño desmandado. Mis arcabuceros, desplegados en la manera que he explicado antes, los vieron y, sin mediar un «quién vive», abrieron fuego a bulto haciendo gran mortandad. Los franceses que lograron escapar de la escabechina se desperdigaron por los campos. Lo mismo ocurrió en el lado oeste de la ciudad, porque allí el camino de Ham se abre en multitud de sendas y veredas, y la fuerza de Coligny se extravió por ellas para ir a dar a los puestos que habían montado nuestros alemanes. Cuando Gaspar de Coligny arribó ante las murallas de San Quintín, llevaba tras de sí apenas a medio millar de hombres; los otros tres mil y pico estaban muertos bajo nuestro fuego, extraviados en la oscuridad o cautivos de nuestras tropas.

A trompicones en la noche, corrí a un molino que tenía señalado como puesto avanzado por el camino de Gauchy, no fuera que la entrada enemiga por el oeste nos despistara de otra entrada por el sur. Allí estaba todo tranquilo. Ni un alma. Solo mis arcabuceros, alerta por el ruido de los disparos, pero sin franceses a la vista.

Coligny, ya os lo he dicho, era un tigre, así que, sin importarle las bajas propias, porfió por entrar en San Quintín. Sus hombres hicieron un pasillo de fuego y cubrieron el paso, y cierto estoy de que fue en aquella maniobra donde más almas perdió el almirante, porque los franceses disparaban sin ver, pero los nuestros, guiados por el resplandor de esos disparos en la noche, sí veían dónde estaban los franceses, de manera que pronto el pasillo se convirtió en un reguero de cadáveres.

Clareaba la mañana del 3 de agosto cuando la puerta de Ham se abrió para que pasaran Coligny y sus escasos supervivientes, envueltos en el fuego de nuestros arcabuces y mosquetes, y apenas protegidos por la lluvia de plomo y saetas con la que los de San Quintín trataban de cubrir la operación. El almirante había perdido a ocho de cada diez hombres. Un desastre. Pero a los que aguantaban en San Quintín aquella aparición debió de resultarles como un mensaje de la divina Providencia, porque era inconcebible que alguien pudiera perforar el asedio. Coligny tomó el mando en el interior de la ciudad. Reordenó la defensa, reforzó las posiciones y, sobre todo, dijo a aquella gente lo que estaba deseando escuchar: que el ejército de Montmorency corría a socorrer San Quintín.

*De cómo el condestable Anne de Montmorency
montó en cólera y acudió al auxilio de San
Quintín*

No mentía, el bravo Coligny: Montmorency había recibido noticia del sitio de San Quintín. Primero, porque sus ojeadores le contaron que Manuel Filiberto levantaba el asedio de Guisa y marchaba hacia el oeste, y después porque el propio Coligny, en cuanto supo lo que se cocía, le mandó un mensajero para que se pusiera en marcha, que fue el oficial Vaulpergues. Sé lo que aquel mensaje decía porque el propio Vaulpergues me lo contó después:

*Os confirmo, mi señor condestable, que el español no ataca
Guisa, sino San Quintín. Servios socorrer la plaza de inmediato.
Yo acudo ya.*

Sin más adornos, porque no era el almirante Coligny hombre de retóricas y con solo aquellas palabras ya decía cuanto quería decir, que no era sino algo así como «¿Lo ves, vieja mula testaruda? El Cabeza de Chorlito te ha engañado y yo tenía razón», pero se lo decía en francés y en nota de servicio, que queda mucho más discreto e incluso elegante. Sé también cómo reaccionó Montmorency porque me lo contó después su asistente, y fue de manera semejante a esta:

—¡Ajá! ¡Yo tenía razón! El Saboya es un simple aficionado y ha cambiado Guisa por San Quintín, que es ciudad inexpugnable. Cuando se tope con su laguna y nuestro bastión, quedará estancado y a merced de nuestras tropas. ¡Vayamos de inmediato a machacar a esos asnos españoles! ¡La victoria es nuestra!

No puedo saber si Montmorency decía esto porque, en su ofuscación, sinceramente lo pensaba, o porque trataba de enmascarar de alguna manera su clamorosa imprevisión. Andelot, que era el

recipiendario de tales palabras, hizo lo que siempre: oír y callar, que era soldado disciplinado y cabal, y no discutiendo de plaza pública. Pero seguramente tuvo muy en cuenta aquello que su hermano Gaspar le había prescrito: pensar por el viejo condestable, pues a este su soberbia ya le había engañado y podría volver a engañarle otra vez.

Ahora la papeleta que Montmorency y Andelot tenían que resolver era la siguiente: desplazar a su ejército en dirección oeste, a través del río Oise, moverse hasta la cuenca del Somme y tratar de cruzarlo para llegar a San Quintín. Sobre el mapa son muy pocas leguas, pero sobre el terreno es una pesadilla, porque son tierras o pantanosas o muy blandas, los caminos son inseguros incluso en verano y transportar la artillería y la impedimenta se hace muy esforzado.

—El camino más rápido es el que lleva hasta La Fère, a tres leguas de San Quintín —observó Montmorency.

—Tardaremos dos días —objetó Andelot—, y los de la ciudad necesitan un socorro más urgente.

—¿Qué proponéis, sobrino? —preguntó el condestable.

—Que mandemos una fuerza de vanguardia para chocar con los españoles —contestó Andelot— y, si es posible, perforar su línea de asedio. Por fuerza han de estar desplegados, luego su línea no será muy sólida. Con eso podremos entrar a socorrer a los sitiados.

—¿Unos cientos de hombres, tal vez? —propuso Montmorency.

—¡Nos asarían al llegar! —exclamó Andelot, visiblemente inquieto por la suerte de su hermano Coligny dentro de los muros—. No unos cientos, sino unos miles.

—Mucho pedís —rezongó el viejo condestable.

—Mucho tenemos y mucho podemos perder —zanjó Andelot—. Dadme 4.000 hombres, tropa ligera, infantes y jinetes, para que no nos retenga el barro del camino, y yo atacaré San Quintín.

—¿Y qué haréis una vez allí? —quiso saber Montmorency—. Porque vos no conocéis el terreno, sobrino.

—Con vuestro permiso, mi señor —terció entonces Vaulpergues, el oficial que había hecho de mensajero—, yo sí lo conozco. Podemos organizar el despliegue desde Ham, que allí el terreno es propicio, y atacar por el oeste, donde el campo es más ancho porque no lo corta el río.

Montmorency se rascó la cabeza casi calva, los ojos azules y viejos congelados sobre el mapa. Algo fue a decir, pero dos distinguidos caballeros allí presentes hablaron primero.

—Mi señor de Montmorency —dijo uno—, no habría vergüenza mayor que no acudir de inmediato al socorro. El honor lo exige.

—Además —añadió el otro— de que retrasarnos en el auxilio de San Quintín hará que los españoles aprieten el nudo: cuanto más tardemos, peor será.

El primero que así había hablado era el mariscal de Francia Jacques d'Albon de Saint-André, un elegante caballero que había hecho la mayor parte de su carrera batallando contra España. El segundo había sido otro noble de campanillas: el joven Juan de Borbón, conde de Enghien, que ardía en deseos de dorar sus muy linajudos blasones con un baño de sangre española. Que así de altos eran los nombres de aquel ejército francés tan rico en rancios abolengos. Montmorency, empujado por el ímpetu de sus pares, terminó dando su brazo a torcer.

—Puesto que todos estáis de acuerdo —anunció solemnemente después de fingir unos instantes de reflexión—, se hará como pedís: Andelot —ordenó a su sobrino—, partid hacia Ham con Saint-André y Enghien, aquí presentes. Que Saint-André lleve 4.000 infantes. Que Enghien

comande 500 jinetes. Que Vaulpergues dibuje el plano de los caminos más seguros y la vía de ataque más eficaz. Yo os seguiré con el grueso del ejército desde La Fère, que es el mejor lugar para cruzar el Oise y dirigirse hacia San Quintín con la artillería.

Así fue como Andelot se lanzó al socorro de su hermano el almirante Coligny, sitiado en San Quintín. El cual almirante, por su parte, trataba a su vez de salir de la ratonera en la que se había metido, como enseguida veréis. Porque era San Quintín villa rica y de abundantes recursos, bien dotada de artillería y pólvora y de cuantiosas vituallas, pero escasa de hombres de armas, y sus murallas, para ser útiles, necesitaban de un ingenio superior que les supiera sacar el máximo partido. Y esto Coligny, que era soldado viejo, debió de verlo nada más llegar.

De como Coligny fracasó en su intento de romper el sitio, y cómo en ello murió el guapo Teligny

— **D**entro de dos, tres días a lo sumo, los españoles habrán emplazado toda su artillería, el campo se habrá erizado de empalizadas, sus arcabuceros nos dispararán al resguardo de profundas trincheras y los zapadores habrán comenzado su trabajo de mina para horadar nuestros muros. Es preciso actuar ahora. Salir y desbaratar sus líneas. O cuando menos, impedir que completen el cerco, y así ganar tiempo hasta que lleguen los refuerzos que nos manda el condestable Montmorency.

Esto fue lo que el almirante Coligny explicó a los defensores de San Quintín, y tenía razón, porque un asedio no es cosa que se levante de un día para otro, pero, cuando todo el aparejo está en marcha, el anillo de los sitiadores llega a ser más inexpugnable que el lugar sitiado. Que esto es lo que hizo Julio César en Alesia, como todo el mundo sabe, y así lo estudiaron nuestros jefes en sus libros y así lo hemos aprendido todos en el campo, y de esta manera la fuerza que asedia puede golpear tanto a su presa como al que socorrerla quisiera. Y Manuel Filiberto de Saboya, que reiteradas veces había hundido su espíritu en los tratados de los clásicos, era de los que ponían en obra sus lecciones, y cuando plantaba un asedio ponía tanto cuidado en machacar a los de dentro como en prevenirse contra los de fuera. O sea que si el almirante Coligny quería ganar tiempo antes de que el anillo se cerrara, no tenía más remedio que entorpecer nuestra obra, por más que en ello arriesgara la vida de media guarnición. Pero a Coligny, como ha quedado dicho, le importaban poco las bajas. Quizá porque se veía muy alto.

—Los españoles han cerrado el Arrabal, que era nuestro principal bastión de defensa —informó el capitán Brueil, de la Compañía del Delfín—. Ahí está el tal Romero.

—Pero quedan otros puntos —señaló el teniente Teligny—. Los españoles aún no han completado el cerco en el lado oeste, en el camino de Ham, por donde vos llegasteis, almirante.

—Es terreno ancho y abierto —sopesó Coligny— y allí no les protege el río. Les llevará trabajo completar el anillo por ese lado. Pero no podemos perder de vista el Arrabal.

—Lo han hecho inexpugnable —objetó Teligny, quizá previendo lo que se le venía encima.

—¡Nada es inexpugnable! —rugió Coligny clavando sus ojos de tigre en el joven teniente—. Aún más; no nos vendría nada mal una maniobra de distracción en el Arrabal mientras el grueso de nuestra tropa hace una salida en la puerta de Ham.

Tengo para mí que Brueil y Teligny debieron de palidecer en aquel momento, porque lo que el almirante estaba sugiriendo era una invitación a visitar inmediatamente a San Pedro previo paso por los últimos sacramentos. Brueil y Teligny, como habréis recordado ya, eran los dos oficiales a los que mi dama Constance había vendido nabos y mentiras en San Quintín, y el último, añadiré, era aquel a quien mi dueña describió como «muy guapo, además». Que no debía de estar muy guapo en aquel momento, con el inexorable almirante Coligny señalándole el camino del cementerio.

—Con permiso, mi señor almirante —se atrevió a objetar el capitán Brueil, al que se le había puesto pálido hasta el delfín del blasón—. Habláis del «grueso de nuestra tropa», pero no se os escapa que somos muy pocos aquí. ¿Es prudente arriesgar nuestras fuerzas en esa empresa?

—Es verdad que somos muy pocos —hablaba Coligny con una frialdad que helaba el vientre —, pero menos seremos si no lo intentamos. ¿Para qué está la tropa sino para emplearla?

—De acuerdo en que sería necio quedarse aquí dentro, donde no tenemos opciones —terció Teligny, que no sabía si inclinarse por el almirante o por el capitán—, pero los soldados de la Compañía del Delfín son hombres experimentados, que serán mucho más útiles en una férrea defensa. ¿Por qué no emplear a los milicianos de la ciudad en la salida que proponéis?

Coligny miró al joven teniente como si quisiera comerle las entrañas. Teligny tembló. Al cabo, el almirante casi sonrió: no era malo que aquel muchacho quisiera velar por sus hombres; una reacción casi natural. Pero para eso estaba él, Coligny; para que el frío designio de la guerra se impusiera sobre cualesquiera otras consideraciones.

—Teniente Teligny —silabeó el almirante—, si empleo en esta operación a los milicianos de San Quintín, que no son más que tenderos con lanza, lo más probable es que echen a correr despavoridos en cuanto vean asomar a un diablo español. No, no. Necesito soldados de verdad. Los vuestros, señores míos.

Brueil y Teligny se miraron. Hay situaciones en las que es preciso subirse en marcha a un caballo desbocado.

—Mi señor almirante —dijo el capitán Brueil muy tieso—, vos os la jugasteis entrando en San Quintín entre una nube de proyectiles enemigos. Yo me la jugaré cumpliendo vuestras órdenes.

—Estaremos a la altura de estas armas que lucimos —añadió Teligny poniendo la mano sobre el blasón de los delfines que adornaba su pecho.

—No esperaba menos de vuestra nobleza —zanjó severo el almirante Coligny.

Era la madrugada del 4 de agosto de 1557 cuando empezó el baile. Todo cuanto ahora os referiré pasó en menos tiempo del que se tarda en rezar un Padrenuestro. Primero sonó un brutal estampido. De inmediato, una lluvia de proyectiles regó nuestras posiciones en el bastión del Arrabal como un granizo de muerte, haciendo saltar a su paso chasquidos de maderas rotas y gritos de dolor. Eran los mosquetes de las murallas de San Quintín. Me desperté de un salto. Acto seguido, sin tiempo ni para respirar, una cortina de flechas de fuego se cerró con agudo silbido y ruido seco sobre nuestros cobertizos, nuestras tiendas, nuestros parapetos. Eran los arqueros de la ciudad asediada.

Miré a Constance: estaba a mi lado, aún tumbada sobre las lonas que nos servían de catre,

pero con los faros verdes abiertos como luna llena. Oí que Mauricio gritaba: al muy cuitado había ido a clavársele una flecha a dos dedos del cuerpo, sobre la manta que le cubría y, espantado, trataba de desprenderse del paño que ya empezaba a arder. Busqué con la mirada a la niña Claudia: dormía tan profundamente que ni el estruendo de los mosquetes la despertó. Hice una rápida seña a Constance para que cogiera a la niña y corriera hacia retaguardia, al otro lado de la laguna, donde no llegaban las balas ni las flechas. Yo me llegué en tres saltos hasta la barricada que había hecho armar en la línea de frente, ante la misma puerta de las murallas y donde, ahora con menor cadencia, seguían estrellándose las pelotas que nos mandaban los arcabuces enemigos. Allí estaba ya Francisco Díaz, al cobijo de los muretes de sacos terrosos que mis hombres habían levantado en la jornada anterior:

—Los «franceses» —me informó el veterano, flemático, de manera un tanto superflua, mientras algunas flechas caían a su alrededor.

—Ya —le respondí por decir algo.

—Que digo yo —siguió el zamorano Díaz— que no querrán dejarnos dormir y por eso arman este estrépito. Para tenernos fatigados.

Miré al zamorano. Miré las murallas. Dudé un momento.

—¡Me cago en el alma de Lutero! —bramé ante la sorpresa de Francisco Díaz—. ¡Arcabuceros a primera línea! ¡Arcabuceros! ¡Que van a salir!

Y ahora os diré el porqué de mi súbito sobresalto. Tengo yo visto que, en la milicia, la veteranía es un grado, y no porque al hacerte viejo te hagas más fuerte, sino porque los años, junto a los quebrantos que te dan, te regalan también mucha ciencia, pues son tantas y tan variadas las cosas que uno vive y ve, que hay que ser muy mentecato para no sacar de ello enseñanza. Así, esa noche en San Quintín, intuí yo que los franceses iban a salir porque ninguna fuerza sitiada gasta munición si no es para un propósito que valga la pena, y menos aún una fuerza tan exigua como aquella. Y en efecto, fue decir aquello de «¡Van a salir!», resonando aún el claveteo de los proyectiles franceses sobre nuestros parapetos, y empezar el combate: se levantó la reja del portalón de San Quintín y por la puerta, o más bien por el montón de leña que allí quedaba, apareció medio centenar de franceses gritando como furias, y los muy insensatos se lanzaron como lebreles por el puente levadizo contra nuestra barricada en el bastión del Arrabal, que no tenían otro camino que ese.

—¡Fuego a porfía! —gritó Díaz a los arcabuceros.

—¡Vamos a ellos! —grité por mi parte a Díaz y a otros bravos que venían conmigo, desnudando el acero y avanzando hacia los franceses.

Porque, sí, claro que había arcabuceros preparados, que ya os digo que la veteranía es un grado y a mí las penalidades de muchos asedios me habían enseñado a no dejar nada al azar. Todas las noches, desde que tomamos el Arrabal, había siempre una línea de arcabuces dispuesta a abrir fuego si alguien pretendía salir para desbaratar el asedio, que de común es lo más probable, pues no hay nada más natural y ortodoxo en el sitiado que tratar de romper el sitio. Y quizá a vosotros todo esto se os dé una higa, pero la cosa tiene su importancia cuando la vida te va en ello, así que os explicaré cómo pudimos responder con tanta rapidez a la salida de los franceses. Aquí cada maestrillo tiene su librillo, y el mío era y sigue siendo mantener siempre en pie a una parte de la fuerza. Cada vez que estábamos en campaña, repartía yo a mi gente en tres grupos: uno en la línea de frente, otro en reserva dispuesto a actuar y el tercero descansando. Así,

cuando era menester, siempre había alguien de vigilia para contestar al enemigo y otros preparados para echar una mano de inmediato. Al día siguiente, los que habían estado en la línea de frente pasaban a descansar, los de la reserva se movían a la línea de frente y los que habían descansado pasaban a la línea de reserva. Y al otro día, cada escalón tomaba el relevo del precedente. Y así me aseguraba yo de que no faltara nunca tropa fresca para echar mano del arcabuz.

Y así fue cómo aquella flor de Francia se marchitó apenas hubo salido por la puerta del Arrabal, porque las pelotas de nuestros arcabuces dieron en tierra con muchos de los atacantes, y enseguida estábamos allí Díaz, yo y los demás con nuestras espadas y pistoletas para frenar en seco a los osados. Los franceses que habían logrado atravesar el puente levadizo bajo la lluvia de plomo se topaban con nuestra línea, y allí todo era tirar de espada y blandir la pica, y como nosotros aguardábamos tras nuestros parapetos, aguantábamos bien el plomo que a veces caía desde las almenas de San Quintín, mientras que los franceses quedaban expuestos a nuestro fuego y a nuestro acero, y además al fuego propio. Y así estaba el festejo cuando habló un falconete que había hecho yo colocar en un flanco del bastión, y aquel falconete no lo cargué con la habitual bola de hierro, sino con un buen manojo de balas de arcabuz, que era maña que traía mucha más muerte cuando se combatía en defensa a campo abierto, y a aquellos desdichados el granizo del falconete les dio plomo a modo de óleo de extremaunción. Y sé que tres o cuatro franceses lograron volver a la reja de San Quintín, pero todos los demás quedaron tendidos en el campo.

—¡Me cago en el alma de Lutero! —exclamó en ese momento Francisco Díaz haciendo eco a mi anterior maldición, que nunca estuvo el hereje tan sucio como en aquellos tiempos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Los nuestros! —señaló Díaz con su brazo hacia el oeste.

Porque fue, en efecto, que dos o tres centenares de los nuestros, al oír el combate en el Arrabal, habían corrido hasta nuestras posiciones debilitando las suyas propias, y entonces vi yo clara la jugada de Coligny.

—¡Volved, botarates! —les grité—. ¡Van a salir por la puerta de Ham!

Como si hubiera dado yo la orden, que Dios me libre, tronaron en ese instante las culebrinas francesas del oeste de las murallas, que ya he dicho muchas veces que era el lado del camino de Ham. Una cortina de tierra se levantó ante las mismísimas narices de los que en aquella parte montaban el asedio. Porque estaba clarísimo: Coligny había amagado en la puerta del Arrabal, que era la posición más difícil para salir, con el propósito de distraer a los nuestros y desbrozarse un poco otro camino, y veía yo que ese iba a ser el de la puerta de Ham, donde más ancho era el campo y más se demoraba nuestra fortificación. Y así fue, porque enseguida se oyó vocerío de combate en aquel lado, y estampido de arcabuces y gritos en diversas lenguas. Y los que habían acudido al socorro del Arrabal volvieron a sus puestos, y allí, en el camino de Ham, ocurrió como en nuestro bastión: que los franceses no pudieron pasar, aunque sí hicieron más destrozo, porque la artillería desbarató varias trincheras y parapetos, y la vanguardia de los que atacaron aún llegó a incendiar alguna barricada. Pero al cabo todo fue en vano, porque enseguida los del Coligny tuvieron que volver a la ciudad por donde habían venido, dejando muchos muertos en el campo.

Cuando todo hubo acabado, retorné con algunos hombres al camino del Arrabal para recoger los cadáveres de los franceses caídos y dejarlos en las puertas de San Quintín, y que allí les dieran cristiana sepultura. Los defensores nos veían desde las murallas y nos dejaban hacer, pues

en el mismo lugar podían encontrarse ellos mañana. En la tarea me acompañaba Constance, que siempre ha sido muy mirada para estas cosas.

—Yo conozco a ese hombre —musitó mi dueña al ver cierto cadáver tendido boca arriba.

—¿Este? —lo señalé con la punta del pie.

—Sí. Es Teligny. El teniente que te dije. Ese con el que hablé cuando entré en San Quintín.

Miré con lástima a aquel pobre mozo, que tenía el pecho perforado por cuatro agujeros de bala de arcabuz y cuyos ojos, abiertos y ahora ciegos, se perdían más allá de este mundo. Constance susurró apenada:

—¿Ves como es verdad que era muy guapo?

Pues allí, en efecto, murió el guapo Teligny.



Francisco, duque de Guisa.

*De cómo Manuel Filiberto tomó las oportunas
disposiciones tras la salida de Coligny, y por qué
el inglés Mortimer nos enseñó el culo*

Al amanecer insistí en ver a Navarrete, porque la algarada de la noche anterior me había hecho pensar mucho sobre las intenciones de los franceses. Andaba el maestre de campo atareado con la reconstrucción de las fortificaciones en el camino de Ham, dando órdenes con el tono monocorde y tenaz de una letanía: poned aquí esta hilera de sacos, girad hacia allá la línea de esta trinchera, marcad acullá el emplazamiento de los versos, que es como se llamaban las medias culebrinas... Una de las ventajas del ataque nocturno de Coligny fue que el francés nos había mostrado el ángulo y alcance de sus cañones, de manera que ahora podíamos buscar con mejor ganancia un emplazamiento seguro para los nuestros. Digo que era una de las ventajas porque había otra, y esa precisamente se la llevaba yo en boca a Navarrete.

—Navarrete —le dije cuando hube llegado a su presencia—, o mucho me equivoco, o la llegada de los refuerzos franceses es inminente.

—Debe de serlo —me leyó el maestre el pensamiento— cuando esa gente, que está ahí encerrada y con los recursos contados, ha gastado tanta pólvora para tratar de rompemos los parapetos.

—El almirante Coligny es un buen soldado —razoné—. No hace las cosas a tontas y a locas. Ha derramado sangre esta noche para ganar tiempo. Es decir...

—Es decir —completó el maestre de campo— que los franceses van a llegar enseguida y Coligny pretende que nos encuentren con el asedio a medio montar.

—Eso creo yo. ¿Qué han dicho los exploradores?

—Lo ignoro. Pero os invito a venir conmigo a ver al general Saboya —me propuso—. Le contaremos esto, pues me ha ordenado que le informe, y quizá nos dé nuevas noticias.

Y allá que fuimos Navarrete y yo a ver al Cabeza de Hierro. Dimos un ancho rodeo alrededor de nuestro flanco oeste para eludir a los tiradores de San Quintín, porque la olla todavía estaba

caliente desde la noche anterior: la tarea de recoger cadáveres ya había concluido y nada nos garantizaba que algún mosquete de la muralla no fuera a tirar al blanco con nosotros. Eso me permitió examinar con atención nuestra obra de asedio, que en aquel flanco, donde el Camino de Savy, era negocio del conde de Mansfeld, y que los alemanes bajo su mando construían con paciente tenacidad, que también esto es un arte. Por cierto que en aquella gira por los sectores oeste y noroeste de nuestras posiciones volvió a llamarme la atención lo mismo que días atrás: miraba al ejército y me seguía faltando gente, como si parte de la hueste hubiera ido a otra parte. Pero sobre este punto ya me habían echado encima una vez un cubo de orines, así que no insistí y guardé para mí esos pensamientos.

Manuel Filiberto de Saboya, conforme a su naturaleza, había convertido su puesto de mando en una abigarrada mezcla de despacho de gobierno, biblioteca de estudio y palenque de destrezas marciales. Cuando no estaba despachando órdenes o examinando estadillos de personal e intendencia, lo veías hundido en sus libros sobre grandes generales de otros tiempos, y cuando no hacía ni una cosa ni otra, entonces es que estaba practicando esgrima con cualquiera de sus oficiales. A veces desaparecía del campamento, pero era para recorrer a caballo el terreno y examinarlo, levantando de su propia mano planos que enseguida llenaba de notas o, según se decía, y más secretamente, para investigar las propiedades de la pólvora y otras mezclas con un par de maestros que había hecho llamar de Nápoles y que más parecían alquimistas o nigromantes que artificieros, por el mucho misterio que ponían en sus trabajos.

Cuando llegamos Navarrete y yo, el Cabeza de Hierro estaba con Egmont y Mansfeld repasando las posiciones del asedio sobre una especie de mapa en relieve de la región, con detalle de las elevaciones y las hondonadas, los caminos y los cursos de agua, y a mí me pareció maravilla que alguien hubiera podido fabricar semejante retrato con tanta minuciosidad, que solo faltaba que apareciera allí el chiscón que nos había construido mi criado Mauricio.

—¡Buenos días, señores! —nos gritó el general desde el interior de su tienda—. ¿Qué daños nos ha causado el francés?

—Poca cosa, mi señor general —respondió Navarrete sin más preámbulos al ver que el Saboya iba tan por derecho—. Un parapeto desmantelado en el Camino de Ham, una trinchera desmoronada por la artillería francesa, dos de los nuestros muertos y seis heridos que se recuperarán muy pronto, menos uno que ha perdido un brazo. Ellos han perdido dieciocho hombres en la salida. Al menos dos oficiales, según pude ver por los cadáveres.

—¿Y el bastión del Arrabal? —me preguntó a mí Manuel Filiberto.

—El Arrabal aguantó —informé a mi vez—. Un parapeto incendiado y poco más. De nuestro lado, solo un herido de flecha, con la espalda quemada, pero listo para combatir. Y del lado francés, una docena de muertos. Entre ellos, el oficial de la guardia de la ciudad: el teniente Teligny.

—Está claro que han intentado entorpecer nuestra labor de fortificación —sentenció Cabeza de Hierro hablando como para sí—. Para ganar tiempo, probablemente.

—El tiempo que tarde en llegar Montmorency —completó Navarrete.

—Exactamente —ratificó el general—. Eso significa que el ejército del condestable puede lanzarse contra nosotros en cualquier momento.

—Con permiso, mi señor —tercié yo—. ¿Qué dicen los exploradores?

—Que Montmorency está en La Fére —respondió el jefe—, tres leguas al suroeste de aquí.

—Tres leguas de camino con su artillería, su impedimenta y por ese camino —evaluaba Navarrete—, pueden ser...

—Una marcha de cuatro o cinco horas —resolvió Egmont— según el agua que encuentren en los caminos. Los veremos llegar de lejos, porque es un terreno muy abierto. Y desde luego, no va a ser hoy. Los exploradores me han dado informe esta misma mañana y Montmorency sigue quieto.

—Van a atacar ya, mi señor —lo solté según se me apelonaba el pensamiento en la boca—. No sé cómo, pero van a atacar ya.

—¡Pero, Romero —gruñó Mansfeld—, Egmont os acaba de decir que Montmorency está quieto en La Fére!

—Con todo respeto, mi señor conde —contesté—, quizá no sea Montmorency quien ataque.

Mansfeld me miró como se mira a un necio. Creo que iba a contestarme algo, y seguramente algo desagradable, porque se mesó las barbas con ceño muy hosco, pero Manuel Filiberto de Saboya levantó una mano:

—Un momento —dijo—. Romero, tengo algo para vos.

El Saboya me dirigió una sonrisa que parecía aviesa. Dios dos palmadas. Entró en la tienda el oficial de guardia, que era un valón de los de Condé.

—¡Traedme al prisionero! —ordenó Manuel Filiberto.

Pasó un lapso de tiempo que a mí se me hizo eterno y durante el que Cabeza de Hierro permaneció con la mirada fija sobre aquel plano en relieve del campo de batalla que se había hecho construir. Yo sentía que Mansfeld me miraba con hostilidad, Egmont con cierto aire divertido y Navarrete simplemente curioso. ¿Qué era eso que Manuel Filiberto tenía para mí? Al poco entró de nuevo el oficial de guardia, y tras él venían dos soldados que traían a un preso sucio como la boca de Satán.

—¿Conocéis a este hombre? —me preguntó el general señalando al cautivo.

Para mi sorpresa, el cautivo en cuestión me lanzó una mirada desesperada y se arrojó a mis pies hablando en inglés:

—¡*Sir Julián, sir Julián!* —gritaba en su lengua, medio sollozando y hundiendo la cara entre mis zapatos—. ¿No os acordáis de mí? ¡Mi capitán *sir Julián!* ¡Soy Mortimer!

Yo no me acordaba de aquel hombre ni del demonio que lo echó al mundo, ni el nombre de Mortimer me decía nada, así que podéis imaginaros mi confusión, con ese sujeto a mis pies al borde del llanto, ante la mirada atónita de Navarrete, Mansfeld y los demás.

—Este hombre fue capturado ayer al sur de nuestras posiciones —explicó el Saboya—. Venía solo. Dice ser inglés y haber desertado del ejército de Montmorency. Y afirma conoceros. ¡Ponte en pie! —ordenó al cautivo.

El cautivo se levantó, aunque decir que se levantó es demasiado para un cuerpo tan encogido. Le miré a la cara: una cara terriblemente inglesa, como otros muchos miles de caras inglesas que había visto yo en mis años de servicio en Inglaterra. Rubicundo, ya no joven, de ojos azules y un tanto turbios, nariz colorada de aguardiente y hechuras más de granjero que de soldado. Y no, voto a tal: no recordaba a ningún Mortimer.

—No te conozco, amigo —dije con un punto de lástima.

—¡Pero sí! —gritó el tal Mortimer, desesperado.

Y entonces el amigo Mortimer se dio la vuelta como un rayo, bajó de un golpe sus calzas y quedó enseñándonos el culo.

—¡Mirad! ¡Soy Mortimer! —clamaba mostrando sus posaderas blancas, cruzadas por un tajo en forma de zeta. Y entonces caí.

—¡Mortimer! —exclamé—. ¡El hideputa Mortimer!

—¡Ese mismo! —exclamó el inglés con un aullido de alegría y una ancha sonrisa pintada en el rostro.

Perplejos se quedaron Saboya, Mansfeld, Egmont y Navarrete al constatar que a aquel inglés le conocí por el culo, e igualmente perplejos habréis quedado vosotros que me leéis, así que os referiré la explicación que en tan señalada ocasión di a los muy distinguidos jefes de los ejércitos de Felipe II sobre las razones por las que el tal Mortimer, el hideputa, nos mostró el culo en vísperas de la batalla de San Quintín.

—Fue en Inglaterra, hará de esto siete u ocho años —evoqué—. Peleábamos en Escocia para el rey de Inglaterra. En nuestra tropa había mucho mercenario: maleantes enrolados aquí y allá para la campaña. Una noche que las cosas se pusieron muy tiasas y los escoceses nos tenían copados, algunos de estos mercenarios intentaron escapar. Quiso la fortuna que anduviera yo esa noche de patrulla con unos pocos hombres, buscando un punto débil en la línea enemiga. Vimos a los desertores, que serían como diez, y les dimos el alto. A un par de ellos los matamos en el acto, porque quisieron resistirse. A los otros los llevamos al campamento. A la mañana siguiente los hice juzgar. La pena para todos era la horca. Pero andábamos escasos de hombres, así que, una vez dictada la sentencia por el oidor de la compañía, pedí gracia para los condenados. Colgamos a uno, que era el cabecilla, y a los demás los hice poner en fila con las calzas bajadas y a punta de espada les marqué yo mismo las nalgas de esta manera, en signo de oprobio y escarmiento. Debo decir que al día siguiente combatieron como leones.

Y por eso Mortimer nos enseñó el culo.

—¿Qué haces aquí, desgraciado? —me encaré con el inglés—. ¿Desertar una vez más?

—¡Mi señor capitán —explicó Mortimer atropelladamente, pero con indudable expresión de alivio—, he venido a advertiros! Veréis: cuando os marchasteis de Inglaterra y se disolvió la compañía, me quedé sin blanca y sin nada que echarme a la boca, y como en las huestes del rey de Inglaterra ya no iban a cogerme, me enrolé en la fuerza que los franceses estaban montando en Escocia. Al retirarse Francia de allí, vine aquí con sus banderas, y en ellas servía como piquero cuando levantó ejército Montmorency. Pero escuché que íbamos a combatir contra los españoles y que vos, *sir* Julián, estabais aquí, y me dije: «Viejo Mortimer, no vas a matar al hombre que te salvó la vida». Anoche abandoné sus filas. Pero tuve mala suerte y vuestros exploradores me apresaron.

Manuel Filiberto me miró con aire socarrón.

—¿Puede ser verdad lo que dice este hombre? —me preguntó.

—Sí, puede serlo —cabalmente contesté.

—Dadme una razón. Romero —me conminó—, para no mandarlo ahorcar ahora mismo, como debisteis haberlo hecho vos en su momento.

La verdad era que no tenía yo ni una sola razón para que aquel inveterado canalla escapara de la horca, pero el propio Mortimer se apresuró a argumentar su propia defensa:

—*Sir* Julián —me imploró—, señor príncipe —se dirigió a Manuel Filiberto—, ¡yo puedo contaros los planes de los franceses!

—¿Qué puedes contaros tú, pobre diablo? —escupió Egmont, cuyo férreo sentido del honor

era incompatible con la canallería de aquella chusma.

—¡Todo, nobles señores! —sonrió Mortimer como el náufrago que divisa tierra en el horizonte—. ¡Puedo contároslo todo!

—¿Vais a fiaros de la palabra de un mercenario? —se indignó Egmont.

—Señores —tercié yo—, conozco a este hideputa lo bastante como para aseguraros que no es de los que arriesgaría su vida por una alta causa. Si ha venido aquí, es porque cree que en nuestro campo su pellejo está más seguro que en el palenque del francés. Yo jamás entregaría mi bolsa a este tipo, pero el negocio del mercenario consiste en sobrevivir. Creo que dice la verdad. Nada perdemos por escucharle.

Miré a Manuel Filiberto. El jefe asintió. Mortimer, el hideputa Mortimer, había vuelto a salvar la vida *in extremis*. Entonces se oyó la voz del veterano Mansfeld.

—¿Habéis terminado ya con esta basura? —exclamó—. ¡Pues entonces, por Dios, que se levante de una vez los calzones!

De cómo Andelot llegó de madrugada a la posición de San Quintín, y lo que allí le ocurrió

En la región de San Quintín casi todo es llano y abierto, pero el curso de las aguas y el paso de los hombres han horadado lo suficiente el suelo como para que aquí y allá aparezcan hondonadas y cavas y lomas que, enmarcados en pequeñas masas boscosas, dan una oportunidad a los dados de la guerra. A esas ondulaciones, y al auxilio de la noche, se confiaba la fuerza francesa de Andelot para acercarse a San Quintín. El oficial Vaulpergues había dibujado el plano y Andelot había prescrito la estrategia. Enghien mandaba la caballería y el mariscal Saint-André, con Andelot, la infantería. Su plan: socorrer al almirante Coligny en San Quintín, desbaratar la obra de asedio y hacer lo posible para meter más tropas en la ciudad. Eran valientes, esos franceses. Ya he dicho que Andelot era uno de esos tipos con los que daba gusto combatir.

—Si nos has engañado, rufián, yo mismo te llenaré el cuerpo de cicatrices como esa que llevas en el culo y después te echaré a los perros —masculló Navarrete, y Mortimer temblaba—. Mansfeld aún cree que eres un espía de los franceses y que nos has traído aquí para engañarnos —le dije yo, y Mortimer temblaba.

—¡Os juro, mis señores, que es verdad cuanto os he dicho! —temblaba, sí, Mortimer—. Un grupo del ejército de Montmorency se desgajó del grueso de la tropa para socorrer San Quintín. Y hablaron de atacar por aquí, por los caminos de Savy y de Ham.

Eran las dos de la madrugada del 5 de agosto de 1557, la luna estaba en creciente, en el aire flotaban aroma de campo y canto de grillos y, de no ser porque estábamos en guerra, la noche habría sido propicia para las ternezas del amor o para el casto descanso. Añoré la presencia del cuerpo de Constance a mi lado, la tibieza de su piel y la fragancia de su cabello. La había dejado en nuestro improvisado campamento del Arrabal, bastante mosca como siempre que en nuestra vida se cruzaba algún jirón de mis años ingleses.

—¿Quién es ese Mortimer? —me interrogaba con aire de reproche—. ¿Un camarada de taberna y putas en Londres?

—Que no, mujer —trataba yo de templar gaitas—. Un mercenario que ha cambiado de campo.

—¡A saber si no tendrás algún hijo inglés y ni te has enterado! —golpeaba ella.

Pero ahora la añoraba, sí. Y mucho que la añoré, porque lo que de verdad tenía a mi lado no era la fragancia de mi dueña, sino a Navarrete con su olor a cuero viejo y al hideputa Mortimer con su peste a suciedad de semanas. Y enfrente, los dos caminos por los que el enemigo podía venir: a nuestra derecha, dirección oeste, la senda de Savy, y a nuestra izquierda, dirección suroeste, el camino de Ham. Desde la altura en que nos hallábamos se podía divisar todo el arco oeste de la comarca. Nadie podría acercarse sin que lo viéramos. Y no estábamos solos, por supuesto: detrás de nosotros se alineaban en silencio sepulcral los infantes que había traído Navarrete, que eran ochocientos españoles y quinientos alemanes, y el millar de jinetes que traía el conde de Mansfeld. Toda esa tropa se había desplegado en distintos puntos de los dos caminos, tanto a lo ancho como a lo largo, porque Manuel Filiberto había dado crédito a la palabra de Mortimer:

—Si está en lo cierto ese canalla inglés amigo vuestro —me había espetado esa tarde el general—, atraparemos a los franceses como a la alimaña en el cepo.

Y cepo era en verdad aquel despliegue que nuestro joven y talentoso Cabeza de Hierro había sembrado entre la margen derecha del Somme y el valle pantanoso que llaman de Vignaux. Un cepo letal.

Los vimos venir de lejos. Medio millar de jinetes. Y detrás, varios miles de infantes repartidos en cuatro grupos.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? —casi cantaba Mortimer, triunfal, ante la aparición de los franceses.

Corrimos hacia donde aguardaba Mansfeld con sus jinetes.

—Ya vienen los franceses, mi señor conde —le informó Navarrete—. Caballería e infantería.

—Dejadme a mí a los jinetes —dijo el sajón.

—Como deseáis —asintió el maestro de campo.

Y ahora os contaré cómo se sucedieron los hechos de aquella noche. Primero se movió Mansfeld con sus jinetes hacia la derecha, para cubrir los llanos que quedaban a ese lado de nuestra posición. Mientras tanto, el maestro Navarrete alertaba a los destacamentos de arcabuceros que había desplegado a lo largo del camino de Savy y hasta el barrio de Pontoile, entre los pantanos y bajo los muros de San Quintín. Y yo, por mi parte, mandaba aviso a los grupos que teníamos dispersos por el campo, entre los caminos de Savy y de Ham, en posiciones desde las que se podía abrir fuego en cualquier dirección. Lo primero que hicieron los franceses fue lanzar una carga con toda la caballería de Enghien muy al norte de Savy. Mansfeld, que lo vio, mandó solo a la mitad de sus hombres. Porque sabía el viejo sajón que aquel terreno no llevaba a ningún lado, de donde coligió que se trataba simplemente de una maniobra de diversión para llamar la atención de la tropa española, como esos pájaros que cantan lejos del nido para despistar al ave rapaz y así proteger sus huevos. Aquí los huevos eran la infantería de Andelot, que efectivamente entró por donde se la esperaba. Y no nos cogió por sorpresa.

Fue una carnicería. Según llegaban los franceses a un recodo o una loma, nuestros arcabuceros salían de las cunetas del camino o de entre los setos dispersos por el campo y abrían fuego, y tras la descarga saltaban de las filas nuestras espadas para ultimar a los heridos y perseguir a los supervivientes. Andelot también había metido arcabuces en sus filas, y cuando se recuperaron de la sorpresa abrieron fuego allá donde veían el humo de nuestras armas, pero los nuestros disparaban desde parapetos o terraplenes, siempre en desenfilada, de manera que las balas

francesas se perdían en la noche, y aún peor, porque el humo de los arcabuces franceses nos decían dónde debíamos disparar, y así fue que el fuego del enemigo no le sirvió para defenderse sino, al revés, para que más certero fuera nuestro ataque. Así se desordenaban las filas de los franceses, que o bien se apartaban de la vereda y se lanzaban campo a través, o bien corrían camino hacia delante, y los primeros se topaban con los arcabuces que habíamos dispersado aquí y allá en el anillo que antes he descrito, y los segundos se veían envueltos en la lluvia de plomo que se les dispensaba desde los flancos de la senda de Savy. Y como aquella tierra es mayormente enlodada y cenagosa, los que se salían del camino avanzaban muy despacio y dejaban a nuestros tiradores tiempo para afinar la puntería, y ya os he dicho bastante para que entendáis lo que pasó.

A los pocos minutos aquello era un desbarajuste de franceses que corrían aquí y allá, unos hacia delante y otros hacia atrás, y aun otros a ninguna parte, y todos ellos encontraban por igual una posición española desde la que se les mandaban epitafios envueltos en doce adarmes de plomo, que ese era el peso de las balas. Todavía hubo entre los de Andelot algunos bravos que formaron línea para resistir y prestar batalla, pero no había batalla alguna que dar porque el plomo volaba en todas direcciones y el grueso de los franceses también, y nosotros no nos movíamos de nuestros puestos de caza. Y cuando mayor era el caos, aparecieron los jinetes de Mansfeld en persecución de los fugitivos, y acto seguido di yo orden a los míos de avanzar, y Navarrete hizo lo propio con los suyos, y así barrimos el campo encontrando solo muerte y fuga.

Aún no había empezado a clarear cuando dimos aquello por concluido. A lo lejos, hacia el norte, vimos pasar al escuadrón francés que Andelot mandó con el propósito de atraer nuestra mirada: huía a galope tendido y Mansfeld ni siquiera hizo ademán de perseguirlo, porque no era preciso y porque solo habría servido para dispersar nuestras fuerzas. De común acuerdo decidimos Navarrete, Mansfeld y yo aguardar un rato para permitir a los hombres que desvalijaran a los vencidos, que a ellos ya no les iban a servir de nada sus pertenencias y a los nuestros, por el contrario, les sería de mucho alivio hallar alguna recompensa. Así podrían enjugar el gusto de plomo, porque habéis de saber que el arcabucero se jugaba las balas de su bolsillo propio. Después, los tambores tocaron para reunir a las tropas y al poco comenzaron a llegar los distintos grupos que ordenadamente habíamos desplegado aquí y allá. El aire olía a victoria.

Nadie contó los muertos del enemigo, que eran en verdad incontables, pues aún era noche cerrada. No erraréis si enumeráis dos millares. Nosotros solo perdimos a uno: un alemán que se cayó del caballo. Lo que sí contó Navarrete fueron los prisioneros: cuatro centenares. Y también las banderas capturadas al enemigo: cuatro. Entre ellas, la bandera de Andelot. Ordené buscar su cadáver. Nadie lo halló.



El conde de Egmont.

*De como el hideputa Mortimer entró a mi
servicio, y de qué manera Manuel Filiberto instó
a rendirse al almirante Coligny*

Creo yo que el almirante Coligny debió de ver desde las murallas de San Quintín lo que esa noche se había cocido en el camino de Savy porque fue el caso que esa mañana, desde que sonó el alba, arreció el fuego que desde los muros nos mandaba, y también la lluvia de flechas que tan tenaz como inútilmente caía sobre nuestro bastión del Arrabal. Yo, aunque os cueste creerlo, estaba con el ánimo contrito por la suerte de Andelot: respetaba a ese hombre y me disgustaba que su cadáver fuera a pudrirse en los pantanos.

Cuando el sol llevaba una hora en lo alto, Manuel Filiberto de Saboya nos mandó llamar. El oficial de ordenanza me dijo que llevara también al inglés. Fueron Navarrete y Mansfeld quienes informaron al general, a Egmont y a los demás jefes que allí se hallaban, con las noticias que vosotros ya conocéis.

—¿Andelot? ¿Saint-André? ¿Enghien? —preguntó Cabeza de Hierro por los adalides del campo francés.

—Ninguno, mi señor general —respondí yo—. Capturamos sus banderas, pero los jefes no han aparecido ni vivos ni muertos.

—Enghien debió de escapar con sus jinetes —apuntó Mansfeld.

—De los demás no hay noticia —cerró Navarrete.

Manuel Filiberto de Saboya concentró la mirada, una vez más, en el gran plano en relieve de San Quintín. Guardó silencio largos segundos. Era muy instructivo ver allí, dispuestos como juguetes, el aparejo de la obra de asedio, las líneas de trincheras y parapetos, las agrupaciones de tropas, las baterías de artillería, los trazos de los caminos que convergían en la ciudad y el cauce del río Somme. Una gruesa figura de madera negra, como un muñeco gordo, hacía las veces de Montmorency, y Cabeza de Hierro movía lentamente el muñeco arriba y abajo del Somme, cavilando sobre por dónde podría ahora pasar el general de los franceses.

—Montmorency está perdido —musitó Filiberto—, pero aún no lo sabe.

No diré que un aullido de satisfacción saludara estas palabras, porque tengo para mí que solo Manuel Filiberto guardaba en su cabeza todos los extremos de la circunstancia y los demás por fuerza nos ceñíamos a nuestra propia posición en el gran juego: también nosotros éramos muñecos en el tablero y, puestas así las cosas, solo podíamos aspirar a no perder nuestro sitio.

—Montmorency tardará todavía dos días en aparecer, si no más —comentó al fin el general como hablando para sí—. Vamos a emplear ese tiempo para estrechar lo más posible el cerco sobre San Quintín. Los franceses ya saben que no pueden salir de la ciudad, porque el intento de Coligny fracasó clamorosamente, y también que no pueden entrar desde el oeste, como vieron anoche los de Andelot. El condestable solo puede intentarlo atacando por el sur o cruzando el Somme por el este, o ambas cosas a la vez. ¿Decís, Romero —se dirigió a mí—, que anoche cayeron dos millares de franceses?

—Eso calculo, mi señor general. Pero —confesé— nadie los contó; era de noche y no podía exponerme a que alguien se perdiera.

—Que los cuenten minuciosamente —ordenó Manuel Filiberto—. ¿Y el número de prisioneros...?

—Exactamente cuatrocientos tres —dijo Mansfeld, que no perdió la oportunidad de apuntarse un tanto y, de paso, propinarme un pescozón.

—Que los interroguen uno a uno —prescribió el jefe—. Quiero saber cuántos hombres forman aún bajo el mando de Montmorency. Hacedlo vos, Glageon —mandó Cabeza de Hierro al hediondo artillero—. Y vos, Berlaymont —encargó al comisario del ejército—, calculad los rescates que piden los oficiales y las gentes de armas por su libertad; consignad esas cantidades como ingreso para compensar los gastos de la campaña. Después, enviad a los cautivos hacia Cambrai, donde está el ejército de reserva del rey. Por cierto. Romero...

—¿Mi señor?

—¿Qué has hecho con el inglés del culo marcado?

—Aguarda fuera —informé.

—¿La información que nos dio era correcta? —preguntó.

—En todos sus extremos —confirmé.

—Hacedle pasar —ordenó.

Dos alabarderos empujaron al hideputa Mortimer dentro de la tienda. El inglés hincó una rodilla en tierra ante Manuel Filiberto.

—Soy vuestro servidor, mi señor príncipe —balbuceó Mortimer.

—En verdad me has servido bien —le habló Cabeza de Hierro sin mirarle—. Es de justicia recompensarte. Eres libre.

—Mi señor príncipe, con vuestro permiso —volvió el inglés a balbucear—, ¿me consentís decir algo?

—Habla —ordenó el general.

—Mi mayor deseo —se le iluminó el rostro al hideputa— es servir a las órdenes del capitán *sir* Julián Romero.

Podéis imaginar mi embarazo. También podéis imaginar el gesto de choteo que compusieron Egmont, Mansfeld, Navarrete y los demás. Manuel Filiberto me clavó los ojos.

—¿Estáis de acuerdo, mi señor capitán? —me preguntó con una expresión que al mismo

tiempo era una orden.

—No es el mejor soldado del mundo —titubeé.

—Pero tiene buena información —apuró Navarrete.

—¡Hazle hablar. Romero! —rio maligno Mansfeld.

—Veré lo que puedo hacer con él —me resigné.

El hideputa Mortimer se puso en pie y rompió en reverencias mientras rezaba «thankyousir, thankyousir» como en una jaculatoria. Se marchó de allí dejándome el ánimo como si de repente me hubiera salido un hijo ilegítimo.

—Bien —zanjó Manuel Filiberto—. Ahora es de honor conminar al almirante Coligny a la rendición. Él sabe mejor que nadie lo desesperado de su situación.

—Con permiso, mi señor general —tercié—. Coligny es de los que no se rinden.

—¡Ya lo sé! —rio el general—. Pero no quiero que se rinda. Quiero irritarle. Y vas a hacerlo tú, amigo mío.

—¿Yo? —fui incapaz de disimular un gesto de sorpresa.

—Sí. Tú —me apuntó Manuel Filiberto con el dedo—. Si fuéramos a parlamentar con él cualquiera de nosotros, un Mansfeld o un Egmont o un Brunswick, que son señores de antiguo linaje y rancio abolengo, Coligny se sentiría en igualdad de condiciones, como entre pares. Pero si va un simple capitán cuyo único título es inglés y con esa horrible fama de mercenario pendenciero que te acompaña, amigo Romero, el muy digno almirante Coligny se sentirá despreciado, humillado, y eso le desestabilizará.

Confieso que si esas palabras me las hubiera dicho cualquier otro, le habría atravesado de parte a parte con mi tizona. Y Cabeza de Hierro debió de percibir cómo la sangre me subía a las sienes, porque enseguida se me acercó, me puso las manos sobre los hombros y prorrumpió en explicaciones.

—Eres mi mejor capitán, *sir* Julián —dijo con una ancha sonrisa—. El rey te tiene en alta estima y yo también. Eres un arma de primera calidad. Pero hay muchas maneras de usar un arma. Tú eres lo mejor que tengo para hacer que el tigre pierda su sangre fría.

Advertí que Navarrete ocultaba una indiscreta sonrisa cubriéndose los labios bajo los bigotes, y que Mansfeld me clavaba los ojos con una inequívoca expresión de sarcasmo grabada en el rostro mientras Egmont, azorado, miraba al techo de la gran tienda del general.

—Irás a la puerta de tu Arrabal y pedirás hablar con Coligny —me indicó Manuel Filiberto de Saboya—. Usarás como prenda la bandera de su hermano Andelot que anoche capturaste: eso obligará al tigre a recibirte. Y en nombre del rey Felipe le ofrecerás lo habitual: si rinde la ciudad, se le permitirá abandonar San Quintín con su hueste, sus armas y sus banderas. Te dirá que no. Pero se sentirá frágil. ¿Lo has comprendido?

—Completamente, mi señor general —acaté mientras me esforzaba por ignorar la sonrisilla de Navarrete y la mueca de Mansfeld.

Salí de allí con Mortimer pegado a mis talones como un perrillo faldero. No os describiré el rostro de Constance y Mauricio cuando me vieron aparecer en nuestro campamento del bastión con aquel tipo.

—¿Te lo vas a quedar? —me preguntó mi dueña con más recochineo que interés.

—Órdenes del general —respondí malhumorado.

—Es como meterse un alacrán en las alpagatas —sentenció Mauricio con mirada profunda y

levantando un dedo cual profeta del desierto—. Mirad, mi señor, que ese tipo no está hecho de buena pasta.

Seguramente Mauricio tenía razón, pero en aquel momento yo tenía cosas más urgentes de las que ocuparme: había que convocar al almirante Coligny.

De como Coligny hizo salir de San Quintín a las mujeres y los niños, y la parte que en ello tuvo mi señora Constance

Era ya mediodía. Una sorprendente quietud se había adueñado del campo de batalla. En nuestras líneas proseguían los trabajos de la obra de asedio bajo la tenaz dirección de Bernardino de Mendoza. Dentro, en San Quintín, reforzaban febrilmente sus defensas. Solo se oía ruido de herramientas y voces de labor; ni un disparo, menos aún gritos de ataque. Nada más que risas y maldiciones, canciones y blasfemias de hombres que sudaban cavando zanjas o levantando parapetos. Así es cuando la guerra habla en voz baja.

Miré a Constance. Nada le dije. Mandé izar bandera blanca; lo hizo Francisco Díaz, sin preguntas, en la primera línea del bastión del Arrabal. Al poco se izó una bandera gemela entre las almenas de los muros de San Quintín, justo sobre la reja del portalón, donde aún se hallaban, amontonados, los cadáveres de los franceses caídos dos noches atrás. Me adelanté unos pasos, solo, en el puente tendido, expuesto al fuego enemigo. ¿Queréis saber si temí por mi vida? Por supuesto que sí.

—¡En nombre del general duque de Saboya —grité desde el puente—, pido hablar con el señor almirante Coligny!

—¿Quién sois? —me preguntó una voz que, como luego supe, era la del capitán Brueil.

—¡*Sir* Julián Romero, capitán de los tercios de España! ¡Decid al señor almirante que traigo la bandera de su hermano, el coronel general don Francisco de Andelot!

No tuve que esperar mucho. La reja de la puerta de San Quintín se levantó con un feroz chirrido y bajo ella apareció un grupo de hombres. Uno se adelantó. Era el almirante Coligny. Un tipo no muy alto, delgado, con el rostro tenso como cuerda de arco. Vestía una costosa armadura ennegrecida, con nervaduras doradas y hermosos remaches rojos en barbote y espaldares. Una impoluta banda blanca sujeta a los hombros le cruzaba el peto. Enfrente, yo no vestía más que mi ropa ordinaria sin otro lujo que mi coraza inglesa, ni otro distintivo que mi espada jineta de

capitán, ni otro ornamento que el plumero rojo de mi chambergo. Salió mordiendo una manzana y arrojándola al suelo casi entera, como a quien le sobra la comida. Era evidente que quería impresionarme.

—¿Sois el almirante Gaspar de Coligny? —principié quitándome el sombrero.

—Lo soy —respondió—. ¿Y vos?

—Capitán *sir* Julián Romero. De los tercios españoles. Os traigo los saludos de nuestro general, el duque Manuel Filiberto de Saboya.

—¿Romero? —levantó Coligny una ceja—. Mi hermano me ha hablado de vos.

—Tengo en alta estima a vuestro hermano el coronel general Andelot.

—Es recíproca, según creo —comentó el almirante con indiferencia—. Pero supongo que no habéis pedido parlamentar para esto.

—Cierto. Mi general el duque de Saboya —formulé muy solemne— os invita a rendir la plaza conforme a los usos de la guerra: si abris San Quintín, se os permitirá evacuar el campo con vuestras armas y vuestras banderas.

—¿Habláis en serio? —mostró el tigre un colmillo a modo de sonrisa—. ¿Y quién se ha creído vuestro duque que es para mandar con esta propuesta a un simple capitán, por muy famoso que seáis vos?

—Mi señor almirante —levanté el mentón— lo mismo vale un general que un mozo de tambor para enseñaros la evidencia: no podréis salir con bien de este sitio.

—Dejadme que eso lo decida yo —mostró Coligny el otro colmillo—. ¿Algo más, capitán Romero?

—Sí, mi señor almirante.

Hice una seña a Francisco Díaz. El zamorano se acercó. Traía en los brazos las cuatro banderas capturadas esa misma madrugada. Tomé la tela en mis manos. En ese momento salió de entre sus filas el capitán Brueil, que venía con un brazo en cabestrillo y la cara pálida y sajada como las posaderas de Mortimer. Así que estábamos en medio del puente Díaz y yo, por nuestro lado, y Coligny y Brueil por los franceses.

—Estas —recité como en una liturgia— son las banderas de la fuerza que anoche intentó prestaros socorro. Fue deshecha en el Camino de Savy.

—Esa bandera de ahí... —me pareció que el tigre, por un instante, zozobraba.

—Es la de vuestro hermano Andelot.

—¿Tenéis su cadáver? —me clavó una mirada asesina—. ¿Qué habéis hecho con él?

—Nadie lo halló. Pero son varios miles los franceses que esta noche han perecido.

—Aún son muchos miles más los que vienen hacia aquí —me escupió Coligny.

—Mi señor almirante —traté de mostrarme afable—, vos solo conseguisteis entrar con gran quebranto, y vuestro hermano aún ha sufrido quebranto mayor. Yo solo puedo reiteraros la propuesta del duque de Saboya.

—Y yo solo puedo reiteraros mi negativa rotunda.

—El bombardeo sobre San Quintín —advertí— se recrudecerá.

—¡También se recrudecerá nuestra defensa! —rugió el tigre.

Eso sentenció Coligny y en aquel momento debería haber acabado todo, pero entonces, para mi turbación, una voz de mujer se elevó a mis espaldas.

—¡Señor almirante! —gritó Constance adelantándose hasta nuestra posición. Traía a la niña

Claudia de la mano.

—¿Quién sois vos? —requirió Coligny, altanero.

—¿Unos nabos, mi señor capitán? —sonrió Constance a Brueil.

—Es una espía, mi señor —susurró con aire abochornado el capitán, que acababa de reconocer a la falsa verdulera.

—Mirad a esta niña —mostró Constance a su pupila—. Se llama Claudia.

—¿Tomáis niños como rehenes? —mostró Coligny los dos colmillos—. ¿En serio. Romero?

—¡No es una rehén! —protestó Constance—. La rescaté yo misma del fuego del Arrabal. Del mismo modo que hicimos salir a los paisanos.

—¿Los apresasteis? —se turbó Brueil.

—No. Los mandamos fuera del campo —levantó Constance el mentón echando fuego por los ojos verdes—. Y ahora os pido que hagáis lo mismo con las mujeres y niños y ancianos que aún permanecen en San Quintín.

Díaz y yo miramos a Constance con más sorpresa que enojo. Coligny y Brueil parecían igualmente paralizados.

—¿Por qué habría de hacer eso? —reaccionó al fin el tigre con un gruñido despectivo.

—Vos conocéis bien las reglas de la guerra —improvisé—: Si salís ahora, se os tratará como a un ejército que se rinde y se respetará la vida de todos. Pero si persistís en la defensa, todo el que esté dentro de la ciudad será considerado enemigo.

—¿Conocéis este paño? —intervino la mujer sacando un trozo de tela de su delantal.

—Es un blasón de la Compañía del Delfín —dijo Coligny tomando la prenda—. Pero...

Constance se apartó y avanzó unos pasos hacia el carro donde se amontonaban los cadáveres de los franceses caídos dos noches atrás. Asió los cabellos de un muerto cuya cabeza colgaba del pescante.

—Ese blasón es de este hombre —señaló Constance, feroz, sin soltar la cabeza del difunto—. Y este hombre es el teniente Teligny. Vos le mandasteis a la muerte, almirante.

—Era un soldado —roncó quedo el tigre.

—Lo era —rebatió la flamenca—. Pero las mujeres y los niños y los viejos que están en San Quintín, esos no lo son. Dejadlos salir.

—Es lo justo —rubriqué yo—. Tenéis mi palabra de caballero español de que sus vidas y bienes serán respetados.

Coligny perdió la mirada en el carro de los muertos mientras apretaba los dedos sobre el blasón de Teligny. Algo le susurró Brueil al oído, pero yo no lo escuché. Se hizo un silencio.

—Dentro de dos horas —gruñó el almirante, devolviendo la prenda a Constance— os comunicaré mi decisión sobre los paisanos. Mientras tanto, podéis decirle al duque de Saboya que declino su propuesta de rendición.

—Así lo haré —incliné la cabeza.

—Este paño os pertenece —dijo Constance entregando al capitán Brueil el blasón de Teligny.

—Y esa bandera... —señaló Coligny con un dedo que más a gusto habría estado disparándome con un arcabuz: quería la bandera de su hermano Andelot.

—Permitidme, señor almirante —doblé la enseña en mi brazo—, que la conserve como trofeo ganado en el campo de batalla. La pondré en lugar destacado. Como pondré la vuestra cuando caiga San Quintín.

—¡Sois osado, capitán! —mostró el tigre todos los dientes.

—Mucho, mi señor almirante —dije con una reverencia.

—Bien —suspiró Coligny—. Hemos terminado.

Y en diciendo esto, giró sobre sus talones, el capitán Brueil le imitó, y ambos volvieron a entrar por la reja de la puerta de San Quintín. Fui a decirle algo a Constance, pero a fe que no sabía si abroncarla por meterse donde nadie la había llamado o si elogiarla por cómo se había conducido, de manera que me limité a estamparle un beso en los labios. Y así retornamos Díaz, la niña Claudia, Constance y yo a nuestra línea del bastión del Arrabal.

No habría pasado una hora, mucho antes del plazo consignado por el almirante Coligny, cuando una bandera blanca se izó sobre el portalón vacío de San Quintín. Apareció la cabeza del capitán Brueil.

—¡Los paisanos van a salir! —gritó desde la muralla—. ¡El almirante os insta a respetar vuestra palabra!

—¡Solo tengo una! —respondí a mi vez.

Hice abrir algunos parapetos que tapaban el camino del Arrabal. Mis hombres formaron a los lados. La reja de San Quintín se levantó de nuevo y el ejército de los desdichados franqueó el paso: mujeres con aire de fatiga infinita, niños con cara de hambre, viejos que apenas se podían mover... hasta setecientas almas salieron por aquella puerta. Unos tiraban de carros cargados de enseres —pues todo lo comestible se quedaba en San Quintín, incluidas las bestias de carga—, otros portaban hatillos o sacos, y todos miraban alrededor con una extraña mezcla de miedo y alivio. Constance los recibía en el bastión y, encabezando la marcha, secundada por Mauricio y Mortimer, los acompañaba hasta el otro lado de nuestras posiciones, y allí tenía yo jinetes que iban a darles escolta rumbo sur por el camino de Gauchy y hasta La Fére, donde estaba acampado Montmorency. Porque, siendo de buenos liberar a los paisanos, sería de idiotas no utilizar la baza en provecho propio, y así calculé yo que aquel aluvión de almas en pena embarazaría al condestable y le obligaría a retrasar su marcha. Y no me equivoqué, como luego pude comprobar. Y así fue, en fin, como Coligny hizo salir de San Quintín a las mujeres y los niños, y la parte que en ello tuvo mi señora Constance.

*De cómo Montmorency se embarazó y Coligny
rugió, y otras cosas que sucedieron en esta
jornada*

Del bravo Andelot nada se supo después de aquel quebranto del socorro a San Quintín, pero Saint-André y Enghien sí que lograron volver a las filas del condestable Montmorency con algo más de un millar de los hombres que partieron. «¡Traición! ¡Esto ha sido traición!», gritó Montmorency cuando le dieron el parte de bajas. Y el mariscal y el Borbón asentían y callaban, porque más les convenía que el desastre se achacara a traición que a propia culpa.

—Llevamos demasiado tiempo aquí, mi señor condestable —rezongó el mariscal Saint-André.

—Los hombres caen en el aburrimiento, la molicie y la indisciplina —ratificó Enghien—. Comienzan las deserciones.

—Conozco el oficio —bufó Montmorency, picado en su infinita soberbia—. Y sí, tenéis razón: hora es ya de partir al encuentro de Cabeza de Chorlito, puesto que en verdad parece haberse encelado con ese agujero de San Quintín. Esa ciudad será su tumba.

Y así de dispuesto estaba el señor condestable del rey de Francia a levantar el campo esa misma tarde y al frente de su ejército, cubrir las tres leguas que separan La Fère de San Quintín antes de que el sol cayera, cuando ocurrió lo imprevisible:

—¡Mi señor condestable —irrumpió un oficial en la tienda de Anne de Montmorency—, cientos de paisanos marchan sobre nuestra posición!

Sé de buena tinta que Montmorency estaba en ese momento tomando un baño de pies, pues los muchos años y las muchas leguas holladas al servicio del reino de Francia habían deteriorado ostensiblemente sus extremidades, y que al escuchar la noticia saltó de su taburete como rana sumergida en agua hirviendo.

—¿Qué nueva calamidad es esta? —bramó el veterano general.

—La gente de San Quintín —contestó el oficial—, que el almirante Coligny los ha sacado de la ciudad.

Y de esta manera Montmorency tuvo que retrasar otro día su marcha, pues ya había calculado yo que estos setecientos desdichados, bien guiados por mis jinetes hasta los caminos que por el sur conducen a las tierras húmedas entre el Oise y el Somme, iban a ir a parar precisamente al campamento del francés en La Fère, y que el condestable se iba a ver obligado a quitárselos de en medio como mejor pudiera, que fue repartiéndolos por las granjas de los alrededores.

Mientras todo esto ocurría en el campo de Montmorency, en San Quintín se aceleraba la obra de fortificación, tanto la de quienes se defendían como la de los que atacábamos, y era maravilla ver la agitación que por doquier se apoderaba de cuerpos y almas.

—Tal parece que ese hombre quisiera enterrarse bajo las piedras de San Quintín —se lamentó Navarrete al constatar el tráfico de artillería que en la ciudad hacía Coligny.

—¿Tanto estimáis a ese hombre, mi señor maestro de campo? —preguntó Constance, que estaba a nuestro lado en el bastión del Arrabal—. Os honra tanta pena...

—No me apena la suerte del almirante —repuso el veterano maestro—, que esa es la misma que a todos nos ha de llegar, sino la tristeza del beneficio perdido. Porque Coligny vale un buen rescate para el afortunado que lo tome cautivo, pero, si se muere, no será otra cosa que un desperdicio.

—Un majestuoso desperdicio —apunté yo.

—Eso sí —rubricó Navarrete.

En estas nos hallábamos, y en mirar que nuestro avío de combate fuera mejor que el francés, cuando de repente empezó a llover fuego sobre la primera línea del Arrabal: era que el almirante había dado orden de destruir las casuchas que aún quedaban entre la laguna y el perímetro de San Quintín, colijo yo que para despejarse el campo y evitar que esos muros nos sirvieran de parapeto en el ataque. Retrocedieron a todo correr nuestros tiradores avanzados, entre saetas de fuego y bolardos que las unas quemaban y los otros demolían todo cuanto allí quedaba en pie, que no era mucho.

—¿Es qué van a atacar? —me tembló al lado mi buen Mauricio.

—No, al revés —le contestó Mortimer, que hacía cuanto podía para ganarse la bienquerencia de mi criado moro—: Coligny intenta poner más distancia entre nuestras líneas y sus muros.

Miré a Navarrete. El maestro de campo se había adelantado unos pasos para recibir a los que se replegaban desde la primera línea y recolocarlos a lo largo y ancho del bastión. Daba gloria verlo allí en medio, imperturbable como una estatua, a dos pulgadas del fuego enemigo, cogiendo tranquilamente a Mengano por el cuello de la camisa y mandándolo a la batería oeste, asiendo a Fulano por el brazo y despachándolo al parapeto del puente, como la loba agarra a sus cachorros por el pellejo para acomodarlos en el cubil. Algo más de veinte hombres tendríamos en aquella posición avanzada. Cuando Navarrete terminó la tarea y prescribió un nuevo puesto para todos y cada uno de ellos, volvió adónde yo me hallaba, que era junto a la primera batería de cañones del Arrabal.

—Vamos a ayudarles un poco —me dijo—. Tirad unas cuantas bolas contra los muros que queden en pie —ordenó a los artilleros.

—¿A nuestros parapetos? —preguntó uno.

—Ya no son nuestros —respondió tranquilamente el maestro—. Ahora solo son un estorbo.

—Coligny nos ha despejado la línea de tiro para hacer brecha —expliqué para quien no lo hubiera entendido—. Ahora podemos batir la muralla sur desde todas las direcciones.

Y esa era la jugada, porque ahora, con aquellas casuchas demolidas, podíamos colocar las baterías donde nos diera la gana sin que nada se interpusiera entre nuestros proyectiles y los muros de San Quintín. Navarrete, con sus nervios de piedra, dio las órdenes oportunas para situar en línea nuestros versos y falconetes, y hasta una culebrina que allí había, todo al otro lado de la laguna y a favor del terreno, de modo tal que nuestros cañones disparaban sin que los de Coligny les pudieran alcanzar. Parecía verdad que aquel hombre quería enterrarse bajo las piedras de la ciudad que defendía.

Y ya el sol declinaba, y los hombres cesaban en sus tareas y el relevo de la guardia se preparaba para afrontar la noche, cuando las piedras de San Quintín, como si repelieran la idea de servir de túmulo a Coligny, saltaron por los aires. Sonó un estampido brutal dentro de la villa, centenares de cascotes cruzaron el cielo, una humareda como de infierno se levantó impetuosa junto a la puerta de la Isla, que era la que mi bastión cubría, y enseguida las llamas acompañaron al ruido y al humo, y sobre el eco de la explosión llegó el sonido inconfundible del grito humano, y junto a los cascotes de piedra volaron los pedazos de hombre, piernas por aquí y cabezas por allá, y una niebla densa hasta lo sólido se extendió por toda la muralla sur, y a nosotros, que estábamos viendo todo aquello a distancia de tiro de arcabuz, nos llegó también el aturdimiento entre los trozos de francés que caían del cielo mezclados con los escombros de piedra.

—¡Ha estallado un polvorín! —gritó alguno de los nuestros.

—¡Se desmorona la muralla! —advirtió otro.

—¡San Quintín ha explotado! —aulló un tercero con cierto exceso de optimismo.

Cuando me hube repuesto del aturdimiento, que fue cosa de un decir «amén», mire hacia donde el humo se levantaba y a fe mía que allí no se veía nada, porque tanta era la polvareda, y de tantos colores, que nublaba la visión, y al ruido de la explosión primera acompañaban ahora sonidos diversos, como de balas disparadas en todas direcciones y de estallidos más pequeños, y también la música inconfundible de la pólvora cuando empieza a arder.

—¡Una brecha! ¡Se ha abierto una brecha en la muralla! —gritó Francisco Díaz con su boca sin dientes.

—¿Entramos? —le pregunté a Navarrete.

El maestro de campo estaba de pie, quieto cual estatua, con la mirada ida, como aturrido también por el estallido del polvorín de la puerta de la Isla, que tal era lo que allí dentro había acontecido. Y ahora que la pólvora francesa, tan generosa, había hecho el trabajo de la pólvora española, lo natural era seguir el camino establecido y penetrar por aquel hueco en la ciudad, como mandan las reglas del asedio. Pero Navarrete ni sentía ni padecía, ajeno a todo cuanto ocurría a su alrededor. Tan ausente le vi que decidí obrar por mi cuenta: cogí a Francisco Díaz y a una docena de los míos que tenía por allí, ordené a una cuadrilla de arcabuceros que se aprestara a hacernos fuego de cobertura y me dispuse a lanzarme contra la brecha. Pero en esas estaba cuando Navarrete, de pronto, volvió en sí.

—¡Quietos todos! —gritó.

—¡Pero tenemos la puerta abierta! —casi le imploré.

—¡He dicho que quietos! —porfió el maestro de campo.

—¡Vamos a perder la oportunidad de entrar en la ciudad por la vía más rápida! —le insistí.

—¿Qué ves. Romero? —me preguntó.

—¡Dicen que hay brecha! —le contesté.

—¿Tú la ves? —insistió Navarrete.

Y no, la verdad es que yo no veía nada. Solo humo de pólvora y polvareda de escombros.

—No saldréis vivos de allí —se limitó a decir el maestro de campo.

Así que no hubo carga sobre la brecha. En vez de eso, Navarrete ordenó a unos cuantos alemanes que aprovecharan la confusión para reforzar nuestros parapetos con el escombro que había escupido San Quintín y con las ruinas de las casuchas que Coligny había hecho demoler poco antes, de modo tal que frente a la muralla de la ciudad se alzó enseguida otro muro opuesto de la altura de un hombre y la anchura de medio, lo cual nos iba a permitir acercar nuestro fuego a San Quintín bien a resguardo de los disparos franceses. Llegó en eso Mansfeld, que estaba en el sector contiguo del cerco, y nos hizo un aparte a Navarrete y a mí para preguntar qué había pasado y, enseguida, afearnos el no haber procedido al asalto.

—Ni tengo hombres suficientes para meterlos ahí en número bastante —contestó calmoso Navarrete— ni veo por dónde los voy a meter. ¿O es que vos lo veis, señor conde?

Y era verdad, porque la nube de humo y polvo todavía seguía ocultando a la mirada aquel estrago, y lo mismo hubiera sido posible entrar en San Quintín como Ulises en Troya, pero sin caballo, que encontrarse con la tapia cerrada y los arcabuces de los franceses tirándonos a placer. Solo después, cuando el humo se levantó, pudimos comprobar que el agujero que la explosión produjo en el muro nos habría permitido entrar de quince en fondo, pero para entonces ya había caído la noche y los de San Quintín, por su parte, se afanaban en reparar el estropicio parcheando la muralla a toda velocidad. Dicen que aquella explosión en el polvorín de la puerta de la Isla mató a cuarenta hombres de los franceses, incluidos cinco oficiales. Será verdad, pero yo solo vi trozos de francés esparcidos por el campo, y el hombre, a trozos, es muy difícil de contar, y aún más lo es señalar su rango.

Dicen también, y así se lo he leído a alguno, que gran error nuestro fue no entrar entonces en San Quintín, pues la brecha invitaba a ello. Pero a estas consideraciones siempre es menester mirarlas con desdén, porque en todas partes hay cronistas que, metidos a generales de papel, resuelven brillantemente con la pluma lo que otros tuvieron que bregar con la espada, pues que nada hay más fácil que ese oficio, que consiste en derramar tinta donde otros vertieron sangre. Que os conste, pues, que no hubo error en el cálculo de Navarrete, y aún menos cobardía, sino que el humo tapaba por dónde atacar, que a veces la guerra a pie de obra juega con circunstancias que el cronista no ve desde su cómodo gabinete. He dicho.

*De cómo reapareció el francés Andelot, y el
reconocimiento que de San Quintín hizo y cómo
mostró sus banderas*

El alba del 7 de julio de 1557 trajo al campamento francés la buenísima nueva de la reaparición de Andelot en el mundo de los vivos. Llegó don Francisco de Andelot visiblemente roto, pero vivo, a lomos de un jamelgo que, a juzgar por sus hechuras, debió de tomar el caballero en alguna granja, pues más parecía bestia de tiro que animal de guerra. Pero vosotros no estaréis interesados en el caballo de Andelot, sino más bien en saber cómo resucitó el bravo caballero, así que os serviré las palabras que él mismo relató, según pude saber después:

«Cuando entré con los míos por el camino de Savy —explicó Andelot a su tío el condestable — hallamos a los españoles esperándonos, bien parapetados, en una emboscada que nos cogió completamente desprevenidos. Alguien debió de traicionarnos, porque de otro modo no encuentro explicación. Nuestras filas se descompusieron por entero bajo las balas españolas. Logré reunir a parte de los míos para formar línea, y así enseguida hubo una compañía de arcabuceros dispuesta para enfrentarse al español. Pero los españoles no cargaban, sino que se mantenían bien ocultos en sus puestos de tiro, y la noche nos impedía ver nada, y para colmo los nuestros, intimidados y desorientados, se retiraban sin orden y caían en avalancha sobre la precaria línea que yo había conseguido formar. Lo peor vino cuando en persecución de los nuestros apareció la caballería española, que nos barrió como una manada de toros barre el campo. Uno de esos caballos me arrolló y perdí de una misma vez mis armas y el conocimiento. Cuando volví en mí, horas después, ya al borde del alba, me vi en una profunda hondonada, cubierto por maleza silvestre, con todo el cuerpo magullado pero con nada quebrado. Traté de regresar a Ham, pero mis heridas me hacían avanzar muy lento. Recalé en una granja cercana. Allí me dieron agua y ungüentos. No sé cuántas horas dormí. Al despertar, compré a aquella buena gente una jaca por algunas joyas que portaba y puse rumbo a La Fére. Y aquí estoy».

—Gracias a Dios que estáis vivo, sobrino —le contestó Montmorency—. ¿Habéis podido

averiguar algo de los españoles?

—Que están muy bien informados y han cubierto con orden los caminos principales. Cabeza de Hierro no es idiota.

—¡Bah! —escupió el viejo condestable—. ¡La suerte del principiante! La próxima vez no le saldrá tan bien.

—No puede haber segunda vez, tío —le reconvino Andelot—. Hay que atacar ya.

—Sí, pero antes —objetó el condestable— necesito conocer la disposición exacta del enemigo.

—Yo lo haré —se ofreció, fiero, Andelot—. Dadme unos cientos de hombres y reconoceré el terreno.

—¿Vos? ¿Estáis en condiciones, sobrino?

—Mañana lo estaré.

Y lo estuvo, en efecto. A la mañana siguiente aparecieron por los altos de Gauchy no unos cientos, sino unos miles de soldados franceses, unos a caballo y otros a pie, corriendo por las lomas al sur y al este de nuestras posiciones, apareciendo aquí y desapareciendo allá, fingiendo un ataque en esta parte y huyendo para amagar en esta otra, en lo que con toda evidencia era una maniobra de exploración. Quería comprobar Andelot dónde y de qué manera estaban dispuestas las tropas de Manuel Filiberto de Saboya, y así se le vio tan pronto por Gauchy al sur como por Harly al este, y hasta por la parte de Rouvroy al noreste, siempre al otro lado del Somme, provocando a los destacamentos españoles que cubrían aquellos caminos, pues Cabeza de Hierro había dispuesto grupos de arcabuceros en los molinos y granjas que nos guardaban las espaldas.

En una de aquellas correrías, Andelot en persona se dejó ver en los altos de Gauchy e hizo abundante flamear de sus propias banderas, colijo yo que para que todos viéramos que estaba vivo, y sobre todo para que lo viera su hermano el almirante Coligny, que a buen seguro estaría mirando desde las murallas. No me cohíbe reconocer que me alegró descubrir vivo al coronel general Andelot: un soldado de su talla no merecía morir en un episodio tan sórdido como el de la otra noche. Y puestos a verlo muerto, más prefería yo que fuera a mis propias manos. ¿No lo entendéis? En ese caso no podéis ser soldados.

Los franceses se fueron por donde habían venido después de obligar a nuestras avanzadillas a moverse por todo el campo, y entonces Manuel Filiberto, avisado, nos convocó nuevamente a su puesto de mando.

—El aviso es claro, mis señores —nos dijo con un semblante que mostraba más júbilo que alarma—. La verdadera batalla de San Quintín comienza ahora.

Y con esto quedó todo dicho sin más asamblea ni plática, porque la batalla era lo que todos estábamos esperando y hasta deseando, pues para aquello habíamos ido allí y nadie iba a volver la cara en esta hora. Saboya se limitó a decirnos a cada cual en qué había de consistir nuestra misión, la cual ya sabíamos por oficio y grado, mas era cabal repetirla en público para que todos conociéramos con qué pala iba a cavar el vecino. A mí me insistió Cabeza de Hierro en que el bastión del Arrabal tenía que resistir así vinieran a él todos los ejércitos de la Francia.

—Intentarán entrar por derecho en la ciudad, y por el camino más corto. Ese es el de la Isla y el Arrabal. Os golpearán al mismo tiempo desde fuera, los de Montmorency, y desde dentro, los de Coligny. Es vital que esa vía quede cerrada a cal y canto, sea cual sea el precio —ordenó Manuel Filiberto—. De esta manera Montmorency quedará obligado a vadear el Somme por el

este.

Lo entendí bien. Había que poner el cuerpo entre Montmorency y San Quintín. Cabeza de Hierro nos despidió a todos con un apretón de manos. A todos menos a Egmont, que se quedó allí para tratar asuntos que ignoro. Yo pasé el resto de aquella tarde inspeccionando la parte de frente que me tocaba, desde el mismo bastión hasta los altos de Gauchy, por donde entraba el camino a San Quintín. Llevaba tras de mí, como perros de caza, a Mauricio y a Mortimer, que se miraban el uno al otro con una suspicacia que iba transformándose en odio recíproco.

—Mirad, mi señor don Julián —me había mascullado esa misma mañana mi fiel criado— que nada bueno cae del Cielo como milagro, y menos un inglés.

—¿Estás celoso, Mauricio? —reí.

—Celoso estaría si ese hideputa fuera a ser buen servidor, pero yo veo que no, que es lo que vos no veis.

—Mi buen Mauricio —contemporicé—, no quiero que Mortimer sea mi servidor. Solo es un tipo que reaparece ahora en mi camino por broma del destino y que, mira tú por dónde, me viene al pelo para resolver un problema.

—No es de fiar —seguía Mauricio rezongando—. Yo estaba con vos en Escocia aquel día. El hideputa es un mercenario sin entrañas. Ni él ni los suyos son de fiar.

—No voy a encomendarle mi alma —empecé a enojarme.

—Vuestra alma, no —repuso mi moro—, pero vuestra espalda, sí. Y eso es lo que me escama.

—Creo, mi buen Mauricio, que te preocupas en demasía.

—Mi señor —insistía el criado—, vos conocéis sin duda el cuento de la víbora y el labriego.

—¿Qué cuento? —gruñí.

—El de aquel labriego que un invierno halló en el campo, como muerta entre el hielo, a una serpiente y, compadecido de ella, la metió en su pecho para darle calor.

—La serpiente —yo conocía el cuento, sí— despertó de su letargo y resultó ser una víbora que mordió al labriego justo al lado del corazón.

—Que es lo que suele acontecerle al que presta cobijo a quien no debe —proclamó Mauricio muy serio, elevando un dedo al cielo.

—¿Crees que Mortimer podría algo contra mí? ¡Pero si solo es un rufián! Lo ventilaría en dos estocadas.

—Y sin embargo —insistía Mauricio—, eso dijo él para explicar su cambio de bando; que no quería mataros.

—No podría.

—Pues precisamente —rubricó el moro, enigmático.

—Fue una baladronada, Mauricio. A mí me parece más bien que el tipo ha cambiado de bando porque prefería ganar a perder, y hacer cautivos que caer tal.

—Yo solo os digo, mi señor, que no descuidéis vuestra espalda.

—Tranquilízate, Mauricio. Harían falta muchos Mortimer juntos para tocarme un pelo de la ropa. Y ahora, deja de parlotear con tus temores de vieja asustada y llégate al bastión, que Constance necesita ayuda.

—Como ordenéis, mi señor don Julián.

Y allá fue Mauricio, y después fui yo, y para mi desconsuelo no hallé sino lo mismo, porque también Constance estaba escamada con el dichoso inglés.

—¿Te fías de él? —me miró mi dueña medio atravesada.

—¿Tú también? —le dije.

—Yo también, ¿qué?

—Mauricio me ha prevenido contra Mortimer —rezongué.

—Mauricio es un cobarde, pero no es tonto. Ese inglés solo huele a desgracia.

—No, no me fio. Ni de él, ni de nadie. Pero no veo qué daño puede hacerme —traté de explicarme—. Y al contrario, la información que me ha dado es buena.

—Los hombres le miran con suspicacia —mantenía Constance la sombra de la sospecha en sus ojos verdes—. Rumorean que es un espía.

—Si espía fuera —le objeté—, no nos habría servido en bandeja una victoria tan contundente como la de la otra noche. Más bien nos habría llevado a la ruina. ¿No crees?

—Aun así... ese tipo me da muy mala espina.

—Despreocúpate, mi amor —quise quitarme la querella de encima—, que no le daré oportunidad de hacer daño.

Así que todo a mi alrededor eran prevenciones contra el hideputa. Pero Mortimer me resultaba muy útil para prevenir por dónde iba a entrar el francés y con qué mañas, pues el tipo conocía bien los usos de Montmorency.

Estaba yo seguro de que el señor condestable de los franceses iba a lanzarme primero a sus compañías de mercenarios alemanes o ingleses, porque era en ese trance cuando más daño podía haber y porque esa era la tropa que menos le importaba, y que después, para asegurar el éxito, me echaría encima a las bandas francesas de Andelot, a pie y a caballo, porque era su fuerza más fiable. Esto es importante porque uno se ha de defender según la manera en que le atacan, y el soldado avisado no tiene que prevenir solo el primer movimiento del enemigo, sino también el segundo y hasta el tercero, por más que, a esas alturas, el resultado de los dados sea ya imprevisible. Y si me venían los ingleses de Montmorency, mala cosa sería que yo les opusiera a mis propios ingleses, y lo mismo con los alemanes. Pero oponer alemanes a ingleses suele ser buen negocio, porque estas naciones se detestan de natural aunque sus rostros sean tan semejantes, y también son antagónicos franceses e ingleses, aunque aquí hubiera tantos de unos y otros bajo las mismas banderas. Mortimer me decía con qué se armaban los alemanes e ingleses de Montmorency, cómo formaban y quién los mandaba, y con eso me decía mucho, pues de esta guisa podía yo prever sus movimientos, como luego veréis.

Y así cayó la noche de aquel día sobre el cielo de San Quintín.

De cómo practicaban los ejércitos del rey Felipe el arte del asedio, y lo que dispuso Julián Romero en su testamento

La guerra es un juego implacable en el que solo se pierde una vez. Esa derrota, es verdad, es irreversible. Claro que a veces vas pagando el precio a plazos, y así te dejas una pierna aquí y un brazo allá. Yo, después de todo, he tenido suerte al saldar la deuda, porque nada de lo extraviado me ha impedido seguir jugando. Pero muchos que se han criado conmigo lo han perdido todo de un golpe. Y lo peor no es cuando se te va la vida sin que te enteres, no. La mayor parte de los muertos y los que más sufren no caen en la batalla, sino después, cuando las heridas se pudren y la sangre se envenena. Por eso son tan preciados en el campo dos tipos de hombre: el capellán y el cirujano. El primero te convence de que tus sufrimientos van a acabar para ir a un lugar mejor. El otro, el cirujano, te cose los rotos o te corta lo que no tiene cura, y así, si hay suerte, uno aplaza un poco más la visita a ese lugar mejor al que todos queremos ir... pero ir lo más tarde posible.

En hablando de capellanes, os diré que los miro con el mayor de los respetos, y no porque los vea muy santos, que de esos pocos me he encontrado, sino porque hay que tenerlos muy bien puestos para plantarse sin armas en el medio del campo de batalla, entre gritos y juramentos y balas de arcabuz, y ponerse a decir latines como si estuvieran en la parroquia de su pueblo. Que cuando se pelea entre católicos no hay otro riesgo que el azar, porque nadie de la religión verdadera va a disparar al cura aunque sea del otro campo, pero otro gallo canta cuando haces la guerra contra herejes o sarracenos, porque estos buscan al cura como su pieza más preciada, y es fama que los turcos porfían por atraparlos con vida para poder torturarlos después, que en eso encuentran infames goces.

En esto le va mejor al cirujano, porque un alma de católico no es lo mismo que la de un hereje y aún menos que la de un mahometano, pero los cuerpos son todos iguales, de manera que el mismo barbero sirve para cortar la pierna de un español que para cerrar las tripas de un alemán o

para sajar la hombría de un turco. Conocí a un cirujano una vez. Alaminos se llamaba, y tengo para mí que un poco marrano, que sirvió con los tercios en Italia, cayó preso de los turcos en la mar, sirvió en una galera mora una temporada, volvió a ser apresado en Croacia, pero ahora por cristianos, pasó a los ejércitos del emperador en Austria y acabó con los nuestros en Flandes antes de volver a su casa en Teruel, y en todas partes le respetaron la vida, porque su industria es de las que no varían con la lengua ni la religión. Privilegiado estatuto. A cambio de eso, el cirujano solo te salva la vida un tiempo, y no siempre, mientras que el cura te da el pasaporte a la vida eterna.

El capellán de mi compañía en San Quintín se llamaba Bernardo y era gallego de Arzúa, y el cirujano se llamaba Cervetos y era de La Mancha. A los dos solía entrarles la melancolía al atardecer, y entonces rompían a conversar mientras trasegaban botas y botas de vino. Era cosa admirable escucharlos, porque el cura, siendo cura, no paraba de preguntar por las cosas del cuerpo, y el cirujano, siendo tal, tampoco paraba de preguntar por las cosas del alma, y así se diría que el cura ansiaba ser cirujano y el cirujano, capellán, y yo me marchaba de allí con pie ligero, pues nunca ha sido bueno para el soldado hacerse más preguntas que las justas y necesarias, sobre todo cuando el día siguiente puede traerte la muerte.

Verifiqué mi industria para la batalla. Recorrí el campo. Contemplé la obra de asedio dirigida por Manuel Filiberto y Bernardino, con las baterías dispuestas en orden perfecto. Seguí con la mirada el dibujo de las trincheras, excavadas en zigzag y a favor del terreno de tal modo y manera que podía dispararse al enemigo en todas direcciones sin temor de dar a los nuestros. Estudié los destacamentos desplegados a lo largo de la ribera del Somme, por donde Montmorency debía cruzar si quería entrar en San Quintín. Enumeré los contingentes de nuestro ejército (¡y, maldita sea, seguía contando menos hombres de los que debería haber!). Por último, repasé con Francisco Díaz, el zamorano sin dientes, el avío de nuestro propio bastión. Al atardecer, ya todo estaba en manos de Dios.

Llegaron entonces unos oficiales de ordenanza para darnos la última nueva: Montmorency había cruzado el Oise desde La Fère y se había movido al oeste hacia Jussy, dos leguas al sur de San Quintín, y allí se le habían unido las tropas que tenía desplazadas en Ham. Nuestros exploradores hablaban de no menos de 20.000 infantes y tal vez 8.000 jinetes, a más de una veintena de piezas de artillería. La batalla iba a ser dura.

Caminé hasta el chiscón, más zahúrda que cabaña, que Mauricio nos había construido como cobertizo en el Arrabal. ¿No os he contado aún cómo era? Con la panza de un carro volcado, mi criado había inventado un tabique. A un lado del tabique, Constance y yo; al otro, Mauricio, Mortimer y la niña Claudia. Alrededor del cuadro, a modo de paredes, una buena provisión de tablones y sacos de tierra. Y fingiendo techo, un par de lonas. No hacía falta más para sobrevivir. Constance me esperaba. Había alumbrado un breve fuego con pajillas de azufre. Sobre el fuego, un puchero con algunas coles y trozos de tocino.

—¿Va a ser ya? —me dijo Constance sin apartar la vista del fuego.

—Mañana lo más probable.

—Julián... —titubeó.

—Qué —ronqué más que pregunté.

—¿Hiciste testamento? —me clavó los ojos verdes.

—Sí.

—¿Está a buen recaudo?

—El papel lo tiene el señor Carlos de Berlaymont, el comisario general del ejército —le expliqué mientras husmeaba el contenido del puchero—. Hay otra copia en la secretaría del rey en Coudenberg; una gentileza de su majestad, que me quiere bien.

Se hizo un embarazoso silencio. Al otro lado del tabique de madera, Mauricio y Mortimer fingían dormir. La niña Claudia canturreaba algo. Constance me sirvió una escudilla del puchero.

—¿Puedo preguntar...? —comenzó.

—No es menester —atajé—. Os dejo todo a ti y a los hijos. Mil trescientos ducados que están a buen recaudo en Bruselas. Las armas habrá que mandarlas a mi casa en España, salvo la espada, que se la lego al niño Guzmán. Y la ropa se la doy a Mauricio, con cien ducados para que se busque la vida. Si morimos los dos mañana, todo pasará a tu madre como tutora de los niños. Mauricio hará de albacea.

—¿Y si Mauricio también muere? —me miró Constance, desconfiada.

—Entonces el rey don Felipe me aseguró que él mismo se encargaría de velar por el testamento.

Constance se sirvió lentamente un cazo del puchero. Olía a maravilla. Ella también.

—¿Podemos morir? —la mujer intentó que no le temblara la voz.

—Sí —reconocí. ¿Para qué mentir?—. Los franceses son muchos. Y vienen escocidos porque, cada vez que se han acercado, han recibido lo suyo, Coligny primero y Andelot después, de manera que ahora entrarán con todo.

—¿Son más que nosotros?

—Son menos. Pero nosotros estamos dispersos en círculo en torno a San Quintín, mientras que ellos pueden concentrar su fuerza en uno, dos puntos concretos, y quebrarnos por ahí.

—¿Pueden ganarnos? —ahora la voz no le temblaba en absoluto.

—Ganaremos nosotros —la tranquilicé—. Estoy seguro. Cabeza de Hierro sabe lo que se hace. Pero pueden hacer daño. Sí, nada nos dice que mañana tú y yo vayamos a seguir vivos. ¿Por qué piensas que no quería que vinieras conmigo?

Yo no sé qué le echaba Constance a sus pucheros. Siempre andaba con saquitos de hierbas secas en el delantal, y con eso y otros condimentos lograba que la cosa más miserable del mundo pareciera un manjar de reyes.

—¿Siempre te sientes así cuando estás en guerra? —sorbió mi dueña ruidosamente el caldo de su escudilla.

—Sí. Y hoy más inquieto, porque tú estás aquí.

No se lo tomó a bien. Quizás ella esperaba que le dijera algo así como «ahora que tú estás aquí, sé que no moriré», o cualquier otra de esas lindezas que tanto gustan a las mujeres, pero uno no está para lindezas cuando huele la inminencia del peligro.

—Escúchame bien —la miré fijamente—. Si caigo...

—¡No! —protestó Constance.

—Si caigo —insistí—, coge a la niña Claudia y pásate al lado del francés.

—¡Jamás!

—¡Calla, por favor! —no sé si le ordené o le imploré—. Eres flamenca. Te tomarán por una paisana como tantas otras. Si te ven con la niña, te respetarán.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te violarán ni te robarán.

—Julián —se encabritó ella—, ¡sé defenderme!

—Sabes defenderte de un borracho en una taberna, no de diez soldados con el ánimo desquiciado en un campo de batalla.

—¡Prefiero quedarme contigo pegando tiros con el arcabuz!

—¡Ya lo sé! Pero piensa en Guzmán y Juliana. No se pueden quedar solos. Por eso tienes que salvar la vida. Y una cosa más: si caes cautiva...

—¡Que se atrevan! —Constance se puso en pie y derramó su puchero.

—... Si caes cautiva —repetí—, pide ver al señor de Andelot.

—¿Andelot? —se extrañó.

—Sí.

—¡Pero si me has contado que era tu enemigo en Escocia!

—Precisamente: es un caballero y te protegerá. De Montmorency me fío menos. Y de Coligny, nada. Pero Andelot es hombre de honor.

Recogí del suelo su escudilla y volví a llenarla con el caldo de berzas y tocino. Al mío le eché un chorro de vino.

—«*Ik hou van je*» —me dijo en flamenco.

—Yo también te quiero.

Cayó la última noche antes de la batalla de San Quintín y nos abrazó a los dos, muy pegados el uno al otro, desnudos bajo una manta, en nuestro lado del tabique.

*De cómo el condestable Anne de Montmorency
dio en atacar el Arrabal de San Quintín, y lo que
allí se encontró*

A las nueve de la mañana del 10 de agosto de 1557 aparecieron los franceses por el camino de Gauchy. Dieron los ojeadores la voz de alarma y corrió cada cual a su puesto. Me desayuné con un plato de gachas con vino que la mano diligente de Constance había preparado en un suspiro. Cogí la espada, besé a mi dueña, requerí a Mortimer y marché al frente.

Navarrete, Cáceres y yo habíamos dispuesto las defensas de nuestra posición adelantando a una serie de grupos de tiradores y apostándolos a cada poco trecho en los caminos que vienen a San Quintín por el sur y el sureste, y a todos estos grupos los habíamos guardado bien parapetados, de manera que el enemigo, al aparecer, se topara con nuestro fuego mucho antes de llegar al círculo de asedio, y así viniera el francés ya castigado cuando llegara al choque. El puesto más importante del camino de Gauchy era un viejo molino como a media legua de la ciudad. El tal molino parecía hecho para la guerra por sus tapias y por el terraplén que lo circundaba, y allí coloqué yo un centenar de españoles con arcabuces y alguna artillería. Españoles, sí, y no valones ni alemanes ni otra cosa, porque en estos trances tan delicados, donde hace falta precisión y templanza, de nadie más me fiaba. Por delante del molino, por donde había de venir el francés, puse dos destacamentos de arcabuceros, y otro por detrás, para cubrir nuestra retirada si tal hubiera. Corrí al molino con Mortimer, que a todas partes me seguía ya como el lebrél al cazador o como el pecado al hombre. A Mauricio lo dejé en el Arrabal con Constance, que tampoco allí iba a faltarles faena.

Las vanguardias de Montmorency aparecieron en bloque compacto por la vieja calzada romana de Gauchy. Venían dos cuadros de piqueros bien formados y, detrás, abundancia de infantes en barullo. Debían de ser alemanes, porque nadie más ataca así de desordenado ni tampoco hallaréis calzas de colores tan deplorables en ninguna otra nación. De las mangas de los cuadros de piqueros salían de vez en cuando gentes de arcabuz para abrir fuego, que es táctica que

todos los ejércitos de Europa aprendieron de los españoles, pero que rara vez ejecutan bien, porque les falta la sangre fría y la ordenación que a nosotros nos sobra.

Así venían ahora los franceses, avanzando sobre nuestra línea con gran griterío y abriendo fuego al buen tuntún, y tanto el griterío como el fuego se perdían en el aire, porque los nuestros estaban bien parapetados en el molino. Y al contrario, el fuego de nuestros pocos arcabuceros y del único falconete que había en el molino hacía estragos en el enemigo. Primero porque el arcabucero español ha aprendido a medir muy bien el tiempo que el arma tarda en hacer fuego, que no es poco, y la distancia en que ha de hacerlo, que sí es poca, y la cadencia con la que una línea de arcabuceros ha de reemplazar a la anterior para que el granizo de plomo no cese. Y también porque el falconete del molino no estaba cargado con bolas, sino con metralla, de modo que era como si más arcabuces se sumaran a la fiesta. Y como los franceses y alemanes aquellos venían en tropel, nuestro fuego les acertaba sin necesidad de que el tirador precisara la puntería, porque era como disparar contra una pared, que siempre hallas donde hacer agujero.

El plomo de nuestro primer puesto, según vi desde el molino, hizo buena mella en los alemanes que traía el francés y descompuso un tanto su cuadro, pero los piqueros enemigos avanzaron bien sujetos por las voces de sus cabos, así que aquel primer puesto de mi gente, una vez vació sus bocas y según le estaba ordenado, se replegó rápidamente para dejar el relevo al puesto segundo, que aguardaba un centenar de pasos atrás. Repitióse la operación con la misma industria, que era que ellos se acercaban y nosotros disparábamos, y así el cuerpo enemigo menguaba a medida que se acercaba a San Quintín. Repitióse la operación y nuestros arcabuceros se replegaron nuevamente hacia el molino, convertido de esta manera en fortín.

Los franceses y sus alemanes, cuando llegaban hasta la altura de nuestros parapetos abandonados, aullaban de júbilo como si hubieran conquistado la mismísima Roma, y de poco servían las voces de sus cabos y sargentos, que les requerían prudencia y les advertían de que habría otra línea española poco más allá, y los dichos franceses y alemanes se lanzaban a la carrera contra los arcabuces nuestros, donde recibían gruesa muerte. Porque a veces acontece que los cuerpos de hombres en armas empiezan a actuar por sí mismos como si todos tuvieran unas solas piernas y un solo corazón, y desde luego ninguna cabeza, porque un batallón así más parece toro ciego que hombre sensato, y desta manera esos franceses tomaban nuestro repliegue por retirada y su avance por conquista, y ni siquiera ante el fuego de nuestras armas salían de su error, pues el toro no reflexiona, sino que solo embiste.

De esta traza llegaron las vanguardias de Montmorency hasta el molino donde yo me hallaba. Sé de cierto que eran en su mayoría peones alemanes e infantes ingleses porque los vi de cerca, y también en esto fue veraz la información que me dio el hideputa Mortimer. Venía el enemigo apretando y a la carrera, menos cerrado y cubierto de lo que la razón aconsejaba, que ya digo que iban embistiendo, y así nos dieron ocasión de ejecutar todos los artificios que el raciocinio humano concibe cuando se trata de matar al prójimo.

Ya he dicho que había mandado colocar en el molino un falconete, que es pieza de artillería menuda como la que se monta en los barcos, pero que ahora, con un buen afuste y un artillero avisado para orientar la rabera, que es la varilla trasera del arma, nos daba para sacudir al enemigo viniera por donde viniera. Había ordenado yo cargar el arma no con las bolas macizas de hierro que son usuales, sino con puñados de balas de arcabuz, que es también industria que se usa en la mar, y desta manera pudimos barrer a un par de líneas de infantes con lluvias de plomo. Eso,

más los mosquetes que habíamos emplazado en las tapias del molino, causó gran estrago en el francés, y cuando se acercaron más, más daño recibieron, porque entonces hablaron los arcabuces. Para ese momento estaba dispuesto que el falconete soltara una salva postrera y enseguida se replegara a tiro de caballería hasta el bastión, y lo mismo los mosquetes con la gente de a pie, el uno y los otros bien cubiertos por arcabuces y artillería, de modo que también del molino nos retiramos con orden, causando muchas bajas en los franceses y sin ninguna que lamentar en las filas propias. Del molino fuimos Mortimer y yo los últimos en salir, y ya habíamos prendido grandes cantidades de paja y estopa, con lo que el dicho molino se convirtió en una enorme tea justo antes de llegar el enemigo. Vi a las vanguardias del condestable Montmorency llegar hasta el molino y asaltarlo como si en ello les fuera la vida, pero no hallaron allí dentro más que fuego y ruina.

Salté a nuestro primer parapeto del bastión del Arrabal justo a tiempo, porque ya se veía a los franceses sobrepasar el molino y lanzarse por el camino de Gauchy. Como tenía yo previsto, Montmorency substituyó para este trance a sus mercenarios alemanes e ingleses por los infantes de las bandas francesas y la caballería, que eran su tropa de más fiar. Según se abalanzaban los franceses camino abajo contra nuestra posición, emplazaba el señor condestable su artillería en los altos de Gauchy para batirnos a los del Arrabal. Miré hacia atrás por ver si desde mi posición divisaba las casas del bastión, donde estaban Constance y Mauricio, pero nada vi porque la humareda y el polvo nublaban toda visión. Y era ahora cuando llegaba el trance decisivo en la defensa del Arrabal de la Isla, que os he de contar porque fue hecho de armas de gran mérito y fama.

Para que cobréis correcta noticia de cuál era la situación, os diré que Montmorency tenía frente a sí nuestro bastión, que era el único camino que por allí entraba directamente en San Quintín. A izquierda y derecha, lo que tenían los franceses era el ancho cauce del Somme. Para cubrir la parte izquierda, que era el oeste, había desplegado Navarrete arcabuces en buena cantidad, y en la parte derecha del francés, o sea el este, el Somme se abría en una gran curva que le alejaba de la ciudad. En esta parte de levante era donde tenía desplegado Manuel Filiberto de Saboya su mayor contingente de asedio, protegido de los franceses precisamente por el Somme. Así que Montmorency solo tenía dos opciones: primero, forzar la entrada del Arrabal, que era donde estaba mi gente haciendo tapón, y segundo, si no podía, marchar sobre el lado este e intentar cruzar por allí el río. Que creo yo que era lo que Manuel Filiberto esperaba, por cómo dispuso sus tropas. Y por eso era tan importante que el Arrabal no cediera, que no cedió.

Os contaré ahora cómo era la defensa del Arrabal a lo largo de los doscientos pasos que había entre el puente del Somme y la puerta de San Quintín. En nuestro lado del puente había dos falconetes que disparaban granizo de arcabuz, y uno de ellos era el que había estado en el molino. Los dichos falconetes disparaban bien a cubierto por sacos de tierra, de modo que la artillería francesa poco daño les podía hacer. Junto a esos falconetes había también arcabuceros para repartir muerte, y el falconete y los arcabuceros abrían fuego por turnos, y así acercarse al puente era estrago seguro.

Del puente atrás, el camino se ensanchaba en el Arrabal de la isla, según tengo dicho, y era allí donde aguardaban nuestros piqueros en formación, y también una docena de mosquetes cuyo fuego confluía en el puente. Estaban los piqueros bien asegurados en parapetos y muretes, y los mosquetes hábilmente repartidos en trincheras, lo cual los salvaguardaba del daño, y sobre todo

del daño que pudiéramos recibir desde los muros de San Quintín, porque aquí estábamos a distancia de tiro de la ciudad. Sobre la lengua de tierra del Arrabal estaba el poblado que ahora, ruinoso, nos servía de campamento, y donde Constance y otras mujeres, y algunos criados como Mauricio, despachaban víveres y atendían heridos. El Arrabal de la Isla moría en la laguna que ya conocéis, y aquí el baluarte más principal era el bastión tomado a los franceses, donde Francisco Díaz reinaba como Augusto en Roma, y con sus gentes castigaba regularmente la muralla de San Quintín para evitar que la muerte que preveníamos por delante nos sorprendiera por detrás. Y me queda por decir que por la Isla se movían nuestras tropas a derecha e izquierda, hacia los otros flancos del asedio, donde estaban Navarrete y Mansfeld, en uno, y Cáceres con su tercio en el otro, y también por estos caminos recibiríamos auxilio si necesario fuera, y así es como hicimos inexpugnable el bastión del Arrabal.

Entraron en tromba los franceses después de unas cuantas pedradas de su artillería. Primero se nos vino encima un escuadrón de caballería con pistolas, como nuestros herreruelos, que se lanzó como una flecha sobre nuestra posición del puente abriendo fuego con sus armas. Venían los jinetes enemigos en hileras bien ordenadas de a dos y, según se acercaban y disparaban, torcían a derecha e izquierda para alejarse y ganar su retaguardia. Algún daño nos hicieron, pero también nosotros a ellos, porque en la salida daban la espalda a nuestros arcabuces y no dejaban de llevarse su ración de plomo. Pero el propósito de Andelot con esa carga —porque era, sí, la gente de Andelot— no era quebrarnos y hacer agujero, sino apocarnos para dar mejor entrada a sus infantes en el puente, que es lo que acto seguido pasó. Porque en cuanto se hubo retirado la última pareja de reîtres franceses, con la niebla de la pólvora aún en el campo, apareció de súbito en la cabeza del puente un cuadro de piqueros en buena formación, con arcabuces dentro escupiendo fuego, y en línea recta se nos vino de frente, y algunos de los primeros caían por nuestros disparos, pero los que venían detrás les pasaban por encima y aun otros recogían las picas de los caídos, y así en un santiamén tuvimos a una compañía enemiga entrando por el puente del Somme.

—¡Vienen! —gritó Mortimer blanco como el yeso.

Sí: venían.

¡Santiago y cierra, España! Ordené abrir hueco en el parapeto del puente según la maniobra convenida de antemano, y enseguida apareció allí una compañía del Tercio de Sicilia que corrió al lugar, tapó el hueco en todo lo ancho que era, afirmó en el suelo las picas y se dispuso a aguardar la embestida del francés. Un muro humano de carne y hierro. A un extremo quedé yo con unos veinte arcabuces, y al otro Navarrete con otros tantos. Se vinieron los franceses corriendo sobre el puente a pica tendida, dando voces en su lengua y gritando a su rey, dispuestos a perforar nuestra muralla. Las moharras de nuestras picas los frenaron en seco. Se enzarzaron los hierros de uno y otro bando con dentelladas de muerte, hiriendo cuellos y abriendo pechos. A un rodadero de los nuestros que se llamaba Martín y era de Soria se le subió la sangre a la cabeza y salió de entre las filas. A gatas y espada en mano, se metió bajo las picas francesas y rompió a mover el acero saizando piernas y vientres. Era maniobra bien usual, pero Navarrete la había prohibido hoy porque, por la estrechez del sitio, el rodadero que tal hiciera no iba a tener espacio para desenvolverse con la espada, y aún menos para volver atrás y escapar al hierro enemigo. Que eso le pasó al tal Martín, que no pudo salir de allí y lo descabelló un francés con su daga.

De mucho más beneficio fue la maniobra prescrita por Navarrete, que consistió en aguardar a que el puente estuviera lleno de franceses y en ese momento, y solo en ese, hacer que los

arcabuces que teníamos nosotros en los flancos abrieran fuego contra la segunda línea de la muchedumbre enemiga. Y así quedó la primera línea de los piqueros franceses sola frente a nuestras picas y sin refuerzo tras ella, porque la segunda línea enemiga estaba desbaratada, muerta o herida en el suelo, o tratando de salir de allí, y las líneas sucesivas de los franceses que llegaban al puente quedaban atascadas en el marasmo, sin poder moverse por los muertos que taponaban el puente o por los propios franceses que retrocedían, y además expuestas a nuestro fuego, que seguía escupiendo desde los lados. De manera tal que, a los pocos minutos del choque, los franceses vieron que no podían pasar el puente porque los cadáveres de su propia gente les cerraban el paso, y así fue como se defendió la puerta del Arrabal con mucha ganancia y muy poca pérdida, y con gran estrago del enemigo.

Hicieron entonces los franceses lo único que podían hacer: viendo que no se podía entrar por el Arrabal, dejó allí Montmorency una corta fuerza con algunos cañones, para tenernos ocupados a los españoles, y movió un grueso brazo de sus tropas hacia el oeste, a la salida del Somme, donde están los pantanos que llaman de la Abbiette, con lo cual se alejaba de los muros de San Quintín, pero se acercaba a la poterna de Santa Catalina, que era una de las portezuelas secundarias de la ciudad. La tal poterna se abría a un campo llano y despejado, y era uno de los puntos más débiles de nuestro asedio, porque el terreno venía batido de continuo desde las murallas y no era posible acercarse sin recibir fuego. Y tengo para mí que este paso lo habían concertado los franceses de antemano, y que de algún modo Coligny se lo había hecho saber a Montmorency, o quizá fuera cosa de Andelot, que conocía el paño. Porque fue el caso que, a medida que aquel brazo del ejército francés se movía, se fue recrudeciendo el fuego que mandaba Coligny desde las murallas justo en esa dirección, y por eso digo que el movimiento parecía traído por previo concierto.

A mí, que aún seguía en el puente del Arrabal, me dio el tiempo justo para acercarme a la retaguardia, donde estaban Constance y Mauricio, y ver que seguían con vida y a salvo, como en efecto estaban. El fuego enemigo no llegaba a los barracones y cobertizos que habíamos levantado en medio del camino de la Isla, y así nuestros depósitos de víveres y municiones, amén del barracón de heridos, se mantenían incólumes.

Hallé a Constance atareada en medio de unas cuantas tablas elevadas a modo de camastros, y en cada camastro un herido de más o menos daño, y allí el cirujano zurciendo carnes y amputando algún miembro, y allí también mi dueña arrojando baldes de agua de la laguna sobre la sangre que manchaba el suelo. Me vio llegar. Me clavó unos ojos febriles de fiera a la que se hubiera sorprendido en plena caza. No la molesté. Me topé enseguida con Mauricio, entregado a la faena de coger cubos de agua de la laguna. Tampoco le importuné, que aquí cada tarea es igual de importante, pero sí pude catar la mirada de odio que mi criado dirigió al hideputa Mortimer, que venía siempre tras de mí y no me dejaba ni a sol ni a sombra.

Después me llegué al bastión, donde Francisco Díaz seguía, calmado y metódico, disparando contra los muros de San Quintín. No me dijo nada, el zamorano. Solo me miró, asintió con la cabeza y así supe yo que todo seguía en orden. Y una vez comprobado que todo estaba en su sitio, tanto los vivos como los muertos, y siempre con Mortimer detrás, corrí a ver a Navarrete para esperar órdenes ante aquel nuevo movimiento del francés, porque esto no había hecho más que empezar.

—Van a cruzar el río por la Abbiette —me dijo Navarrete sin más preámbulos.

—No hay puente allí —le contesté.

—Traen tablones y barcas para la faena —me explicó el maestre de campo—. Está claro: cruzar el Somme y la laguna y entrar en la ciudad por la poterna de Santa Catalina.

—¿Y nosotros qué hacemos?

—Quiere el general que corramos al lugar con todos los arcabuceros disponibles —dijo Navarrete mostrándome un papel escrito por el propio Manuel Filiberto.

—Y freírlos según crucen —entendí la jugada.

—Exactamente.

—Pues vamos allá.

Y allá fuimos.



El conde de Mansfeld.

*De cómo el bravo Andelot quiso cruzar el
Somme, y el fuego que recibió, y dónde se vio la
calaña del hideputa Mortimer*

Hay un punto en el terreno que circunda San Quintín donde un brazo de agua se escapa del Somme, quizá por vergüenza de su petulante padre, y viene a dar casi al pie de la muralla oeste, y creo yo que esta agua es la misma que se mete bajo tierra para aparecer luego como laguna, y allí las aguas se estancan y todo el suelo alrededor es blando y enlodado, y en invierno y primavera diríase ciénaga, aunque ahora en verano se seca en parte y aguanta bien el paso de hombres y caballerías, pero el brazo de agua se sostiene orgulloso, ancho y profundo hasta los muros de San Quintín, donde se abre la poterna que llaman de Santa Catalina, y a este paraje lo bautizó alguien como L'Abbiette, que ni el Diablo sabe lo que quiere decir, pero a los italianos les suena a chanza porque en su lengua significa abyecto y despreciable. Y fue allí donde apareció Andelot, al frente de los franceses, pie a tierra como los buenos, para darnos la batalla.

Traía la maniobra bien pensada, Montmorency. Mientras un grupo de franceses hostigaba el Arrabal desde el camino de Gauchy para mantenemos entretenidos, el grueso de su ejército corría por el cauce del Somme y se amontonaba en ese brazo de agua que os digo, cubriendo bien con fuego de mosquete y artillería. Y así cubierto el sitio, al punto aparecieron carros que portaban barcas y maderos, y entre el estampido de los disparos y el humo de la pólvora comenzaron los franceses a embarcar en pequeños grupos para tratar de entrar por esa vía en San Quintín. Era eso lo que nosotros teníamos que evitar, y con tal objetivo corríamos a nuestra orilla, que era la del lado este, Navarrete y yo con medio centenar de arcabuceros cada uno, y en la otra orilla, que era la del lado oeste, otros tantos infantes que venían de las filas de Alonso de Cáceres. Y desta manera nos hallamos enseguida en posición de alcanzar desde los flancos a la fuerza francesa que intentaba cruzar las aguas. Y aunque los de San Quintín nos tiroteaban desde los muros, poco nos daban, porque tiraban sin ángulo. Y el único inconveniente era que los franceses del otro lado del río amontonaban centenares y centenares de hombres, de modo tal que, por muchos que

hiriéramos, otros muchos más lograban embarcar.

Al señor de Andelot lo vi empujando hombres a las barcas y repartiendo voces y apremios a los que cubrían su maniobra con fuego de arcabuz, y entonces me entró en el pecho la idea de darle finiquito, porque, descabezado el enemigo, su fuerza se desvanecería como cuerpo sin alma. Pero no era cosa fácil, porque venían sin cesar las barcas francesas adónde nosotros nos hallábamos y era más urgente regarlas con plomo para que no pudieran llegar a la dicha poterna de Santa Catalina. Y si bien los franceses también llevaban arcabuceros en sus barcas, estos se movían despacio y embarazados por el exceso de gente que en las embarcaciones había, de modo tal que apenas si podían contestar al fuego que desde las orillas les regalábamos.

Yo también disparaba, como todos, y Mortimer el inglés me asistía con otra arma, con lo cual yo disparaba mientras Mortimer cargaba, y así repartí esa mañana abundante plomo sobre la laguna del Somme, y lo mismo el maestre Navarrete asistido por dos de los suyos. Y pronto nos maravilló la torpeza del enemigo y la inconsciencia de Montmorency, pues enviar así a su gente era abocarlos a la muerte. Una de aquellas barcas se acercó tanto a mi orilla que vi a sus ocupantes gritándome insultos en su lengua, pero inermes ante nuestro fuego. Tan cerca estuvieron que a uno le vi la campanilla según me gritaba con la boca muy abierta, y tan grandemente la abrió que la bala de mi arcabuz le entró por las tragaderas y lo mató en el acto. Y debió de ir el pobre diablo directo al Paraíso, porque era muy joven y poco podía haber pecado, y en el Paraíso me lo encontraré algún día si Dios Todopoderoso tiene a bien perdonarme mis muchas faltas.

Fue entonces cuando Andelot, viendo que las barcas que nos mandaba se quedaban a mitad de camino y llenas de heridos y se hundían en el agua sin remisión, y lo mismo los víveres y bastimentos que en otras barcas fletaba, fue entonces, digo, cuando resolvió Andelot aliviar él mismo el daño. Vi al coronel general de las bandas francesas designar a medio centenar de hombres o quizá más, y subirse con ellos a unas barcas y venirse contra nosotros, con el propósito de tomar pie en nuestro trozo de suelo, entrar en combate cuerpo a cuerpo y así menguar nuestro fuego. Tan diligente fue en su movimiento, que en un santiamén se nos allegaron las barcas de Andelot y los suyos.

Recibimos a los visitantes con una buena provisión de plomo. Muchos cayeron. Otros muchos, no. Con la euforia de quien ha escapado a la muerte, los franceses que seguían en pie se abalanzaron sobre nuestra línea como una jauría que hubiera salido de las puertas del infierno. Ya no era cosa de arcabuces, ni había tiempo ni espacio para formar picas; ahora todo se resolvería a espada y daga, en el baile supremo de la muerte. Miré a Mortimer por apremiarle al combate, pero el muy patán había desaparecido; seguramente temía que sus antiguos compañeros le rebanaran las criadillas. Desenvainé la espada y grité a los míos: ¡Santiago y cierra, España! Y entramos a descabello.

Fue entonces cuando Andelot me vio. Ya os he dejado entender que Andelot y yo nos guardábamos mutuo respeto desde nuestros días de Escocia, y también que ambos nos la teníamos jurada por cierta querella que otro día os explicaré, y que el uno y el otro estábamos resueltos a que fuera el otro o el uno quien al uno o al otro matara, por ver quién podía más y quién más era, y debéis entender que en nuestro juramento de muerte no había odio ni malquerencia, sino amor del combate, pues el combate es la forma que toma el amor al prójimo cuando hablamos de caballeros con opuestas banderas. Y en que me vio, se apartó Andelot de los suyos, esgrimió su espada, se desembarazó de su casco y se vino a mí con paso lento.

—¡*Sir* Julián! —me gritó en inglés—. ¡Nos volvemos a encontrar!

—¡Mi señor de Andelot —me quitó el sombrero con una reverencia, sin soltar la espada—, a vuestra disposición estoy!

Traía Andelot puesta su coraza negra y lujosa. Yo portaba la mía, mucho más menesterosa, pero igualmente útil para salvar pecho y vientre de las balas de arcabuz. No había tiempo para desprenderse del metal. Pelearíamos a espada hiriendo brazos y piernas, cuello y rostro y cuanto quedara al alcance del acero. Miré a mi rival. Él se mesó las barbas rojas. Fijé la vista en el medallón que le colgaba del pecho. Después, en sus ojos, por adivinar su intención. Avanzó Andelot unos pasos. Y entonces caí al suelo.

Os he de confesar que de primeras no entendí bien lo que estaba pasando. Tampoco Andelot. A mi lado veía a Mortimer, que traía una garrocha en una mano y un arcabuz en la otra. No me cabía en la cabeza, pero el hideputa había utilizado la garrocha para engancharme de una pierna y tirarme al suelo, y ahora me estaba apuntando con el arcabuz. Andelot miró furioso a Mortimer. Yo también. Andelot aún se acercó unos pasos, espada en mano.

—¿Pero qué haces, cobarde? —grité al inglés—. ¡Ayúdame a levantarme!

Mortimer me miró muy fijo. Traía la tez de cera, los ojos saltones y el belfo temblón. No me tendió el arcabuz, sino que me apuntó con él.

—¡Maldito Romero! —farfulló—. ¡Ahora eres mío!

—¿Qué dices, felón? —le espeté.

—¡Años llevo esperando este momento! —roncó con una especie de risa siniestra—. Desde que nos marcaste a mí y a mis compañeros con aquella cicatriz infame.

—¡Te salvé de morir! —le grité—. ¡Dame ese arcabuz!

—¡Nos deshonraste a todos! —siguió roncando el hideputa—. Todos nos juramentamos entonces para darte muerte allá donde te encontráramos. Y he aquí que mío es ahora el honor.

—¡Cobarde! —intenté incorporarme.

—¡Prepárate a morir! —gritó Mortimer.

Y entonces por la nuez de Mortimer brotó una punta de pica que le dejó la boca abierta y el gahate ensangrentado, y aún salió de su garganta un estertor, y el disparo del arcabuz fue a dar en tierra, y Mortimer cayó de rodillas primero y de bruces después, siempre arrastrando la pica clavada en su nuca, y detrás de Mortimer apareció Mauricio, que era quien le había atravesado el cuello con la moharra entera.

—¡Os dije que era una víbora, mi señor! —barbotó Mauricio con más miedo que conocimiento—. ¡Os dije que era una víbora!

—¡Mauricio...! —dije por no saber qué otra cosa decir.

Mi criado, con las manos aún temblorosas, arrancó la pica del cuello del inglés y procedió a registrar al muerto, como mandan los cánones de la guerra. No sé bien qué le sacó de los bolsillos, o no sé si lo quiero saber. En todo caso, Mauricio se lo había ganado con justicia.

Andelot seguía allí. Atónito. Golpeó el suelo con el arma, rabioso.

—¡La próxima vez. Romero! —gritó—. ¡La próxima vez!

Y el francés se alejó de nuevo hacia su barca, llevándose a algunos de los suyos, para intentar ganar la poterna de Santa Catalina ahora que nuestro fuego por fuerza había menguado.

Alrededor, el paisaje se despejaba: nuestras filas habían recobrado su orden, los arcabuceros mantenían su cadencia de fuego contra la ribera opuesta del Somme, algún francés que había

logrado escapar vivo venía a parar a nuestra orilla, donde de inmediato era hecho preso, y varias docenas de barquichuelas flotaban al albur en el agua, muertos todos sus ocupantes. Corrí a ver a Navarrete por ver qué había que hacer ahora.

—¿Y el hideputa Mortimer? —me preguntó el maestre.

—Quiso matarme —informé sin más—. Mauricio me salvó.

Navarrete miró a Mauricio con cierto escepticismo. Después paseó la vista por el campo de batalla.

—Ese Montmorency es un animal —evaluó el maestre de campo—. Ha querido meter socorro en la ciudad por las bravas y ha desencadenado una matanza. Han logrado pasar por la poterna de Santa Catalina unos cuatrocientos hombres. Con Andelot. Lo sabéis, ¿no? Pero mirad al resto: despanzurrados.

Pues la maniobra de Montmorency era esa, en efecto; meter el mayor socorro posible en San Quintín para reforzar la defensa de la ciudad mientras nos mantenía ocupados en el Arrabal. El muy acémila no había contado con que en San Quintín solo podía pasarse a través de una cortina de fuego.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté—. Porque el viejo condestable se ha metido él solo en una ratonera.

—¡Mirad! —exclamó de pronto Navarrete señalando a la otra orilla—. ¡Parece que se retiran! Y era verdad. Montmorency se marchaba.



Francisco de Andelot.

De cómo Montmorency dio en plantarse ante San Quintín, y cómo erró en su movimiento, y cómo el duque de Saboya tomó la medida al señor condestable

Fue aquí donde se decidió el destino de la batalla de San Quintín. Estaba el señor condestable don Anne de Montmorency muy ufano en su real, y satisfecho de ver cómo las operaciones se desenvolvían a su conveniencia. El viejo soldado había instalado su puesto de mando entre los altos de Gauchy, la ribera del Somme al frente y las lomas que llaman de Neuville a su derecha, y así veía cómo sus tropas acosaban el Arrabal y cómo Andelot ejecutaba el paso del río hacia la poterna de Santa Catalina mientras el grueso de su ejército, bien protegido por artillería y caballería, cubría la maniobra hostigando con sus cañones a la tropa española, que se desplegaba dentro del espacio entre el Somme y la muralla de San Quintín.

—¡Ese Saboya es un Cabeza de Chorlito, ya os lo dije, caballeros! —reía el condestable ante sus oficiales—. ¡Hemos logrado meter en San Quintín más refuerzos mientras el pequeño Saboya miraba impotente!

—Ha costado muchas vidas, mi señor —se atrevió a objetar Enghien.

—Muchas más hemos salvado —le atajó Montmorency— y, sobre todo, hemos obligado al enemigo a permanecer quieto en ese punto, encerrado entre el río y los muros.

—Con vuestro permiso, mi señor condestable —pidió la palabra el mariscal Saint-André—. Deberíamos movernos hacia el este para evitar que los españoles nos copen.

—¡No pueden! —gruñó el condestable.

—Sí pueden. Hay un puente más al norte, en Rouvroy, y podrían pasarlo —apuntó Saint-André.

—¡Rouvroy no es un puente! —rio Montmorency—. ¡Solo es una pasarela por la que no caben más de dos hombres a la vez! Si quieren atacarnos, tardarán horas en hacer pasar por ahí un

ejército.

Y de esta manera se demoró Montmorency en el lugar donde se hallaba, calmoso, hasta tener la certidumbre de que había metido en San Quintín el socorro que deseaba en hombres y víveres. Los demás oficiales miraban y, en general, callaban, quizá pensando que el condestable guardaba para sí un nuevo movimiento con el que aplastar a aquel Cabeza de Chorlito al que tanto despreciaba. ¿Acaso no era Montmorency un gran señor? Sí, lo era. Demasiado grande, tal vez. Porque se sabía grande, y a veces eso te hace despreciar al pequeño, como Goliat a David. ¿Quién se iba a atrever a chistar a Montmorency en sus propias filas? Íntimo del rey Francisco I y de su sucesor Enrique II, mariscal de Francia, par de Francia, condestable de Francia y qué sé yo cuántas cosas más. Se había lucido en muchas batallas. Hoy, en la jornada de San Quintín, Montmorency pasaba de los sesenta años y creía saberlo todo sobre el arte de la guerra. Y sabía mucho, sí, pero en este negocio nunca se para de aprender. Ya os lo digo: demasiado grande.

Porque aconteció que, mientras todo eso ocurría en el campo de Montmorency, en el campo español la cabeza de Manuel Filiberto de Saboya, que era de hierro y no de chorlito, trabajaba a toda velocidad, y el joven general no salía de su asombro ante la torpeza del movimiento del condestable.

—No puedo creer lo que estoy viendo —confió nuestro general a sus oficiales—. Repetidme la situación, Arenberg.

—Los franceses presionan en el Arrabal, que ha resistido bien y está desbaratando al enemigo —explicaba Juan de Ligne, conde de Arenberg, y Manuel Filiberto movía piezas sobre su plano de San Quintín según las explicaciones de su maestro de campo general—. También han intentado meter hombres y bastimentos en la ciudad por la poterna de Santa Catalina, pero allí los arcabuceros españoles les han infligido un severo castigo. Sus cañones bombardean nuestras posiciones desde los altos de Gauchy, pero el grueso del ejército de Montmorency permanece allí formado.

Manuel Filiberto cerró los ojos, frunció el ceño y apretó los dedos sobre el puente de la nariz, como en un esfuerzo supremo de concentración. Luego cogió una varilla que consigo llevaba y anduvo trazando líneas invisibles e invisibles mediciones sobre el plano del terreno. Carraspeó.

—Señores, la batalla está en su punto decisivo —proclamó—. Y ya puedo anunciaros que la vamos a ganar. Ante todo, es imprescindible que todas y cada una de nuestras fuerzas hagan exactamente lo que os voy a ordenar. ¿Egmont?

—Estoy a vuestras órdenes, mi señor —se cuadró el fogoso conde flamenco y jefe de nuestra caballería.

—Preparad a todos nuestros jinetes. ¡A todos! —dijo el general—. ¿Arenberg?

—Mi señor...

—Disponed de inmediato el cruce del puente de Rouvroy. ¿Tenemos los pontones y las barcas preparados?

—Lo están, mi señor —sonrió el también flamenco estatúder de las provincias del norte—. Todos.

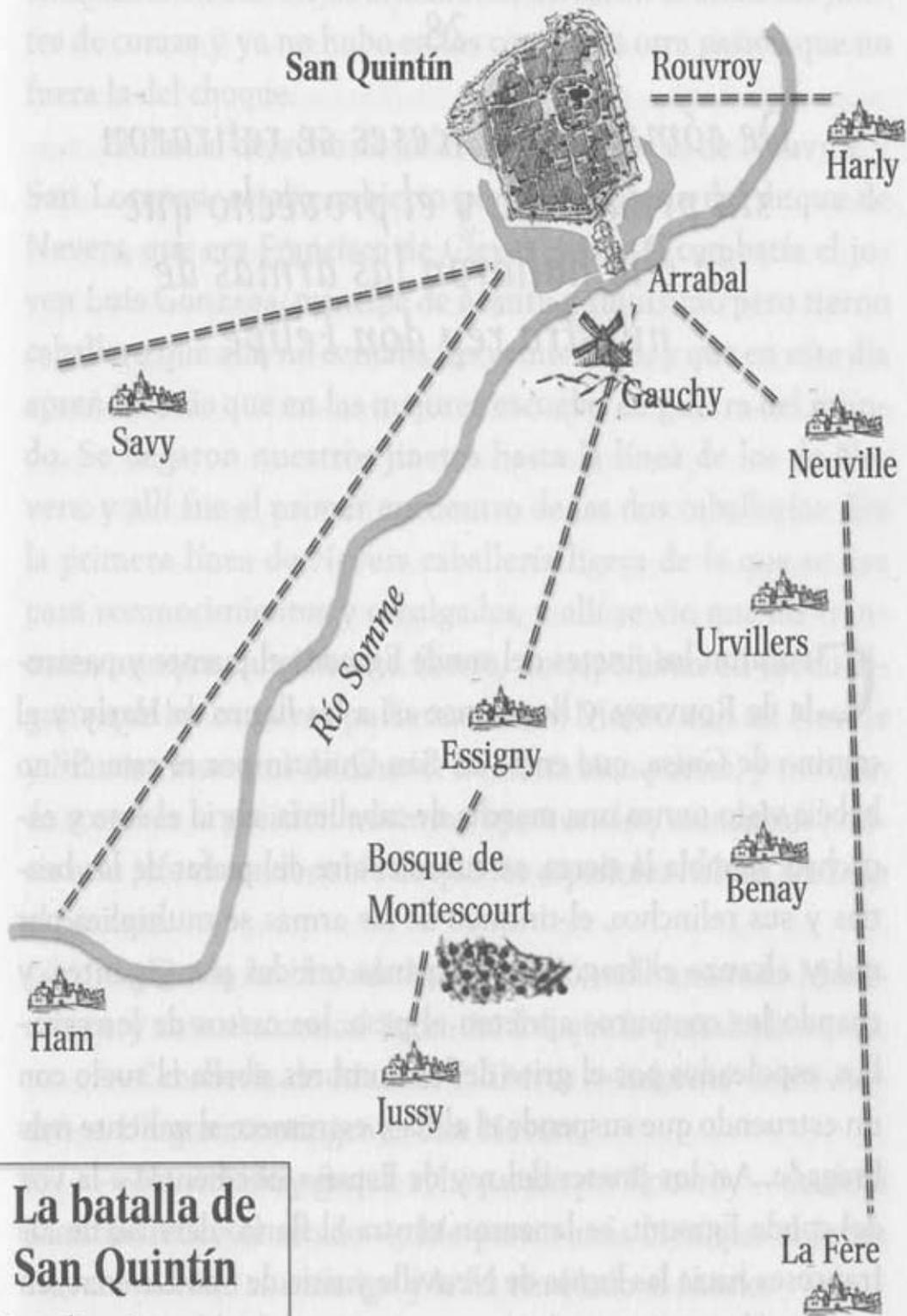
—¿Schwendi? —preguntó Manuel Filiberto.

—Aquí, mi señor —apareció el fabuloso enano alsaciano envuelto en sus grandes mostachos y su aroma a vinazo—. Los puentes están terminados.

—¡Bien! —se permitió Cabeza de Hierro una palmada infantil—. Cree Montmorency que nos

tiene encerrados entre el Somme y San Quintín. Al parecer, ni se le ha pasado por la cabeza que podamos vadear el río por el puente de Rouvroy. Le vamos a dar una sorpresa. ¡En marcha! No hay ni un momento que perder.

Y así fue como se hizo. El caballero Lamoral, conde de Egmont, con ese nervio que Dios le había dado y que era más propio de caballo de guerra que de ser humano, y aún más que de humano flamenco, galopó hacia sus jinetes, a toda prisa los formó y a voz en cuello los hizo cruzar el puente de Rouvroy, que no era estrecha pasarela como Montmorency creía, sino fuerte pontón ensanchado por el trabajo de nuestros gastadores alemanes, y ampliado además por la buena provisión de pontones sobre barcas que el talento de Manuel Filiberto había previsto para la ocasión. Y en un santiamén estuvo la caballería española y alemana del rey don Felipe al otro lado del Somme y en condiciones de acosar al enemigo, y Egmont, muy a su pesar, hubo de retenerse en la carga porque Cabeza de Hierro le había encarecido que no atacara hasta ver que el propio general pasaba el puente con la infantería, y todo esto ocurría cuando los de Andelot terminaban de naufragar ante la poterna de Santa Catalina, y en el mismo momento en que a mí intentaba matarme Mortimer en el fétido pantano de L'Abbiette.



La batalla de San Quintín
Localizaciones

*De cómo los franceses se retiraron sin prudencia,
y el provecho que en ello hallaron las armas de
nuestro rey don Felipe*

Cruzaron los jinetes del conde Egmont el puente y pasarela de Rouvroy, y llegaron así a los llanos de Harly y el camino de Guisa, que entra en San Quintín por el este. Si no habéis visto nunca una marcha de caballería, abrid el seso y escuchad: tiembla la tierra, se cubre el aire del piafar de las bestias y sus relinchos, el tintineo de las armas se multiplica por mil y alcanza el fragor de campanas tañidas por gigantes, y cuando los centauros aprietan el paso, los cascos de los caballos, espoleados por el grito de los hombres, abren el suelo con un estruendo que suspende el alma y estremece al valiente más bragado. Así los jinetes del rey de España, obedientes a la voz del conde Egmont, se lanzaron contra el flanco derecho de los franceses hacia las lomas de Neuville y sitio de San Lorenzo, en cuanto el bravo Lamoral supo que ya Manuel Filiberto cruzaba Rouvroy al frente de la infantería y muy a punto para cubrir la maniobra de nuestro general. Cargaron sus pistolas los reitres alemanes y nuestros herreruelos, esgrimieron sus armas los lanceros españoles y también los hombres de armas flamencos embutidos en sus viejas armaduras, avivaron el acero los jinetes de coraza y ya no hubo en los corazones otra pasión que no fuera la del choque.

El flanco derecho de los franceses, o sea el de Neuville y San Lorenzo, estaba cubierto por la caballería del duque de Nevers, que era Francisco de Cleves, y con él combatía el joven Luis Gonzaga, príncipe de Mantua, riquísimo pero tierno caballero que aún no contaba los veinte años, y que en este día aprendió más que en las mejores escuelas de guerra del mundo. Se llegaron nuestros jinetes hasta la línea de los de Nevers, y allí fue el primer encuentro de las dos caballerías. Era la primera línea de Nevers caballería ligera de la que se usa para reconocimientos y cabalgadas, y allí se vio que los franceses, aunque cubrían este flanco, no esperaban en modo alguno que los nuestros pudieran atacar. Dieron aun así Nevers y Mantua muestras de tener la hombría bien puesta, y trataron de sostener la posición mientras, apresurados,

mandaban noticia a su jefe el condestable de que los españoles habían cruzado el Somme.

—¿Quién ha cruzado? —masculló malhumorado Montmorency ante el mariscal Saint-André, que le portaba la nueva.

—Caballería de Manuel Filiberto —informó Saint-André—. Un gran contingente, dice Nevers.

—No será muy grande si ha pasado por Rouvroy —desdeñó Montmorency el recado—. Me parece más bien que el joven Nevers ha visto al enemigo y le ha temblado el ánimo.

—No es Nevers hombre pusilánime —osó objetar Saint-André, molesto por la ligereza de juicio del condestable. También Enghien, allí presente, acogió mal el desdeñoso comentario del anciano jefe. Este percibió el malestar de sus lugartenientes.

—No —se apresuró a rectificar Montmorency—, no es pusilánime, pero es inexperto. En todo caso, nosotros aquí hemos acabado.

—¿Señor? —se sorprendió Saint-André.

—Por supuesto que sí, mi señor mariscal. Mirad la situación —explicó el condestable con una confiada sonrisa—. Hemos castigado a los españoles en el Arrabal. Hemos reforzado la posición de San Quintín. Allí están juntos Coligny y Andelot, y con ello la defensa está asegurada. Manuel Filiberto permanece quieto en un asedio que no podrá resolver. Es el momento de reagruparse y planear la siguiente jugada.

—¿Y cuál será, mi señor condestable? —preguntó Enghien, perplejo.

—Sitiar a los sitiadores —explicó Montmorency con una ancha sonrisa—. Pero para ello debemos recomponer nuestras fuerzas y esperar la llegada de nuevas tropas. Y entonces Manuel Filiberto estará acabado.

—¿Y esas tropas enemigas que nos hostigan en Neuville? —se inquietó Saint-André.

—Son solo unas partidas de aventureros que poco daño pueden hacernos —sentenció el anciano condestable—. De manera, señor mariscal de Saint-André, señor conde de Enghien, que debéis ya disponerlo todo para replegarnos hacia La Fère.

Y así resolvió Montmorency volver grupas rumbo sur por la vieja vía romana que lleva a Jussy, y ordenó el condestable que primero levantara el sitio la artillería, con su lento paso de carromatos y armones, y después le siguiera la infantería, y tras ella vinieran los vivanderos y el paisanaje que de ordinario y en gran número acompañaban a los ejércitos, y que la caballería de Nevers, reforzada con los jinetes del conde de Enghien, protegiera la retaguardia de la caravana francesa. Y así se hizo.

Lo que Montmorency ignoraba, bien a pesar de las noticias que Nevers distribuía y de las sabias precauciones de Saint-André, era que los caballos españoles que hostigaban el flanco francés en Neuville no se limitaban a un grupo de aventureros, sino que era el todo de la caballería de nuestro ejército y que su número crecía sin cesar, y que el puente de Rouvroy, convertido en gran avenida por el talento ingeniero de Schwendi, era una riada de hombres de a pie y de a caballo, que hasta dieciocho en fondo cabían ahora por esa máquina insigne, y que todo el ejército de Manuel Filiberto de Saboya se disponía a perseguir a los franceses en su retirada.

«En el bosque de Montescourt nos reagruparemos para desbaratar al pequeño Cabeza de Chorlito», decía Montmorency a sus oficiales. Pero para llegar a Montescourt, que está al lado de Jussy y ya cerca de La Fère, hay que cubrir un largo trecho, y el camino se les hacía pesado y lento a los franceses porque llevaban la artillería delante y el terreno es blando y como cenagoso.

Y todavía no habían llegado los franceses a Essigny, que está a mitad de camino entre San Quintín y Jussy, cuando ya la caballería de Egmont estaba desbaratando a los jinetes de Nevers y Enghien. Y terrible fue el lance, porque la caballería francesa en retirada vino a chocar con la retaguardia de los vivanderos y la infantería, y la caravana de los franceses empezó a descomponerse y desordenarse, y aquí es donde al condestable Anne de Montmorency le sobrevino la mayor desdicha.

De como el ejército del rey Felipe copó a los franceses en el sitio y bosque de Montescourt

No hay en el camino de San Quintín a La Fère otro bosque que el de Montescourt, y por eso Montmorency buscó el cobijo de aquellas arboledas para reagrupar a sus tropas y organizar allí una defensa ventajosa. Pero en esto llegó muy tarde el viejo general, porque ya la caballería de Nevers y Enghien, aunque valiente, retrocedía sin esperanza ante los jinetes de Egmont, y en su repliegue rompía la retaguardia francesa y hacía cundir el pánico entre los infantes, y así el ejército se convirtió en rebaño, y a todo rebaño le acontece que alguna vez le llega el lobo.

Manuel Filiberto, por su parte, tenía otra carta guardada, y esta es la que ahora puso sobre la mesa con el genio de un Alejandro. Y fue que, mientras todo lo antedicho sucedía, otra fuerza de nuestra caballería brotó de la nada para perseguir a los franceses por su flanco, y seguro estoy de que esa caballería era la que a mí me faltaba cuando contaba y recontaba nuestras tropas y advertía que me salían cuentas de menos, como ya varias veces os he dicho. Y la tal caballería española no atacó a la retaguardia francesa, sino que siguió el camino de la caravana de Montmorency por su flanco izquierdo, y lo hizo sin que los franceses lo vieran, porque cabalgó protegida por las lomas que marcan de norte a sur los valles de Harly, Neuville, Urvillers y Benay y hasta el mentado bosque de Montescourt, y no hubo vigía ni explorador francés que lo advirtiera, y así con aquel movimiento se adelantó Cabeza de Hierro a las pretensiones de Montmorency, y pudo el anciano condestable descubrir que no era de chorlito, no, sino de hierro la cabeza de Manuel Filiberto de Saboya.

Os confesaré que no quisiera verme nunca en los zapatos de un Montmorency al creer que llegas a refugio seguro y hallar que allí está ya el enemigo. Que eso es lo que le aconteció al condestable, tres horas cumplidas de su retirada, cuando divisó el bosque de Montescourt y vio entre sus árboles las banderas de nuestro rey. Pensó entonces el anciano general en dar una salida clásica al dilema, o sea formar la infantería y la artillería, desplegarse en el campo y presentar batalla conforme a las reglas del arte militar. Pero la desdicha perseguía al Grande de Francia,

porque su infantería ya estaba desordenada y cada cual campaba a su aire por ver de huir de nuestros jinetes, y la artillería lo mismo y aún peor, pues ya os he dicho que aquella es tierra blanda y de difícil tránsito para los pesados arzones de bombardas y culebrinas, además de que también estos andaban ya hundidos no solo en el barro, sino también en el pánico, por la proximidad de nuestras picas y el desconcierto que causaban los infantes en fuga.

En lo que a mí me toca, no bien vimos que el enemigo levantaba el campo pusimos pie en el camino, que nada hay más frágil que un rival en fuga, y de un golpe saltamos al otro lado del Somme, recuperamos el molino de los altos de Gauchy, y anduvimos hostigando a placer a la retaguardia francesa, que no volvía la cara ni para decir «amén Jesús». Y así estuvimos persiguiéndolos durante una hora o más sin tener que pelear con nadie, pues el repliegue de los franceses se había convertido ya en retirada y la retirada en fuga, y así nuestros soldados llegaron a las carretas de los vivanderos y al bagaje del condestable, y en ello hallaron gran contento, pues no había carro que no trajera monedas, vituallas o bastimentos con los que hacer buen botín, y así fue hasta tener a la vista los bosques de Montescourt. «¡Rico botín, mi señor! ¡Rico botín!», gritaba y reía Mauricio, que iba llenando un saco con todo lo que encontraba. Y yo le dejaba hacer, que en esas pequeñeces para el alma y grandezas para el cuerpo habita la dicha del criado.

En Montescourt vio el condestable cómo el cielo se desplomaba sobre su cabeza. Junto Montmorency lo poco que tenía, que era alguna caballería de corazas negras, o sea alemanes, y las piezas de artillería que había podido salvar, más la infantería que sus capitanes a duras penas lograban reunir en la fuga. Miró desconsolado a un veterano oficial de su séquito llamado Doignon y le dijo con angustia:

—¿Qué haremos ahora, mi buen Doignon?

—No lo sé —contestó circunspecto el tal Doignon—, pero hace dos horas os lo hubiera podido decir.

Pero dos horas antes nadie dijo nada, ni Doignon ni otro, y así ahora el condestable se veía envuelto por el superior talento de aquel joven general, Manuel Filiberto, al que tan apresuradamente había desdeñado el petulante anciano.

Ya la caballería de Egmont había llegado al llano donde los franceses esperaban resistir. Incapaz de vencer a su propio temperamento, el conde flamenco hizo lo que le pedía el corazón, que no era sino cargar, como acontece con frecuencia en el arma de la caballería, que a veces el caballo tiene más seso que el jinete. Y así cargaron los de Egmont a pecho abierto contra el bloque de Montmorency, en lo cual no llevaron mucha fortuna, porque la artillería que el viejo conservaba y el fuego de sus arcabuceros pudieron repeler el ataque, con lo que nuestra caballería quedó en entredicho.

—¿No será esto todo lo que traen? —díjole a Montmorency el veterano Doignon.

—Dios no será hoy tan generoso conmigo —respondióle el condestable.

Y bien debía de saber el terco anciano, tal vez recobradas las luces, que la tormenta no había hecho más que comenzar, porque en ese mismo momento llegaba al campo de batalla Manuel Filiberto de Saboya al frente del grueso de nuestros ejércitos. Cabeza de Hierro, con la elegancia y discreción del mejor general, amonestó amistosamente a Egmont por su inoportuna fogosidad, llamó a sus jefes y dispuso el más avisado despliegue para dar al enemigo el golpe definitivo. Encomendó a Egmont el ala derecha del ataque, pero le puso al lado al veterano Mansfeld, para templar el ardor guerrero del flamenco. Dio el mando de la izquierda a Brunswick con sus reitres

y a Arenberg con sus infantes. Y él mismo se reservó el mando del centro, bien provisto de artillería, para llevar el peso de la batalla.

Cargaron Egmont y Mansfeld por su lado. Cargaron Arenberg y Brunswick por el suyo. Avanzó Manuel Filiberto. La batalla se hizo tormenta de hierro. El enemigo, viendo la superioridad de nuestras banderas, dobló las piernas. Cinco mil alemanes se rindieron de un golpe, como un solo hombre. Los gascones y aún otros alemanes que formaban con los franceses huyeron al primer choque, ciertos de no poder salir de allí más que con los pies por delante. Solo las bandas francesas y los más veteranos arcabuceros siguieron junto a Montmorency, que formó un último cuadro de piqueros, dispuesto a morir con honor para compensar de algún modo su torpeza. Pero entonces hablaron los cañones de Manuel Filiberto.



Gaspar de Coligny.

*De como se resolvió la batalla de San Quintín,
Montmorency cayó preso y Manuel Filiberto
celebró su victoria*

Quiso Montmorency resistir a la española manera: con un erizo de picas que abriera el vientre de la caballería y mantuviera lejos a cualquier infantería. Y algún éxito cobró, pues los caballos de Egmont, Mansfeld y los demás de los nuestros quedaron frenados por el mar de hierro y el fuego de arcabuz que el erizo vomitaba, y tanto fue así que una bala hirió en un brazo al mismísimo Mansfeld. Pero nadie puede enseñar al maestro sus propias lecciones: leyó Manuel Filiberto el paisaje, ordenó a la caballería que se replegase y soltó de súbito una, dos, tres andanadas de nuestra artillería contra el cuadro de picas del francés. Cayeron al suelo los hierros y los hombres entre alaridos y maldiciones, vino la sangre a pintar el suelo, y las líneas que Montmorency había logrado ordenar volvieron al caos y al desconcierto. Atacó entonces de nuevo nuestra caballería y, esta vez sí, entró en el cuadro francés como cuchillo en manteca. Hierro sobre carne y fuego sobre hierro. Cayeron los franceses en multitud, inermes ante la furia de caballos y jinetes, y dirían después los lugareños que los arroyos y pantanos de Montescourt se tintaron de rojo por la mucha sangre francesa que en aquella jornada corrió.

El condestable Anne de Montmorency viendo lo catastrófico de su derrota y lo muy bajo que había caído su reputación, quiso salvar su nombre y su honor dándose a sí mismo una muerte heroica. De tal forma que el anciano cogió a los suyos, incluido el fiel Doignon, y se lanzó espada en mano contra el torbellino de la caballería española. Debió de ser digna de verse la figura del venerable Montmorency, embutido en su hermosa armadura ennegrecida y adornada con ribetes dorados, enarbolando la espada, caminando hacia el huracán desbocado de los caballos que se enseñoreaban ya del campo de batalla. Pero incluso esta dicha postrera se le hurtó al señor condestable en el señalado día de San Quintín.

Pues ocurrió que entró Montmorency en la polvareda del combate y, nublada la vista, avanzó soltando mandobles al aire y sin ver nada más que su propia desesperación, y en uno de estos

lances, tan ciego por el polvo como por el bochorno que corroía su corazón, fue a tropezar con un jinete español de los de la compañía de don García, que era de arcabuceros a caballo, y que en aquel lance formaba la vanguardia del ataque español con la compañía de don Enrique Manrique, que era de caballería también. Al jinete en cuestión le llamaban Sedano por ser de esta villa y honor, mas era su verdadero nombre Pedro Merino, natural de Pesquera de Ebro. Y Merino o Sedano, al descubrir el lujo de la armadura de aquel anciano que allí se hallaba, conjeturó que era hombre muy principal por el que podría cobrar cuantioso rescate, y se dispuso a hacerle preso. Mas Montmorency, resuelto a dejarse allí la vida, blandió la espada y se arrojó contra Merino, pero al viejo condestable le faltaban las fuerzas que un día le asistieron, y Merino porfió por hacerle entrar en razón. Y como quiera que Montmorency no cejaba, el mentado Merino echó mano del arcabuz y soltó una descarga de plomo en un muslo del condestable, que cayó a tierra herido y lamentándose de su mala fortuna. Que tampoco fue tan mala, porque el tiro de Merino era de los que hieren sin matar, por las blandeces del cuerpo que tocaron y por lo espeso de la armadura del condestable.

Y ya avanzaba Merino hacia el caído condestable para tomar su estoque, cuando se cruzó por allí un capitán español que combatía como hombre de armas, o sea por libre, y que se llamaba Valenzuela. Y entonces Montmorency, al ver a enemigo más distinguido, se dirigió al capitán, y no a Merino, para dar fe de su nombre. Y Merino se hizo cruces por la dignidad de aquel a quien había apresado, y a Valenzuela le entró la codicia, porque un preso así no valía menos de 10.000 ducados, y es fama que Merino y Valenzuela porfiaron por quedarse con el rescate o al menos repartirlo. Y que Valenzuela, que era valentón y muy jaque, hizo ademán de sacar la espada para birlarle la pieza a Merino. Pero Merino, que era soldado viejo, no se menguó por muy capitán que el otro fuera. Y así tengo por cierto que fue Merino quien finalmente cobró la recompensa, pues él tenía en su poder el estoque de Montmorency, que era la prueba material de a quién había de atribuirse la hazaña.

Marcharon Merino y Valenzuela con el maltrecho Montmorency, todavía porfiando entre sí por la pieza, y se dirigieron hacia donde Manuel Filiberto se hallaba. Mucho debió de sufrir el francés al pasear por el campo, pues todo a su alrededor era carne francesa muerta. Habían pasado ya cuatro horas desde que el condestable ordenó la retirada. En ese tiempo, una ola de muerte se había abatido sobre las banderas de Francia. Cada soldado sin vida que yacía en el suelo clavaba sus ojos rígidos en Montmorency y le decía «tuya es la deuda», y cada una de esas bocas sin aliento le gritaba «culpable». La soldadesca de los vencedores desvalijaba los cadáveres y amontonaba el botín, cual es norma de la guerra, y esos otros ojos y esas otras bocas también miraban y gritaban a Montmorency, y reían crueles ante la penosa estampa del anciano vencido. Ya empezaba el sol a rozar el lecho del ocaso y la pronta oscuridad vaticinaba la caída del condestable.

Cabeza de Hierro, enterado de que Montmorency había caído preso, salió de su tienda para recibir al ilustre cautivo. Yo no estuve allí, pero Navarrete me refirió después que Manuel Filiberto hizo honor a su dorado linaje, y no fue menos el viejo condestable, dignísimo en la derrota. Se acercó el Saboya al anciano, que mantenía la cabeza alta y el bochorno en los ojos, le abrazó y le compadeció, y bien debió de estremecerse Montmorency al recibir la amistad de aquel a quien con tanta altanería había antes desdeñado. Interesose Manuel Filiberto por la pierna herida del condestable y ordenó que lo curaran, y después hízole conducir al espacio donde se

acumulaban los grandes nombres de Francia apresados en el combate.

Mucho debió de conmoverse Montmorency al descubrir la cuerda de presos, pues allí encontró el señor condestable a los más ilustres cautivos. Estaba su propio hijo primogénito, Francisco, duque de Montpensier. Estaba Jacques d'Albon, que así se llamaba el mariscal Saint-André. Estaba Francisco de Cleves, duque de Nevers, derrotado con su caballería. Estaba el joven Luis Gonzaga, príncipe de Mantua. Estaba Léonor de Orleans, duque de Longueville y gobernador de Picardía. Estaba el gran Carlos Tiercelin, señor de La Roche du Mayne, un magnífico anciano que se había batido con bravura y al que apresaron herido junto al cadáver de su único hijo: padre e hijo combatieron espalda con espalda hasta el final. Estaba también Joaquín de Cabannes, señor de Rochefort y marqués de Curton, caballero de la reina. Y estaba Otón de Salm, que era el llamado Rhingrave por ser cabeza de esta vieja familia imperial pasada ahora a la herejía, y que a las primeras de cambio se había rendido en Montescourt. Y con mayor dolor pudo saber Montmorency que había caído igualmente preso el joven Juan de Borbón, conde de Enghien, pero tan herido y maltrecho que Manuel Filiberto de Saboya, generoso, ordenó llevarlo a su tienda por ver de curarle el daño, y tantas y tan graves eran las heridas que el joven Juan expiró en presencia del propio Saboya, e hizo Cabeza de Hierro que al cadáver se le rindieran honores antes de devolverlo con mucha ceremonia al campo de los franceses en La Fére, que era donde el enemigo estaba acumulando los restos de su naufragio.

Así fue el balance de aquella jornada gloriosa que los capitanes del rey de España pudieron presentar a Manuel Filiberto de Saboya. Pues de los cautivos franceses, que sumaban seis mil, casi un millar eran nobles por los que cabría obtener cuantioso rescate, y había diez coroneles y treinta capitanes. Y las banderas capturadas al enemigo ascendían a ciento y diez, que eran sesenta banderas y cincuenta estandartes, y de las banderas había treinta de franceses y otras tantas de alemanes. Y los enemigos muertos sumaban cerca de 6.000 infantes más 3.000 caballos. Y entre los muertos de la Francia se contaban 300 gentilhombres, que eran nobleza de guerra, y diez caballeros del servicio del rey francés, de los que solo había cuarenta en todo el reino. Y al campo español pasaron dieciséis piezas de artillería. Y el montón del botín ascendió a suma innumerable en alhajas, oro y monedas, y en ello hallaron gran provecho tanto nuestros soldados españoles como los de otras naciones, pues aquí suele estar la fortuna del soldado más que en las pagas, que siempre llegan tarde y mal.

Cuando llegó mi gente al bosque de Montescourt ya no quedaban franceses por perseguir, pues todos estaban muertos. Los hombres hurgaban en los cadáveres por ver qué encontraban, y detrás venían mujeres, criados y niños que recogían y guardaban lo que los soldados no podían llevar consigo. También Mauricio se entregó a la faena, y a fe que me divertió ver los colores que la codicia había pintado en su rostro.

—¿Ya te gusta algo más la guerra, perillán? —bromeé.

—No querréis, mi señor —protestó él—, que deje esto aquí para que se lo lleve otro, ¿verdad?

De la misma manera, por contarle todo, diré que Constance halló inesperados tesoros en los carromatos de los vivanderos franceses, y las varas de tela que allí ganó darían para vestir a diez princesas, y lo mismo la inagotable colección de diversos enseres que desde aquel día pasaron a adornar nuestro ajuar doméstico.

Y debo finalmente dar cuenta, porque es fama que el hombre era mi amigo, de lo que ocurrió

con otro preso, que fue el capitán español Carvajal, hallado bajo las banderas de Francia. El Carvajal era hombre bien bragado e hidalgo, que años atrás había servido como teniente en la compañía de caballos ligeros de don Enrique Manrique, y nunca nada se le pudo reprochar. Pero la malquerencia de unos y la envidia de otros hicieron que Carvajal anduviera en las peores lenguas, de forma y manera que en pocos días se le creó fama de bujarrón y sodomita. Porfió Carvajal y entró en pendencias, y mucho y mal se habló de él en Gante, y por más que los amigos le dimos consejo, él no cejó, y acabó pasando a Francia y entrando en sus filas, pues entonces estábamos aún en tregua. Pero empezó de nuevo la guerra y el rey Felipe le mandó orden de venir a servirle, y Carvajal dijo que cuando quiso venir ya era demasiado tarde y que, de hacerlo, los franceses le habrían cortado la cabeza, y por eso acabó en el ejército de Montmorency. Y quiso el infortunio que en el lugar de Montescourt fuera Carvajal hecho preso por los mismos jinetes de don Enrique Manrique con los que él había servido, y allí mismo fue puesto en hierros y entregado al alcalde de corte don Francisco de Castilla. Y ya no supe más de la suerte del susodicho Carvajal, salvo que me preguntaron y yo dije que siempre había sido soldado muy cumplido.

Y así terminó la batalla de San Quintín aquel 10 de agosto de 1557, y diéronle a Manuel Filiberto de Saboya la noticia de nuestras pérdidas, que no llegaban al millar entre muertos y heridos, y ordenó Cabeza de Hierro que se cantara un tedeum y se dieran muchas gracias a Dios por la victoria, y esa misma noche mandó a don Enrique Manrique con sus caballos que marchara a Cambrai para dar cuenta al rey don Felipe de la batalla y del triunfo de sus armas.

De cómo el rey don Felipe llegó al campo de San Quintín, y habló con Julián Romero y le dijo que no atacaría París

Dio orden Manuel Filiberto de que esa misma noche partiera Enrique Manrique con algunos de sus caballos ligeros para dar noticia de la victoria al rey don Felipe, que se hallaba en Cambrai con gran provisión de ejército y vituallas. Arribó Manrique a Cambrai con las del alba del oncenno día de agosto, refirió al rey la nueva y todo en la ciudad fue alegría y festejo, con campanas tañendo y salvas de artillería por doquier. A las ocho de la mañana se puso en marcha el rey, y con él su séquito, y con el séquito el ejército, y en él se contaban no menos de cuatro mil alemanes y otros muchos ingleses de los que habían venido a Flandes, mas para darle escolta quiso don Felipe rodearse de españoles, y fueron los infantes que mandaba Rodrigo Bazán. Y todos los infantes vestían ropas azules con bandas rojas, pagadas de su bolsa por el propio rey, y en la tropa había abundancia de arqueros y coseletes con armaduras ligeras, y fue maravilla para las gentes de la Picardía presenciar un cortejo adornado con tanta magnificencia.

Llegó esa misma noche el rey a un poblacho próximo a San Quintín, y allí acudieron Cabeza de Hierro y los capitanes a rendir homenaje al rey y a relatar con detalle la gran victoria de sus armas y el no menos grande quiebro del francés. Fue allí donde Merino, el de Sedano, mostró a don Felipe el estoque de Montmorency y recibió por ello el justo reconocimiento. Sé que preguntó el rey por mí y le dieron noticia de dónde me hallaba, que era en mi bastión del Arrabal, al que los hombres llamaban ya «el burgo de Julián», por lo fieramente que lo habíamos conservado. Y el resto de la velada se fue en una larga plática entre su majestad y Manuel Filiberto, con intercambio de parabienes y confidencias de circunstancias que nadie sino ellos escuchó.

A la mañana siguiente llegó a San Quintín el rey, con el acostumbrado aparato que rodeaba a los monarcas de nuestra patria y que, según me explicó un día cierto señor obispo más dado al vino que a los latines, era herencia de la Casa de Borgoña. Un ejército de soldados delante para darle escolta y otro de criados detrás para darle servicio. Y a los lados, los jefes —Filiberto,

Egmont, Mansfeld y los demás—, dispuestos según un rígido orden protocolario. Venía Felipe armado en todo su esplendor, yelmo y coraza, con una armadura que con razón habría de inspirar a los más grandes artistas. El armero había grabado en el acero del peto la Virgen con el Niño, para dar fe de la protección de la Santa Madre Iglesia, y también el aspa de San Andrés como correspondía a la Casa de Borgoña, e incluso los eslabones del Toisón de Oro y el vellocino, para significar la inigualable alcuña de quien tal hierro se calzaba, gran maestro de esa Orden por ser el rey de España. ¿Y qué os diré del casco, o celada como se llama en la caballería? Sabed que un armero no se convertía en maestro hasta haber sido capaz de labrar un casco, y el que lucía nuestro rey don Felipe era sin duda obra del maestro más excelso. La mano del armero había bañado la armadura con el tratamiento adecuado para evitar su estropicio, y así el acero aparecía como negro y los dorados resaltaban como el oro de Ofir. Y embutido en tal caja de esplendor compareció el rey Felipe en el campo de San Quintín, envuelto en toda su majestad serenísima.

Al atardecer compareció el rey en las trincheras, y allí estuvo departiendo con los generales y capitanes, pues todos ellos habían instalado en el campo sus tiendas y cuarteles. Y también al Arrabal vino, y en que nos dieron noticia de la visita nos aprestamos a recibirle el zamorano Díaz y yo, y Constance que quiso venir.

—¿No vas a presentarme a tu rey? —me dijo con un tono que no admitía negativa.

—Mira, mujer —quise oponerme—, que esta es visita de guerra y no de cortesía.

—¿Y acaso yo no estoy haciendo la guerra como tú? —me espetó Constance muy brava.

Y buena razón tenía, de manera que cedí, pues tanto había penado ella como yo en estos días, y lo mismo Díaz y Mauricio y los otros que me acompañaban, donde estaba también Tejeda, que era un capitán de Salamanca que se había distinguido en la arcabuzada contra Andelot y los suyos en L'Abbiette. Y así, como en procesión, formamos todos con mucha ceremonia en el chamizo que nos servía de cuartel, después de que Constance y Mauricio lo baldearan a fondo para quitarle la mugre, y aún le dio tiempo a mi dueña de adecentarse ropa y cabello para esconder un poco el hollín de la tez y la sangre seca de las manos. Y apareció el rey, que venía con el conde Arenberg. Y allí fueron reverencias y rodillas en tierra, según rangos y dignidades. Y habló Arenberg y habló yo. Y entonces el rey me miró, luego paseó los ojos azules por los circunstantes, hizo ademán de pasar al chamizo, pero le retuvo el hedor, y dijo pausadamente:

—¿Y esa niña? ¡Jóvenes reclutas a tus huestes. Romero!

Era Claudia. La pequeña Claudia. Que se había escondido detrás de las faldas de Constance para acudir a la cita con el rey.

—La salvé yo del Arrabal, mi señor —musitó Constance con un hilillo de voz.

—Bien está —dijo el rey—. Pero esa niña no puede seguir aquí. Tampoco las mujeres, por cierto. Vamos a instalar un hospital de campaña lejos del campo. Las mujeres y los niños, que acudan allá. Arenberg —ordenó al maestro de campo general—, ¿os ocuparéis?

—De inmediato, majestad —obedeció el flamenco.

—Bien. Ahora —me miró— dejadnos solos. Vos también, Margarita —añadió dirigiéndose a mi dueña.

—Se llama Constance, majestad —me atreví a rectificar a su majestad: era la segunda vez que se equivocaba.

Constance hizo una reverencia malhumorada y abandonó el lugar, y con él todos los demás, siguiendo las indicaciones de Arenberg. Quedamos el rey y yo solos. Felipe paseó la mirada por

el suelo manchado aún de sangre.

—He recorrido el campo de batalla —suspiró—. Es atroz. ¿Siempre huele así la victoria?

—Siempre, mi señor —contesté.

—No entiendo cómo mi augusto padre podía encontrar tanto placer en estas cosas.

—¿Quizá porque la derrota huele peor? —bromeé.

—Creo, *sir* Julián, que no volveré a pisar un campo de batalla en toda mi vida.

—Nadie os lo podrá reprochar, mi señor. Vuestro puesto está en otro lado.

—En fin... —dijo Felipe una suave palmada—. Has vuelto a batirte como un bravo. El más bravo. Y tenías razón en lo del Arrabal.

—Me honráis en exceso, majestad.

—En exceso, no —repuso fríamente Felipe—. Lo mereces. Eso es todo.

—Aceptad mi gratitud, mi señor. ¿Y ahora?

—Ahora —bufó el rey—, Manuel Filiberto, Egmont, Mansfeld y hasta mi propio padre me empujan para que tome París.

—La puerta está abierta, mi señor.

—París tiene muchas puertas, amigo mío —perdió el rey la mirada en las murallas de San Quintín—. Hemos ganado una batalla y hemos abierto el camino, pero eso no es bastante.

—El ejército de Montmorency está aniquilado —objeté—. Y el propio contestable está preso, como multitud de nobles.

—Sí, pero resulta que en este momento el rey Enrique ha llamado a filas a los suyos por todo el país, y pronto ascenderá desde Italia otro ejército francés al mando del duque de Guisa, que quiere continuar la guerra a toda costa. Y resulta también que si alguien puede mover a razones al rey Enrique, ese es precisamente Montmorency, que no quería esta campaña. En parte porque odia a Guisa y en parte porque preferiría pelear contra turcos o herejes antes que contra nosotros.

—Mi señor... —dije porque no sabía qué decir.

—No atacaré París, Romero —meneó suavemente la cabeza el rey—. Ya te lo avisé.

—Es cierto que me lo dijisteis. Pero, ¿los demás lo saben?

—Van a saberlo ahora mismo.

Y así Felipe se marchó del Arrabal. Fue la última vez que vi al rey en aquellas jornadas. No pude ver ni escuchar lo que pasó después, pero lo sé porque me lo contó Navarrete. El rey caminó, siempre con la armadura puesta, hasta un pequeño promontorio desde el que se veía casi la totalidad del campo de batalla y, por supuesto, la ciudad de San Quintín, reducida ahora a la condición de presa resignada a recibir el zarpazo del lobo. Tras Felipe marchaban sus generales y los señores de su consejo. Atrás quedaron los gentiles de servicio. Entonces su majestad tomó la palabra y, según lo que me refirió Navarrete, dijo aproximadamente lo siguiente:

«Señores, sé que la alegría de la victoria y el ardor del combate os empujan ahora a tomar París. Sin duda pensáis que, con el ejército de Montmorency derrotado, nada nos impide avanzar hasta la corte del rey Enrique y exigirle una rendición sin condiciones, incluso pasando a fuego París si es preciso. Sin embargo, no es eso lo que haremos. La corona que ciño tiene a gala ser la del más poderoso reino de la única y verdadera religión católica. No seré yo quien derribe otra corona católica cuando los herejes conspiran para empujar al país entero al error de Calvino. El propio papa de Roma, que quiso hacernos la guerra, aceptará ahora los términos de la paz que en mi nombre le ha llevado el duque de Alba. Así mi designio es que, de igual modo, el trono de

Francia acepte una paz duradera entre católicos de buena voluntad. Por tanto, no marcharemos sobre París. Culminaremos el asedio de San Quintín, tomaremos la plaza y la mantendremos como suelo de nuestra corona. Así demostraremos al mundo que España es generosa y, aun victoriosa en el campo de batalla, prefiere la paz a la guerra cuando se trata de querellas entre hermanos de la misma fe. Así se lo he hecho saber a su santidad Paulo IV, así se lo haré saber al rey Enrique II de Francia y así os lo hago saber ahora a vosotros, mis capitanes y hombres de mi consejo. Es todo».

No sé cuánto puso Navarrete de su ingenio en este relato, pero eso es lo que él me dijo y eso fue lo que al cabo pasó: que se cerró el asedio sobre San Quintín, el grueso del ejército volvió hacia Flandes y no hubo, ni nunca habría, ataque sobre París.

Ya digo que yo ni vi ni oí la arenga. Lo que vi fue cómo Constance, una vez se hubo alejado el rey, corría hacia mí con el rostro ensombrecido. Y lo que oí fue que mi dueña, apenas puesto un pie en el chamizo, me espetó:

—¿Quién es esa Margarita?

—¿Quién es quién? —pregunté confundido.

—¡No te hagas el tonto! —se sulfuró Constance—. El rey me ha llamado Margarita. ¿Quién es esa Margarita?

—Mujer... —dudé—. No lo sé. No conozco a ninguna Margarita.

—¡A otro perro con ese hueso! El rey te ha visto con una mujer y por algún motivo ha pensado que esa mujer, o sea, yo, se llama Margarita. ¿Cuál es ese motivo? ¿Por qué me ha llamado Margarita? ¿Quién es Margarita? ¿Alguna esposa tuya?

—¡Constance! ¡Te juro que...!

—¡No jures en vano! —me interrumpió ella.

—Constance —traté de apaciguar a mi furia de ojos verdes—, no sé por qué el rey te ha llamado Margarita. De hecho, incluso dudo de que el rey sepa cómo te llamas.

—¿Nunca le has hablado de mí? —preguntó nuevamente ofendida.

—Constance, mis días de intimidad con el rey se limitan a los años de Londres, y en aquella época tú y yo no nos conocíamos. Después, el rey y yo apenas si nos hemos visto, y siempre para cuestiones del servicio. Por supuesto que no le he hablado de ti —mentí—. No, que yo recuerde. Y si lo hubiera hecho, ¿crees que su majestad, con todas las cosas que tiene en la sesera, recordaría tu nombre?

—Y sin embargo, ¡me ha llamado Margarita! —se obstinó Constance.

—Amor mío —suspiré yo— te juro que no sé quién es Margarita. Más aún, te juro que no hay otra mujer en mi vida. ¿Cómo podría haberla, si cuando no estoy contigo, estoy en campaña? ¡E incluso en campaña te llevo conmigo!

Plugo a Dios que en aquel momento sonara fuego en la muralla de San Quintín, y con ese alivio pude abandonar el chamizo para acudir a las baterías del bastión, que más llevadero es el peligro de la carne que el del corazón.

Y no me preguntéis quién es Margarita, porque aún a fecha de hoy lo ignoro.



Pedro Menéndez de Avilés, encargado del abastecimiento por mar del ejército.



El conde de Arenberg, Juan de Ligne, maestre de campo general del ejército español en San Quintín.



Lázaro von Schwendi, diplomático y general al servicio de los Austrias.



William Herbert, lord Pembroke, jefe del contingente inglés en San Quintín.

De como fue el asedio de San Quintín, y con qué ingenios se instó a Coligny a rendirse pero el tigre no quiso, y la sangre que por ello corrió

Ningún asedio es negocio de brillo para el caballero, porque las más de las veces se combate entre fango, sangre y mierda, y no ves al que te mata ni ves al que tú das muerte, y puede más la industria del que excava la mejor mina que el valor del más preclaro hidalgo, y el espíritu de la caballería andante se quema en aceite hirviendo, y el esforzado infante no ha de blandir la pica, sino el pico, y todo es así de sucio y astroso que se diría más trabajo de esclavos que de soldados. Pero los dados te vienen como Dios quiere, y ha querido que en este tiempo nuestro se pelee más en asedio que en campo abierto, y así en San Quintín, aun ganada la batalla, no hubo otra que apretar el cerco hasta que la ciudad cayera por las buenas o por las malas. Por las buenas no quiso, que bien que envió el rey don Felipe emisarios al almirante Coligny para invitarle a una rendición honrosa, pero el almirante la desdeñó y aun dijo que pronto llegarían refuerzos de Francia y nos matarían a todos. Y como no quiso Coligny por las buenas, fue por las malas. Era el 14 de agosto de 1557.

La terquedad de Coligny era digna de encomio. Y no estaba loco el almirante, no, que sabía lo que se hacía, porque era verdad que dentro de San Quintín guardaba recursos sin fin, primero de pólvora y balas y bastimentos, y además de vituallas y agua y alimentos. De esto último, empero, también nosotros nos beneficiábamos, porque no he visto nunca tierra más feraz que aquella. Es sabido que en campaña se suele pasar hambre, pero en San Quintín, a poco que pudimos instalarnos adecuadamente, nunca faltó comida para los hombres, ni forraje para las caballerías ni pienso para el ganado, pues por todas partes había de dónde sacarlos, y así el asedio podía durar hasta meses. Que era en lo que confiaba Coligny para que pudiera llegar el socorro del rey de Francia. Y que era lo que nuestras armas no iban a consentir porque teníamos más prisa y mejores mañas.

Yo no podría describiros aquella empresa, sino como una larga y repetitiva faena de

demolición, que eso es al cabo lo que hicimos. Y mientras demolíamos los muros de San Quintín por donde más frágil era la pared, íbanse acercando nuestros hombres a las puertas así abiertas, y allí el fuego de unos y de otros envolvía a los cristianos sin mirar a quién. Los míos, en nuestro bastión del Arrabal, no teníamos otra orden que tirar y tirar contra la puerta de la isla con nuestras baterías viejas y con las nuevas que nos habían venido con el ejército del rey, y a fe que lo hicimos a conciencia, porque ni un minuto cesó el fuego, ni de día ni de noche, y era de mucha impresión ver cómo las piedras de la muralla caían amontonadas a un lado y al otro, y poco a poco veíamos cómo iban abriéndose claros en la pared, primero como aspilleras, después como ventanucos, más tarde como ventanas y, al fin, como puertas.

No siempre salían bien las cosas, y una bala que tiramos pegó de soslayo en el quicio de la muralla y salió rebotada, con la mala fortuna de que fue a caer en una de nuestras trincheras, y allí mató a cinco. Y a un artillero de los de Navarrete le aconteció que entró en duelo personal con otro artillero de los de San Quintín, y el uno y el otro se disparaban a ver quién acertaba mejor al otro, y en un momento en que el español hizo una pausa, disparó el francés, y al nuestro le voló una mano y un muslo. Y otro día un cañón de la villa tiró una bala que fue a dar en las tiendas del duque de Saboya, pero Manuel Filiberto no estaba allí, sino en las trincheras, aunque la bala mató a un paje y a un alabardero del general e hirió a otros tres que por allí andaban. Mas peor aún lo vivían quienes tenían que acercarse a los muros desde otras posiciones, a través de las trincheras trazadas por el plano de Bernardino de Mendoza, porque allí a veces quedaban expuestos al fuego y a los ingenios del enemigo, y era mucho el sufrimiento.

Tan duro fue el bombardeo, que el rey dio orden de no tocar ni iglesias ni casas, pues quería conquistar una ciudad, no un campo de ruinas. También dispuso su majestad no dañar en lo posible mujeres ni ancianos, porque el almirante Coligny, contra lo que nos dijo en su momento, no había hecho salir de la plaza a todas las mujeres, sino que allí quedaban un par de millares. Supimos esto un día que se abrió la puerta norte, la que daba a la línea de los alemanes, y aparecieron por ella centenares y centenares de mujeres llorando y gimiendo, y dieron los jefes orden de acogerlas, pero a algún alemán nervioso se le soltó el dedo del gatillo y arcabuceó hiriendo a un par, de donde todas las demás se metieron de nuevo a toda prisa en la ciudad. Y otro día se escapó un mozo por los muros abajo, huyendo, y fue llevado ante el rey, y díjole allí que el almirante Coligny había dispuesto que nadie podría hurtarse al combate, y que ahorcaría al que flaqueara, y que prohibido quedó en San Quintín reunirse más de tres personas a platicar, por miedo que Coligny tenía a las murmuraciones y a los abandonos, y que por la misma razón había encerrado a todas las mujeres en las iglesias de la villa, para que con sus lloros no mermaran la resolución de los hombres. Y puesto que ya he dicho que el almirante era un tigre, no hay más que explicar.

Sabiendo esto, resolvió su majestad enviar un mensaje a los moradores de San Quintín por ver de salvar a quien se pudiera y, si no, al menos sembrar la duda en los corazones de los defensores. Y fue el tal mensaje una serie de saetas lanzadas al azar con sendas notas donde se instaba a los defensores a rendirse, con promesa de respetar sus vidas y dejarlos ir. Enterado Coligny, mandó tomar las saetas y las devolvió a nuestro campo con otro mensaje que decía solo «Regem habemus», como para decir que allí no se obedecía a otro rey que al de Francia. Y estando así las cosas, no restaba sino entrar a degüello. Esto fue el 24 de agosto de 1557.

Con el batir de nuestra artillería, gruesas piedras de la muralla de San Quintín habían caído en gran cantidad al foso que circundaba la fortaleza, y al colmar así el foso elevaron el terreno, de

donde ya no había foso ni nada que se le pareciera, con lo cual el camino quedaba más abierto para los asaltantes. Y para hacer aún más quebranto en la muralla, había dispuesto Bernardino de Mendoza que se cavaran varias minas desde nuestras trincheras hasta por debajo del suelo de los muros. Y la tal mina consistía en una galería que terminaba en anchas bóvedas que se llamaban hornos, y aquí habían de colocarse las cargas de pólvora para hacer volar los muros.

Y para que los hombres pudieran circular entre las trincheras y el foso y la boca de las minas, se había provisto un buen número de artefactos llamados mantas que eran de notable ingenio, pues se trataba de gruesos tablones transportados en ruedas y que cubrían como cobertizo a los infantes, de manera que el fuego que nos mandaban desde las murallas no hacía mella. Y los franceses contestaron a nuestra mina que creyeron más principal con una contramina, que era otra galería opuesta para abrasarnos vivos. Tanto trabajaron en la mina los de San Quintín, que allí se empleó a todo hombre útil, al punto de dejar descubiertas las murallas. Y tan pasmoso fue un día el silencio en las murallas, que un capitán llamado Salinas le echó arrojo y trepó a los muros por ver qué había, y halló que nadie estaba en los muros ni abajo, pues todos los franceses trabajaban en la contramina que ya he dicho.

Como los franceses trabajaban todos en aquel punto, quiso Manuel Filiberto cebarles aún más y tramó una añagaza, que en la guerra el engaño no es pecado, sino cimiento de la gloria. Fue la tal añagaza que un gran número de hombres se trasladara a los alrededores de la mina principal, de modo que los franceses pensaran que por allí iba a ser el asalto, y dejaran sin protección los otros puntos por donde la muralla hacía brecha. Y la astucia de Manuel Filiberto tuvo éxito, porque Coligny concentró allí mucho fuego. Y esto era el día 26 de agosto. Y llegadas las cinco de la tarde, su majestad dio orden de retirarse a los cuarteles y que al día siguiente estuvieran todos preparados, porque en ese día sería el asalto.

Llegaba la hora decisiva y quise despedirme de Constance. Acudí en la noche del 26 de agosto al hospital de campaña, que allí vivían Constance y la pequeña Claudia desde que el rey Felipe se lo mandó. Por orden de su majestad se había instalado el hospital en una gran alquería o granja, cerca de una fuente de agua clara, por evitar los miasmas de los pantanos, y no lejos de la gran laguna de San Quintín. Dirigía el hospital don Fernando Enriquez, que era hermano del almirante de Castilla, del linaje de los Enriquez y los Girones, y además maestrescuela de Salamanca y arcediano de Madrid, y hombre pío y riguroso, de tanta ciencia como agrio talante. En que me vio aparecer, torció el morro el sabio Enriquez, que se ve que no quería hombres sanos por allí rondando, sino solo heridos y moribundos, pero no estaba la Magdalena para tafetanes ni yo para mohines, así que ignoré al Enriquez y llamé a mi dueña. La hallé en medio de aquel gran establo convertido en sanatorio, con doscientos catres o más, y todos atestados de hombres entre la vida y la muerte.

—Será mañana —le dije—. Vengo a que me desees suerte.

Constance no dijo nada. Solo me abrazó y me dio dos besos. Olía raro, mi dueña; una mezcla de afeites y hierbas y alcoholes y sangre fresca y carne muerta, que es el aroma que dejan la herida y su cura. Miré el semblante de Constance y vi que sufría, que no hay temperamento que resista entero tanta convivencia con el dolor. En ese momento noté un golpe a mis espaldas y un cuerpo pequeño que me abrazaba: era la niña Claudia, que estaba en el hospital con mi dueña. No me creeréis, ya lo sé, si os digo que me tembló el corazón. Me marché de allí dejando a la mujer y a la niña en sus tareas, que no les faltaban y aún menos les iban a faltar.

Solo me quedaba por hacer una cosa antes de que cayera la noche: buscar a Mauricio y darle las últimas instrucciones. Lo hallé junto a la laguna, según solía, tratando de pescar alguno de los muchos y muy batallados peces que allí crían. Me acerqué despacio, por no espantarle las presas.

—Mauricio —musité.

—Mi señor... —susurró él a su vez, sin abandonar caña ni puesto.

—Mañana asaltaremos San Quintín.

—Eso he oído —le flaqueó la voz.

—No estarás mañana a mi lado. No quiero tenerte cerca.

—¿Por qué? —giró súbitamente la cabeza como fingiendo que se le hubiera dictado un castigo, que ya sabía yo que no.

—Porque tienes cosas más importantes que hacer —le expliqué—. Lo de mañana va a ser un barullo ingobernable. Todos esos alemanes e ingleses van a entrar en la ciudad dispuestos a no dejar títere con cabeza, ni humano con bolsa ni mujer con virtud. Los franceses van a vender cara su piel porque Coligny ha conseguido que su gente le tema más a él que a nosotros. El plomo va a llover como galerna en la mar. No sacarás ningún provecho, porque los mercenarios matarán por hacerse con el botín. Y además, te necesito vivo. Por si yo caigo.

—¡Mi señor! —volvió a sobresaltarse mi criado.

—Escúchame atentamente —miré a Mauricio a los ojos—: Quiero que mañana, en cuanto empiece el asalto, vayas al hospital con Constance y Claudia. Harán falta brazos, así que nadie te echará de allí. Mira por ellas. Cuando todo haya terminado, nos veremos aquí mismo, en el bastión. Si yo no aparezco, búscame. Asegúrate de que me entierran como Dios manda, que no quiero que esa chusma me descuartice. Después, ocúpate de que Manuel Filiberto y el rey tengan noticia de mi muerte. Asegúrate de que Constance recibe lo que es debido, que son unos dineros que ya tengo apalabrados. Y procura que vuelva a Bruselas lo antes posible. Ella lo sabe todo sobre mi testamento. ¿Has entendido?

—Es la primera vez que no voy tras vos en un asalto —farfulló mi criado, no sé si contrito o aliviado por no participar en la pelea.

—También es la primera vez que mi mujer viene conmigo a una guerra. Alguien debe ocuparse de ella.

—Así lo haré, mi señor —acató Mauricio, y en ese momento agarró fuerte la caña, porque un pez acababa de picar en su anzuelo.

Y así acabó la jornada de víspera del asalto a San Quintín.

De como Julián Romero se lanzó al asalto, y cómo halló al bravo Andelot, y cómo una bala de mosquete rompió la pierna de Romero

Pasadas las dos horas del mediodía del 27 de agosto de 1557, con el sol en lo alto y en el momento en que menos blanda se hallaba la húmeda tierra de San Quintín, salió de su tienda su majestad el rey don Felipe ciñendo armadura. Era la señal que todos esperábamos. Tronaron de nuevo los cañones y aullaron los hombres. El asalto iba a comenzar.

Yo tenía en mi Arrabal cuatrocientos españoles y dos mil ingleses. Navarrete, a mi lado, formaba con los españoles de su Tercio de Sicilia y con tres mil alemanes que enseguida se convirtieron en cuatro mil, porque oyeron los tudescos que por allí iba a ser la acometida y pronto se añadieron más peones hambrientos de botín. Y estos alemanes de Navarrete eran los que había traído Schwendi, el forzado enano amante del vino. Y Cáceres, en su parte, traía a los españoles de su tercio más otros tres mil alemanes. Y en esto había hombres de a pie y de a caballo, pues las brechas abiertas en el muro eran ya tan grandes, y tan expedito estaba el camino a ellas, que las caballerías podían franquearlas. Y estos éramos los que íbamos a entrar en la ciudad.

Os diré ahora cómo se había planeado el asalto. Primero había que mover al enemigo a creer que el esfuerzo mayor iba a corresponder al sector donde estaba el tercio de Alonso de Cáceres, que allí se había excavado la principal mina, según la maña antes dicha. Después, y con el enemigo así cebado, se ejecutaría el verdadero asalto no por ese punto, sino por la puerta del Arrabal y sus aledaños, o sea el sector que cubríamos Navarrete y yo. Ya veis que el rey Felipe y Manuel Filiberto fiaban la bandera a los mandos españoles y no a los otros. Mas, por ahorrar sangre en el primer choque, dispusieron también que el primer asalto lo dieran nuestros peones alemanes e ingleses, y que los infantes españoles acometieran después, en segunda línea, en la previsión de que ingleses y alemanes flaquearían en el envite. Cuando los defensores de San Quintín hubieran corrido al Arrabal, entonces sí entrarían los de Alonso de Cáceres por donde la mina, y luego las demás banderas por donde pudieran. Y en el asalto había de ponerse cuidado en

no matar mujeres ni niños, y respetarlos, así como a las iglesias, y no profanar ni entrar en carnicerías. Eso es lo que mandó el rey. Pero las órdenes que se escriben en papel dejan de leerse cuando la sangre emborriona las letras.

Y si queréis saber cómo eran las puertas por donde debíamos entrar, os explicaré que no eran realmente puertas, sino agujeros en el muro o rampas de cascotes que ascendían hasta la muralla desmochada. El batir de la artillería en las semanas precedentes había cubierto los fosos con las piedras que caían de la propia fortificación, y los trozos de lienzo caídos al suelo eran tantos y tan voluminosos que iban a servirnos de escaleras. De modo que para entrar en San Quintín bastaba con trepar. Y aquí, como en lo otro, también las órdenes estaban claras, pero igualmente la sangre las iba a enturbiar.

A la hora convenida, que serían ya pasadas las tres, un trueno más grande que el del Apocalipsis se elevó sobre el cielo de San Quintín. Cuatro mil arcabuceros de varias naciones comenzaron a disparar a la vez contra las murallas de la ciudad, y al tiempo la artillería soltaba sus balas sobre los muros, y esto lo hacían para que los defensores escondieran la cabeza y nos dejaran campo libre. Y entonces fue.

Ya os he dicho que la puerta de la muralla que daba al Arrabal estaba enteramente demolida por el mucho daño que nuestras baterías le habían hecho. Lo que teníamos enfrente no parecía ya una muralla, sino más bien una montaña informe de cascotes, y aquí y allá en la montaña se abrían valles que invitaban al asalto, y en aquellos valles habían colocado los franceses gentes de mosquete y de arcabuz, pero con gran riesgo, porque lo mismo que ellos tenían campo abierto para dispararnos, así lo teníamos nosotros para darles, y por prevención de los unos y los otros nadie asomaba la cabeza. Llegada la hora del asalto, dio Navarrete la orden de avanzar cubriendo el movimiento con fuego de nuestros tiradores y una última andanada de nuestra artillería, y después de esto nuestras baterías callaron, que hasta el bravo Francisco Díaz abandonó sus cañones del bastión para cerrar contra el enemigo.

Me ceñí el morrión, cebé mi arcabuz y esgrimí la espada. Mi último pensamiento no fue para mi alma. Fue para la curva de las caderas de Constance, para el abrigo de sus pechos y para la fruta de sus labios. Solo después encomendé mi alma a Dios, por lo que pudiera pasar.

«¡Sus y a ellos!», «¡Santiago!», «¡Santiago y cierra, España!»... Cada cual gritaba lo que el corazón le ponía en la boca, y yo os digo que no hubo soldado español que rehusara el choque, pues españoles fueron los más de ellos, porque los alemanes de Schwendi que se nos habían pegado, siendo más en número, eran menos en condición, al igual que mis ingleses. Respondieron los franceses poniendo cuadros de piqueros en los puntos por donde más podía preverse nuestro paso, pero bien se veía que las picas les temblaban en las manos, y que sus aullidos venían más del miedo que de la furia. Mas lo que les faltaba a los franceses en las manos, les sobraba en los mosquetes y en las calderas, porque enseguida se convirtió aquello en una tempestad de plomo y de alquitrán hirviendo y de fuego sin distinción.

A Íñigo de Mendoza le dieron un arcabuzazo en las espaldas y la bala le atravesó el cuerpo, cayó al foso y allí lo pisotearon hombres y caballos; cuando se lo llevaron a su tienda ya estaba muerto. Al sargento mayor Ramírez le entró una bala de arcabuz por un ojo y lo echó a tierra, muerto. Al capitán Corcuera, un veterano que había ascendido desde mozo por su valor, lo mataron de un arcabuzazo en la espalda que le salió por el pecho. A don Francés de Álava le echaron alquitrán hirviendo y le quemaron cejas y pestañas, y cayó al foso y allí estuvo tendido

sin poder moverse mientras los hombres pasaban sobre él. Al capitán Juan Pérez lo mataron de un tiro. Una mina que habían hecho los franceses en la muralla voló y se llevó a veinte españoles de la compañía de Antonio de Velasco. Y así todo.

Navarrete porfiaba por entrar más hondo en su frente, pero los alemanes que llevaba delante se dieron al saqueo y entorpecían el paso de los soldados, y el desbarajuste fue fenomenal. Una bala de cañón francés reventó en la tierra, y una de las piedras que levantó fue a dar en la cabeza de Jerónimo Cavanillas, caballero del rey, aunque no murió. Los franceses aprovecharon que andábamos desbaratados y cerraron la defensa, y entonces nuestros alemanes se vinieron abajo y retrocedieron de nuevo al foso. Llegaron los capitanes Diego de Hoyos y Diego de Rojas con ochenta españoles a socorrer a Navarrete, y cogieron a los franceses por la espalda y así se allanó la entrada del Arrabal, que todos llamaban ya el Burgo de Julián, como ha quedado dicho. Y solo en ese momento los alemanes volvieron.

Mi gente y yo entramos a degüello por nuestra parte, envueltos en una nube de polvo y humo, aunque el viento soplabá contra los franceses, de manera que ellos aún quedaban más cegados que nosotros. Noté que una bala pegaba en mi morrión, pero rebotó sin daño. Luego vi que de entre unos escombros me salía un tipo armado de pica y le solté un arcabuzazo, que aún tenía yo el arma inédita. De mis ingleses, muchos cayeron a mi alrededor porque, encelados con el botín, se metieron por una callejuela donde recibieron una lluvia de plomo.

Como los franceses se habían movido a nuestra puerta, dejaron desamparada la parte de Alonso de Cáceres, y por allí se colaron entonces los nuestros con sus alemanes, que no tardaron ni un suspiro en romper a saquear lo que encontraban. Y con esto se vieron los de San Quintín envueltos y ya no hubo gran lucha, porque la tierra estaba tomada y nada quedaba por defender.

Con cuatro o cinco de los míos, que ya digo que poco se veía, corrimos a buscar los palacios de la ciudad en la idea de que allí estarían los jefes de la defensa, los hermanos Coligny y Andelot, y a mi lado venía en esto Francisco Díaz, el de Zamora. Y cuando llegábamos a la plaza de la Stadhuis, un grupo de caballeros muy peripuestos nos salió al paso espada en mano y a pie quieto, y a mí me botó el corazón en el pecho cuando descubrí quién los mandaba:

—¡Andelot! —grité.

—¡Romero! —gritó el francés.

Y no hubo más palabras, porque de inmediato nos lanzamos unos contra otros espada en mano, que allí ya nadie tenía arcabuz presto a tirar, y yo busqué a Andelot y él a mí, y dos veces chocamos el acero él y yo, y también los que venían con nosotros. Y ya se oía a los alemanes de Navarrete y a mis ingleses correr por la calle a nuestras espaldas, y ya se veía a los alemanes de Cáceres hacer lo propio por el otro lado, pero en aquel momento, en nuestra liza, en mi cabeza solo existíamos Andelot y yo. En silencio, sin otro ruido que el del acero, nos buscábamos con nuestras espadas, ciertos de que solo uno podría salir vivo de allí. Y entonces sonó un estampido.

Caí. Quise levantarme. No pude. Miré mi pierna siniestra: una bala me la había reventado. Luego miré a Andelot, que había quedado tan paralizado como yo, y con él sus hombres, de los que quedaban dos, y los míos, de los que quedaban tres. Maldije mi suerte: era la segunda vez que caía ante Andelot, y ninguna de ellas me había tirado él. Ya se cernían las bandas de lansquenets alemanes y mercenarios ingleses sobre nosotros. Mis hombres me miraron.

—¿Lo prendemos? —preguntó Francisco Díaz.

Negué con la cabeza. No me preguntéis por qué.

—¡Déjalo! ¡Ve a por el almirante Coligny! —apremié al de Toro—. ¡Que no lo cojan los alemanes!

Andelot aprovechó la ocasión. Miró a sus dos compañeros y, sin perder un segundo, salieron los tres a escape. Vi que a uno de ellos se lo tragaba la marea de alemanes. Andelot y el otro lograron escabullirse. De manera que si en algún lugar os cuentan que en San Quintín los soldados españoles dejaron huir a *monsieur* d'Andelot, sabed que es verdad: fui yo.

Miré mi pierna. Dolía horribilmente. Aquella bala me había entrado por detrás del muslo, justo encima de la rodilla, y había salido por delante dejando un grueso agujero. Por el tamaño del hueco y la potencia del tiro debió de ser un mosquete. Y seguro que francés, porque los nuestros, en el asalto, llevaban solo arcabuces, que son más ligeros. Sin duda fue alguno de los tiradores apostados en los altos de la Stadhuis. Pero todo esto lo cavilé después. En aquel momento solo veía la muchedumbre de la soldadesca que se derramaba por las calles de San Quintín, y cada vez la veía menos, pues la sangre perdida me nublaba la visión y me abotargaba el entendimiento. Traté de quitarme de en medio por que no me pisoteara la muchedumbre. Todo se iba haciendo, empero, muy oscuro. Confusamente aparté de un manotazo a un fulano que intentó quitarme la espada. Después sentí que pies sin nombre tropezaban con mi cuerpo. Y enseguida, dos manos que agarraban mis brazos sin que yo pudiera oponer la menor resistencia. Dirigí la vista a quien así me arrastraba.

—¡Mauricio! —pude aún decir.

—¡Aquí estoy, mi señor! —bufaba mi criado tratando de apartarme de la marea humana que por todas partes se extendía.

—¡Te dije que te quedaras con Constance!

—La señora no me dejó —repuso el moro.

Y ya no recuerdo nada más de la jornada del asalto a San Quintín, aquel 27 de agosto de 1557.

De cómo Francisco Díaz prendió a Coligny y la villa de San Quintín se rindió, y la carnicería que allí hicieron alemanes e ingleses

Aunque yo ya no estuve allí para verlo, pues mi fiel Mauricio se apresuró a sacarme de la ciudad, sí puedo contaros cómo terminó la jornada del asalto. Escuchad.

Francisco Díaz, el zamorano sin dientes, hizo lo que le encomendé y marchó por derecho a la Stadhuis por ver si allí estaba el almirante Coligny. No tuvo que buscar mucho porque el propio Coligny apareció en la puerta de la casa, ataviado con lujosísimo terciopelo negro adornado de oro, y esto lo hizo para dar a entender que era persona muy principal y que más valía vivo que muerto, pues su libertad reportaría mucho dinero al que cobrara el rescate. Venía Coligny majestuoso y serio, sin perder el gesto de tigre, caminando despacio y como si la catástrofe que a su alrededor se desataba no fuera con él. Traía el estoque en la mano, sujeto hacia abajo por el pomo, y buscó directamente a Francisco.

—Soy el almirante Coligny —dijo tranquilamente.

—Daos preso en nombre del rey de España, mi señor —farfulló Díaz en el francés que pudo, que sin dientes como hablaba no debió de resultar lengua de cristianos, pero que Coligny entendió sin más pesquisas.

Francisco Díaz, con tres que le acompañaban, flanquearon a Coligny y se fueron a buscar al maestre de campo Navarrete, que andaba dando las últimas órdenes en medio del desbarajuste. Vio Navarrete al francés, le hizo una reverencia y le ató las manos. Coligny no dijo ni palabra. Solo descargó una mirada de fiera en los nuestros.

—¿Ese es el estoque del almirante? —preguntó el maestre a Francisco.

—«Fi» —contestó el zamorano.

—¿Sabes, amigo Díaz, que Cabeza de Hierro te recompensará por esto?

—¿Cuánto, mi señor?

—Échale diez mil ducados —valoró Navarrete con la tranquilidad de quien estuviera pujando

en el mercado de verduras de su pueblo.

Y de allí salieron todos con la pieza cobrada para llevarla ante Manuel Filiberto de Saboya. Y yo que me alegré mucho al saber que el de Toro se veía así gratificado, porque había combatido mucho y bien desde los cañones de nuestro bastión del Arrabal.

Entretanto, la peor de las calamidades se había desatado sobre San Quintín, porque la soldadesca, enardecida como estaba, entró a degüello en todo lo que encontraba y se entregó a un pillaje desenfrenado que fue cosa más de mongoles que de cristianos. En esto es de justicia decir que los más bárbaros fueron los alemanes y los ingleses, y ahora os explicaré por qué: porque habían recibido mucho castigo en el asalto, porque estaban corridos de vergüenza por haber retrocedido en el primer choque y porque para eso habían ido allí, que no otro sino el botín era el aliento que impulsaba a aquella gente. Y así se hizo que a la postre fueron tudescos e ingleses los que mayor parte se llevaron.

Todo lo que os pueda contar será poco. Ya ha quedado dicho antes que Coligny no había hecho salir a todas las mujeres de la ciudad, sino que muchas quedaban en ella, y todas encerradas en las iglesias y en sus sótanos, para que con sus llantos no desanimaran a los hombres. Al entrar los nuestros, las hallaron allí metidas, hacinadas, envueltas en un terrible olor de orines y deshechas en gritos y lamentaciones. Pues si horrible había sido su cautiverio, aún más terrible pintaba su redención. Y aunque nuestro rey don Felipe había dado orden de no tocarles ni un pelo, los alemanes y los ingleses hicieron oídos sordos a la palabra de su majestad y con espadas y cuchillos las intimaban a revelar donde estaban sus tesoros y bienes. Y los españoles, al ver esto, salían en protección de las pobres mujeres por dar cumplimiento a la orden del rey, y al hacerlo dejaban sus respectivas partes del botín, y entonces esos alemanes e ingleses aprovechaban para robar el botín que a los españoles pertenecía, y no hubo ni una ni dos, sino muchas riñas que acabaron en muerte por causa de estos robos.

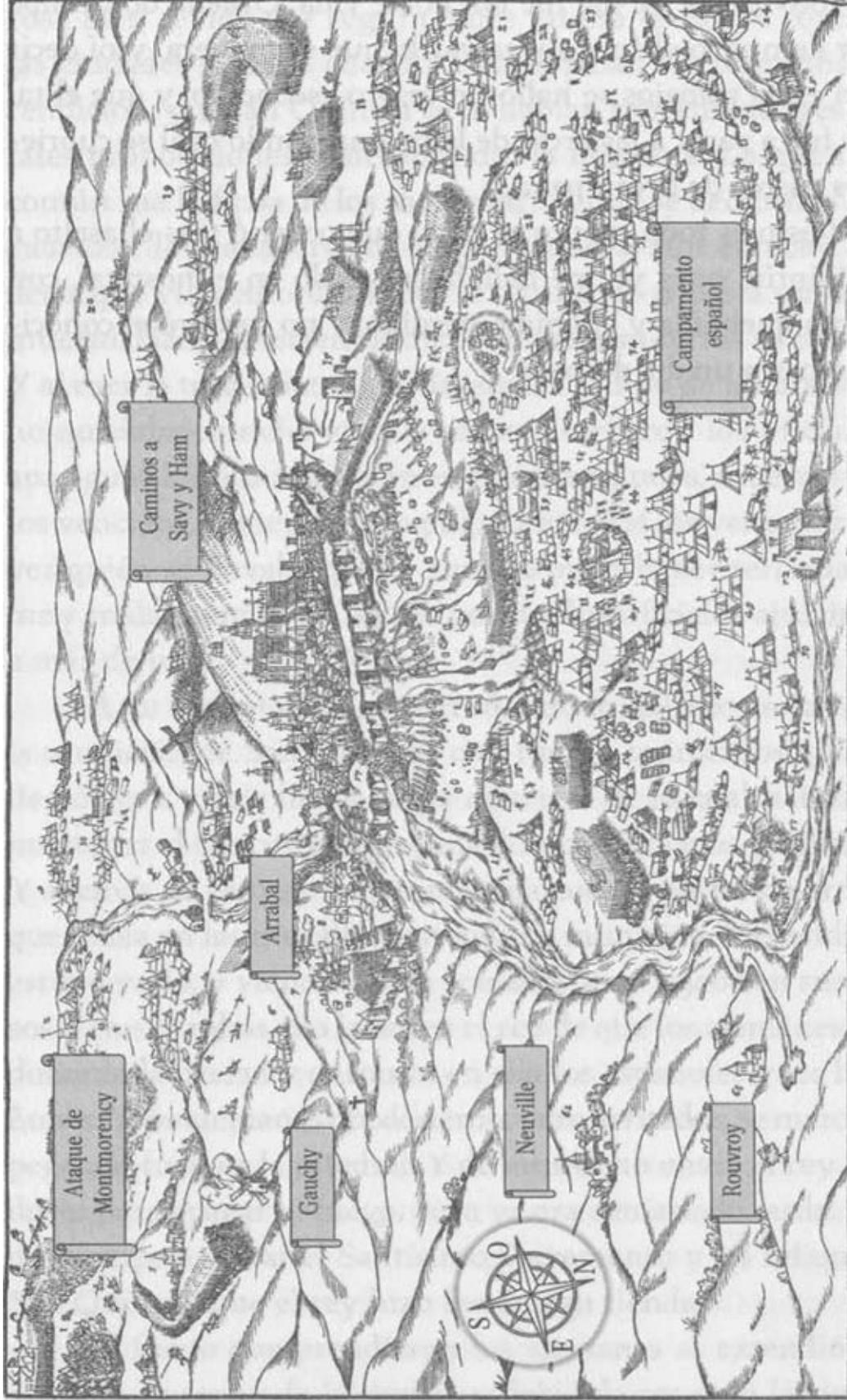
Al fin pudieron salir las mujeres, aunque en camisa porque todo lo demás tuvieron que entregarlo, y escoltadas por españoles fueron conducidas al campo en número de tres mil, y el rey ordenó darles carros para llevarlas así a La Fére, donde el campamento francés. Mas lo que vieron al salir aquellas mujeres debió de horrorizarlas más todavía, pues la soldadesca, en su embriaguez de victoria, se había entregado a una carnicería atroz con los varones que defendían la ciudad. Solo salieron vivos los que, por posición, pudieron mostrar que valían un buen rescate. Que todo defensor sería degollado era cosa bien tenida por segura, pues tal era la suerte común de las ciudades sitiadas cuando no aceptaban los términos de la rendición, y a San Quintín se le habían presentado tres veces tales proposiciones y siempre dio la negativa. Lo que no era común fue la furia de los mercenarios, que se dedicaron a descuartizar los cadáveres de los vencidos, y aún escuché a uno decir que vio cómo un inglés le sacaba las tripas a un francés muerto. Hasta setecientos diez franceses muertos se contaron. Y al caer la tarde, San Quintín era un campo de muerte donde no quedaba chinche vivo, y todavía tardaron los oficiales en apaciguar los ánimos de unos y de otros, pues, muertos todos los vencidos, comenzaron a pugnar entre sí los vencedores por ver quién se llevaba qué, y aquello pudo haber terminado de muy mala manera de no ser porque los oficiales ajusticiaron a más de uno.

A su majestad se le reservó todo lo hallado en la casa de la munición de San Quintín, que fueron quinientos quintales de pólvora y seis mil fanegas de trigo, de lo cual habría para mantener al ejército en campaña durante semanas y aun meses. Y además de esto se tomaron las cincuenta

piezas de artillería que había en las murallas con toda su munición. Y cuando todo estuvo vacío, y viendo que la soldadesca no cejaba en sus excesos y en sus robos, dio la orden el rey de que los alemanes abandonaran la ciudad y entraran en ella los españoles y los borgoñones. Y los alemanes obedecieron, pero, irritados, se marcharon pegando fuego a la catedral. Y de inmediato envió el rey gastadores para apagar el fuego, pero ya era demasiado tarde, y solo dio tiempo a salvar el Santísimo Sacramento y las reliquias de San Quintín, que el rey hizo llevar a su tienda.

El fuego que prendieron los alemanes se extendió hasta quemar un tercio de la ciudad, y debió de ser gran lástima ver así de roto lo que un día fue tan noble villa. Ordenó don Felipe apagar de nuevo el fuego y salvar lo que se pudiera, y oí decir que en estos trabajos se halló un tesoro escondido, y que el tal tesoro fue a parar a las arcas de la corona, con lo cual se cubrieron los gastos de la campaña.

Y esto es todo cuanto sé de lo que ocurrió tras el asalto a San Quintín, pues yo me hallaba postrado en el hospital, con la pierna quebrada y el ánimo perdido, y no recobré el conocimiento hasta un día después.



El campo de batalla de San Quintin según el grabado de Sebastian Münster en la *Cosmografía* de 1598, con detalle (algo exagerado) de las elevaciones del terreno. Se señalan las principales localizaciones y los puntos cardinales.

De cómo el cardenal Carlos de Guisa mostró al fin sus cartas, y la sorpresa que en ello hubo su hermano el duque Francisco

Si poco había tardado en llegar al rey de Francia la nueva de la derrota de Montmorency, menos aún tardó la noticia de la caída de San Quintín. Enrique II reprochó a su esposa Catalina el poco empuje de sus aliados italianos y la rota de su amigo Montmorency, y en esto tuvo mucha parte Diana de Poitiers, que no perdía ocasión para dejar en mal lugar a la reina y ganar así más y más terreno en la corte. Y os digo que aquí en realidad nadie era amigo de nadie, sino que ambas damas jugaban sus cartas a cara de perro y se lanzaban la una a la otra parentescos y alianzas como quien se arroja las piedras que encuentra en el camino. Y mandó el rey de Francia reunir a cuantas fuerzas hubiera y marchar al norte, donde estaban los españoles, por ver de reparar en algo el daño. Pero para entonces los nuestros ya estaban asediando Ham y Chatelet y Noyon y otros lugares de los que en esta guerra cayeron.

Por no añadir más pecados a mi larga lista de culpas, omitiré daros detalle de lo que pasó en Roma cuando el papa Paulo supo lo que había acontecido en Francia. Pues si grave había sido la derrota de los Guisa ante el duque de Alba, peor fue aún el naufragio de San Quintín, que redujo a polvo las pretensiones de los Carafa de hacerse con el control de Nápoles y de Italia toda. Solo os diré que Alba el Grande acudió a Roma sin oposición alguna, se presentó ante su santidad y, mudo como una piedra, se limitó a escuchar las laberínticas disculpas del pontífice. En vano buscaron los españoles al sobrino cardenal del papa, el viejo condotiero Cario Carafa, que se había quitado de en medio por huir tanto de los españoles como de los propios romanos, que nunca le quisieron bien. Paulo IV hizo solemne promesa de no volver a conspirar contra España y, para que a las palabras no se las llevara el viento de la guerra, Alba exigió y obtuvo que no se fortificara ni una sola plaza más de las posesiones pontificias. Después de aquello, el papa se retiró a una vida de oración sin otro horizonte que su propia muerte, pues contaba ya ochenta y un años y murió dos años después. A su muerte, todo el poder de los Carafa cayó con estrépito: el pueblo demolió la

tumba de Paulo IV y su sobrino Cario fue arrestado y juzgado por asesinato y sodomía, tras lo cual se le estranguló. *Sic transit gloria mundi*.

¿Y qué fue de los Guisa, duque y cardenal, que con tan poco beneficio habían cebado aquel puchero? El cardenal Carlos y el duque Francisco, según se supo la caída de San Quintín y se recibió la orden del rey de Francia, no tuvieron más remedio que levantar el campo en Italia y marchar al norte. Y recordaréis que allí había habido mucho juego debajo de la mesa, pues el cardenal Carlos maniobró ante el rey a espaldas de su hermano el duque, y que por eso el ejército de los Guisa permaneció en Italia. Y recordaréis también que con Carlos el cardenal y Francisco el duque había un tercer hermano Guisa, Claudio, duque de Aumale, que era yerno de Diana de Poitiers, y por ella vino Claudio al conocimiento de lo que su hermano Carlos había tramado. Y Claudio se lo contó a Francisco nada más recibir la orden de marchar al norte, cuando ya todo se había consumado, y fue de la siguiente manera:

—Francisco, debo hablarte —dijo el hermano menor, Claudio, al mayor en un momento de la marcha.

—Habla, pues —convino Francisco.

—Se trata de Carlos —musitó Claudio con más miedo que otra cosa.

—¿Nuestro hermano?

—El mismo.

—¿Algo le ha ocurrido? —se inquietó el duque.

—No. No aún. Hace un instante te he escuchado lamentar la orden del rey de permanecer en Italia en vez de marchar hacia el norte, donde podríamos haber sido de más ayuda frente a los españoles en San Quintín.

—Así es —se dolió el duque.

—Bien, pues quiero que sepas que esa orden del rey vino dada por consejo de nuestro hermano Carlos.

—¿Estás seguro de lo que dices? —botó Francisco en su montura.

—Absolutamente. Me lo ha confirmado mi suegra, doña Diana de Poitiers.

—¿No será otro de los enredos de tu madre política? —torció el gesto el duque.

—No lo creo. ¿Qué ganaría con semejante treta? —se encogió Claudio de hombros—. Me dice doña Diana que Carlos les convenció al rey y a ella misma de que nuestros ejércitos se mantuvieran en suelo italiano. Fue en su última visita a la corte.

—Gracias, hermano —susurró Francisco. Y calló.

Al duque Francisco de Guisa se le quedó aquello clavado en las mientes como espina en la planta del pie, y en cuanto tuvo frente a sí al hermano cardenal, Carlos, le demandó explicaciones, lo cual fue en otro momento de la marcha del ejército hacia el norte, y sin bajar del caballo.

—Carlos —requirió el duque al cardenal—, te pedí que le dijeras al rey que deberíamos abandonar Italia.

—Lo hiciste —afirmó Carlos.

—Pero tú le dijiste al rey lo contrario.

Carlos sonrió, suspiró por lo bajo y miró al paisaje.

—Diana se lo ha contado a Claudio, ¿no? —afirmó más que preguntó el cardenal.

—Así es.

—Debí suponerlo —torció Carlos el gesto sin dejar de sonreír.

—¿Por qué le dijiste al rey lo contrario de lo que yo había decidido? —empezó el duque a indignarse.

—Por nuestro bien —respondió el cardenal muy solemne—. Porque habría sido un enorme error.

—¿Un error? —botó Francisco en su montura—. ¿No has visto lo que ha pasado en San Quintín?

—Precisamente por eso.

—No te entiendo, hermano —agitó la cabeza el duque como si quisiera hacer que le fluyeran las ideas.

—Pues te lo explicaré sin tapujos —razonó tranquilo el cardenal Carlos—. Era preciso que nos quedáramos en Italia por varias razones. Primero, porque aquí el frente seguía abierto, y si las cosas hubieran salido de otra manera en el norte, las fuerzas de Alba se habrían desmoronado y tal vez habría sido posible pasar a la ofensiva. Y segundo, porque el papa es un anciano de más de ochenta años que puede morir en cualquier momento; entonces hará falta un nuevo papa, y bien puedes imaginar que el cónclave, con las tropas francesas en Roma y con la mayoría de los cardenales españoles expulsados o bajo arresto, habría elegido papa a un francés.

—¿A ti? —volvió a botar Francisco sobre su resignado caballo.

—A mí —confirmo Carlos, calmoso.

—Pero, hermano, si hubiéramos marchado hacia el norte podríamos haber evitado la derrota de San Quintín.

—Precisamente —torció ahora Carlos el gesto, y las barbas le llameaban como espada flamígera—. Y si hubiéramos evitado la derrota, ¿quién se habría llevado los laureles? Montmorency y Coligny. Es decir, exactamente lo que menos nos conviene. Pero ahora Montmorency y Coligny están derrotados y cautivos, y su crédito ante el rey se ha reducido a polvo. ¿Y quién gana? Tú, que te has convertido en la única persona en la que el rey puede confiar. Más aún después de que el papa Paulo te haya otorgado todos esos títulos de Protector de la Santa Sede y Defensor de la Iglesia que has recibido precisamente por quedarte aquí, en Italia, en vez de marchar al norte.

Francisco guardó silencio unos segundos. Trataba de encajar todo aquello en su alma simple de soldado. Para Francisco de Guisa, que era un caballero, la vida era lealtad, deber, orgullo del propio nombre, firmeza, y victoria o derrota, sí, pero siempre honor, y las componendas de la política le resultaban tan ajenas como los afeites de las damas.

—Ha muerto mucha gente en estos días —se limitó a susurrar.

—Como suele decirse —comentó Carlos, indiferente—, no es nada que no pueda arreglarse con una noche de amor en París.

—Había amigos míos —añadió el duque, y ahora refulgía un tono de reproche en sus palabras—. Jóvenes a los que yo había prometido la gloria.

—Y gloria han tenido —confirmó el cardenal—. ¿O cabe mayor gloria que entregar la vida por la Cruz?

Francisco miró a Carlos como quien ha visto a Belcebú.

—Hermano —le dijo—, a veces me das miedo.

—La gran guerra, hermano —respondió Carlos—, no es la que explota en el estruendo del campo de batalla, sino la que se libra en el murmullo de la política. ¿Miedo? Mírate ahora: se te

tiene por un héroe en Roma, has sido laureado por el mismo papa en persona y eres el único jefe de guerra que ha salido con bien de toda esta aventura. San Quintín solo ha sido una batalla, Francisco. Vendrán otras muchas, y unas se ganarán y otras se perderán. Pero tu peso en la corte se ha multiplicado por diez y tus rivales en el aprecio del rey viven su peor momento. Eso es una victoria. La victoria de nuestro nombre y nuestra casa. Todo lo demás es solo... la espuma de los días.

Y Francisco de Guisa calló, y la caravana de su ejército prosiguió su marcha hacia el norte, y el duque añoró los viejos buenos tiempos en que la palabra de los hombres era solo una. Aunque el cardenal Carlos sabía que eso, en realidad, nunca había sido así, pues siempre ha habido hombres cuya palabra es dos o más, y ellos heredarán la Tierra.

De cómo Felipe II visitó a Julián Romero en su lecho y le nombró maestro de campo de sus tercios, con lo cual concluye esta historia

En cuanto a mí, os diré que, herido como me hallaba, se me trasladó a Cambrai a los pocos días de caído San Quintín. Me acompañaron en mi duelo Constance, Mauricio y la niña Claudia, que definitivamente iba a quedarse con nosotros. En Cambrai se me instaló en otro hospital que el rey Felipe había mandado levantar allí, siempre bajo la dirección del sabio y seco maestrescuela Enriquez. Y estaba yo muy cuitado por lo de mi pierna, que había quedado inútil como estaca en manos de un manco.

—Mirad mi señor que aún tenéis que dar gracias a Dios —me insistía Mauricio—, pues no ha habido que cortarla.

—¿Qué más te da que se haya quedado rígida? —bromeaba Constance—. ¿Adónde quieres ir corriendo a tu edad?

Y con estas y otras gracias pasé mi convalecencia, y pensando en qué iba a hacer ahora con mi vida, pues no es fácil mandar una compañía en el campo de batalla con una pierna muerta, y yo no sabía ganarme los garbanzos con otra cosa que no fuera el batallar, que nunca serví para los negocios ni para los latines.

Y un día de septiembre que ya no recuerdo cuál fue, llegó un lacayo al hospital para anunciar que el rey venía a verme. Lo cual fue tenido en mucha honra por el sabio Enriquez, que se apresuró a barrer y fregar hasta las esquinas de las paredes, y esa misma tarde apareció el rey con escueto séquito. Formaron Constance, Mauricio y la niña Claudia ante mi camastro como escuadra de alabarderos, mi dueña con sus mejores galas, que eran muchas por el rico botín de la batalla, y Mauricio ataviado como el Príncipe de Gales, y la niña Claudia envuelta en tirabuzones rubios, y hasta Enriquez allí formado como si fuera parte de la familia. Y entró Felipe, y todo fueron reverencias, y entonces el rey, una vez cumplimentado, dijo lo de costumbre.

—Dejadnos solos. Vos también, Marga...

Miré al rey tan sobresaltado que Felipe evitó el error, pero no lo suficiente como para que mi dueña no enrojeciera de cólera. Nos dejaron solos, sin embargo.

—Manuel Filiberto y Navarrete me han contado tu entrada en San Quintín —sonrió Felipe como no le veía sonreír desde los tiempos de Dover—. Enhorabuena. Has hecho lo que te pedí.

—Gracias, mi señor —se me escapó la mirada hacia la pierna izquierda, ahora inútil.

—Me han dicho que salvarás la pierna —dijo el rey siguiendo mi mirada.

—Quedará como muerta de rodilla para abajo.

—Al menos no ha habido que amputar.

—Eso es verdad.

—¿Cómo fue? —preguntó Felipe levantando la sábana y examinando con atención mi pierna, aún vendada.

—Una bala de mosquete de las que disparaban desde la Stadhuis de San Quintín. Huesos fragmentados y nervios deshechos. A partir de ahora seré cojo.

—No serás el primer maestro de campo cojo que sirve bajo mis banderas —comentó con indiferencia.

—¿Señor? —salté en mi lecho.

—Sí. Voy a nombrarte maestro de campo. La orden ya está firmada. Te darán un destino en Flandes en cuanto salgas de aquí.

¡Maestro de campo! Era el más alto grado militar al que podía aspirar. Veintitrés años después de mi entrada en filas como mochilero y mozo de tambor, había conquistado la cumbre del oficio de las armas.

—Muy agradecido, mi señor —acerté a balbucear.

—Es lo que has merecido.

—¿Y ahora qué haremos? —pregunté.

—¿Ya estás pensando en la próxima batalla? —rió Felipe—. ¡Las habrá!

—Pero no en París —musité.

—Ya sabes que no —bajó el rey la cabeza.

—He oído cosas... —me atreví a decir—. Cosas que vos me anticipasteis.

—¡Por supuesto! —perdió Felipe la mirada por el ventanal—. Los mismos que me acusan de ser un belicoso fanático, me reprocharán ahora no haber atacado París cobrándome en ello miles de vidas.

—Dicen los franceses —murmuré con enojo— que la obstinación de Coligny en San Quintín salvó a París.

—Los franceses —sonrió el rey— son maestros en el arte de transmutar sus derrotas en victorias. Deberíamos aprender de ellos.

Felipe perdió la mirada en algún lugar indefinido de las sábanas que me cubrían. Solo él sabrá lo que pudo ver allí. Enseguida volvió a hablar, pero ahora hablaba consigo mismo.

—¿Sabes, Romero? Si ataco París y Enrique pierde su corona, en Francia habrá una guerra civil entre católicos y herejes, porque esa olla ya está hirviendo. ¿Y sabes quiénes son la cabeza de esos herejes? Los hermanos Coligny y Andelot. ¿Y sabes por qué? No por descreer de la fe de Roma, que en eso te puedo decir que la teología les importa menos que el vino, sino por hostilidad al papa y al imperio. Y si empiezo hoy una ofensiva sobre París, mañana me encontraré con dos guerras; la que daré a Enrique y la que luego habré de dar a los herejes franceses. Y entonces de

nada me habrá servido guardar la cristiandad en Alemania y Flandes, porque se me habrá roto en Francia, que es negocio mucho mayor.

—El rey Enrique va a tardar en bajar la cabeza —me atreví a apuntar—. Vos lo sabéis mejor que yo.

—Sí. Y él sabe que yo lo sé, y yo sé que él sabe que yo lo sé. Que yo sé todas esas cosas que te acabo de referir.

Me sentí tan sobrepasado como el pastor en la ventisca, que es lo que me solía acontecer cuando el rey me confiaba sus cuitas políticas. Lo de mi pierna parecía poca cosa en medio de aquel incendio que amenazaba a la cristiandad.

—Sabéis que mi espada está siempre a vuestro servicio —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Lo sé —sonrió Felipe, pero enseguida ensombreció el ceño—. Y ahora debo preguntarte algo. Sé que responderás con verdad.

—Por supuesto.

—¿Qué pasó con Andelot? —me miró fijo a los ojos.

—Escapó.

—Eso ya lo sé. Pero se dice —mantuvo el rey la mirada— que fuiste tú quien lo dejó escapar.

—Andelot salió a buscarme —traté de sostener la mirada de Felipe—. Y yo a él. Teníamos un duelo pendiente. Pero era difícil quedarse solos en medio del barullo del asalto. Todos sabían que queríamos pelear hombre a hombre, así que le dejaron en paz para que hablaran nuestros aceros. En ese momento me dieron el tiro en la pierna. Los hombres me miraron y yo negué con la cabeza. Andelot aprovechó para escapar.

—Luego es verdad que le dejaste escapar...

—Si queréis verlo así...

—¿Por qué? —inquirió Felipe con gesto de muy pocos amigos.

—Por la misma razón que vos habéis rehusado atacar París —osé decir.

—No es lo mismo —agitó el rey las manos como si espantara una mosca.

—Vos habéis rehusado atacar París porque no queréis ver la cabeza del rey Enrique clavada en una pica protestante. Yo dejé que Andelot huyera porque no quería verlo descuartizado por una cuadrilla de sucios lansquenets o de rufianes ingleses. Los reyes salvan reinos; es su privilegio. Los hombres, hombres.

El rey Felipe dio dos, tres, cuatro pasos alrededor de mi cama.

—En fin... —dijo tras un espeso silencio—. Ese asunto ya no tiene enmienda.

—Como mi pierna —añadí—. ¿Me concederéis ahora a mí la merced de haceros una pregunta?

—Habla.

—¿Qué se hizo de don Antonio de Eguaras? —pues me intrigaba la suerte de aquel personaje, el navarro, que con tanto detalle me había anunciado la guerra—. No le he visto a vuestro lado.

—El amigo Eguaras —ocultó Felipe una media sonrisa— prepara su vuelta a España. Sus días ingleses llegan a su fin: ha acumulado demasiado dinero y, con él, demasiados enemigos. Creo que se está construyendo un enorme palacio en Tarazona.

—¡Eso deberías hacer vos, señor! —reí—. Levantar un gran palacio para conmemorar la victoria de San Quintín.

—¿Por qué no? ¡La ocasión lo merece! Ahora reponte pronto, *sir* Julián —me tendió el rey la mano; se la besé—. Te necesito bien vivo para lo que enseguida ha de venir.

—Tenéis mi palabra, como siempre.

Y el rey se marchó, y de nuevo hubo reverencias y cumplimientos, y el sabio Enriquez volvió a sus malhumorados quehaceres y a mi lecho regresó Constance, aunque esta vez sin Mauricio ni Claudia, lo cual era que mi dueña quería platicar a solas.

—¿Qué quería el rey? —me interpeló con cara de pocos amigos. Temí que me preguntara de nuevo por Margarita. Pero no—. Ha sido un detalle venir a visitarte...

—Quería saber cómo me encontraba de mi herida. Y decirme que me ascienden a maestre de campo.

—¡Maestre! —botó Constance.

—Maestre de campo —sonreí con ganas de saltar, y bien que lo hubiera hecho si no me hallara aún tan quebrantado—. Lo máximo que me pueden dar.

—¿Tenemos que felicitarlos? —aventuró ella con una sombra de incertidumbre en sus faros verdes.

—Creo que sí —traté de que no me ganara la euforia—. Habrá más dinero para la casa. Mejor vida para los niños. También mejor vida para ti. Me darán destinos más estables, más duraderos. Viviremos menos como nómadas. Y bien estará, porque ahora, con esta cojera, mal me haría yo a la existencia errante.

Constance, sentada a mi lado, bajó la cabeza y cruzó las manos sobre el regazo, y sonreía, pero yo veía que detrás de esa sonrisa había algo que no quería aflorar.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Volverás a España? —torció el gesto Constance.

—¡No! —me apresuré a responder—. Tendré que ir adónde el rey me mande, pero mi vida está aquí, contigo y con los hijos.

Creo que Constance habría deseado oír algo como esto: «Si me mandan a España, tú te vendrás conmigo». Pero eso no se lo podía decir porque sería mentira: nadie en la buena sociedad española habría aceptado a Constance como mi mujer. Nuestro amor había crecido al calor de la guerra. Por eso era amor; un amor más fuerte que el matrimonio. En cuanto al matrimonio... eso era otra cosa. Y Constance lo sabía, porque los usos en Flandes no eran distintos de los de la patria, y el matrimonio se hace por patrimonio, pero lo nuestro...

Sí, los dos sabíamos que la paz rompería nuestra unión. Pero la paz parecía entonces lejos. Muy, muy lejos. Lo cual venía a significar que mientras hubiera guerra, habría amor. Y guerra hubo, porque el rey de Francia porfió, como Felipe sabía, y el rey Felipe también, y todavía habrían de escribirse muchas gestas antes de que la España y la Francia vinieran a las paces.

Pero todo eso ya os lo contaré otro día. Amén.

Noticia aclaratoria sobre este libro y sus fuentes

Esto que acabáis de leer es una novela. Ni más, ni tampoco menos. La mayor parte de las cosas que aquí se cuentan ocurrieron realmente, y otras son invención del autor. Si la curiosidad os pica y queréis saber más sobre tan altos episodios, podéis dirigiros a las siguientes fuentes.

Para la vida del gran Julián Romero, el clásico de referencia es:

MARICHALAR, Antonio, *Julián Romero*, Espasa-Calpe, Madrid, 1952.

Y hay una investigación más reciente que es esta otra:

HERAS, Jesús de las, *Julián Romero el de las hazañas*, Edaf, Madrid, 2018.

Sobre la batalla de San Quintín y cuanto en ella sucedió, la fuente más directa es una relación anónima de un español que participó en la batalla, y que se encuentra aquí:

SALVA, Miguel y Sainz de Baranda, Pedro, *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo IX, Imprenta de la Viuda de Calero, Madrid, 1846. Que el internauta podrá consultar en la siguiente dirección en línea: https://books.google.es/books?id=SscQAQAAMAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=O#v=onepage&q&f=false.

Además de esto, hay otras relaciones anónimas de soldados alemanes que igualmente combatieron en San Quintín, y que fueron traducidas al francés por una conspicua dama de la propia villa en 1874:

LECOCQ, Mme. Georges, *La bataille de St-Laurent et le siège de St-Quentin en 1557*, Imprimerie Ch. Poette, Saint-Quentin, 1874. El internauta tiene libre acceso en esta dirección: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k64741725.textelimage>.

La referencia más señera en los estudios españoles sobre la batalla ha sido durante mucho tiempo

la obra de un conspicuo coronel de Caballería, del cuerpo del Estado Mayor, en 1863:

FERNÁNDEZ SAN ROMÁN, Federico, *Batalla de San Quintín*, editada por el periódico militar *La asamblea del Ejército y la Armada*, Madrid, 1863.

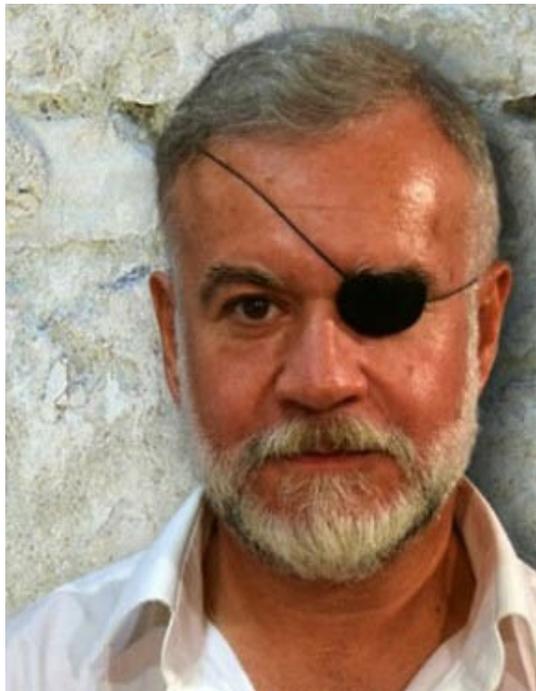
También al ámbito militar pertenece otra fuente habitual, esta de un comandante de Artillería:

HORTA RODRÍGUEZ, Nicolás; «La batalla de San Quintín», en *Revista de Historia Militar*, nº4, año III, Madrid, 1959, pp. 7-60.

Y la fuente más reciente, riquísima en documentación novedosa porque incorpora la correspondencia entre Felipe II y Manuel Filiberto de Saboya, es esta otra:

REBULLIDA PORTO, José Antonio, *Felipe II y el éxito de San Quintín*, Áltera, Madrid, 2015.

Y ahora ya ha quedado dicho todo lo que había que decir sobre Julián Romero y la batalla de San Quintín.



JOSÉ JAVIER ESPARZA (Valencia, 1963), escritor y periodista, lleva años entregado a la tarea de reconstruir la identidad española a partir de su Historia. De ello son testimonio su exitosa trilogía La Reconquista, de la que se han vendido decenas de miles de ejemplares, *La cruzada del océano*, sobre el descubrimiento y conquista de América, *La historia de la yihad*, *Tal día como hoy*. *Almanaque de la Historia de España*, *Tercios*. *Historia ilustrada de la legendaria infantería española* y *Visigodos*. *La verdadera historia de la primera España*. En la misma línea abundan sus novelas históricas sobre los primeros tiempos de la Reconquista: *El caballero del jabalí blanco*, *El reino del norte* y *Los demonios del mar*, todas ellas publicadas en La Esfera de los Libros.